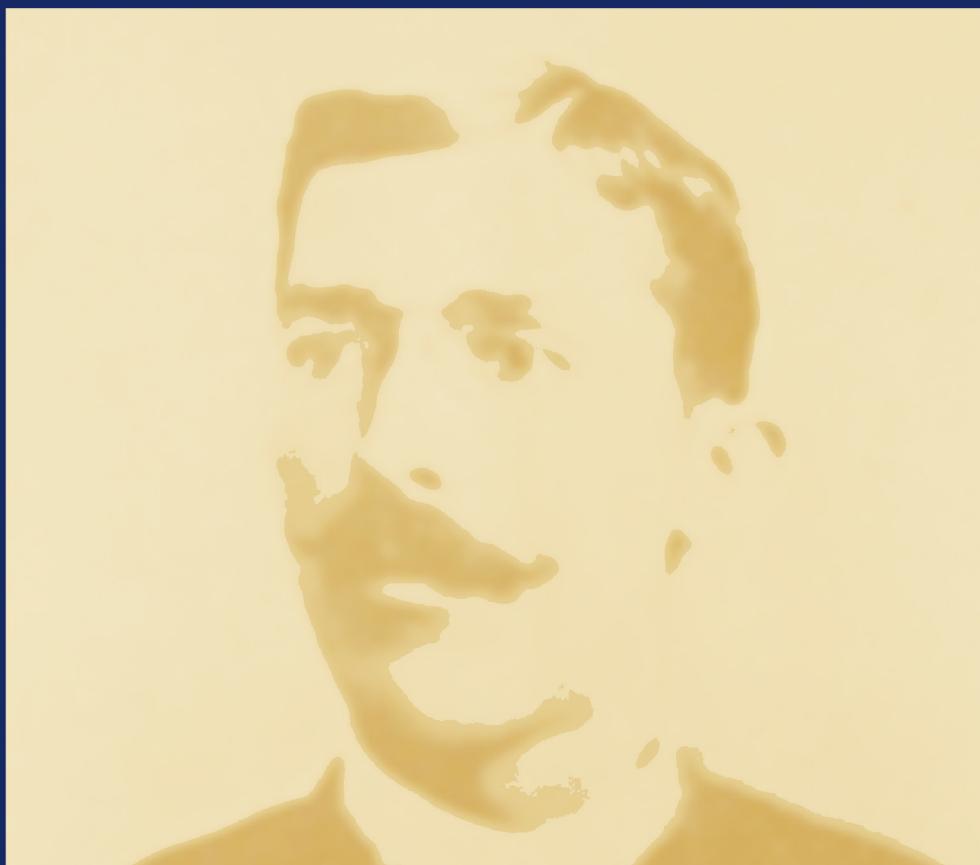


Poesía Reunida de Rodolfo Figueroa Esquinca

(1866-1899)

Compilador — Gabriel Velázquez Toledo



— Colección Universitaria Letras sin papel —

Poesía Reunida de Rodolfo Figueroa Esquina
(1866-1899)

Colección eBooks

Letras sin papel

UNACH, 2016

POESÍA REUNIDA DE
RODOLFO FIGUEROA ESQUINCA

(1866-1899)

Compilador
GABRIEL VELÁZQUEZ TOLEDO



Poesía Reunida de Rodolfo Figueroa Esquinca
(1866-1899)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CHIAPAS



© 2016 Edición Digital. Universidad Autónoma de Chiapas

ISBN : 978-607-8459-32-2

©Gabriel Velázquez Toledo, compilador

Contacto: elliroforo@gmail.com Imágenes de Portada: Internet

Tuxtla Gutiérrez, Chiapas; México junio 2016

www.espacioimasd.unach.mx

Esta obra está bajo una licencia de
Creative Commons



ÍNDICE

	Pag.
Datos Biográficos del Dr. Rodolfo Figueroa Esquinca (1866-1899)*	10
Cronología de la obra poética	14
A mi amigo Abelardo Domínguez. Al partir para la patria	24
<i>Almas por besos</i>	
<i>A mi madre</i>	
<i>Al Partir</i>	
<i>La unión centroamericana. A la juventud</i>	
<i>Un sueño</i>	
<i>Dos heridas</i>	
<i>Cantares</i>	
<i>¡Vete!</i>	
<i>La gloria</i>	
<i>A mi padre en su cumpleaños</i>	
<i>Tus plegarias</i>	
<i>A...</i>	
<i>Hidalgo</i>	
<i>No me olvides</i>	
<i>A mi amigo J.A. Tamasio Ortiz</i>	
<i>A la apreciable familia del señor don Mariano Serrano Montenegro</i>	
<i>Al sabino de Santa María del Tule</i>	
<i>¡Llámame!</i>	
<i>El poeta</i>	
<i>¡Benditos ojos!</i>	
<i>Mis infortunios</i>	
<i>El ángel de la guarda. A mi madre</i>	
<i>A mis hermanos</i>	
<i>Para el Álbum de Cora</i>	
<i>¡Muerta!</i>	
<i>Amor Inmenso</i>	
<i>Ilusión</i>	
<i>Becquerianas</i>	
<i>Becquerianas</i>	
<i>Becquerianas</i>	
<i>Becquerianas</i>	
<i>La Promesa</i>	
<i>Remembranzas</i>	
<i>Contemplé tan lejano el goce inmenso</i>	

*En cambio de los siglos de agonía
Al viandante sediento y fatigado
Para el álbum de Cora
Ten compasión de mí!
Cuando miro tus ojos azulados
Una vez, yo no he sabido
Adorándote siempre, yo he venido
La mujer que en mi alma
¿Qué es el amor?
Si hallar en este libro*

Olvido. Pequeño poema en tres cantos 47

*Canto Primero
Canto Segundo
Canto Tercero*

Fugaces 69

Colección de versos 1890-1896 88

*La Poesía
El Mendigo
Despedida
A una religiosa
En el Álbum de la Señorita María Santa Cruz
En los toros
La misma
Décimas recitadas por una niña en el cumpleaños de la Srita. Natalia Gorriz
Carta á mis padres
Noche de luna
En mi cumpleaños
Oraciones y perfumes
A Abelardo Domínguez —Epístola patológica—
En el teatro
Clemencia. A la Señora Doña Jesús H. de Toledo
Noche Buena
Contrastes
Fugaz
Esbozo
Los que luchan. A mi amigo máximo Soto Hall
Mi alma es la tuya
El cuervo
Una Consulta
A mi maestro el Señor Doctor Don Juan J. Ortega*

¡Duerme!
Cosas del Mundo (La Religión)
En el paseo
A mi musa. En el álbum de la señorita Carmen Perales
En el Álbum de Lina Cerne
Reina y Señora. —A Julia Novella— (en la primera página de su Álbum)
Flores Marchitas. En el álbum de Carlota Novella
Cosas del Mundo (La justicia)
En el Baile
En el Bosque
El colibrí
¡Solo!
A Lolita Pacheco (En su álbum)
Clínica negra
¡Patria! Versos leídos por su autor en la Legación Mexicana.
A Magdalena
El Bardo
A Luisa Martínez —en su Álbum—
El número 339
Pacto de amor
En el templo
A Julia Garrido (En su álbum)
A la Señora Doña María Lorenza de Lazo Arriaga
A Clotilde Gamero
Primaveral
¡Adelante! A la estudiantina “Colón” en su primer concurso.
Besos
A Enriqueta Lowenthal
A Cristóbal Colón
¡Vacaciones! A mis compañeros de estudios
A Trinidad Martínez
Su retrato
Estudiando
Blanco, negro y rojo
Fulgores
Por el arte
A Tuxtla
Febrero
Junio
Septiembre
El honor
El amor
A Margarita Martínez

A la Señora Doña Gabriela Garrido de Martínez
¡Adiós!
¡Adiós!
¡Siempre! A Próspero Calderón
Fe, esperanza y amor.
El toro salvaje
Esperanza
¡Sin esperanza!
Versos Patrios
La zandunga
Soñando
¡Imposible!
Pinceladas
Versos Patrios
Los trabajadores del bosque. A Fausto Moguel

Magdalena, Poema en tres cantos

153

A mi amigo el señor ingeniero don Rómulo Escobar

Canto Primero

Canto Segundo

Canto Tercero

Versos. A don Leopoldo Gout

La marimba

Iconografía

167

Bibliografía del Autor

172

**DATOS BIOGRÁFICOS DEL
DR. RODOLFO FIGUEROA ESQUINCA
(1866-1899)***

HACIA 1860, EL VALLE DE CINTALAPA era uno de los más prósperos en Chiapas. La actividad ganadera, la explotación del añil y la riqueza agrícola propiciaron una situación feudal de las tierras. La fragmentación política de la época, provocó que la élite del norte del estado de Chiapas, principalmente San Cristóbal de Las Casas, impidiera el crecimiento y desarrollo de las tierras bajas del centro. La vuelta gradual y limitada a la centralización del poder en la región, se dio en el siglo XIX como resultado del movimiento liberal de Reforma entre los años 1850 y 1860.

La victoria liberal contribuyó con la consolidación del Estado mexicano en Chiapas de dos formas: en primer lugar, las reformas liberales disminuyeron la autoridad política rural de la iglesia católica; en segundo término llevó a una mayor estabilidad política, conforme Chiapas se dividía en tres o cuatro cacicazgos dominados por caudillos liberales que sustituyeron al régimen de la autonomía municipal.

El coronel e ingeniero industrial José Gabriel Esquinca, abuelo materno de Rodolfo, se hizo cargo del gobierno del Estado del 17 de junio de 1863 al 30 de noviembre de 1864. Éste era diputado federal cuando fue disuelto el Congreso de la Unión, mientras Benito Juárez García iniciaba su peregrinar por la República. El nuevo gobernador no ignoraba los grandes problemas que tendría que afrontar, sin embargo, era un hombre de soluciones, atrevido y muy resuelto, que enfrentó esos problemas en vez de soslayarlos.

Durante el gobierno de don José Gabriel Esquinca, los liberales que componían las fuerzas republicanas derrotaron a los imperialistas en la batalla del 21 de octubre de 1863 en Chiapa (hoy de Corzo). Así lo recuerda Porfirio Díaz en sus *Memorias* «a mediados del año de 1863, el Estado de Chiapas fue invadido por una fuerza que se organizó en Guatemala a las órdenes de Don Juan Ortega y el padre Víctor María Chanona».

En el último cuarto de siglo, Emilio Rabasa, Belisario Domínguez y Rodolfo Figueroa fueron figuras que consolidaron estos brotes liberales, permitiendo al estado transitar por la vía del progreso, mediante el impulso de nuevas ideas que permearon en el ánimo social. Los valores ideológicos de estas generaciones de intelectuales contrastan con una sociedad conservadora, que tenía bases en los cacicazgos regionales.

* La información aquí presentada forma parte de la tesis «Análisis Estilístico de la Obra Poética de Rodolfo Figueroa Esquinca» de la Maestría en Letras Mexicanas del siglo XX de la UNACH.

En medio de esta lucha por la libertad de pensamiento, nació Rodolfo Figueroa Esquinca el 4 de agosto de 1866 en la Finca Santiago, del municipio de Cintalapa, Chiapas. Su madre, Cecilia Esquinca Loreto fue hija de un insigne liberal; su padre, Esteban Figueroa Selvas, fue dueño de una de las fincas más productivas de la región.

Su infancia transcurrió bajo la educación de su madre, su apego a lo familiar se encuentra presente en varios poemas: «El ángel de la guarda (A mi madre)», «A mi padre en su cumpleaños», «A mis hermanos»; su tutor Enrique Merchant le enseñó la lengua francesa. Los relatos de las luchas, entre republicanos e imperialistas, ocurridas antes de su nacimiento, influyeron en muchos de sus escritos, pues abundan en historias como la de *Olvido*, *pequeño poema en tres cantos* y *Magdalena*.

El autor gozó de las bondades que le proporcionó el renombre de su familia; desarrolló su formación intelectual cursando estudios básicos y superiores en las ciudades de Tuxtla y San Cristóbal.

Según Fernando Castañón Gamboa (1937: 5-6), en el prólogo a la *Antología poética* del autor, Rodolfo «se marchó en 1887 a la Ciudad de México con el propósito de hacer la carrera de médico cirujano; se alojó en una casa ubicada en la antigua calle de Santa Clara, en el lugar que actualmente ocupa la casa comercial denominada “La Palestina” (5 de mayo y Bolívar). Allí acudían jóvenes literatos, con quienes cultivó estrecha amistad, tales como Peón del Valle y José Aspe, realizando sesiones culturales en las que Aspe declamaba las composiciones de Figueroa».

Andrés Serra Rojas (1958: 9), en el prólogo del libro *Poesía completa de Rodolfo Figueroa*, por su parte escribió que en la revista *La juventud literaria* se fueron «recogiendo sus primeros poemas, primicias de aquel ambiente de recuerdo imperecedero, en que florecían grandes literatos y se cultivaban todos los estilos literarios del mundo».

Amadeo Figueroa (1981:12) afirma en la edición de 1981 de la obra del autor, que los poemas «A Mi Padre en su Cumpleaños» y «Muerta» son los primeros publicados en aquella revista, «después se publicaron sus versos en la revista *El Mundo Ilustrado* que también se editaba en la Capital de la República, entre otros “El Toro Salvaje”».

Andrés Serra Rojas (1958: 8-9), narró también que por el año de 1887 Rodolfo se había «internado en el dédalo de las ciencias exactas de su época, que enseñaban no sólo los viejos problemas del positivismo, sino también el análisis profundo de las nuevas filosofías que inquirían sobre el origen del hombre, la naturaleza del ser y el humanismo; asimismo le habían servido para conocer, en asignaturas caprichosas, la estructura de su idioma, el artificio de los conceptos, los viajes suntuosos en la historia y en la geografía por los misteriosos países del Oriente».

La actividad estudiantil de Rodolfo fue interrumpida debido a un mal congénito que le provocaba constantes mareos y postraciones. Desde pequeño su salud fue endeble, lo que no le permitió formarse académicamente

ni desarrollar su talento en medios más propicios como Europa o los Estados Unidos.

En su época de estudiante de medicina en Guatemala, tradujo al español textos disciplinarios escritos en inglés y en francés, que publicaba en dos revistas estudiantiles de medicina, de cuya edición se encargaba él mismo. En el prólogo al libro *Poesías* (1905) publicado en Guatemala, Celorio Guillén se refiere a su labor como editor: «dos revistas científicas, a las que sirvió con interés, se tomaron el mayor empeño en la presente publicación: “La Escuela de Medicina”, de la cual fue Redactor y cuyo Director actual es el Doctor don Juan J. Ortega, su maestro y amigo, y “La Juventud Médica”, órgano de la sociedad que fundó y de la que fue el primer Presidente, y cuya Revista nos ha tocado redactar desde hace un año».

En 1890, siendo aún estudiante, publicó *Olvido, Pequeño Poema en tres cantos* que le dio el prestigio de prometedor hombre de letras. Su labor como médico fue reconocida públicamente al obtener el primer lugar en el concurso nacional de medicina en Guatemala. Amadeo Figueroa (1981: 12), en la introducción de la antología de 1981, cuenta que «el 21 de octubre de 1893, recibió de manos del presidente de la república de Guatemala, el general José María Reina Barrios, la Medalla de Oro con motivo del primer premio del concurso Médico Nacional, convocado en ese país por la revista La escuela de Medicina. El trabajo ganador llevaba por título: La Vacuna, su conservación indefinida y su propagación en Guatemala».

El autor de «La Zandunga» terminó sus estudios de Medicina habiendo conocido los círculos literarios de las ciudades de México, Toluca y Antigua, por sus estancias en dichas ciudades, en las que, por aquella época, se gestaba una nueva estética: el modernismo.

Los malestares congénitos se fueron agravando cada vez más, los dolores de cabeza que le aquejaban desde su juventud llegaron al punto de postrarlo por jornadas enteras, obligándolo a volver a su tierra, pues el mal congénito conocido como Hidrocefalia, había avanzado significativamente, mermando su salud.

Retornó a Chiapas en 1895 y se instaló en la vieja finca, donde se dedicó a escribir y ofrecer de forma gratuita servicios médicos. Sus últimos años de vida coincidieron con una ferviente labor humanista como médico y con su creación poética más afortunada.

El 7 de julio de 1899, en la finca Santo Domingo, la muerte sorprendió súbitamente al autor.

Un par de años después de su muerte, en 1901, aparecería el libro *Poesías* con el sello Hermanos Escobar Editores. Rodolfo tuvo contacto con ellos en los círculos literarios y bohemios de Guatemala. Tras su muerte, los editores comunicaron a la familia Figueroa la intención de imprimir parte de su obra en Ciudad Juárez, Chihuahua.

Esta edición alcanzó una difusión considerable en el primer cuarto del

siglo XX, pues fue la base para reproducir a gran escala su obra. Así lo testimonian la Revista Chiapas y México, El estudiante, y periódicos que le rindieron homenaje, como: Guatemala ilustrada, Diario de Centroamérica, El Heraldo, El Observador, entre otros.

Rodolfo Figueroa sería considerado por la crítica del siglo XX como el padre de la poesía en Chiapas. Pocos días después de su muerte, C.B. Roveló, uno de sus amigos que apoyó sus empresas editoriales, escribió el 19 de julio de 1899 una nota que fue publicada el 23 del mismo mes y año en el diario El Observador diciendo: «¡De cuán valioso regalo no le somos deudores sus compatriotas chiapanecos! Nadie antes que él retrató con tanta fidelidad los celajes de nuestro cielo».

El doctor Andrés Serra Rojas resume en el prólogo al libro de 1958 la consideración que los compañeros de Rodolfo tenían sobre su obra, incluyendo la suya:

El vate Figueroa como dieron en llamarle sus compañeros, juglar, trovador errante, comprendió una época importante de la vida romántica en el Sureste. En cada uno de sus poemas brillará el tema bucólico o el de la eternidad, el del dolor angustioso o el reconfortante del amor que va más allá de las miserias humanas.

Finalmente, es importante decir que las libretas que contienen su obra original se encuentra en manos de Humberto Orantes, dueño de la Finca Las Cruces, del municipio de Cintalapa de Figueroa; en éstas se encuentran el mayor número de los poemas del autor, algunos recortes de periódicos que registran la opinión de los críticos y anotaciones de su época de estudiante de medicina.

Los diversos impresores de la obra de Figueroa han cometido errores en cuando a fechas, nombres de poemas, etcétera. En la presente edición se da cuenta de la obra del autor con la representación fiel de los manuscritos del autor y en la forma en que los dejase organizados, con la finalidad de sentar un precedente para la creación de una edición crítica que con cumpla con los postulados del cuidado académico que para dicho fin se ameritan, partiendo de los originales que se encuentran en manos de coleccionistas particulares en la ciudad de Cintalapa de Figueroa, Chiapas.

GABRIEL VELÁZQUEZ TOLEDO

CRONOLOGÍA DE LA OBRA POÉTICA

TÍTULO DEL POEMA	FECHA	LUGAR
A mi amigo Abelardo Domínguez. Al partir para la patria	abril 1884	Guatemala
<i>Almas por besos</i>	julio 1884	Guatemala
<i>A mi madre</i>	julio 1884	Guatemala
<i>Al partir</i>	octubre 1884	Guatemala
<i>Dos heridas</i>	diciembre 1884	Guatemala
<i>Un sueño</i>	junio, 1885	Guatemala
<i>La unión centroamericana</i>	marzo 26 1885	Guatemala
<i>No me olvides</i>	agosto 30 1885	Guatemala
<i>A mi amigo J.A. Tamasio Ortiz</i>	septiembre 21 1885	Guatemala
A la apreciable familia del señor don Mariano Serrano Montenegro	noviembre 5 1885	Guatemala
<i>Cantares</i>	1886	Santiago
<i>La gloria</i>	marzo 19 1886	Santiago
<i>A mi padre. en su cumpleaños</i>	marzo, 28 1886	Santiago
<i>Si comprender pudieras mis amores</i>	mayo 1886	Santiago
<i>¡Vete!</i>	junio 1886	Santiago
<i>Tus plegarias</i>	septiembre 1886	Santiago
<i>XVII Desde que tú me despreciaste, llevo</i>	octubre 1886	Santiago
<i>Al sabino de Santa María del Tule</i>	noviembre 12 1886	Santa María del Tule

<i>XVI Es mi pasión tan grande y tan inmensa</i>	diciembre 1886	México
<i>XIV Todos podrán brindarte las riquezas</i>	enero 7 1887	México
<i>A...</i>	enero 11 1887	México
<i>XII En confuso tropel á tu memoria</i>	enero 15 1887	México
<i>XIX Las golondrinas que en su largo viaje</i>	enero 17 1887	México
<i>Aseguran los sabios (Becquerianas)</i>	febrero 1887	México
<i>X Si vieras con que aflicción</i>	febrero 10 1887	México
<i>XVIII Nada debes temer, te quise tanto</i>	febrero 10 1887	México
<i>XXIII Queriendo darte un cielo, cierto día</i>	febrero 10 1887	México
<i>Ilusión</i>	febrero 12 1887	México
<i>XXI Si quieres conocer por qué mi olvido</i>	febrero 14 1887	México
<i>XV ¿Por qué te llaman todos el poeta?</i>	febrero 17 1887	México
<i>Hidalgo</i>	marzo 1 1887	México
<i>XX ¡Oye! Cuando emprenda</i>	marzo 10 1887	México
<i>He buscado (Becquerianas)</i>	marzo 10 1887	México
<i>La promesa</i>	marzo 21 1887	México
<i>XXII Iban las golondrinas por el cielo</i>	marzo 25 1887	México
<i>Si ves que gozo mucho contemplando (Becquerinas)</i>	marzo 31 1887	México
<i>XXIV Te seguiré en el mundo, aunque no quieras</i>	abril 28 1887	Toluca
<i>XXVI Si lo quieres diré que no hay un mundo</i>	abril 28 1887	Toluca
<i>Remembranzas</i>	abril 28 1887	Toluca
<i>XXVII Mira cómo me acerco á tus altares</i>	abril 8 1887	México

<i>¡Lláname!</i>	abril 28 1887	Toluca
<i>El poeta</i>	mayo 12 1887	Toluca
<i>Allá te espero. (a mi bueno y distinguido amigo el sr. Lic. Magín Lláven)</i>	mayo 23 1887	México
<i>XXV ¡Espera! Dices ¡espera!</i>	junio 9 1887	Toluca
<i>XXVIII Aquí, dije parado ante el sepulcro</i>	septiembre 13 1887	Ixtapan
<i>XXX Cuando la campana</i>	septiembre 1887	México
<i>XXXI Como la alondra que olvidada y triste</i>	septiembre 23 1887	México
<i>XXXII Una sola mirada de tus ojos</i>	septiembre 24 1887	México
<i>Contemplé tan lejano el goce inmenso</i>	septiembre 30 1887	México
<i>En cambio de los siglos de agonía</i>	octubre 7 1887	México
<i>XXXIV Fugaces, vagas é inciertas</i>	octubre 11 1887	México
<i>XXXIII Dime hasta cuando termina</i>	octubre 13 1887	México
<i>¡Benditos ojos!</i>	septiembre 1 1887	Toluca
<i>Mis infortunios</i>	septiembre 8 1887	Ixtapan
<i>El ángel de la guarda (A mi madre)</i>	septiembre 13 1887	México
<i>XXXVI Para que conozcas</i>	agosto 5 1888	Santiago
<i>A mis hermanos</i>	agosto 18 1888	Santiago
<i>Al viandante sediento y fatigado</i>		
<i>Para el álbum de Cora 1</i>	septiembre 28 1888	Santiago
<i>Para el álbum de Cora 2</i>	septiembre 30 1888	Santiago
<i>XLI Azules montes</i>	octubre 14 1888	Santiago
<i>Ten compasión de mí! Yo soy un niño</i>	octubre 23 1888	Santiago
<i>La poesía. A Abelardo Domínguez</i>	octubre 29 1888	Santiago

<i>XXXVIII Cuentan que hay cosas tan tristes</i>	octubre 30 1888	Santiago
<i>Quando miro tus ojos azulados</i>	octubre 30 1888	Santiago
<i>¡Muerta!</i>	noviembre 1 1888	Santiago
<i>XXXIX ¡Como son las mujeres! Todavía</i>	noviembre 12 1888	Santiago
<i>El mendigo</i>	febrero 13 1889	Guatemala
<i>Despedida</i>	marzo 4 1889	Guatemala
<i>A una religiosa</i>	marzo 14 1889	Guatemala
<i>XL ¿Sabes por qué me gusta estar enfermo?</i>	marzo 19 1889	Guatemala
<i>XLII Cuando fríos aseguran</i>	abril 14 1889	Guatemala
<i>Una vez, yo no he sabido</i>	abril 16 1889	Guatemala
<i>XLIII Es tan rara la vez que te contemplo</i>	abril 17 1889	Guatemala
<i>Adorándote siempre, yo he venido</i>	abril 24 1889	Guatemala
<i>LIX El día que pague</i>	abril 30 1889	Guatemala
<i>XLV Después que imponente</i>	mayo 2 1889	Guatemala
<i>XLVI Cuando cruzas por mi árido camino</i>	mayo 6 de 1889	Guatemala
<i>En los toros</i>	mayo 15 1889	Guatemala
<i>En el álbum de la señorita María Santa Cruz</i>	mayo 21 1889	Guatemala
<i>La mujer que en mi alma</i>	mayo 22 1889	Guatemala
<i>¿Qué es el amor? Una cosa</i>	mayo 28 1889	Guatemala
<i>XLVIII Cuando miro una estrella fugitiva</i>	mayo 30 1889	Guatemala
<i>La misma</i>	junio 4 1889	Guatemala
<i>Carta á mis padres</i>	junio 26 1889	Guatemala
<i>Noche de luna</i>	julio 15 1889	Guatemala

<i>Décimas recitadas por una niña en el cumpleaños de la Srita. Natalia Gorriz</i>	junio 15 a julio 20 de 1889	Guatemala
<i>LX Es esta vida tan corta</i>	julio 25 1889	Guatemala
<i>En mi cumpleaños</i>	agosto 7 1889	Guatemala
<i>Si hallar en este libro</i>	agosto 18 1889	Guatemala
<i>XXIX Supe que en confianza á un buen amigo</i>	agosto 23 1889	Guatemala
<i>XLIX ¡Un beso!... Por recibirlo</i>	agosto 25 1889	Guatemala
<i>LI No temas que me pierda si he formado</i>	agosto 24 1889	Guatemala
<i>L Yo sé que de los cielos en el fondo</i>	agosto 28 1889	Guatemala
<i>XIX ¡Haces unas preguntas! Poesía</i>	septiembre 10 1889	Guatemala
<i>Oraciones y perfumes</i>	septiembre 28 1889	Guatemala
<i>Amor inmenso</i>	octubre 10 1889	Guatemala
<i>A Abelardo Domínguez. -epístola patológica-</i>	noviembre 3 1889	Guatemala
<i>En el teatro</i>	diciembre 7 1889	Guatemala
<i>Clemencia. A la Señora Doña Jesús H. de Toledo</i>	diciembre 21 1889	Guatemala
<i>Noche de luna</i>	diciembre 24 1889	Guatemala
<i>XI Cada palabra tuya en la armonía</i>	septiembre 4 1889	Guatemala
<i>V ¡Cuántas manos profanas al acaso</i>	septiembre 20 1889	Guatemala
<i>XLIV Sé que no quieres mirar</i>	octubre 4 1889	Guatemala
<i>LII ¿Sabes lo que pensé la vez primera?</i>	diciembre 25 1889	Guatemala
<i>LVI Después de que sin testigos</i>	noviembre 1889	Guatemala
<i>LVII ¡Cuántas flores, cuántas flores</i>	diciembre 17 1889	Guatemala
<i>LVIII Cuando en el corazón que te ama tanto</i>	diciembre 17 1889	Guatemala

<i>Noche buena</i>	diciembre 24 1889	Guatemala
<i>I "Fugaces", así se llaman</i>		
<i>II si hallas en este libro</i>		
<i>III ¡Cuántas frases harán negras e impuras</i>		
<i>IV ¡Así te adoro más! Brotaste un día</i>		
<i>VI Vida de la vida mía</i>		
<i>VII Vida de la vida mía</i>		
<i>VIII De otros mundos mejores he venido</i>		
<i>XIII Mataste el corazón donde vivías</i>		
<i>XXXV Contemplé tan incierto el plazo largo</i>		
<i>XXXVII Por tanto siglo de congoja inmensa</i>		
<i>XLVII ¿Qué es el amor? Una cosa</i>		
<i>LIV ¿Por qué mis flores al nacer el día</i>		
<i>LV Olvidame si puedes, pero entonces</i>		
<i>Olvido, pequeño poema en tres cantos</i>	1890	Guatemala
<i>LIII Como viven los pájaros cantores</i>	enero 5 1890	Guatemala
<i>Contrastes</i>	enero 13 1890	Guatemala
<i>Esbozo</i>	febrero 5 1890	Guatemala
<i>Los que luchan. A mi amigo Máximo soto Hall</i>	marzo 9 1890	Guatemala
<i>Mi alma es la tuya</i>	marzo 9 1890	Guatemala
<i>El cuervo</i>	abril 1 1890	
<i>Una consulta. A mi maestro el señor Doctor Don Juan J. Ortega</i>	mayo 11 1890	
<i>¡Duerme!</i>	junio 28 1890	

<i>Cosas del mundo (la religión)</i>	junio 30 1890	
<i>En el paseo</i>	agosto 20 1890	Guatemala
<i>Magdalena</i>	febrero 1891	Guatemala
<i>A mi musa. En el álbum de la Señorita Carmen Perales</i>	marzo 19 1891	Guatemala
<i>En el álbum de Lina Cerne</i>	abril 1 de 1891	Guatemala
<i>Reina y señora. A Julia Novella (en la primera página de su álbum)</i>	abril 1 1891	
<i>Flores marchitas. En el álbum de Carlota Novella</i>	Abril 2 1891	
<i>Cosas del mundo (La justicia)</i>	abril 7 1891	
<i>A Luz Martínez (en su Álbum)</i>	abril 17 1891	Guatemala
<i>En el baile</i>	abril 30 1891	
<i>En el bosque</i>	junio 8 1891	Guatemala
<i>El colibrí</i>	junio 14 1891	Guatemala
<i>¡Solo!</i>	julio 13 1891	Guatemala
<i>A Lolita Pacheco. En su Álbum</i>	julio 27 1891	Guatemala
<i>Clínica negra</i>	agosto 1 1891	
<i>¡Patria!- Versos leídos por su autor en la Legación Mexicana</i>	septiembre 16 1891	Guatemala
<i>A Magdalena</i>	octubre 25 1891	Guatemala
<i>El bardo</i>	octubre 31 1891	
<i>A Luisa Martínez. En su álbum</i>	febrero 14 1892	Guatemala
<i>El número 339</i>	febrero 28 1892	

<i>Pacto de amor</i>	marzo 7 1892	
<i>En el templo</i>	marzo 27 1892	
<i>A Julia Garrido (En su Álbum)</i>	abril 2 1892	
<i>A la Señora doña María Lorenza de Lazo Arriaga</i>	abril 25 1892	
<i>A Clotilde Gamero</i>	mayo 12 1892	
<i>Primaverál</i>	mayo 14 1892	Guatemala
<i>Adelante! A la estudiantina "Colón", en su primer concurso</i>	junio 17 1892	
<i>Besos</i>	Agosto 6 1892	
<i>A Enriqueta Löwenthal</i>	Agosto 20 1892	
<i>A Cristóbal Colón</i>	octubre 14 1892	Guatemala
<i>¡Vacaciones! A mis compañeros de estudio</i>	octubre 22 1892	
<i>A Trinidad Martínez</i>	diciembre 13 1892	
<i>Su retrato</i>	febrero 20 1893	Guatemala
<i>Estudiando</i>	mayo 2 1893	
<i>Blanco, negro y rojo</i>	junio 2 1893	Guatemala
<i>Fulgores</i>	julio 12 1893	
<i>Por el arte</i>	julio 14 1893	Guatemala
<i>A Tuxtla</i>	septiembre 10 1893	Guatemala
<i>Febrero</i>	septiembre 15 1893	Guatemala
<i>Junio</i>	septiembre 15 1893	Guatemala
<i>Septiembre</i>	septiembre 16 1893	Guatemala
<i>El honor</i>	septiembre 26 1893	Guatemala

<i>El amor</i>	septiembre 27 1893	
<i>A Margarita Martínez</i>	marzo 1894	Guatemala
<i>A la Señora Doña Gabriela Garrido Martínez</i>	marzo 1894	Guatemala
<i>¡Adiós!</i>	marzo 12 1894	
<i>¡Siempre! A Próspero Calderón</i>	mayo 23 1894	
<i>Fe, esperanza y amor</i>	abril 21 1894	
<i>Fugaz</i>	1894	
<i>El toro salvaje</i>	abril 15 1895	Santiago
<i>Versos Patrios</i>	septiembre 16 1895	Santiago
<i>La Zandunga</i>	septiembre 22 1895	Santiago
<i>Soñando (A Consuelo)</i>	septiembre 29 1895	Santiago
<i>¡Imposible!</i>	enero 22 1896	Santiago
<i>A mi padre en su cumpleaños</i>	marzo 28 1896	Santiago
<i>Pinceladas</i>	abril 25 1896	Santiago
<i>Versos Patrios. Los trabajadores del bosque. A Fausto Moguel</i>	septiembre 2 1896	Santiago
<i>Esperanza</i>	1897	Santiago
<i>Sin esperanza</i>	1897	Santiago
<i>Versos. A don Leopoldo Gout</i>	1897	Santiago
<i>La marimba</i>	1898	Santiago

OBRA POÉTICA

(1884-1890)

A MI AMIGO ABELARDO DOMÍNGUEZ

Al partir para la patria

*¡Vas a partir! al fin de aquí te alejas
Y tornas al hogar donde naciste;
Vas á volar hasta tu nido y dejas
El suelo donde lágrimas vertiste.*

*El tormento maldito de la ausencia
Se va á trocar en calma venturosa
Y verás deslizarse tu existencia,
Entre horizontes mil, color de rosa.*

*Al fin respirarás el puro ambiente
De la patria bendita y del hogar,
Y si sufres, aún podrás la frente
En el materno seno reclinar.*

*¡Sé feliz!... ¡sé feliz!... yo mientras tanto
Cruzando seguiré con paso incierto
Por la senda maldita del quebranto
El espantoso y árido desierto.
Esa dicha tan grande que te espera,
Tal vez hermano, nunca la tendré,
Y moribundo aquí, por vez postrera,
¡Patria!... ¡Patria!... quizá balbuciré.
Muy bien comprendes mi dolor profundo,
Pues ya sufriste lo que sufro ahora:
Sabes muy bien que es un desierto el mundo
Lejos de todo lo que el alma adora.*

—

*Cuando tengas, hermano, por abrigo
De la patria el azul y hermoso cielo,
La saludas en nombre del mendigo,
Que vaga errante en el extranjero suelo.*

*¡Parte pues!... en tus horas de alegría,
Acuérdate que vive abandonado,
El que mezcló sus lágrimas un día
Con las que tú, al sufrir, has derramado.*

ALMAS POR BESOS

*Si tu dejas que un beso
Te dé en la frente
Para que así mitigue
Mi sed ardiente;
Con qué alegría
Diera ese beso
El alma mía!
Que es mi alma muy hermosa
Tú no la sabes:
Dulce es como el arrullo
De tiernas aves;
Como las flores
Que de perfumes viven
Esparciendo amores.
El alma que te ofrezco
Es la de un niño;
Sólo tiene ternura,
Sólo cariño:
Es tan hermosa
Que muy bien la mereces
Niña preciosa
Y la dueña de un alma
Como la mía,
Tan hermosa y tan grande
Suerte tendría:
¡Y por un beso
Te la doy enterita,
Sólo por eso!
¿Por qué, mi vida, aceptas
Esa fortuna?
Te quedarán dos almas
Y a mí ninguna:
Tratos como esos
No se han visto en el mundo
¡Almas por besos!*

A MI MADRE

Hubo un tiempo dichoso, madre mía,
 De mil encantos y de flores lleno,
 En que inocente junto a ti vivía
 Al calor de tu seno.
 Era yo niño entonces... en mi frente
 Colocabas, oh madre, con ternura,
 Muchos besos de amor... aún mi alma siente
 Que vibran con dulzura.
 Yo sólo conocía los fulgores
 De tu mirar tan tierno, tus sonrisas,
 Un campo tapizado por las flores,
 Y el rumor de las brisas.
 Era feliz entonces... ignoraba
 Que hubieran desgraciados en el mundo;
 Dichas no más en mi horizonte hallaba
 Y bienestar profundo.
 Nunca, madre, esperaba que mi cielo
 De negros nubarrones se cubriese,
 Que el dolor me enlutara con su velo,
 Que mi placer muriese.
 Era el hombre al fin, y fatal mi destino
 Me separó, inclemente, de tu lado
 Y seguí, con dolor, otro camino
 Y fui muy desgraciado.
 Con sentimiento vi que en soledad
 Se trocaba del mundo la belleza,
 Y desde entonces vivo en la orfandad
 Llorando de tristeza!
 Cuando se cruza un árido desierto
 Sin el oasis del hogar materno;
 Cuando el placer por siempre queda muerto
 ¡La vida es un infierno!
 Perdona mi blasfemia, madre amada
 Pero el dolor que sin piedad me azora
 Me vuelve loco, y la blasfemia airada
 De entre mis labios brota.
 Quisiera Dios que otra vez esté a tu lado,
 Que de nuevo reciba tus caricias,
 Que otra vez junto a ti viva abrigado
 Respirando delicias.
 Dios no permita que mi negra suerte
 Destruya, para siempre, mi existir,

Quiero antes que en los brazos de la muerte
 En los tuyos vivir.

AL PARTIR

En la hora de partir, tú con tristeza
 Al reclinar, llorando, tu cabeza
 En mi pecho, mi bien,
 Escuchaste un latido de amargura
 Y entonces me miraste con ternura
 porque mi corazón lloró también.

—

Y tuviste un consuelo, vida mía,
 Al ver mi corazón que así latía
 Y que lloraba así;
 Si estuvieras conmigo en este instante
 Vieras llorar mi corazón amante
 Como la vez aquella en que partí.

LA UNIÓN CENTROAMERICANA

A la juventud

Los rencores, los odios, las pasiones
 De un corazón pequeño y miserable;
 Las mezquinas y viles ambiciones,
 Todo lo que hace al hombre despreciable;
 El ruido atronador de los combates,

En los campos la sangre palpitando;
 Del adverso destino los embates,
 Y la patria infeliz agonizando.

El espacio de sombras encubierto,
 De aves negras el grito que amedrenta;
 El silencio espantoso del desierto,
 Y el lejano rumor de la tormenta...
 Eso ayer fue la patria; ensangrentada

*Se deshizo al fragor de los cañones;
Murió... murió la patria desgraciada:
¡Cinco tumbas guardaron sus jirones!*

—
*Los nobles sentimientos que acaricia
Un corazón que entre lo grande crece;
Los ideales de paz, de justicia
Todo lo que á los hombres enaltece.*

*El eco de cien himnos de victoria
Que al cielo eleva sus alegres notas;
La luz de un porvenir lleno de gloria
Y de la patria las cadenas rotas.*

*Azul el cielo con la luz del día,
El quetzal ostentando su plumaje;
Todo lleno de vida y alegría
Y el lejano brillar de un celaje,*

*Eso será la patria porque ufana
Elevará hasta el cielo sus pendones;
Vivirá... vivirá, porque mañana
Se alzarán de la tumba sus jirones.*

—
*¡La unidad de la patria! contemplarla
Bella y feliz en fraternales lazos;
Del polvo que la ha envuelto, levantarla
Y reunir para siempre sus pedazos.*

*Ese sublime ideal en tristes días
Alzó brillante, su gloriosa tea;
Sólo tú, juventud, comprenderías
Que es grande, como tú tan noble idea.*

*Y conociste entonces la grandeza
Que encerraba la Unión al comprenderte;
Y levantaste entonces la cabeza
Y dijiste orgullosa —Unión o muerte—.*

*Por eso, juventud, por eso admiro
Tus sacrificios por la patria santa;
Allá, brillando entre las nubes, miro
Tu gloria que tan alto se levanta.*

*Sacrificas, gustosa, tus abriles
En aras de la patria en que naciste;
Matas tus ilusiones juveniles
Y dejas al hogar desierto y triste,*

*Marchas alegre al campo de combate,
Llevas serena tu orgullosa frente
Y la espantosa muerte no te abate:
¡Tienes tan grande el corazón valiente!*

*Para escribir tu nombre está la historia
En tus acciones con los ojos fijos;
Diste a la patria su brillante gloria
Y se envanece de sus bravos hijos.*

*Mañana escucharás en sacro templo
Del himno que te ensalza los cantares:
¡Está bien juventud, diste el ejemplo
De morir por la patria en sus altares!*

UN SUEÑO

*Soñé que al fin tu corazón latía;
Que al fin me amabas como yo te amaba;
Que en tu caliente seno, vida mía,
Mi fatigada frente reclinaba.
Soñé un mundo de amor y de delicias,
Donde aspiré, como en hermosas flores,
El aura embriagador de tus caricias...
¡Es tan ingrato soñar con tus amores!
Loco mi pobre corazón amante
Sintió el calor de juventud perdida;
Gocé tanto, mi bien, en ese instante
Que bendije lo hermoso de mi vida.
Soñé una dicha delirante, loca,
Que tu amor me embriagaba hasta el exceso;*

Que acercaba mis labios á tu boca
 Y temblando de amor, te daba un beso.
 Evoqué mis marchitas ilusiones,
 Toda la fe que al adorarte siento;
 Que unimos en un ser los corazones,
 Que confundí mi aliento con tu aliento.
 Que yo apretaba contra el pecho mío
 El tierno y palpitante de mi amada....
 Después!... después, al despertar sombrío...
 ¡Estrechaba en mis brazos una almohada!

DOS HERIDAS

Estabas muy hermosa en tu ventana
 Encantadora hurí;
 A los postreros rayos de la tarde
 Muy hermosa te vi,
 Y no tuve la culpa si imprudente
 De ti me enamoré;
 Es imposible contemplar con calma
 Tus encantos, mi bien.
 ¿Recuerdas? Yo llegué hasta tu ventana
 Temblando de pasión;
 Y con voz lastimera al fin te dije
 Luz de mi vida, yo...
 ¡Ay! No pude concluir, en las narices
 Me diste con desdén,
 Un ventanazo y con aquel cariño
 Triste me retiré.
 Herido el corazón me fui alejando
 Y herida la nariz,
 Y tú, al ver ese chasco tan terrible,
 Te pusiste a reír
 Me duelen las narices, pero pronto
 La hinchazón pasará
 Me duele el corazón, mas esa herida
 Es honda y es mortal.

CANTARES

Te dije que te adoraba
 No lo quisiste creer
 ¡Y te enseñé mis cantares
 Y lo dudaste también!
 No te digo que soy pobre
 Porque lo vas a creer.

II

Tienes, hermosa, unos ojos
 Tan brillantes y tan negros!...
 ¡Sabes que nunca pensaba
 Que fuese oscuro mi cielo?

III

Si te cuentan que soy pobre
 Y que ni vestidos tengo;
 Diles que tengo cantares
 ¡Diles que todo es un cuento!

¡VETE!

¡Adiós! me dijo la paloma blanca
 Que vivió tanto tiempo entre mis flores;
 Confidente secreto en mis amores,
 Fiel compañero de mi pobre hogar.
 Voy á buscar el sol de otras regiones,
 Lejos... muy lejos formaré mi nido;
 Sabe que aunque te dejo no te olvido...
 ¡Voy por otros espacios á volar!.

—

Yo quiero conocer aquellas brumas
 Que se ven desde aquí Tras de los montes,
 Quiero volar por esos horizontes
 Pensando en los amores de los dos.
 No llores porque sabes que te quiero,

Vendré más tarde á acariciar contigo
Tus santas ilusiones que bendigo,
No te puedo olvidar... ¡adiós! ¡adiós!

—

Y la blanca paloma que amé tanto,
Buscando en otro cielo nuevas galas
Extendió con afán sus niveas alas,
Y para siempre se olvidó de mí.
¡Adiós! le dije entonces sollozando,
Sé que no volverás como otros días
Porque buscas cantares y alegrías
Y eso que anhelas tú no tengo aquí.

—

Estoy triste y te vas... nunca recuerdes
Al que una vez tu amigo se ha llamado,
Al pobre compañero abandonado,
Olvida los amores de los dos!
Deja las ruinas de mi hogar desierto
Viajera de otros climas y otros lares,
Deja que lllore solo mis pesares,
Vete, paloma blanca, ¡adiós!... ¡adiós!

LA GLORIA

Allí el fantasma está que me persigue
Con implacable empeño;
En vano intentan resistir mis ojos
Sus fulgores intensos
Y he querido ahuyentar estas visiones
Que tengo en el cerebro.

En mis noches de angustias y de insomnios
Mira mi pensamiento
Brillar entre las sombras de la noche
Sus contornos de fuego.

Ese fantasma seguirá mis pasos
En mi camino incierto,
Y vivirá conmigo eternamente
Con su fulgor eterno...

¡La gloria! Yo bien sé que con ella sueñan
Los grandes y los necios;
Que es imposible que a las puertas llegue
De su sagrado templo;
Que puedo caminar toda mi vida
Y siempre estaré lejos
Y que al cabo de tantos desengaños
Llegará el desaliento.

Que nunca ganarán unos laureles
Mis desgraciados versos;
Que es quimera soñar... ¡ah! si pudiera
Desterrar estos sueños!

A MI PADRE EN SU CUMPLEAÑOS

Debo, padre, decirte lo que siento,
Es rudo mi lenguaje y es sincero;
Tú sabes que á tu lado estoy contento,
Sabes que te respeto y que te quiero.
¡Cómo no te ha de amar el alma mía
Si todo lo que tengo me lo has dado!
Me diste un porvenir que no tenía,
Me enseñaste á vivir como hombre honrado.
Tú me enseñaste á amar, dando el ejemplo,
las virtudes que endulzan la existencia,
A venerar, en sacrosanto templo
Todo lo que enaltece á la conciencia.
"Sé bueno, me dijiste, no mancilles
El nombre que te dejo, esa es tu gloria,
Siempre ten dignidad, jamás te humilles
Y que solo nobleza sea tu historia
Ama á mis hijos como á ti te quiero,
Vela por ellos como buen hermano:
Yo los cuido también... si acaso muero

Tú seguirás la obra en que me afano.
 La santa caridad debe encontrarte,
 Protege al desgraciado y al mendigo;
 Piensa que tú también puedes quedarte
 Alguna vez sin pan y sin abrigo.
 Que jamás te deslumbre la riqueza;
 Con todo el trabajo se ha alcanzado;
 Preferible es mil veces la pobreza
 Al oro que de infamia se ha manchado.
 Recuerda que los nobles corazones
 Odiaron siempre la maldad y el vicio,
 Si desbordas sin freno tus pasiones
 caerás en insondable precipicio.
 No deshonres á nadie, que tus labios
 Dejen para el infame esos alardes;
 Perdona las ofensas, los agravios
 Porque solo se vengan los cobardes.
 Siempre debes decir lo que se siente,
 Sin esbozo ninguno y con franqueza
 Y con respeto descubrir tu frente
 Donde quiera que encuentres la grandeza.
 El hipócrita vive de congojas
 Y arrastra una existencia miserable;
 No debes adular porque recojas
 De pan algún pedazo despreciable.
 Debes creer en Dios, al que no cree
 Todos los miran con horror profundo;
 Dios en el fondo de las almas lee
 Y protege á los buenos en el mundo”.
 Ama el suelo bendito en que naciste
 Que el amor a la patria es noble y santo,
 Muere por ella si luchar la viste
 Y de su pabellón forma tu manto.
 Y después de la patria... tú conoces
 Quiénes te cuidan con afán prolijo,
 Quienes cifran en ti todos sus goces...
 ¡Tú los debes amar si eres buen hijo!”.
 Esos santos consejos, tu bien viste
 Que nunca están con mi conducta en guerra;
 No cambio esos tesoros que me diste
 Por todas las grandezas de la tierra.
 Jamás podré pagar lo que te debo:
 Me diste el corazón, me hiciste hombre,

Mas te conformas con saber que llevo
 Sin mancha alguna tu sagrado nombre.
 Yo conozco muy bien lo que deseas,
 En dónde tienes tus ideales hijos;
 Tú sólo te conformas con que veas
 Nobles y buenos tus amados hijos.
 Y al fin verás tu afán recompensado,
 ¡Cómo ibas á vivir de desengaños!
 Te respetan tus hijos, padre amado,
 Y quieren abrazarte en tu cumpleaños.

TUS PLEGARIAS

En ti pensaba siempre! llegué al templo
 en donde tú rezabas,
 y busqué aquellas sombras que velaron
 las tinieblas de mi alma;
 Inmóvil y callado, semejante
 á las mudas estatuas
 en el recinto oscuro de aquel templo
 escuché tus plegarias.
 Los ecos de las naves repetían
 tus vibrantes palabras
 que resonaban con letal tristeza
 en los ecos de mi alma.
 Eran como las notas fugitivas
 de alguna voz lejana,
 como amoroso y lastimero arrullo
 de las palomas blancas,
 como el canto del niño por la tarde
 al ángel que lo guarda.
 Aquel rumor confuso y apagado
 como batir de alas:
 yo no sé qué recuerdos me traía,
 qué tiempos evocaba!
 tal vez de aquella edad, que nunca vuelve
 alguna historia vaga,
 oscurecida por las densas brumas
 que me enervan el alma.
 Tanto llegué á pensar en mis recuerdos
 y tanto en ti pensaba

que asomaron ardiendo en mis pupilas
 dos silenciosas lágrimas;
 uní mis oraciones de infortunio
 á tus preces cristianas
 y olvidé las tormentas que en mi vida
 eternamente estallan....
 Y desde entonces cuando sufro y llevo
 tinieblas en el alma,
 cuando en mis horas de tristeza pienso
 que tal vez no me amas;
 sin que lo sepas tú, sin que adivines
 quién, oculto te guarda,
 inmóvil y callado, semejante
 á las mudas estatuas,
 en el recinto oscuro de aquel templo,
 escucho tus plegarias
 y espero que me invoquen y me llamen
 tus vibrantes palabras.

A...

¿A qué la confesión? No es necesario
 Pronunciar una frase apasionada;
 Que tienes en mi alma tu santuario
 Ya te lo revelé con la mirada.
 Sabes á quién en mis insomnios llamo,
 Quién inspira la fe de mis cantares;
 Sin que digan mis labios que te amo
 Ya sabes quién habita en mis altares.
 Toda mi adoración inmensa y pura
 La has conocido sin tener sonrojos:
 Se dicen tantas cosas de ternura
 ¡En la muda expresión de nuestros ojos!
 Jamás podrá decirte lo que anhelo
 La palabra banal que nada encierra;
 El lenguaje del alma está en el cielo
 Y lo ignoran los pobres de la tierra.

HIDALGO

Yo no vengo á cantarte! otro lenguaje,
 Que tu nombre pronuncie es necesario;
 Vengo solo á rendirte mi homenaje
 Al llegar al dintel de tu santuario.
 Para subir al cielo en donde moras,
 A la región de luz donde fulguras,
 Has llevado las alas triunfadoras
 Del águila caudal de las alturas.
 Apóstol que bajabas desde el cielo
 Como la sombra augusta del Mesías,
 De un porvenir de luz alzaste el velo
 Propagando el fulgor de hermosos días.
 Rompiendo las cadenas del pasado
 Surges entre las raudas tempestades:
 La patria envanecida te ha llamado
 Padre de nuestras santas libertades.
 Tu protesta inmortal vibró en Dolores
 Derribando á su paso férreos muros;
 Tres centurias de duelos y rencores
 Rodaron entre el polvo á tus conjuros.
 De aquella edad tan triste y tan oscura
 Sereno arrastras el furioso embate,
 Y destacas tu olímpica figura
 Entre el fragor y el humo del combate.
 Sacerdote en el púlpito y guerrero
 Venciste en buena lid á los tiranos:
 Cada palabra de tu labio austero
 Era una redención de tus hermanos.
 Entre el rugir del huracán que estalla,
 Iluminado por radiosas luces,
 Como el numen de gloria en la batalla,
 Te miro allá en los Montes de las Cruces.
 Aún me parece oír en nuestros lares
 El himno con que alzabas tus pendones,
 El grito de las turbas populares
 Y el eco atronador de tus cañones.

En la lucha titánica en que vives
 Juegas tranquilo la mortal partida,
 Y, al sucumbir en el combate, escribes
 El mejor episodio de tu vida...
 En vano la ignorancia en su rudeza

*Te quiso herir y calumniarte en vano:
 Tu sangre demostraba la nobleza
 De la santa misión del noble anciano.
 Queda de nuestro honor en los anales
 Eternamente tu pasado escrito,
 Y recuerdan tus hechos inmortales
 Caracteres de bronce y granito.
 Cada palabra que en tus labios brota
 Es una redención de tus hermanos,
 Y cada ideal que al retroceso azota
 Es una bofetada a los tiranos.
 El Cristo inmaculado que llevabas
 Te sirvió de estandarte en la pelea;
 ¡Y en el nombre de Dios nos libertabas,
 Sublime sacerdote de tu idea!
 Y tan grande es el peso de la gloria
 Que gravita en tus hombros de gigante,
 Que te mira asombrada nuestra historia
 Sin hallar pedestal que te levante.
 Hoy que se ahogaron ya tantos rencores,
 Que no se oye el rumor de la pelea;
 Mira... tu enseña que surgió en Dolores
 Libre y tranquila en nuestro cielo ondea.*

Gracias á los martirios de tu vida

*Y á tu sublime abnegación sin nombre,
 Míranos sacudir la frente erguida
 Con el orgullo del que al fin es hombre.
 La patria en su cantar tu nombre invoca
 Al tributarte su ovación vehemente,
 Frescas coronas de laurel coloca
 En los blancos cabellos de tu frente.
 Para llegar al cielo en donde moras,
 A la región de luz donde fulguras,
 Necesito las alas triunfadoras
 Del águila caudal de las alturas.
 Y no vengo á cantarte! otro lenguaje
 Que tu nombre pronuncie es necesario;
 Vengo solo á rendirte mi homenaje
 Al llegar al dintel de tu santuario.*

NO ME OLVIDES ¹

Yo no te olvido nunca ¡si padeces
 No dejes de volver!
 Peón y Contreras

*Hastada estás de mi pasión ardiente
 y te vas..... ¡está bien!
 buscas el mundo ideal en que deliras
 y no piensas volver,
 buscas nuevas pasiones que mitiguen
 tu inextinguible sed,
 quieres viajar cual golondrina errante...
 tiende tu vuelo, pues!
 Busca algún corazón que te ame tanto
 como una vez te amé
 y en ese afán eterno lo que ansías,
 ¡quién sabe dónde esté!
 yo sé que volverán á tu memoria
 los recuerdos de ayer,
 que triste y silenciosa, alma de mi alma,
 tú llorarás después
 que en vano buscarás otros vergeles...
 ¡así tiene qué ser!
 Pero acuérdate entonces que muy lejos
 Dejaste, en tu desdén,
 tu pobre compañero abandonado...
 ¡no dejes de volver!
 Guardo intacto el altar donde vivía
 el ángel que se fue;
 pienso en ti nada más, estoy enfermo
 de tanto padecer
 y solo faltas tú para que vuelva
 á cantarte otra vez.
 Piensa en el pobre nido que has dejado,
 piensa en mi amor después,
 y entonces torna el vuelo a tus hogares,
 te espero aquí, mi bien,
 sabes que te amo mucho, ¡si padeces,
 no dejes del volver!*

1 El poema tiene una dedicatoria en su versión de 1885 "A mi amigo Antonio Méndez"

A MI AMIGO J.A. TAMASIO ORTIZ

*¡Como ha pasado mi existencia errante
En continuo viajar!
Tendí mi vuelo fatigado y lento
Entre la tempestad,
Pensando silencioso, en la familia,
En el perdido hogar...*

*Hoy vuelvo a los hermosos horizontes
Do mis dichas están,
Y que vagó un mendigo en estos climas
Nadie recordará.*

*Sólo tú pensarás en el viajero,
Tú no lo olvidarás,
Porque con él forjaste ilusiones
Buscando un más allá;
Con él hiciste versos y le diste
Tu sincera amistad.
Yo siempre viviré con tu recuerdo
En mi suelo natal.*

*Se olvida el sufrimiento, la alegría,
Los recuerdos se van
Y hasta las ilusiones del poeta
Se llegan a olvidar,
Pero las almas que en su vida errante
Unió la adversidad,
Esas siempre recuerdan sus tristezas
¡No se olviden jamás!*

**A LA APRECIABLE FAMILIA DEL SEÑOR
DON MARIANO SERRANO MONTENEGRO**

*Torno a mis lares mi cansado vuelo;
Necesito el abrigo de otro cielo;
Necesito otro ambiente respirar.
Torno a buscar mis patrios horizontes,
Aquel cielo azulado, aquellos montes
De mi perdido hogar.*

*Busco lo que afanoso lloré un día;
Las bellas flores de la patria mía
El risueño vergel donde nací;
Necesito vivir con mis hermanos
Que quedaron en climas tan lejanos...
¡Quiero cuanto perdí!
¡Como he vagado con incierto paso!
Yo anduve solitario y al acaso
En alas de la ruda adversidad.
Crucé como gaviota ignotos mares
Buscando, errante, mis perdidos lares
Entre la tempestad.
En su viaje constante el peregrino
Halló al fin, una sombra en su camino
Y el cansado viajero reposó.
Allí, el fulgor de los pasados días,
Volvieron las benditas alegrías
Y hasta la fe volvió.
¡Cuántos cariños recibí abrigado!
Allí olvidé que era un desterrado
Perdido en otros climas... ¡lo olvidé!
Al calor de este hogar entre sus flores
Ya no volví a llorar por los amores
Que tan lejos, dejé.
Hoy que busco mis patrios horizontes
Aquel cielo azulado, aquellos montes
Donde pasé mi alegre juventud;
Hoy que dejo este edén lleno de calma
Me llevo sus perfumes en el alma;
Llevo la gratitud!
Pronto vuelvo a este hogar casto y bendito,
Quiero ver mi familia... necesito
Vivir con los recuerdos que lloré.
Solo voy a abrigar mi frente helada
Junto al regazo de mi madre amada
Y después volveré.
Yo soy ave perdida y pasajera
Y al alejarse así de esta ribera
Sufre mucho mi pobre corazón.
Quién sabe si no vuelva y su mañana
A otra tierra más triste y más lejana
Me arrebate el turbión.*

Si no puedo volver a estas regiones;
 Cuando en la tumba estén mis ilusiones
 Y el polvo nada más de lo que fui,
 Guardad en este hogar mi triste historia,
 Una lejana y pálida memoria,
 Un recuerdo de mí.
 Yo... mientras viva en extranjeros lares
 Vendrá mi pensamiento a estos hogares;
 Aquí se posará junto a su altar.
 Que aquí encontró mi corazón abrigo
 Y que entonces no fui pobre mendigo
 ¡Quien lo puede olvidar!

AL SABINO DE SANTA MARÍA DEL TULE

A la sombra que presta tu ramaje
 Suspendí de mi vida el largo viaje
 Y reposé un instante nada más;
 Es eterno mi adiós! soy pasajero
 De letales tristezas mensajero
 Que ignora en su camino, á donde va...

¡LLÁMAME!

I

Cuando fijas la mirada
 en las regiones del cielo
 y lleguen á tus pupilas
 de aquella luz los reflejos;
 si quieres saber qué llevan
 los rojas nubes de fuego,
 quiénes habitan los mundos
 que miras brillar tan lejos,
 y quienes baten sus alas
 en aquel espacio inmenso.
 Si quieres, amada mía
 ver las grandezas del cielo,
 llámame á tu lado entonces,

pregúntame esos misterios
 porque sé de muchas cosas
 los escondidos secretos;
 y te diré cuanto encierra
 lo que tú miras tan lejos.
 Que mi espíritu incansable
 buscando luz en su vuelo
 ha tendido ya sus alas
 en aquel espacio inmenso.

II

Cuando escuches por la tarde
 quejas perdidas del viento,
 y lleguen á tus oídos
 de extrañas notas los ecos,
 palabras que no comprendas,
 risas, suspiros, lamentos,
 y te parece que se unen
 del sol al postrer reflejo
 los rumores de la tierra,
 con los rumores del cielo.
 Si quieres saber qué dicen
 esos cantares inciertos;
 llámame á tu lado entonces,
 pregúntame esos misterios,
 porque sé de muchas cosas
 los escondidos secretos,
 y te enseñaré el lenguaje
 de los invisibles genios.
 Que mi espíritu ha viajado
 del sol al postrer reflejo,
 y conozco cuanto lleva
 entre sus alas el viento.

III

Cuando en largas noches huya
 de tus párpados el sueño
 y nublen tu hermosa frente
 mil tenaces pensamientos;
 si ves ángeles formados
 de blancas nubes del cielo

*y te despiertan los ruidos
de su constante aleteo.
Si te nombran y te llaman
y te besan sonriendo,
y te hablan en un idioma
que no puedes comprenderlo;
llámame á tu lado entonces,
y cuéntame esos misterios
porque sé de muchas cosas
los escondidos secretos;
y te diré por qué vienen
á velarte de tan lejos.
Que muchas veces mi espíritu
ha discurrido con ellos,
y sé por qué te acarician
y por qué turban tus sueños.*

IV

*Cuando una sonrisa asome
entre tus labios inquietos
y sientas que te acarician
ocultos goces intensos;
cuando dos lágrimas puras
brillen en tus ojos negros
y sientas dentro del alma
hondos y azarosos duelos.
Si no sabes por qué ríes
entre amargos sufrimientos
y no penetran tus ojos,
estas sombras y esos velos;
llámame á tu lado entonces,
pregúntame esos misterios
porque sé de muchas cosas
los escondidos secretos,
y te diré por qué ríen
y lloran tus ojos negros.
Que mi espíritu ha vivido
cerca de ti mucho tiempo
y ya conoce tu alma
llena de luz y misterios.*

V

*Y... ¡escucha! cuando padezcas
en solitario desierto
y, sin reír, lloren mucho
tus húmedos ojos negros;
cuando comprendas que todas
tus ilusiones se fueron
y habiten en tus hogares
la tristeza y el silencio.
Si quieres que se disipen
esas tinieblas de invierno
y otra vez quieres que vuelvan
las auroras á tu cielo;
llámame a tu lado y cuéntame
esos oscuros misterios
porque sé de muchas cosas
los escondidos secretos,
y te daré luz y aromas
y muchos goces eternos.
Que al ofrecerte mi espíritu
los tesoros que poseo
habitarás en los mundos
de las regiones del cielo.*

EL POETA

*Tiene la aurora suaves colores,
Lágrimas puras las blancas flores,
El aire lleva fragancia y luz;
Doradas gazas ornan la tierra,
Perlas y espumas el mar encierra,
Brillantes nubes el cielo azul.*

*Mis versos guardan
En urnas de oro
Rico tesoro
De inmenso amor;
Porque es hermosa
Mi vida inquieta,
¡Porque el poeta
me llamo yo!*

*Las golondrinas de raudo vuelo
En espirales llegan al cielo
Cruzando alegres la inmensidad;
Suspiros lleva la brisa errante
Y con eterno rumor vibrante
Surcan las ondas del ancho mar.*

*Y el alma mía
viaja al acaso
Y va á su paso
Llevando amor;
Porque es hermosa
Mi vida inquieta,
¡Porque el poeta
me llamo yo!*

*Las aves duermen entre las hojas
Y sin pesares y sin congojas
Solas y quietas viven así;
Forman los nidos con su plumaje,
Y siempre ocultas en el ramaje
Cantando amores duermen allí.*

*Y yo en hogares
De blancos lirios
Con mis delirios
De ardiente amor;
Porque es hermosa
mi vida inquieta
¡Porque el poeta
me llamo yo!*

*Ama el jilguero la selva umbría
Y las alondras la luz del día
Y la gaviotas la tempestad;
Aman las flores las mariposas
Y sus perfumes las níveas rosas
Y las violetas la oscuridad.*

*Yo amo un fantasma
De luz formado
Que me ha brindado
Su ardiente amor;
Porque es hermosa
Mi vida inquieta,
¡Porque el poeta
Me llamo yo!*

*Yo siempre busco luces y galas
Inmensidades para mis alas,
Ver el espacio si tiene fin;
Llevo mis flores a las alturas
Y siempre busco regiones puras...
¡Soy de otros mundos, no soy de aquí!*

*Llevo á mi paso
Urnas de oro
Con su tesoro
De inmenso amor;
Porque es hermosa
Mi vida inquieta,
¡Porque el poeta
me llamo yo!*

ALLÁ TE ESPERO

A mi bueno y distinguido amigo el
Señor Magín Lláven

I

*Adiós! en una carta le decía,
Hoy que al partir mis ilusiones mueren
Quiero que tú conozcas, vida mía,
Las tristezas letales que me hieren
Seré mañana sin tu casto abrigo
Extranjero errabundo en tristes lares,
Y eternamente llevaré conmigo
La historia que forme de mis pesares.
Vierte mi corazón decepcionado
Llanto de fuego por la vez primera,
Porque sabes muy bien que te he adorado
Con la fe inquebrantable del que espera.
Formé, porque vivieras escondida,
Ignorando altares en el alma;
Eras en el desierto de mi vida
La única hermosa y solitaria palma.
La luz de tus pupilas disipaba
Las sombras de mis tristes soledades,
Y tu manto de virgen me abrigaba
De la vida en las rudas tempestades.*

Me faltaba la luz y el pensamiento
Si no estabas llamándome á tu lado;
¡Que grande no será mi sufrimiento
Cuando viva perdido é ignorado!
Como en los rezos que aprendí de niño
El nombre de la virgen pronunciaba,
Te llamé muchas veces con cariño
Y entre mis oraciones te invocaba.
Siempre te hablaba con fervor profundo
En mis horas de ardiente desvarío;
¡No hallarás á tu paso por el mundo
Amores tan intensos como el mío!
Lleno de adoración pura y sencilla
Resonaba tu nombre en mis cantares,
Y siempre se doblaba mi rodilla
Al pie de tus magníficos altares.
Eras la única fe que iluminaba
Mi vida de congojas y dolores;
Todo el bien de mi alma lo cifraba
En verte reposar entre mis flores.
Hoy el furioso vendaval que abate
Sin compasión destroza mi existencia...
¡Ya perdí de la vida en el combate
La última religión... la última creencia!
Dejo solo perfumes y armonías
De tu santuario en el recinto amado...
¡Cuando me llames tú como otros días
Verás que nunca llegaré a tu lado!
Mientras mi yerto corazón palpita
Y un pensamiento en mi cerebro bulla,
Cuidaré que tu amor conmigo habite
Y una memoria haré... será la tuya!
Adiós! que los recuerdos del mendigo
Se agiten junto á ti siempre despiertos;
Que pronuncies el nombre de tu amigo
Cuando reces y llores por los muertos.
Ya conoces mi amor noble y profundo
Y el pobre corazón con que te quiero;
No pierdas la esperanza... en otro mundo
Gozaremos tal vez...¡allá te espero!

II

En papeles que guardo, amarillentos
Por los años eternos que pasaron,
Escribió sus ocultos sufrimientos,
Las tristezas que al cabo la mataron:
“Al pensar que te vas y que me dejas
Dos lágrimas se agolpan á mis ojos...
Quiero también que lleves, si te alejas
La historia de mis íntimos abrojos.
Mientras camines tú bajo otro cielo
Pensando en los dolores que padeces,
Yo solo esperaré tender el vuelo
Y llegar á ese mundo que me ofreces...
Nunca irás al acaso y sin abrigo
Y lleno el corazón de decepciones,
Porque á tu lado viajarán contigo
Mi espíritu, mi fe y mis oraciones.
Feliz y alegre junto á ti vivía
En el nido de flores que me hiciste,
Y al arrullo apacible me dormía
de tu cantar apasionado y triste.
En ti cifraba todo mi cariño
Y el candor infantil de mi ternura;
Y te soñaba mucho como el niño
Que forja una visión hermosa y pura.
El alma que te di, como los lirios,
Vivió al calor de tu pasión ardiente,
Y fue la realidad de mis delirios
Los besos que me debas en la frente.
¡Si vieras todo lo que mi alma encierra
Cada vez que me dices que me quieres!
Yo sé que no hallarás sobre la tierra
Un amor tan hermoso en las mujeres!
Hoy se alejaron ya mis alegrías
Y aquellas horas de placer tranquilas,
Y ya no me veré, como otros días,
Juguetona y alegre en tus pupilas.
Mañana llevarás sombras y velos
Mi espíritu infantil que luz desea,
Y moriré después entre los hielos
De la noche invernal que me rodea.

Recordándome siempre tus amores
 Las ruinas quedarán de tus altares,
 Las hojas amarillas de las flores
 Y el eco nada más de tus cantares.
 No pienses que te olvide y que mañana
 Te culpe por el bien que me has quitado:
 Te amé con toda mi pasión temprana
 Porque te vi sin patria y desgraciado.
 Yo buscaré también otros vergeles
 Donde reposen mis amores yertos:
 Allá me encontrarás en los dinteles
 Del tranquilo santuario de los muertos.
 Sufre sereno el tempestuoso embate
 Del eterno huracán de tu existencia,
 Si no tienes valor en el combate
 Me perderás á mí con tu creencia.
 Aquí solo encontró llanto y tristeza
 El pobre corazón con que te quiero;
 Gozaremos tal vez en donde empieza
 La vida del sepulcro... allá te espero!"

¡BENDITOS OJOS!

Ojos de la morena
 de mis recuerdos,
 húmedos y dormidos
 grandes y negros;
 ojos que encierran
 los velados tesoros
 de mi morena.

¡Cuánto pienso en vosotros,
 ojos brillantes,
 únicos compañeros
 de mis pesares;
 solo y enfermo
 de tristezas sin nombre
 me estoy muriendo.

En estas largas noches
 de mis vigalias
 Velan junto á mi lecho
 vuestras pupilas;
 ¡solo vosotros
 me quedáis en el mundo
 benditos ojos!

Ojos de la morena
 de mis recuerdos,
 Si vierais cuánto sufro...
 cuánto padezco!
 sin esperanzas
 mi corazón se muere,
 se muere mi alma.

Así como vosotros
 negros y grandes,
 así son mis congojas
 y mis pesares;
 y tan intensos
 como aquellas miradas
 de mis recuerdos.

Caminante perdido
 de las montañas
 que nunca llega al término
 de su jornada,
 en estos climas
 me rindo bajo el peso
 de mis fatigas.

Ojos de la morena
 del alma mía,
 no volverán á verme
 vuestras pupilas;
 ay! ojos negros,
 llorad porque estoy triste,
 porque me muero!

MIS INFORTUNIOS

Oye! si arrodillada en los altares,
 Con la cristiana fe que tu alma encierra,
 Oras porque terminen los pesares
 De los infortunados de la tierra.

Si en la tranquila y silenciosa ermita
 Donde mora la virgen solitaria,
 Elevas tu oración casta y bendita
 Y recuerdas al pobre en tu plegaria.
 Si rezas por los mismos que lloran,
 Por el mendigo enfermo y errabundo;
 Si allí tus labios con fervor imploran
 Protección á los huérfanos del mundo.
 Recuerda entonces mi pasado incierto,
 Las páginas luctuosas de mi historia;
 Yo también he llorado en el desierto
 De mi vida ignorada y transitoria.
 Yo padezco también, ave perdida
 Que cruza con afán climas extraños,
 En todos los instantes de mi vida
 Se asientan junto á mí los desengaños.
 Si vieras tú mi padecer intenso,
 Mis largas noches de mortal vigilia;
 Si vieras lo que sufro cuando pienso
 En el perdido hogar y en mi familia!
 En anchuroso mar negro oleaje,
 Miserable juguete del destino;
 Estoy cansado de mi largo viaje
 Porque no hallo una sombra en mi camino.

El eterno huracán que me destroza
 Ruje fiero y potente en mi jornada;
 Mi vida, en la apariencia silenciosa,
 Es una tempestad desenfrenada.

Llevo siempre en el viaje en que me afito
 Mi eterno padecer por compañero;
 Me he fatigado de buscar en vano
 Una dicha inmortal que ya no espero.

En el ajeno hogar huésped proscrito,
 Mensajero del llanto de mañana;
 En la noche de mi alma necesito
 La hermosa luz de tu oración cristiana.

En medio de mis lágrimas mortales

Deja que junto á ti busque la calma,
 Que me cubran tus alas virginales
 Del duro cierzo que me hiela el alma.
 Si velar por los pobres que se mueren
 Es tu santa misión sobre la tierra,
 Ora por los dolores que me hieren
 Con la cristiana fe que tu alma encierra.
 Forma con dulce caridad bendita
 Del nombre de tu amigo una plegaria,
 En la tranquila y silenciosa ermita
 Donde mora la virgen solitaria.

EL ÁNGEL DE LA GUARDA

A mi madre

I

A pesar de los años transcurridos,
 de mi tranquila infancia
 guardo un recuerdo arrullador y hermoso
 en lo íntimo de mi alma.
 Es una vieja historia de otros días
 de ternura y de lágrimas
 que repito mis horas de tristeza
 como santa plegaria;
 es de una edad lejana que no vuelve
 reminiscencias vaga,
 que nunca olvidaré porque la llevo
 hondamente grabada
 en lo más escondido de mi pecho,
 en lo íntimo de mi alma.

II

Una noche invernal y tempestuosa,
 oscura y destemplada,
 silencioso escuché junto a la lumbre
 que en el hogar brillaba
 el trueno amortiguado que rujía
 detrás de las montañas;
 silbaba el huracán con furia intensa

y sus pérdidas ráfagas
 azotaban sin tregua ni descanso
 las puertas y ventanas;
 la luz de los relámpagos rompía
 con su trémula llama
 aquella densa oscuridad del cielo,
 del bosque la montaña;
 desgajados los árboles gemían
 y los perros aullaban,
 y esa vez tuve miedo y sentí frío...
 frío intenso en el alma!
 Creí que los espíritus nocturnos
 á la tierra bajaban,
 en medio de las sombras de la noche
 miré sus formas vagas,
 sentí sobre mi frente el soplo helado
 de sus inmensas alas
 y confundí sus gritos con los ecos
 del viento que silbaba.
 Yo, con la fe del corazón del niño
 que invoca á quien lo ampara,
 aquella noche de mortal pavora
 busqué á mi madre santa
 y oculté mi cabeza en su regazo
 conteniendo mis lágrimas.
 Duerme! me dijo cariñosa y dulce,
 duerme, niño de mi alma,
 no temas al rumor de la tormenta
 ni el huracán que estalla,
 que cuidándote está sobre la tierra
 el ángel de tu guarda;
 de la vida en el viaje solitario
 te cubre con sus alas
 y el amor con que vela en tu camino
 jamás, jamás se acaba!
 Así dijo la madre de mi vida
 único ser que me ama,
 murmuró sonriendo en mis oídos
 una oración cristiana
 y sentí que mis ojos soñolientos
 al cabo se cerraban,
 que me besó en la frente y que me dijo:
 duérmete, hasta mañana!

III

Desde entonces conservo con cariño
 en lo íntimo de mi alma
 ese recuerdo arrullador y hermoso
 de aquella edad lejana.
 Cuando la tempestad en mi camino
 ruje desenfrenada
 y el huracán atronador e inmenso
 con furia se desata,
 cuando lloro en mis horas de infortunio
 tan negras y tan largas
 y recuerdo que llevo solamente
 tristezas en el alma,
 entonces pienso en el hogar que ocultan
 las azules montañas,
 en el caliente nido donde habita
 mi madre buena y santa,
 y resuena otra vez en mi memoria
 la bendita plegaria
 de la noche invernal que nunca olvido
 oscura y destemplada.
 Duerme! murmura cariñosa y dulce,
 duerme, niño de mi alma,
 que cuidándote está sobre la tierra
 el ángel de tu guarda;
 de la vida en el viaje solitario
 te cubre con sus alas
 y el amor con que vela en tu camino,
 jamás, jamás se acaba.

A MIS HERMANOS

Caros amigos míos,
 heme de vuelta ya
 vacilante y enfermo
 de oculto y hondo mal
 cruzando los dinteles
 de vuestro santo hogar.
 Abridme vuestros brazos,
 dadme calor y pan

y aquí, junto á la lumbre,
 dejadme descansar.
 Miradme... soy el mismo
 que tanto, tanto amáis,
 el mismo pobre hermano
 de aquella hermosa edad
 que cerca de vosotros
 aprendió á balbucear
 las palabras unciosas
 del labio maternal.
 Yo soy el que otras veces
 (ha mucho tiempo ya)
 jugaba con vosotros
 en santa y buena paz
 bajo la espesa sombra
 del bosque secular.
 Soy el hermano errante
 que tal vez no esperáis,
 el mismo compañero
 de aquella hermosa edad
 de tantas ilusiones
 que ya no volverán.
 Miradme... en tantos años
 de ausencia y de penar,
 á fuerza de dolores
 y de incurable mal
 mi negra cabellera
 comienza á blanquear,
 mi helada frente arrugan
 algunos surcos más
 y acaso, amigos míos,
 ya no me conocáis.
 Que queréis! con el tiempo
 todo llega á cambiar,
 y aunque traiga las huellas
 del invierno en mi faz
 yo siempre seré el mismo
 de aquella hermosa edad
 que no os olvida nunca,
 que siempre os amaré.
 Abridme vuestra puerta,
 dadme calor y pan
 y en medio de vosotros

dadme el viejo lugar
 que abandoné llorando
 siglos y siglos ha.
 Caros amigos míos,
 vuestra lumbre atizad
 porque traigo en el alma
 fría noche invernal;
 abridme vuestros brazos,
 dadme consuelo y paz
 y aquí, junto a vosotros,
 dejadme descansar.

PARA EL ÁLBUM DE CORA

*Siempre que llegan en feliz concierto
 A mi desierto, silencioso hogar
 Las dulces rimas de laúd sonoro
 Que en lluvia de oro
 Descompone sus notas al vibrar.*

*Quando en mi cielo donde falta el día
 Vaga armonía se difunde en luz,
 Y envuelto el aire en la canción serena
 Vibra y resuena
 Rasgando el negro y funeral capuz.*

*La niebla olvido de mi triste invierno,
 El duelo eterno que á mi lado está;
 La nube informe de dolor se ahuyenta
 Y la tormenta
 Por el conjuro del cantar se va.*

*Y aquella voz que mi penar consuela,
 Que alegre vuela por el cielo azul,
 Mi frente arrulla, al desplegar sus galas,
 Con tenues alas
 De gazas puras de esplendente tul.*

Mas cuando llegan á mi hogar sin flores
 Frescos rumores de argentina voz;
 Delgado acento de mujer que canta,
 Que se levanta
 Hasta llegar al dosel de Dios.

Si vaporosa exhalación incierta
 Cruza en mi yerta, en mi invernal quietud;
 Si en otro espacio misteriosa hada
 Gentil balada
 Arranca de las cuerdas el laúd.

Entonces vuelve á mi pupila el brillo
 Y me arrodillo á recibir la fe,
 Porque á la duda el corazón se aferra
 Cuando en la tierra
 No se puede encontrar lo que se fue.

Y yo también con tembloroso llanto
 Uno mi canto al moribundo son;
 Libre de ocultos y voraces males
 Brotó á raudales
 De mi numen sin fe la inspiración.

Al escuchar tu voz pura y bendita
 ¡Cómo palpita el corazón por ti!
 ¡Cuántos celajes de felices horas,
 Cuántas auroras
 Ante mis ojos apagados vi!

Por eso, Cora, tu palabra ansiosa
 Vino amorosa á sacudir mi fe;
 Sacó del polvo de mejores días
 Mustias y frías
 Todas las ilusiones que olvidé.

Canta! y que venga tu gentil balada
 ¡Oh dulce hada! á mi desierto hogar;
 Pulsa un instante tu laúd de oro
 Y eco sonoro
 Venga mi corazón á despertar.

Canta! que el eco de tu voz querida
 Traiga la vida en donde fue mi edén;
 Canta! y al son de tus vibrantes notas
 Las cuerdas rotas
 Déjame herir de mi laúd también.

Deja que el fuego en mis pupilas brille,
 Que me arrodille al escuchar tu voz;
 Deja que el pobre y vacilante amigo
 Suba contigo
 Hasta llegar junto al dosel de Dios!

¡MUERTA!

Como fugaz exhalación pasaste
 Por mi cielo sin luz y sin rumores,
 Y, al hundirte en las sombras, me dejaste
 Deslumbrado con tantos esplendores.
 Eres una ilusión desvanecida
 Inspiradora de mi fe secreta,
 El más grato recuerdo de mi vida,
 Un delirio sin nombre de poeta!.

Y aquí me tienes olvidado y solo
 Arrullándote en versos funerales:
 Vivo como los náufragos del polo
 Pensando en mis auroras boreales.

Así, llorando, por tu amor y el mío
 Paso las horas silencioso y triste...
 ¡Fue tu desdén calculador y frío
 Y en la mitad del corazón me heriste!

Hoy, cuando paso junto a ti, comprendo
 Que la vieja pasión llama a mi puerta,
 Y me separo con pesar, diciendo:
 ¡Qué hermosa estás desde que vives muerta!

AMOR INMENSO

*¡Si comprender pudieras mis amores
Y ver de mi pasión la inmensidad!,
Mi vida de infortunios y dolores
Es una eternidad!*

*Jamás comprenderás cuanto he llorado,
Como solo en quererte sé pensar;
Una sola esperanza he acariciado:
¡Que me llegues a amar!*

*Mi pobre corazón solo palpita
Por ese amor eterno nada más,
Como la virgen que en su altar habita
Aquí en mi alma estás.*

*La fe que tengo a abandonarme empieza,
¡Quién sabe si más tarde volverá!
Si vieras mi horizonte de tristeza
Qué silencioso está!*

*Si vieras un instante amada mía,
De mi vida el continuo batallar,
Y estas horas de fiebre y de agonía....
¡Me llegarás a amar!*

ILUSIÓN

*Creación hermosa de mis delirios
Blanca y esbelta como los lirios
De las blancas orillas del lago azul;
Ángel alado que me persigues,
Y a todas horas me llamas tú.*

*En las calladas noches oscuras
Hechas de luces y nieblas puras
Ante mis ojos te vi flotar,
Y en largas horas de insomnio y duelo
Me has ofrecido cuanto yo anhelo;
Goces eternos que aquí no están.*

*Eres fantasma que me importuna,
Quizá tranquilo fulgor de luna,
Radiosa estela de una visión;
Sé que has nacido de mis cantares,
Que te has formado con mis pesares
Sé que afanoso te busco yo.*

*Y por doquiera que voy errante
Allí te miro blanca y flotante
Como los lirios del lago azul;
Sé que no existes y así te amo,
No tienes nombre, pero te llamo
Y no sé dónde te encuentras tú.*

Becquerianas

*Si buscas al culpable que ha perdido
La historia que llegamos á formar,
Acerca tal corazón tus blancas manos
Y allí lo encontrarás.*

BECQUERIANAS

*Aseguran los sabios que es preciso
Tener el corazón para vivir;
¡Yo quisiera saber lo que dirían
Si te vieran a ti!*

BECQUERIANAS

*He buscado en mi afán de comprenderte
los misterios que puedes ocultar,
y a pesar de las sombras y las nieblas
bien pude conocer en donde están.
Pero si encierra un corazón tu pecho
yo no podré decírtelo jamás;
te he amado mucho tiempo y sin embrago
¡aún no sé dónde está!*

BECQUERIANAS

*Si ves que gozo mucho contemplando
De tus ojos la negra oscuridad,
Si me ves sonreír cuando me envuelve
En sudario de sombras tu mirar;
Es porque las tristezas de mi vida
Son del color de tus pupilas ya,
Y me ves sonreír porque deseo
Vivir en una eterna oscuridad.*

LA PROMESA

*¡Allá...! Te dije suspirando un día
Y ocultando mis lágrimas...¡allá!
Detrás de aquellos montes se pierden
Entre la oscuridad;*

*Allá donde se extienden esas brumas
Como negro sudario funeral,
Donde miras nublarse el horizonte...
¡allá tendré que estar!*

*Quando lleve tan lejos mis tristezas
Y piense en lo que amo nada más;
Quando padezca mucho, vida mía,
¿Me podrás olvidar?*

*Tal vez ya no recuerdas, desde entonces
No sé que tiempo ha transcurrido ya;
Pero llorabas mucho y me decías,
¡olvidarte.....jamás!*

*Hoy que vivo tan lejos y que sufro
Ocultando mis lágrimas.....¡allá!
Detrás de aquellos montes que se pierden
Entre la oscuridad;*

*Hoy te nombro y te llamo a cada instante
Y aunque ha pasado mucho tiempo ya,
Recuerdo que llorabas y decías
¡olvidarte.....jamás!*

REMEMBRANZAS

*La tempestuosa frente entre las manos
fatigada de tanto recordar,
vagando en torno la mirada incierta,
flotando el pensamiento en donde estas.*

*Así estuve callado mucho tiempo
pensando en nuestra dicha que pasó,
en nuestras ilusiones olvidadas
y en las tristezas que matan hoy.*

*Después que sufrí mucho y que pasaron
lentas horas de amargo padecer,
se nublaron mis ojos.....y mis labios
pronunciaban tu nombre aquella vez!*

Contemplé tan lejano el goce inmenso

*Contemplé tan lejano el goce inmenso
De llegar a poseerte alguna vez,
Que tú me lo decías, y sin embargo
No lo pude creer.*

*Quando vi que mis sueños se encarnaban,
Que ante mis ojos irradió la luz,
Quando vi tu mirar que repetía
Que al fin me amabas tú,*

*Entonces... olvidé que soy un hombre!
Lloré ¡qué quieres! al pensar en ti;
Recordaré las plegarias de mi madre
Y a tu nombre bendito las uní!*

EN CAMBIO DE LOS SIGLOS DE AGONÍA

*En cambio de los siglos de agonía
En que viví sin descansar por ti,
Un beso nada más hermosa mía,
Un beso de tus labios de rubí!*

AL VIANDANTE SEDIENTO Y FATIGADO

*Al viandante sediento y fatigado
Ninguno le pregunta de donde es,
Se le brinda un lugar a la sombra
Y se apaga su sed.*

*Cuando el vate se acerque a vuestra puerta
Jamás le preguntéis a donde va;
Mitigad los dolores de su alma
Y dejadlo cantar.*

PARA EL ÁLBUM DE CORA

*Llegó hasta mí tu voz, doblé la frente
E inspirado y absorto pensé en ti;
Hay de otros espacios de armonía
Luminosa y flotante, así te vi.*

*En mi espíritu yerto resonaron
Las quejas que arrancaste del laúd
Tan hondamente, que lloré y que te dije
¡Ah, si cantara como cantas tú!*

TEN COMPASIÓN DE MÍ!

*Ten compasión de mí! Yo soy un niño
Con lágrimas y risas en los ojos;
Que canta si lo arrullas con cariño,
Que llora si lo miras con enojos!*

CUANDO MIRO TUS OJOS AZULADOS

*Cuando miro tus ojos azulados
Radiando libres de importunos velos,
Siento lo que los pobres condenados
Que divisan las puertas de los cielos.*

UNA VEZ, YO NO HE SABIDO

*Una vez, yo no he sabido
Si fue de risa ó tormento,
Brilló una lágrima pura
En tus pestañas de ébano,
Y entonces me dije: Acaso
Así alguna vez nacieron
De abismos tan insondables
Como tus dos ojos negros,
Los puntos de luz que adornan
Tu garganta y tus cabellos.*

ADORÁNDOTE SIEMPRE, YO HE VENIDO

*Adorándote siempre, yo he venido
tus pasos á seguir
con mis canciones á endulzar tu viaje
y hacerte más feliz
Y hace ya mucho tiempo que sin rumbo
así voy tras de ti,
onda errante que arrulla y que retrata
un astro del cenit.
¿Quién desde el cielo á padecer te trajo?
no lo sé, pero al fin
mientras perfumes estas soledades,
rosa de otro pensil,
yo seré el compañero cariñoso
que encontrarás aquí.*

La mujer que en mi alma

*La mujer que en mi alma
dejó un desierto,
tenía muy hermosos
los ojos negros:
¡Los ojos negros
desde entonces, Dios mío,
me causan miedo!*

¿QUÉ ES EL AMOR?

*¿Qué es el amor? Una cosa
Que ha venido de muy lejos
A endulzar nuestra existencia
Deparando un compañero
Para que el viaje en el mundo
No parezca tan desierto.
Algo muy grande que todos
Llevamos dentro del pecho
Y que en afán se traduce
De dar en el labio un beso;
Una lágrima perdida
Del alma en el albo seno,
Una sonrisa formada
De esperanzas y recuerdos,
Una mirada que encierra
Todo un mundo y todo un cielo,
Un suspiro hondo que brota
Sin sentirlo y sin quererlo;
Algo que tarde ó temprano
Llegarás á comprenderlo
Cuando á la vida despierte
Su letargo sacudiendo
Tu corazón tan hermoso,
Amada mía, y tan yerto.*

SI HALLAR EN ESTE LIBRO

*Si hallar en este libro
que nuestro amor resume
alguna nota oculta
que llegue al corazón,
en sus borradas páginas
perdido algún perfume
como en la flor que tiene
marchito su botón.*

*Si encuentras en mis versos
algún fulgor de aurora
que alumbre las tinieblas
del yermo boreal;
la luz reverberante
que por las tardes dora
las cumbres revestidas
de nieve virginal.*

*Murmurios de la tarde
que envueltos en la bruma
del alto cielo escalan
la esplendidez de tul;
de la onda resonante
la fugitiva espuma,
las perlas que aprisiona
bajo su manto azul.*

*Incienso vaporoso
que en espirales sube
llegando hasta tu solio
para besar tus pies;
dispersas en girones
las gazas de una nube
para que así contemples
los astros á través.*

*La brisa gemidora
que al suspirar modula
tu nombre, amada mía,
de un beso entre el rumor;
un cielo hermoso y puro
que el horizonte azula
y que en su seno encierra
nuestro infinito amor.*

*Del canto de las aves
la vibración incierta
que vaga entre el ramaje
del ceibo y el sauz,
vago rumor de alas
del nido que despierta
al beso pudoroso
de la naciente luz.*

*Si encuentras esperanzas
radiosas y tranquilas
que hacen buscar sin tregua
algo que aquí no está,
las luces de otro cielo
que van á las pupilas
para que el alma triste
distinga un más allá.*

*La fe con que sus voces
al corazón alienta,
efluvios de otros climas
que rozan nuestra sien;
un himno que en la altura
domina la tormenta,
una oración que sube
para traer el bien.*

*Las huellas de un arcángel
que envuelto en néveas galas
de paso por el mundo
mi libro acarició,
regado en mis canciones
el polvo de sus alas
como la estela de oro
de un astro que pasó.*

*Si, en fin, encuentras algo
que cuando sola y quieta
reposes en tu alcoba
te aduerma sin cesar,
caricias invisibles
de mi pasión secreta
suspiros que á tu nido
se llegan á posar.*

*Todo eso que al leerlo
te absorba en muda calma,
que llene de sonrisas
tus labios de rubí,
todo eso me lo has dado
dulce mitad de mi alma
en las benditas horas
que he estado junto á ti.*

OLVIDO

Pequeño poema en tres cantos

(1890)

A mis padres
Si hay algo noble y santo en mis versos;
Vosotros me lo habéis inspirado; nada más justo
Que devolveros lo que os pertenece.
Rodulfo

Advertencia

Este poemita, puramente regional, lo dedico á las buenas gentes que viven en el mismo pedazo de tierra donde ví la luz por primera vez; deseando pintar sus costumbres, he empleado en él vocablos provinciales y giros de lenguaje que sólo allá se usan y que muchos de los lectores tal vez no comprenderán. Si tiene la buena suerte de ser bien acogido entre mis paisanos, me daré por satisfecho de este incorrecto trabajo, escrito nada más por vía de ensayo y sin pretensiones de ningún género.

El autor

CANTO PRIMERO

I

Érase que se era un pueblecico
 Tan humilde y tan chico
 En el pobre rincón donde vivía,
 Que con todo y su ermita y sus cabañas
 Como un copo de nieve se veía
 Sobre la falda azul de las montañas.
 Un bosque impenetrable lo rodea,
 Virgen como los sueños de las niñas
 Que juegan en la plaza de la aldea,
 Y entre la fronda obscura y las campiñas
 Siempre gritan sin orden ni concierto
 Pájaros de magnífico plumaje,
 Uniendo su rumor vago é incierto
 Con el rumor eterno del bosque.
 Supieron escoger los moradores,
 Para velar sin duda sus amores,
 Un llano tan oculto y escondido,
 Lleno de tantas vueltas y secretos
 Que, por más que se esfuercen, aquel nido,
 No lo pueden mirar los indiscretos.
 Solamente una loma
 Que para ver el pueblo se ha empinado
 Entre los bosques la cabeza asoma
 Casi siempre cubierta de ganado;
 Y azul por lo perdido y retirado
 El monte inaccesible se elevaba
 Como un gigante centinela enhiesto
 Siempre firme é inmóvil en su puesto.
 Y si una nube blanca aparecía
 En sus crestas abruptas y lejanas
 Era que por el frío se cubría
 Con su gorro de noche en las mañanas.
 Frente á frente del monte,
 En la otra extremidad del horizonte
 Y perdiéndose casi entre la bruma,
 Brillaba con el sol el océano
 En el confín lejano
 Como un velo magnífico de espuma.
 Y oculto entre las selvas seculares

En donde nunca el esplendor se agosta
 Descansaba sin duelos ni pesares
 El pueblo en el regazo de la costa.

II

Como, lector paciente,
 No quiero que ande en boca de la gente
 Su nombre verdadero,
 He resuelto callarlo aunque te asombres,
 Porque en toda la historia que refiero
 No viene á cuento descubrir los nombres;
 Solo debes saber lo que me es dable,
 Algún detalle principal que sea
 Punto menos tal vez que indispensable
 Para conocimiento de la aldea.
 Sabe, pues, que tenía,
 Además de la ermita que blanquea
 Orando por la paz de la alquería,
 Una cruz que de vieja se ladea
 Cuidada siempre con cariño santo,
 Que á la entrada del pueblo está parada
 Sobre su pedestal de calicanto
 Siempre de flores y de juncia ornada;
 Y una plazuela limpia y chiquitita
 Rodeada de las casas principales
 Y de la triste y silenciosa ermita,
 En donde los vecinos y vecinas
 Celebran sus fiestas patriarcales
 Asustando los gallos y gallinas.
 Dos pobres cocoteros olvidados
 Daban sombra á la iglesia solitaria,
 Tan airosos y esbeltos y elevados
 Que, á buen seguro, estaban encargados
 De llevar hasta el cielo su plegaria.
 Se me pasó por alto una casona,
 Un vestiglo sin duda por su traza,
 Que entre las principales de la plaza
 Descollaba su rígida persona;
 Más alta que los mismos cocoteros
 Encima del portal se descubría
 Una vara con humos altaneros,
 Esa casa tan grande es la Alcaldía.

III

*Dicen allí las viejas,
 Cuando forman historias y consejas
 Para hacer que se duerman los chicuelos,
 Que nunca aquel lugar se ha transformado
 Según la narración de sus abuelos;
 Que allí se han conservado
 Guardadas en su nicho las costumbres,
 Que el presente es lo mismo que el pasado:
 El mismo sol saliendo por las cumbres,
 El mismo mar en calma ó muy bravío,
 La misma religión en la cabaña,
 El mismo solitario caserío
 Y el mismísimo pueblo en la montaña.
 Y también aseguran por sus vidas
 Que desde años atrás, inmemoriales,
 Cercos de tamarindo y jocotales
 Forman sus callejuelas retorcidas.*

*Yo que tomé muy bien estos apuntes,
 Que nunca afirmo que lo negro es blanco,
 Digo que siempre hallaban los transeúntes
 A cada veinte pasos un barranco,
 Y porque viene á mano
 Sacar á luz cuanto en el pueblo había
 Diré que en cada sombra se veía
 Roncando á su sabor algún marrano,
 Y que formaban tanta algarabía
 Los infernales chicos
 Bregando con los libros de la escuela
 Para no rebuznar como borricos
 Como dice en sus pláticas la abuela;
 Que eran tantos los gritos
 De los tordos robando en los graneros,
 Tomando por asalto los aleros
 Y sin callar hasta sentirse ahitos,
 Que á veces los marranos despertaban
 Renegando del ruido y de la fiesta
 Porque no los dejaban
 En santa y buena paz echar la siesta.*

IV

*Pero haciendo justicia
 Al bueno del Alcalde
 Que por su gran saber y pericia
 No ha ganado su puesto tan de balde,
 Gracias á sus esfuerzos y á su brío
 Y á su administración buena y honrada
 Hay un puente de vigas sobre el río
 Y la Calle Real está empedrada.*

*Y ya que hablé del puente se me ocurre
 (Lector si esto te aburre
 Sáltalo que no es fuerza que se lea)
 Se me ocurre decir que desde el cerro
 Bajaba dando tumbos á la aldea,
 Pugnando por salirse de su encierro,
 Un arroyo rebelde y tumultuoso
 Deshecho en gritos y en palabras vanas
 Como si fuese un chico revoltoso.
 Era digno de verse el cuadro hermoso
 Que formaban allí las aldeanas
 Lavando entre las piedras de la orilla,
 Cantando siempre una canción sencilla,
 Y á los niños desnudos y enlodados
 Sacando á los cangrejos de su nido,
 Metiendo al zambullirse tanto ruido
 Como pequeños gnomos asustados.*

*Iba siguiendo el curso retorcido
 Una intrincada selva gigantesca
 De ceibos de sabinos y de amates,
 Y cada cual en actitud grotesca
 Que remedaba humanos disparates
 En las ramas más altas y flexibles
 Los monos, bamboleándose, chillaban
 Con gestos discordantes y risibles,
 Y en extraños rumores imposibles
 Siempre allí se mezclaban
 Gritos de la cotorra tan parlera,
 Del pequeño tucán de largo pico,
 De alguna chachalaca novelera,
 Del faisán de la pava y del perico;
 Y en la playa que tuesta por lo ardiente
 Hacen la digestión, llenos y hartos,*

Como trozas que deja la creciente
 Tumbados panza arriba los lagartos.
 Á veces en las márgenes desiertas,
 Entre los juncos, como estatuas yertas,
 Silenciosas las garzas se veían
 Acaso meditando en el mañana,
 Y como siempre graves discurrían
 Yo tengo para mí que pensarían
 En las miserias de la vida humana.

V

Viendo el pueblo á la incierta
 Y vaga claridad del nuevo día,
 Cada humilde casita con su huerta
 Una blanca paloma que despierta
 En su nido de flores parecía.
 ¡Bendita siempre seas
 Tranquila y santa paz de las aldeas!
 Allí subía en incesante anhelo
 El humo de las negras chimeneas
 Llegando en espirales hasta el cielo;
 Allí las candorosas aldeanas
 Siempre rezaban su oración bendita
 Al lastimero son de las campanas
 Que voltean en lo alto de la ermita.
 Aquella gente ruda
 Sin rencores ni agravios,
 Solo sabe llevar franca y desnuda
 Amistosa sonrisa entre los labios.
 Ignorando una jota
 De la confusa ciencia de los sabios
 Que todo lo revuelve y alborota,
 Hallaron sin embargo en tal maña
 La paz inalterable y duradera
 Que tenían por siempre en su cabaña
 La bendición de Dios por compañera;
 Porque en esas regiones
 No hay horas de amargura y de vigilia
 Ni hondas y pesarasos decepciones:
 Allí, lector amigo, se concilia
 La santa religión con la familia.

VI

Como soy amigo
 De hablar con claridad en todo asunto,
 De decir la verdad en cuanto digo
 Y de poner las cosas en su punto;
 Para que no se tenga por patraña
 Esta historia tan vieja y tan estraña,
 Citaré como real y verdadero
 El detalle postrero:
 Yo conocí muy bien desde temprano
 Cuanto la aldea de su humildad encierra:
 Los barrancos, las selvas y la sierra
 Como á la palma misma de mi mano,
 ¡No la he de conocer si está en mi tierra!

VII

De alegría infantil haciendo alarde
 Estaban las muchachas en el río
 Una tranquila tarde
 Del sofocante y caluroso estío.
 Sus voces apagadas y risas
 Que repercute el aire palpitante
 Eran como el murmullo de las brisas,
 Y si el eco vibrante
 De una argentina y pura carcajada
 Aquella calma, al resonar rompía,
 Algo como el rumor de una cascada
 Por lo sonora y fresca parecía.
 Sin suspender su plática sabrosa
 (No sé lo que dirían
 Pero es de suponerla muy graciosa
 Dado el gusto y placer con que reían)
 Llenaban con la prisa que podían
 Los cántaros sedientos y vacíos,
 Y envueltas en la luz que apenas arde
 Con fulgores cansados y tardíos
 Mucho se semejaban esa tarde
 A las hadas que moran en los ríos;
 Y regresaba el grupo peregrino
 Saltando con tal arte y con tal maña
 Entre las asperezas del camino

Como el venado arisco en la montaña.
 Porque hundiéndose el sol en el ocaso
 Cortos instantes de su luz abona
 Apresuraban el menudo paso,
 Llevando con la gracia y gentileza
 Con que lleva una reina su corona
 El cántaro de barro en la cabeza;
 Y con la eterna y dulce carcajada
 Que en sus labios palpita y centellea,
 Se dispersaba alegre la parvada
 Por la inmediaciones de la aldea.

VIII

Apartada del grupo bullicioso,
 Con la mirada fija y persistente
 En el arroyo limpio y espumoso,
 Una muchacha de aire misterioso
 Escuchaba el rumor de la corriente.
 No llegaba á los quince, y sin embargo
 Anublaba su frente pensadora
 De un pensamiento abrumador y amargo.
 ¿Por qué estará tan silenciosa y grave?
 ¿Qué será lo que piensa? ¿en qué medita?
 Ni ella misma lo sabe!
 Y eso que muchas veces en la ermita
 Llena de contrición ha pronunciado
 Todo su repertorio de oraciones
 Para que se retire de su lado
 La turba innumerable de visiones
 Que siempre se le acerca con empeño
 Y, sin darle un momento de reposo,
 Le toba por las noches hasta el sueño.
 Figúrate lector, si eres curioso,
 Una morena hermosa
 Donde la gracia juvenil se encierra,
 Una morena dulce y candorosa
 Como todas las niñas de mi tierra;
 Prosigue figurándote unos ojos
 Negros como una noche tempestuosa
 Preñada de relámpagos y enojos,
 Unos ojos llevando en la mirada
 La pasión inmortal con sus excesos

Y una boca magnífica formada
 Para las oraciones ó los besos;
 Una frente espaciosa
 Donde anidan hermosos ideales
 Y una cintura esbelta y tan garbosa
 Como la verde espiga en los maizales.
 Así, ni más ni menos, aquel día
 Estaba aquella niña hermosa y grave....
 Lleva el nombre bendito de María,
 ¿Qué galán de aquel pueblo no lo sabe?

IX

El curso del arroyo contemplando,
 Suelta la cabellera destrenzada
 Estaba tan hermosa meditando
 Con cierta dejadez abandonada,
 Que en aquellos instantes
 De calos que extenúa y que sofoca
 Un largo beso de pasión provoca:
 ¡Eran sus ojos negros tan brillantes,
 Tan húmedos los labios de su boca!
 La noche apresurada descendía
 Y ella, pensando en imposibles cosas,
 Mirando sus visiones se dormía.
 Sonaron las cadencias misteriosas
 Que lanzan por la tarde las campanas
 Plañideras, agudas y lejanas,
 Y sacudió el letargo voluptuoso
 Que le embargada todo el pensamiento
 Al escuchar el eco quejumbroso
 De aquel gemido amortiguado y lento.
 –¡Vaya!– dijo tomando con presteza
 El cántaro tirado junto al río,
 –Si parece que tengo la cabeza
 Como mi pobre cántaro vacío;
 ¡Qué pensará mi madre que me espera,
 Qué pensará, Dios mío,
 Sabiendo que no es la vez primera
 Que paso en el arroyo eternamente
 Las horas largas de la tarde entera! –
 Y sumergió con fuerza en el torrente
 El cántaro olvidado

Con firme ceño y ademán seguro,
Llevando entre la boca atravesado
El gestecillo regañón y rudo.
Echó la niña á andar por el sendero
Que era, amén de tortuoso, muy obscuro
Con tanto bosque impenetrable y fiero,
Y á pesar de las sombras de todo
Iba corriendo con violencia y tino,
Cuando, al dar una vuelta en un recodo,
Un hombre se interpuso en su camino.
Ella no se inmutó, que por fortuna
A la luz del crepúsculo que ardía
Reconoció la sombra inoportuna
Y exclamaron los dos: -¿Andrés! -¿María!

X

A durísimas penas contuvieron
De admiración ó de sorpresa un grito,
Y, como dos estatuas, estuvieron
Mirándose pasmados de hito en hito.
Vaya usted á saber si duraría
Aquella situación falsa y dudosa
A no salir María
Con su plática dulce y candorosa:
-Eres tú! -dijo al fin tranquila y quieta
Acercándose á Andrés que en su mutismo
Ha perdido la lengua y la chaveta
E ignora lo que pasa por sí mismo:
-Gracias á Dios que tan á tiempo vienes,
Me asustaban las sombras de la tarde,
Acompáñame pues, pero ¿qué tienes?
¿Eres acaso como yo, cobarde?
¡Vamos! -siguió diciendo con tonillo
Picaresco y burlón -no tengas miedo,
Eres un hombre grande y no un chiquillo....
¡Carga con esto porque ya no puedo! -
Y alargaba su cántaro y reía,
Y sin salir Andrés de aquel enredo
En donde su simpleza lo metía,
Con torpes movimientos inconscientes
Obedeció el mandato de María
Y articuló un sonido entre los dientes.

XI

Aunque era Andrés muy listo y avisado
Y por añadidura malicioso,
Aparecía ante el objeto amado
Como los delincuentes, tembloroso.
Siempre que se encontraba con María
Temblaba el infeliz cual si tuviera
Empapados los huesos de agua fría
O alguna interminable borrachera;
Miraba que los montes desquiciados
Amagaban hundirlo en su mareo,
Y sus dientes crispados
Sonaban con molesto traqueteo.

Ruego pues al lector que no lo riña
Ni lo tenga por bobo y papanatas,
Estaba enamorado de la niña
Y hacen tantos milagros las ingratas!
Esos pequeños seres
Hechos de niebla y luz, vulgo mujeres,
Que vienen á la vida transitoria
Para nuestro pesar ó nuestra gloria;
Esos seres tan monos y rapaces
Que hacen á su sabor tanta diablura
De revolver el mundo son capaces
En sus ratos de humor y travesura.
¿Qué mucho que un milpero en su rudeza
Que lealtad y pasión sólo atesora
Perdiera en ese instante la cabeza?
Andrés al escuchar la arrobadora
Y vibrante palabra de María
Llena de sencillez encantadora,
Siempre fuera de quicio se ponía.

XII

Meditando tal vez en ese instante
En el amor inmenso que lo embarga,
Iba Andrés adelante
Silencioso y paciente con su carga;
A pesar de que el pobre enamorado
Era tan fuerte como cien horcones
Iba muy distraído y atontado

Menudeando al marchar los tropezones.
 Hacía mucho tiempo que deseaba
 Decir tanta terneza que acaricia
 Y era la vez primera que encontraba
 Una ocasión tan buena y propicia.

Hizo un esfuerzo por vencer un tanto
 Aquella timidez arisca y ruda,
 Y al gin se resolvió, no sin quebranto,
 A exponer su pasión monda y desnuda;
 Parose en el camino, y de repente
 Una sandez sin duda
 Dijo con voz cortada y balbuciente,
 Y recelando al punto que cobarde
 En la mejor sazón desapareciera
 El heroico valor de que hace alarde
 Siguió la confesión franca y sincera:

–Hace tiempo que aquí llevo guardado–
 Y señalaba el corazón abierto,
 –Un sentir tan pesado
 Como aquella montaña del desierto;
 Hoy que no puedo más y estoy cansado
 De vivir casi siempre medio muerto,
 He querido saber lo que contestas
 Y quitarme el penar de cada día,
 Que parece que siempre llevo á cuestras
 El viejo caserón de la Alcaldía.

Quiero romper á veces estos lazos
 Y estrecharte en mis brazos
 Porque sé que me ahogo y que me muero
 Llevando el corazón hecho pedazos....
 ¡Vamos!.... ¡quiero decirte que te quiero!
 Tú ya sabes muy bien como te miro
 Lleno de sobresaltos y sonrojos,
 Conteniendo en mis labios el suspiro
 Y queriendo comerte con los ojos;
 Y cada vez que sales de la ermita
 Más hermosa quizás –Dios me perdone–
 Que la virgen bendita,
 Yo no sé como mi alma se compone
 Para no arrodillarse en el camino
 Por donde pasas silenciosa y grave,
 Y, á riesgo de largar un desatino,
 Componer el relato peregrino

De esto que llevo aquí.... Que no me cabe!

Desde que tengo este pensar injusto
 Estoy huyendo siempre de tu lado
 Pálido por el miedo y por el susto
 Como si cometiera algún pecado,
 Y por eso, María,
 Ya no voy por las tardes á tu casa
 Porque mucha vergüenza tenía....
 Y á tu madre también.... Á ña Tomasa.
 Ayer entre mis pláticas me dije:
 «Andrés, no seas cobarde,
 ¡Vamos, echa á volar cuanto te aflige!»
 Y he venido esta tarde
 Porque supe que estabas en el río
 Lejos de tus alegres compañeras
 Y ya ves que te dije lo que ansío....
 ¡Qué feliz fuera y si me quisieras!

XIII

Calló Andrés, y asustado
 De la audacia tan grande que tenía,
 Tembloroso esperó como azogado
 Su sentencia de labios de María;
 Mientras hablaba el chico atolondrado
 Sintiendo que se le iba la cabeza,
 Ella miraba el suelo con fijeza,
 Y al terminar la historia que escuchaba
 Dejó de hacer la cuenta, á lo que infiero,
 Del número de piedras que encontraba
 Revueltas al acaso en el sendero.
 Y la mirada alzó dulce y tranquila
 Húmeda de congoja ó de ventura,
 Llevando dibujado en la pupila
 Un poema de amor y de ternura;
 Lo miró sin doblez y sin engaños
 Con esa castidad serena y pura
 Que tienen las muchachas de quince años,
 Y, como las pitayas, colorada
 De puro avergonzada,
 –Oye! –dijo por fin –no te comprendo,
 Yo no alcanzo á entender por qué te mueres
 Y estás, como aseguras, padeciendo,

*Pero.... ¿de veras dices que me quieres?–
Y traduciendo la mirada intensa
Harto fiel y elocuente
Que lanzó el buen Andrés en su defensa,
Prosiguió cariñosa y diligente:
–Bueno, pues yo también sola y callada
Pensaba mucho en ti todos los días
Y estaba siempre triste y preocupada
Creyendo que tal vez no me querías;
Hoy que por fin te digo lo que siento
Vengo á dar en la cuenta
De que por no olvidarte ni un momento
He vivido hasta hoy tan descontenta.
Como tal vez la gente nos persiga
Con su desprecio falso ó verdadero,
Para no avergonzarme cuando diga
Que yo también te quiero,
Lo debes de contar todo en mi casa,
Dame el cántaro... ¡adiós!... allá te espero...
¡Cuánto tu charla pertinaz me atrasa!*

XIV

*Escapó la chiquilla
Más ágil que una ardilla
Al acabar con la confesión ligera
Para ocultar sin duda sus sonrojos,
Y Andrés la fue siguiendo en su carrera
No sé si con el alma ó con los ojos.
Nunca, ni en esas horas
De fantásticos sueños imposibles
Cubiertos de celajes y de auroras
Y de blancas visiones intangibles,
Nunca llegó á pensar que alcanzaría
Placeres tan inciertos y lejanos,
Ser amado un instante por María
Era, tocar el cielo con las manos.
Mientras plantado Andrés en el camino
Pensaba, restregándose los ojos,
Si era aquello una burla del destino
A menudo sangriento en sus antojos,
Ó si acaso la suerte
Caprichosa esa vez le deparaba*

*Una dicha que acababa con la muerte
Y el amor eternal que no se acaba;
Mientras abriendo Andrés tamaña boca
En medio del camino se quedaba
Acariciando su fortuna loca,
Ella con pensamientos muy distintos
Iba viendo la luz y la alegría,
Perdiéndose en los negros laberintos
De la calle intrincada que seguía.
–Se acabaron mis lágrimas –decía,
–Se acabó la tristeza
Y aquel dolor eterno de cabeza
Que cuando se alborota y cuando hiere
Siempre mis horas de descanso escoge,
¡Cuánto me quiere Andrés... cuánto me quiere!
¡Ojalá que mi madre no se enoje!*

XV

*Era Andrés un buen mozo,
Sobre sus labios el naciente bozo
Como una vaga sombra despuntaba
Lleno de juventud y lozanía,
Y á fuer de morador del Mediodía
Un corazón ardiente alimentaba.
Su juvenil semblante
Estaba como el bronce obscurecido,
Gracias á un sol pesado y calcinante
Como baño de plomo derretido.
Desenvuelto al andar, firme y delgado,
De elevada estatura,
Era todo un muchacho bien formado
De interesante y varonil figura.
Entonces todo el mundo lo tenía
Por el más vigoroso de la aldea,
Nadie como él sabía
Sacar en un instante la tarea;
Viviendo siempre del trabajo rudo
Fue formándose el chico sin tropiezo
Tan ágil, tan valiente y tan forzado,
Que echarse encima un fardo que se siente
Que machuca y ahora con su peso
Era para él tan fácil y corriente*

Como bailar al són de la marimba,
Como en una tortilla hincar el diente
O zumbarse un potzole de nambimba.

Franco como los buenos aldeanos
Que de pura lealtad son la rudeza,
Llevaba el corazón entre las manos
Lleno de sentimiento y de nobleza.

Sin padre, sin hermanos y sin madre,
Sin tener un perruco que le ladre
Era más libre Andrés que el mismo viento,
Y en las milpas de todos trabajaba
Siempre lleno de fe, siempre contento;
Con el poco dinero que ganaba
Fue viviendo sin penas ni trabajo
Y hasta con gran holgura y desparpajo,
Tanto que los Domingos se lucía
(Junto á la iglesia y al salir de misa
No sé si por el Cura ó por María)
Llevando muy flamante la camisa.

XVI

–Buenos días, ña Tomasa
–Andrés, que Dios te guarde.
Sabes que por acá tienes tu casa
Y no debes venir de tarde en tarde;
Siéntate en ese banco, cuando vienes
Te acercas siempre con la cara arisca,
No puedo comprender qué es lo que tienes...
–¡Estoy tan atareado con la pisca!
–¡Miren cómo es de mentiroso y perro,
Si aún le faltan al sol cuatro brazadas
Para echarse á dormir detrás del cerro
Y ya tienes las manos tan cruzadas!
¿Por qué no vienes ya todos los días
A alegrar la tristeza de mi gente
Y tomar otra vez como solías
Tu jicarita de pinol caliente?
Sabes que por acá se te ha querido,
Que no te haremos, buen Andrés, la guerra,
Y sin embargo con tu negro olvido
Nos has echado encima mucha tierra.
–Soy el mismo de siempre, ña Tomasa,

Dios conoce mejor este cariño,
Quiero tanto á la gente de su casa
Como cuando era rapazuelo y niño;
Usted sabe bien cuánto los quiero
Ni tan siquiera regañar debía
Porque mi corazón es verdadero,
¿Y dónde está Manuel? Y... ¿Y María?
–Manuel se fue á buscar por los brñales
Una vaca mañosa
Que anda haciendo perjuicio en los cañales,
Ya la conoces tú, «La cariñosa»,
Aquella vaca vieja
Que de tanta gordura se derrite,
Vino ayer ño Vicente a dar la queja
De que rompió el corral de su chahuite;
María está ocupada en la cocina
Viendo que no se pasen con el fuego
Unos buenos tamales de gallina,
Que los vas á probar, pues salen luego.
–Que se lo pague Dios, sólo he venido
A decirle una cosa que parece
Que no quiero sacarla de su nido...
–¿Qué se te ofrece Andrés, qué se te ofrece?

XVII

Y dejó ña Tomasa la costura
Y clavaba en Andrés los ojos fijos
Henchidos de bondad y de ternura
Como miran las madres á sus hijos;
Y Andrés acorralado y compungido
Por aquel trance fiero
Contemplaba azorado y aturdido
La toquilla y la copa del sombrero.
Sentado sobre el banco vacilante
Que siente que respinga y que repara
Bien hubiera querido en ese instante
Que se abriera la tierra y lo tragara.
Tosió cual si llevase carraspera,
Se rascó la cabeza,
Y habló por fin como la vez primera
Lleno de ingenuidad y de franqueza:
–Pues, señor, dijo Andrés; ¡éste es aprieto!

Sabe usted ña Tomasa que hacen años
 Que quiero á su familia y la respeto
 Como yo sé querer ... sin los engaños;
 Que hace ya mucho tiempo que venía
 A jugar con Manuel y con María,
 Entonces ña Tomasa,
 Era como un ratón pequeño,
 El más incorregible de la plaza
 Y de toda la escuela el más borrigo,
 Pues, como iba diciendo,
 Jugaba con la niña desde chico,
 Fui creciendo, creciendo
 Y hoy me dicen mis penas pecadoras
 Que aumentó con el tiempo mi cariño,
 Que á fuerza de mirarla tantas horas
 No la puedo querer como de niño.
 Ya me conoce usted, sabe lo que hago,
 En las fiestas no bebo nunca el trago
 Porque no lo deseo,
 Y si alegre á veces zapateo
 Hasta dejar la suela hecha pedazos,
 Es porque entonces en mis sueños veo
 Que me estrecha María entre sus brazos;
 Sabe usted que hoy trabajo en ca ño Chinto
 Y que todos me buscan en la aldea
 Porque todos conocen que me pinto
 Para dejar muy limpia la tarea.
 Tal vez en mí no cuadre
 Todo esto que le cuento y que le digo,
 Pero ¡qué quiere usted! No tengo padre,
 Ni siquiera conozco un solo amigo,
 Y si yo no digo esto en esta casa
 Y si nunca le pido lo que quiero
 Ninguno podrá hacerlo, ña Tomasa.
 Si hoy no tengo ni milpas ni dinero
 Con todo y lo que sudo el santo día,
 Es porque no he alcanzado lo que espero...
 ¡Vamos!... ¡quiero casarme con María!

XVIII

Y conociendo el pobre enamorado
 Que un peso enorme con hablar se quita
 Soltó, muy satisfecho y aliviado,
 Un suspiro más grande que la ermita.
 Conforme ña Tomasa iba escuchando
 Aquella historia de interés creciente
 Se iban también borrando
 Las austeras arrugas de su frente,
 Y cuando Andrés, muriendo, se agarraba
 Como náufrago errante á sus despojos
 Miró que a ña Tomasa le brillaba
 Algo como una lágrima en los ojos.
 –Todo lo que me cuentas lo sabía–
 Dijo con voz temblona
 Tal vez por la emoción y la alegría.
 –Todo cuanto me aflige y desazona
 Me lo contó María
 La última tarde que te vió en el río,
 Ella por ti se muere
 Y además, hijo mío,
 Ña Tomasa también mucho te quiere.
 Como yo te adoré desde pequeño
 Mi corazón á todos te prefiere
 Y casarte con ella fue mi empeño;
 Hoy que he llegado á vieja
 Viendo tan primorosa la pareja
 Que desde chiquitines han formado,
 Viendo tan cariñosa á la hija mía
 Y á ti tan honradote y tan planchado,
 Al buen Dios le pedía,
 Pues nunca el ruego y la oración desecha,
 Que te casaras tú con mi María
 Para morir tranquila y satisfecha–.
 Y la buena señora se enjugaba
 Los ojos anegados y llorones
 Con un delantalcito que llevaba
 De colores chillones,
 Y olvidando también sus pantalones
 A todo trapo el buen Andrés lloraba,
 Soltando, porque vió sus fuerzas rotas,
 Lágrimas como puños de grandotas.

XIX

–¡María! –gritó con fuerza ña Tomasa.
 –Ven, por Dios, no seas mona
 Que hay visita en la casa
 Y sólo por ti vino esa persona.
 –¡Allá voy! –contestó pronto María,
 Y llevando el rubor entre los ojos
 Casi en el mismo instante aparecía
 Con las mejillas de colores rojos;
 Al mirarla llegar, el aldeano,
 Lleno de sobresaltos y de susto,
 Se limpió con el dorso de la mano
 Las lágrimas sacadas por el gusto.
 –Jesús! Con el calor de la cocina
 Has salido, mujer, muy colorada,
 ¿No saludas a Andrés? ¡si está la indina
 Hecha una cimarrona mal criada!
 Y como sus congojas se adivina
 Hecha una cimarrona mal criada!
 Y como sus congojas adivina
 Añadió ña Tomasa con presteza:
 –Andresico ha venido
 A cumplir la promesa
 Que como buen muchacho te ha ofrecido,
 Como yo bien conozco que te quiere
 Con todo el corazón y toda el alma
 Le he dicho que te espere
 Con un poquito de paciencia y calma
 Porque estás muy pequeña todavía,
 Que tenga fe mientras el plazo dura,
 Que muy pronto en casarlos hija mía,
 Se ocuparán el Juaz y tata Cura.
 ¡Lástima que Manuel no haya venido
 Un poco más temprano!
 ¡Qué alegrón tan hermoso se ha perdido!
 ¡El pobre quiere a Andrés como á su hermano!–
 Y después del arreglo, muchas horas
 Se prolongó la escena de familia
 Con palabras de luz encantadoras
 Que dios sabe dictarlas cuando auxilia;
 Hablaron, con la fe por compañera,
 De una vida mejor que los espera

Entreabriendo las puertas de otro cielo,
 Y llegaron muy alto en su carrera
 Y jamás se cansaron en su vuelo.
 Tomo aquí la virtud de los discretos,
 No quiero descubrir esos secretos
 Que bien sabe guardar aquella gente
 Y digo como Andrés en sus aprietos:
 «¡Vamos!... ¡si ni merece que se cuente!»

XX

El día estaba ya muy avanzado
 Cuando Andrés fue saliendo de la casa
 Harto maravillado
 Del amor maternal de ña Tomasa.
 Porque al fin se casaba con María
 Y porque no sufrió ningún desaire,
 Como un potro saltaba de alegría
 Dando brincos y coces en el aire;
 Iba tan embobado de contento
 Que para sus adentros se decía:
 –«¡Dios mío, me rebalsa lo que siento!
 Al primero que encuentre en mi camino
 Lo voy á destripar con un abrazo
 Más frondoso quizás que mi destino...
 ¡Vamos... sin compasión lo despedazo!»–
 Cuando acertó á cruzarse por su lado
 (Que ojalá por la paz de su reposo
 Nunca hubiera acertado)
 Con andar vacilante y tembloroso
 Una pobre señora viejecilla,
 Y se lo dio tan fuerte y tan frondoso,
 Tan estrecho y tan lozano
 Que por poco le rompe una costilla.
 –Andrés!... ¡cómo saludas á un cristiano!
 Hombre, no seas pesado... si por poco!... –
 Pero sin compasión el aldeano
 La estrujaba de firme como un loco.
 Siguió corriendo Andrés hecho una gloria
 Con la felicidad inesperada
 Llovida, para encanto de s historia,
 De sopetón y sin decirle nada,
 Y con agilidad y ligereza

*Saltaba los barrancos por instinto,
Repitiendo sin tregua la promesa
Hasta llegar a casa de ño Chinto:
–«Con que un poquito de paciencia y calma
Es preciso tener, y si la quiero
Con todo el corazón y toda el alma
Que me ponga á esperar... ¡vaya si espero!»*

CANTO SEGUNDO

I

*Las crónicas oscuras de mi tierra
Cuentan que por los años de esta historia
Hubo una cruda y borrascosa guerra
Que dejo mucha sangre y mucha gloria.
¿Qué torpeza, qué afán ó qué patraña
Llevó el acero á la homicida mano?
¿Por qué con tanta saña
El hermano luchó con el hermano?
¡Misterio impenetrable! Aquella gente,
Entregada al trabajo noble y santo,
Nunca estuvo al corriente
De eso que hiela el corazón de espanto.
Sólo recuerda que en aquellos días
El buen Alcalde, pensativo y serio,
Hablaban nada más de tiranías,
De una patria que se hunde y de un imperio;
Que al pasearse en los viejos corredores
De la Alcaldía, sin cesar hablaba
De mochos y traidores;
Que la patria esa vez necesitaba
De la sangre valiente de sus hijos
Porque así solamente se salvaba,
Y que el sabio señor, los ojos fijos
Clavaba siempre en su tenaz idea
Murmurando sin tregua: «¡á la pelea!»
Y recuerda también que una mañana
Cada cual se asomaba á su ventana
Para escuchar con ansiedad el bando*

*Pregonado por todas las esquinas
Con infernales gritos, dispersando
Los concursos de gallos y gallinas.
Por orden superior, los Concejales
Recordaban á cada ciudadano
De la patria las glorias inmortales;
Hablaban de un peligro tan cercano
Que, para el invasor disperso,
Convocaban á un pueblo de valientes
A formar, como en tiempo más adverso,
Nuevas filas de bravos insurgentes;
Y que, desde ese día,
A excepción de los viejos y lisiados,
Todo el mundo llegaba á la Alcaldía
Para sentar sus plazas de soldados.*

II

*Triste á fuerza de penas, una tarde
Andrés pensaba con dolor profundo
Que, á riesgo de pasar por un cobarde,
Él, como todo el mundo,
Debe sin extrañeza y sin asombro
Obedecer lo que ha mandado el bando,
Marchar de allí con el fusil al hombro
Y volver al hogar Dios sabe cuando!
Su única salvación en ese instante
Era la fuga que al honor subleva,
Y con la deserción, miró delante
Las escenas sangrientas de la leva.
–Nada! –dijo entre dientes–
El único camino está trazado:
Entraré en esas filas de insurgentes
Y como los demás seré soldado.
¿Y la pobre María? ¿y ña Tomasa?
Yo no sé qué presentimiento interno
Me advierte que si dejo aquella casa
Será mi adiós eterno!–
Sintió que el corazón se le oprimía,
Y abrumado por fúnebres martirios
Creyó oír las palabras de María
Castas como el ropaje de los lirios:
–«No temas que te olvide, es imposible!*

Si de mi lado alguna vez te aleja
 El destino inflexible,
 Sin formular mi labio ni una queja,
 Con esa fé que mi pasión entraña,
 Resignada y tranquila aquí te espero,
 Y al volver triunfador de la campaña
 Verás cuánto te quiero! >>
 Y sacudió su frente soñadora,
 Fijó la vista en los perfiles rojos
 Del monte azul que con la luz se dora,
 Y entre brumas espléndidas perdida
 Miró desvanecerse ante sus ojos
 La ilusión más hermosa de su vida;
 Y ocultando sus lágrimas ardientes,
 Pensando siempre en el objeto amado,
 Se quedó repitiendo entre los dientes:
 –¡Sin remisión, sin remisión... soldado!–

III

–Pues no entiendo, señor! nunca pensara
 Que tan luégo se aguase nuestra fiesta!
 ¿Qué te sucede, Andrés? tienes la cara
 Como la misma decepción, funesta.
 Alivia un tanto tu dolor sombrío
 Contándome las penas que te hieren,
 No están bien tus reservas, hijo mío,
 Con las gentes que aquí tanto te quieren,
 ¡Vamos, querido Andrés! abre esa boca
 Y dime sin empacho lo que tienes.
 ¿Es que María, como todas, loca
 Te está haciendo rabiar con sus desdenes?–
 Y ña Tomasa en su franqueza inculta
 Miraba á Andrés con insistencia y calma
 Cual si quisiese ver lo que se oculta
 En lo más escondido de su alma.
 En vano! Á tanto cariñoso empeño
 Él se quedaba cabizbajo y mudo,
 Hasta que, despertando de su sueño,
 Clamó violento y rudo:
 –¿Con que no sabe usted esa noticia
 Que á todo el pueblo por lo adversa aterra?
 ¿No sabe que el rencor y la malicia

Han suscitado por ahí la guerra?
 –¿Y bien? –dijo embobada la aldeana
 Con los ojos á Andrés interrogando,
 –Y bien, que desde antier en la mañana
 Por ahí anduvo el bando!
 Siempre que oigo esas cosas no he podido
 Saber qué dicen entre tanta bulla;
 Pero antier por mi mal he comprendido
 Que saldrán los que mandan con la suya.
 Envuelto en medio de infernal molote
 Oí con honda pena
 Que para ser del enemigo azote
 Nos llevan por la mala ó por la buena.
 No es posible salvarse... ya he pensado
 Que la fuga es vileza y cobardía,
 Que el único recurso es ser soldado...
 ¿En donde está María?

IV

Un profundo sollozo
 Que sólo brota de quien mucho siente,
 Reprimido, convulso y doloroso
 Contestó á su pregunta impertinente.
 Absortos cada cual en esa riña
 Que libra el duelo al estampar sus huellas,
 No advirtieron que estaba allí la niña
 Escuchando sus íntimas querellas.
 –¡No llores –dijo Andrés –Te quiero tanto
 Que tu dolor aumenta mis dolores,
 Guarda para otros tiempos ese llanto...
 Vamos, vamos, no llores!
 Es verdad que me voy, Dios lo ha querido!
 Pero sabes que en cambio, vida mía,
 Jamás, jamás te olvido.
 Cuando de ti esté lejos, noche y día
 Pensaré en el buen Dios que nos proteje
 Y en los santos recuerdo de María.
 Si vuelvo ¿por qué sientes que te deje?
 Volveré... volveré... ¡te lo prometo!
 Y si entonces me quieres como ahora
 Vivir para tu amor será mi objeto...
 Pero usted, ña Tomasa, ¿por qué llora?

¡Qupe mujeres, gran Dios, no tienen sesos
 Al contarme por muerto entre los vivos!
 ¿Qué, no saben que soy de carne y huesos
 Y que ya voy perdiendo los estribos?
 Sigo impasible mi destino duro
 Porque las cuida aquí, mientras me espera,
 Manuel, que está muy chico y es seguro
 Que no le clavarán la cartuchera.
 Y otra vez les ofrezco que algún día
 Me verán en las puertas de esta casa,
 ¿Verdad que no me olvidarás, María?
 ¡Deme usted un abrazo, ña Tomasa!—
 Cruzó aquellos umbrales tambaleando,
 Sintiendo acaso de la muerte el frío
 Y con voz apagada murmurando:
 —¡Ah, si me amara como yo, Dios mío!

V

¡Allá va la columna! centellea
 En medio de aquel límpido horizonte
 Como reptil inmenso que rastrea
 Sus escamas de acero por el monte.
 ¡Pobres muchachos! sin cesar miraban
 Blanquear las casitas de la aldea
 En donde todo el corazón dejaban,
 Resignados y buenos, en defensa
 De ignorados derechos
 Iban, para alcanzar la recompensa
 Cicatrices honrosas en sus pechos;
 Teniendo sólo la virtud por norma
 Y el amor que á las almas no deseca,
 La igualdad, el derecho, la reforma
 Eran para ellos una cosa hueca,
 Y aunque al decirlo el ánimo se abate,
 Aquellas buenas gentes
 Jamás preguntarán en el combate
 Por qué mueren así como valientes.
 Allí marchaba Andrés ¡pobre María
 A quien dejó llorando sin consuelo!
 Cuando alegre una aurora sonreía
 La tempestad obscureció su cielo!
 La vez postrera que los dos se hablaron,

Viendo morir sus esperanzas bellas,
 ¡Cuántas cosas de amores se contaron
 A la luz de las pálidas estrellas!
 ¡Cuántos secretos ocultó en su broche
 Aquella hermosa noche
 Impregnada de aromas y de luces!
 ¡Qué triste fué el adiós que se dijeron
 Cuando al fulgor de la alborada vieron
 De la alta ermita las airosas cruces!
 Entre tanto, en las faldas de aquel monte
 La columna perdida centellea,
 Y en la otra extremidad del horizonte
 Como un copo de nieve está la aldea...

CANTO TERCERO

I

Han pasado cinco años ¡Quién pudiera,
 Por librarse de negros desengaños,
 Detener de los siglos la carrera
 Con su cortejo interminable de años!
 Ah! si del árbol que el Simoun arranca
 Nos quedaran siquiera algunas flores,
 Y si al tornarse la cabeza blanca
 No se helaran también nuestros amores!
 Pero en vano es soñar, con las edades
 Lo más hondo se vá de la memoria,
 Y pues todo en el mundo es realidades
 Natural es que cambie nuestra historia.
 Como la flor que inclina su corola
 Al soplo helado de borrasca frías,
 Lloró María inconsolable y sola
 Después de la partida, muchos días;
 Y pasaron las horas y con ellas
 Tiempos más bonancibles y mejores
 Y poco á poco las profundas huellas
 De sus tristes dolores
 De musgo se cubrieron y de flores.
 Después, la azul y retirada cumbre

*Por donde Andrés desapareció miraba,
 Y para sacudir su pesadumbre
 Mirando la montaña suspiraba;
 Y después muchos años transcurrieron
 Y con ellos tranquilos desacuerdos,
 Hasta que al fin se fueron
 De aquella cabecita los recuerdos.
 ¡Pobre Andrés! aquella alma candorosa
 Que cruzaba con fé climas extraños,
 Ignoraba que el pecho de una hermosa,
 Cambia mucho en cinco años.
 La mudanza era cruel, y sin embargo
 Era su corazón sencillo y tierno,
 Huyó María del dolor amargo
 Como las golondrinas del invierno,
 Y hubiera sido para Andrés la misma
 Si nunca hubiera del hogar partido,
 Por eso ¡en cuánta reflexión abisma
 Lo que se llama en la mujer olvido!*

II

*¿Qué fué del buen Andrés? Desde aquel día
 En que marchó con el fusil al hombro
 Ni una sóla noticia recibía
 La pobre ña Tomasa con asombro.
 Al despedirse, conmovido y rudo,
 Sabiendo que éso la zozobra aparta,
 Les ofreció escribir muy a menudo,
 Y sin embargo de éso ni una carta,
 Ni un solo papeluco rasguñado
 Cubierto de pringajos y borrones
 Llegó á las manos del objeto amado
 Para acercar así dos corazones,
 Y para hacer también –¡cosa más rara! –
 Que por un garabato mal trazado
 Siempre Andrés en un alma se abrigara.
 Jamás á aquel rincón que olvidó el mundo
 Llegaron de la guerra los horrores,
 Donde todo era paz y amor profundo
 ¿Quién iba á despertar viejos rencores?
 Así, pues, el maestro de la escuela
 En un corro de viejas refería*

*Que con saña y tesón que desconsuela
 La gente de allá lejos se batía,
 Que los buenos muchachos que se fueron
 De la risueña aldea,
 Oh! de seguro su deber cumplieron
 Muriendo con honor en la pelea!
 Ña Tomasa, agobiada de amargura,
 Sus pesares en lágrimas resuelve
 Inclinando su frente en la costura
 Y pensando en Andrés que nunca vuelve
 Mientras María, como siempre, pura
 Que sólo en mantos de placer se envuelve
 Y que á su pobre madre no adivina,
 Oidla: está cantando en la cocina!*

III

*Una vez ña Tomasa, triste y grave;
 Llamó a la hermosa niña que tiene
 Modulaba su canto como el ave
 Que saluda aleteando al sol naciente.
 Al mirar á su madre tan sombría
 Adivinó sus íntimos agravios
 Y se heló la sonrisa que nacía
 Húmeda y juguetona de sus labios.
 Miró la madre llena de embeleso
 Al dulce objeto de su amor prolijo,
 Hasta que al fin, entre el rumor de un beso,
 Con voz muy triste y cariñosa dijo:
 –Óyeme atentamente
 Y deja de tener ese aire arisco:
 Vino ayer ño Vicente
 A pedirte de parte de Francisco.
 Ya tú sabes quién es... ese muchacho
 Que de grande señor hace el alarde,
 El que anda siempre de sombrero gacho
 Y que no fué a la guerra por cobarde;
 Perdona que me exprese de ese modo, –
 Prosiguió con dulzura ña Tomasa,
 –Pero con todo y su grandeza y todo
 El señor don Francisco no me pasa.
 Yo que conozco lo que tu alma siente,
 Que sé que amas á Andrés como ninguna,*

He mandado á la porra á ño Vicente
 Porque su petición era importuna;
 Es verdad, hija mía,
 Que está hace tiempo nuestro hogar desierto,
 Pero á Andrés lo veremos algún día...
 ¡El corazón me dice que no ha muerto!
 ¿Verdad que apruebas lo que ayer le dije
 Al bueno de ño Chente y á sus fiestas?
 ¡Si vieras cuánto tu frialdad me aflije!...
 ¡Vaya!... ¡quiero saber lo que contestas!—
 Y la niña inclinaba la cabeza
 Porque el dolor su corazón traspasa,
 Mientras que, pertinaz y con fijeza,
 La miraba en silencio ña Tomasa.

IV

¡Cómo se prolonga eternamente
 Aquella muda escena de congoja!
 Por fin María levantó la frente
 Por el calor ó la vergüenza roja,
 Y evocando quizás fuerza secreta
 Para afrontar el trance tan temido,
 Dijo, entornando la pupila inquieta,
 Con acento que casi era gemido:
 —Madre mía, usted sabe lo que hace,
 Porque su amor á todo lo prefiero,
 Si usted no quiere que con él me case
 Yo la obedeceré, pero... ¡lo quiero!
 No intento defenderlo, madre mía,
 ¡Bien sabe Dios lo que mi pecho encierra!
 Pero ¿quién dice aquí que es cobardía
 No marchar á la guerra?
 Muchas cosas Francisco me ha contado,
 Cosas de amores que sonriendo escucho,
 Él no quiso como otros ser soldado
 Porque me quiere mucho.
 Por lo que toca á Andrés ¡hermosa azaña
 Hizo al dejar mi corazón desierto!
 Madre, tal vez vuestro cariño engaña,
 ¿Quién sabe si no ha muerto?
 Muchos del interior han regresado
 Hoy que acabó esa guerra tan sangrienta

Y á todos por Andrés he preguntado,
 Y ninguno de él sabe dar cuenta.
 Cuando me acerco al corazón la mano
 Ay! Su latido funeral me asusta!
 Y por curar el mal batallo en vano
 Y comprendo que soy mala é injusta,
 Es decir, madre mía,
 Que si viniera Andrés no lo querría.
 Ña Tomasa que en premio de sus años
 Sabe las jugarretas de este mundo,
 Que esperaba heridores desengaños
 Menos aquel olvido tan profundo;
 Apenas pudo un ahogador sollozo
 Contener esa vez la noble anciana
 Y ocultó como un niño temeroso
 Entre las manos su cabeza cana...

V

¿De qué artes se sirvió? ¿qué maleficio
 Usó aquel marrullero sin oficio
 Para embobar á una alma candorosa?
 ¿Será que la mujer las falsas galas
 Sigue cual la inexperta mariposa
 Hasta quemar el oro de sus alas?
 ¿Será, por nuestra eterna pesadumbre,
 Que ante los fuegos fatuos se deslumbra
 Sin saber que de cieno y podredumbre
 Brota esa luz que fugitiva alumbra?
 ¡Quién pudiera, cual buzo, sumergirse
 De una mujer en la conciencia oscura,
 Para así á nuestra lengua traducirse
 Lo que sienten cuando hablan de ternura!
 Mas dejando este abismo y esta hondura
 Lo que más nos importa es que María
 Hoy adora á un bellaco hasta los huesos,
 Con qué amargura Andrés repetiría:
 «¿Qué mujeres, gran Dios, no tienen sesos!»
 En vano ña Tomasa hasta cansarse
 La reprende, la mima y la aconseja,
 Pero nada, señor, lo de casarse
 Quedó entre ceja y ceja.

VI

Ha salido María con la suya:
 ¡Cuánto infernal molote, cuánta bulla
 Hay en aquella casa
 De ordinario tan triste y tan modesta!
 Es que ño Chico con María se casa
 Y hoy celebra sus triunfos esa fiesta.
 Después que tata Cura
 Y el señor Juez del pueblo los unieron,
 A celebrar alegres su aventura
 En santa paz para el hogar se fueron.
 Escuchad: en esos viejos corredores
 Y en el patio que cubre la ramada,
 Apagando sus ecos mil rumores
 Resuena la marimba fatigada,
 Y acomete el mareo
 Y parece que se hunde medio mundo
 Al sentir el continuo zapateo
 Aquel temblar profundo.
 ¡Como se ven entre las luces rojas
 De inmensas luminarias que chispean,
 Sintiendo del cansancio las congojas,
 Bailadores famosos que jadean!
 Y luego para hacer como es costumbre
 Entre la gente enervador estrago,
 Aquella sudorosa muchedumbre
 Su sed apaga con mezcal y trago.
 Envueltos en la nube polvorosa
 Que levanta al moverse tanta suela,
 «¡Otra!» –grita una voz aguardentosa
 O un «¡viva!» alegre por los aires vuela.
 Y mientras todos á alegrarse empiezan,
 Los pobres chicos, de la plaza azote,
 Envueltos en chamarros se esperezan
 Al calor amoroso del ocote.
 Cabecean los pobres marimberos
 Porque su compromiso al fin se abona,
 Agonizando están lo ocoteros
 Y todos duermen á su luz la mona,
 Y cuando el gallo anuncia la alborada
 Por encanto termina aquel delirio
 Y la gente se vá triste y cansada
 Porque al fin la marimba tocó el «Quirio.»»

VII

Cuentan la fama que desde esa noche
 (A nadie exijo que mi historia crea)
 Perdió el perfume y enlodó su broche
 La virgen más hermosa de la aldea;
 Que tan pálida estaba entre sus galas
 Que escultura de mármol parecía,
 Y que muchos al verla sin sus alas
 Dijeron al pasar: –«¡Pobre María!»–
 Y que á pesar de que en su rostro vieron
 Contracciones severas y tranquilas,
 Algunos indiscretos sorprendieron
 Lágrima vergonzante en sus pupilas.
 Y la fama también cuenta y refiere
 (Apunto de dato, mas quizá no es cierto)
 Que á cada instante sus oídos hiere
 Una voz que repite: «¡Andrés no ha muerto!»
 Y que desde esa vez ya la alegría
 En su frente no brilla y centellea,
 Y que murió por siempre con maría
 La virgen más hermosa de la aldea.

VIII

Poco tiempo después aquella casa
 Se cubrió de tristezas y de duelo,
 Oculta enfermedad á ña Tomasa
 Se la llevó inflexible para el cielo.
 Cuando estaba en su lecho de dolores,
 Sintiendo que llegaba la agonía,
 Antes de irse á regiones superiores
 Así dijo á María:
 –Aunque dejarte sola no lo quiero
 Y aunque á la virgen por tu madre imploro,
 Conozco que me voy y que me muero.
 Ay! cuando deje, al descansar, de verte
 Y quede sólo mi ceniza yerta,
 No sé por qué mi corazón me advierte
 Que ha de llamar Andrés á nuestra puerta!
 Entonces... ¡quién pudiera
 Volverse á unir á terrenales lazos,
 Y besar otra vez su cabellera

Y arrullarlo como antes en mis brazos!
 Cuando vuelva á cruzar estos umbrales
 Dile que ña Tomasa ya no existe,
 Que á mundos luminosos é inmortales
 Por no poderlo ver, se fue muy triste!
 Que siempre estuve en su dolor pensando,
 Que mi cariño á su desgracia abone,
 Que se acuerde de mí de cuando en cuando
 Y ruégale también... ¡que te perdone!
 Que no descansaré si te aborrece,
 Que á ti también mi alma se encariña
 Que tus promesas á olvidar empiece...
 ¡Cuando se fué a la guerra eras tan niña!
 Que se acerque Manuel... ¡pobres criaturas!
 Las quiero tánto, tánto
 Que serán para ellos las venturas
 Que arriba siempre pediré con llanto!
 Manuel: sé bueno siempre con tu hermana
 Y á mí... ¡dejad que mi destino siga!...
 Orad, orad por mí tarde y mañana!...
 Nos veremos después... ¡Dios os bendiga!—
 Y aquellos ojos de la noble anciana
 Que miradas de amor sólo tuvieron,
 Poco á poco sus luces apagaron
 Y una santa oración que no entendieron
 Sus labios contraídos murmuraron.
 Y desde entonces funerario duelo
 Fue el huésped importuno de la casa,
 Ah! si hay un Dios, debe de haber un cielo,
 Y si hay un cielo... ¡jese es de ña Tomasa!

IX

Andrés, vagando por extraña tierra,
 Agonizando de cansancio y frío,
 Siguió las peripecias de la guerra
 Abnegado y sombrío;
 ¡Cuántos climas cruzó con rumbo incierto
 Alentado por fé santa y sencilla
 Sin ver jamás el prometido puerto
 De aquel mar proceloso y sin orilla!
 Si agobiado por negra pesadumbre
 Se sintió alguna vez triste y cansado,

Su espíritu llegaba hasta la lumbre
 Del casto nido del objeto amado,
 Y al sentir tanta paz, tanta alegría,
 Tantos perfumes del hogar distante
 Evocaba el recuerdo de María
 Y murmuraba entonces: «¡adelante!»
 Y así, conforme con sus hondos males,
 Iba sin rumbo como nauta enfermo,
 Arrullado por brisas tropicales
 Que refrescaban de su vida el yermo.
 Ah! la primera vez que el centinela
 Puesto de una hondonada en el postigo
 Anunció con la frialdad que desconsuela
 Gritando atronador: «¡el enemigo!»
 Andrés, sobresaltado y palpitante
 Sintió sin aire su pulmón estrecho,
 Palideció un instante
 Y un vuelco el corazón le dió en el pecho;
 Después, como los bravos veteranos,
 A su puesto llegó con ceño duro,
 Acarició el fusil entre las manos
 Y allí el valiente está firme y seguro;
 Oyó la voz de mando que vibraba
 Seca, del labio de sus jefes viejos,
 Y después al encuentro caminaba
 Del enemigo que se ve á lo lejos:
 Depurado del miedo vergonzoso
 Nadie oyó en ese instante que decía
 Para salir en el peligro airoso:
 «¡En el nombre de Dios y de María!»
 Después sonó el fragor de una descarga
 Que al más valiente con su ruido abate,
 Y Andrés, sereno, se lanzó á la carga
 Perdiéndose entre el humo del combate.
 ¡Que lo bendiga Dios! allá se queda
 Escuchando el silbido de las balas
 Entre la espesa y negra polvareda
 De aquel raudo turbión de inmensas alas...

*Después de la batalla, el pobre mozo
Herido en la mejilla de un sablazo,
Cambiaba su dolor en alborozo
Porque su capitán le dió un abrazo.*

X

*Sumiso y obediente
A férreo yugo por demás pesado,
Al cabo se avezó como valiente
A la vida azarosa del soldado,
Y así como en la aldea
Sacaba en un instante la tarea,
Él era sin disputa el que primero
Entraba sin temor á la pelea
Hasta salir ensangrentado y fiero.
Una vez, al ganar una victoria
Que á la patria colmó de prez y gloria,
Encontraron á Andrés entre los muertos
Apretando el girón de una bandera
Entre sus brazos yertos
Cual si perderla con su honor temiera;
Y cuando despertó ¡con cuánto asombro
Miró, al abrir sus moribundos ojos,
Un galón en su hombro
Y una hermosa cruz en sus andrajos rojos!
Y allí formado el regimiento entero
Presentando las armas á su frente,
Mientras decía el Capitán severo:
«Hijo mío, muy bien... ¡eres valiente!»
Entonces en sus labios extenuados
Se formó una sonrisa de alegría
Y brotó de sus ojos apagados
Una lágrima ardiente... ¡por María!*

XI

*Cuando acabó la guerra
Con un drama sangriento que no nombro,
Y el extranjero se largó á su tierra
Pálido por el susto y el asombro,
El buen Andrés, cubierto
De heridas que ha ganado en la pelea,*

*Fue licenciado, y vacilante, incierto
Se encaminó á la aldea.*

*Ya no era el bravo mozo
Sombreado el labio de naciente bozo
Que conocimos en mejores días,
Hoy los años tan largos que pasaron
Llenos de nieblas y borrascas frías
Sus huellas indelebles le dejaron.*

*Cuando con fé sencilla
Vuelva al hogar el que partió muchacho
Con honda cicatriz en la mejilla
Y en los labios magnífico mostacho;
Cuando con uniforme tan flamante
A sus viejos amigos se presente
Ostentando una cruz limpia y brillante
Que la lleva tan sólo el que es valiente;
Cuando llame otra vez á aquella puerta
Que abandonó llorando en triste día
Siempre á su amor y á su esperanza abierta,
¿Quién lo conocerá? ¡sólo María!*

*Pensando en estas cosas, triste y solo
Proseguía hácia su pueblo caminando
Como viajero que volvió del polo,
Y como siempre á solas murmurando:
–«Nada saben de mí. En tantos años
Ni una sólo noticia pude darles
Para atenuar así los hondos daños
Que mi ausencia tal vez pudo causarles;
Pobres! acaso sin consuelo lloran
Viendo que en mí la ingratitud se encierra,
Yo no pude escribirles porque ignoran
Que es imposible hacerlo cuando hay guerra.*

*Hoy otra vez presentimiento oculto
Vuelve á anunciarme la desgracia inmensa
De que este amor que para mí es un culto
El olvido tendrá por recompensa.
¡Será María como lo he soñado
La mitad cariñosa de mi vida?
¿Cuándo vuelva á su hogar triste y cansado
Aún podré ser feliz? ¡que Dios decida!»–*

*Y mientras piensa con mayor constancia
En lo que el pobre corazón desea,
Más y más se acortaba la distancia
Que antes lo separaba de la aldea.*

XII

«¡Allá está el pueblecico!
 Tan humilde y tan chico
 Sobre la falda azul de las montañas,
 Que con todo y su ermita y sus cabañas
 Un pedazo de nieve que blanquea
 Parece desde aquí... ¡bendito sea!—»
 Al pronunciar sin odio y sin enojos
 Estas frases sencillas de cariño,
 Andrés, turbado, se limpió los ojos
 Porque lloraba tanto como un niño.
 A lo lejos miró, firme y enhiesto
 Como los centinelas en su puesto,
 El monte oculto entre su densa bruma,
 Y en el confín lejano
 Brillando como el sol el océano
 Como un velo magnífico de espuma,
 Y después vió la iglesia solitaria
 Con sus altos y esbeltos cocoteros
 De su santa oración y su plegaria
 Eternos mensajeros...
 ¡Siempre el humo brotando de su lumbre,
 El mismo sol saliendo por la cumbre,
 El mismo mar en calma ó muy bravío,
 La misma religión en la cabaña,
 El mismo solitario caserío
 Y el mismísimo pueblo en la montaña!
 Cuando llegó junto á la cruz que estaba
 Cuidada siempre con cariño santo,
 Ay! y que más que nunca se ladeaba
 Sobre su pedestal de calicanto,
 Con su vieja creencia fervorosa
 El kepi se quitó por el sombrero,
 Se persignó con mano temblorosa
 Y siguió caminando más ligero,
 Y caminando siempre, caminando
 Llegó al pueblo y cruzó muchas esquinas,
 Pensativo y absorto, dispersando
 Los concursos de gallos y gallinas.

XIII

—Señora, por las señas que me dieron
 Debo dirigirme á aquella casa,
 He llamado y sus puertas no se abrieron,
 ¿Es allí donde vive ña Tomasa?
 Lo miró la señora con fijeza
 Cual si evocara algún recuerdo incierto,
 Hasta que dijo llena de extrañeza:
 —¿No sabe usted que ña Tomasa ha muerto?
 —No!... dijo Andrés como una estatua yerto,
 Sintiendo el corazón despedazado,
 —Lo que me cuenta usted no lo sabía
 Porque vengo de lejos... soy soldado...
 Pero... ¿vive María?
 —¿La mujer de ño Chico? se fue al río
 Por lo que halló la casa abandonada,
 ¡Pobre! ¡que genio tiene tan sombrío
 Desde que está casada!
 —¿Podré esperarla allá mientras la hora
 Llega de su regreso?
 —Por supuesto
 —Muchas gracias, señora,
 Dispense usted si acaso la molesto.
 —No hay de qué, llegue usted hasta la casa
 Y allí espere sentado con paciencia,
 Pronto regresará si no se atrasa
 Y así terminará su penitencia—
 Y de nuevo á la casa se volvió
 Con paso reposado
 Cuando oyó á la mujer que le decía:
 —Oiga, señor soldado,
 Usted que viene acaso de la guerra
 Y que sabe sin duda muchas cosas
 (Perdone mi pregunta y lo que encierra
 Más... ¡somos las mujeres tan curiosas!)
 ¿No conoció un muchacho por ventura
 Que de aquí fue á la guerra y que no ha vuelto,
 Que se llamaba Andrés, una criatura
 De corazón muy grande y muy resuelto?—
 Y la señora acarició la falda
 Y el delantal, con el oído abierto,
 Y el soldado esa vez le dio la espalda

Diciéndole al patir: –¡Andrés ha muerto!
 –¡Qué melitar tan guapo! –se decía
 Mirándolo alejarse pensativo,
 –Si no fuera por eso, juraría
 Que él es el mismo Andrés y que está vivo!

XIV

Miradlo: bajo el techo se ha abrigado
 Del suspirado hogar, su viejo amigo,
 Y sobre el mismo banco se ha sentado
 De promesas de ayer mudo testigo,
 Y otra vez á su frente está María
 Temblando de pavor como una muerta
 Pálida ante ese espectro que venía
 A cruzar importuno por su puerta.
 A pesar de encontrarlo tan cambiado
 A fuerza de vigilias fatigosas,
 Bajo aquel uniforme de soldado
 Vió al amante de edades más hermosas.
 Andrés, midiendo su desgracia inmensa,
 Estuvo pensativo y cabizbajo,
 Hasta que, coordinando lo que piensa,
 Dijo con gran trabajo:
 –Como usted lo verá, soy extranjero
 Que he venido de tierras muy distantes;
 Yo conocí en la guerra un compañero
 Que á mi lado pasó rudos instantes;
 Su nombre usted lo sabe... en mi memoria
 Grabado está lo que me dijo un día...
 ¡Ah! ¡cuántas veces me contó su historia
 Y la de usted también... ¡la de María!
 ¡Cuántas veces me hablaba en la velada
 De tempestuosas noches invernales
 De una promesa que hizo á su adorada
 De llegar otra vez á estos umbrales!
 Aún me parece que su queja escucho:
 Si muero dile que la quise mucho,
 Que tú vas de mi parte hasta su nido
 Para contarle lo que yo he sufrido...
 Díle que soy por ella desgraciado,
 Que Dios tan sólo mi infortunio mide,
 Que olvide todo lo que me ha jurado,

Que en libertad la dejo y que me olvide.
 ¡Pobre Adrés!... una bala
 Le partió el corazón en dos pedazos...
 Hoy ya su labio un una queja exhala
 Y sólo tierra estrecha entre sus brazos,
 Y yo, señora, aunque quizá os asombre
 Este rasgo de honor ó de simpleza,
 He venido en su nombre
 A cumplir como bueno su promesa.
 Perdonadme si lloro... era un amigo
 Que quise tánto, tánto...
 Fuí de tantas angustias el testigo...
 ¿Verdad que es justo y natural mi llanto?
 Ah! cuando el sol á declinar empiece
 Por aquella montaña del desierto,
 Pensad que Andrés una oración merece...
 ¡Le gusta tanto la plegaria á un muerto!
 Y otra vez del hogar se fue alejando,
 Sintiendo siempre de la muerte el frío,
 Con sepulcral acento murmurando
 –¡Ah! ¡no me quiso como yo, Dios mío!

XV

Dicen las gentes que desde ese día
 Más huraña que nunca fue María,
 Que la niña que fue toda sonrojos
 Agobiada por íntimos agravios,
 Llevó siempre una lágrima en los ojos
 Y contraídos de dolor los labios,
 Que tan pálida estaba y tan hermosa
 Envuelta en sus crespones de tristeza,
 Que al pasar como virgen dolorosa
 Todos se descubrían la cabeza;
 Que ño Chico y Manuel no conocieron
 Aquel mal tan oculto que la hiere,
 Y que al verla tan triste, se dijeron:
 –“¡Si sigue así, Dios santo, se nos muere!”–
 Que al verla todos agostada y fría
 Dijeron al pasar: –“Pobre María!
 ¡Acaso llora porque Andrés ha muerto!”
 Que tuvo desde entonces la manía
 De mirar la montaña del desierto.

.....
.....
.....
.....

*Y mientras tanto, Andrés va por la cumbre
Retirada y azul de las montañas
Mirando con inmensa pesadumbre
A lo lejos la ermita y sus cabañas.
Caminando por nuevos horizontes
Se hace el tranquilo hogar más y más chico
Hasta que vió en la falda de los montes
Como el puño cerrado el pueblecico.
Caminando sin rumbo, caminando,
Lágrima ardiente su pupila esconde
Porque la dicha atrás se va quedando
Y porque irá á morir Dios sabe donde,
Lloró agobiado por dolor ignoto
Al ver tan lejos la risueña aldea,
Perdida y sola en el confín remoto
Como un copo de nieve que blanquea!*

Noviembre 1889

FIN.

FUGACES

I

*“Fugaces”, así se llaman
 Las rimas donde fulguras;
 ¡Algún nombre los que aman
 Deben dar á sus ternuras!
 Las formó mi fantasía
 En mis noches de desvelos
 Para pagar, vida mía,
 De algún modo tus consuelos
 Todos los bienes que me haces
 Para endulzar mis pesares,
 En estos pobres “Fugaces”
 Te los devuelvo a millares.
 En cambio de aquellas horas
 Radiantes de tus amores,
 En este libro hay auroras,
 Hay primaveras y hay flores.
 Fugitiva y trasparente,
 De mi gratitud nacida,
 Hay una lágrima ardiente
 En cada estrofa escondida.
 Por cada siglo de hastío
 Que me quitaste al ser tuyo,
 Hallarás, dulce bien mío,
 En cada verso un arrullo.
 Y porque sé que algún día
 Se irán los bienes que me haces,
 Escribió mi fantasía
 Tus consuelos con “Fugaces”!*

II

*Si hallas en este libro
 Que nuestro amor resume
 Alguna nota oculta
 Que llegue al corazón;
 En sus borradas páginas
 Perdido algún perfume
 Como en la flor que tiene
 Marchito su botón*

*Si encuentras en mis versos
 Los tintes de la aurora
 Que alegran las tristezas
 Del yermo boreal;
 La luz reverberante
 Que por las tardes dora
 Las cumbres revertidas
 De nieve virginal
 Murmurios de la tarde
 Que envueltos en la bruma
 Del alto cielo escalan
 La esplendidez de tul;
 De la onda resonante
 La fugitiva espuma,
 Las perlas que aprisiona
 Bajo su manto azul.*

*Incienso vaporoso
 Que en espirales sube
 Llegando hasta tu solio
 Para besar tus pies;
 Dispersas en girones
 Las gazas de una nube
 Para que así contemples
 Los astros á través.*

La brisa gemidora
 Que al suspirar modula
 Tu nombre, amada mía,
 De un beso entre el rumor
 Un cielo hermoso y puro
 Que el horizonte azula
 Y que en su seno encierra
 Nuestro infinito amor.

Del canto de las aves
 La vibración incierta
 Que vaga entre el ramaje
 Del ceibo y el sauz;
 Vago rumor de alas
 Del nido que despierta
 Al beso pudoroso
 De la naciente luz.

Si encuentras esperanzas,
 Como tu amor, tranquilas,
 Que hacen buscar sin tregua
 Algo que aquí no está;
 Las luces de otro cielo
 Que hieren las pupilas
 Para que el alma triste
 Distinga un más allá.

La fe que con sus voces
 Al corazón alienta,
 Efluvios de otros climas
 Que rozan nuestra sien;
 Un himno que en la altura
 Domina la tormenta;
 Una oración que sube
 Para traer el bien.

Las huellas de un arcángel
 Que envuelto en níveas galas
 De paso por el mundo
 Mi libro acarició;
 Regado en mis canciones
 El polvo de sus alas
 Como la estela de oro
 De un astro que pasó.

Si, en fin, encuentras algo
 Que cuando sola y quieta
 Reposes en tu alcoba
 Te aduerma sin esas;
 Caricias invisibles
 De mi pasión secreta,
 Suspiros que á tu nido
 Se llegan á posar.

Todo eso que al leerlo
 Te absorba en muda calma,
 Que llene de sonrisas
 Tus labios de rubí
 Todo eso me los has dado,
 Dulce mitad de mi alma,
 En las benditas horas
 Que he estado junto á ti.

III

*¡Cuántas frases harán, negras é impuras,
 De nuestra historia resaltar la luz!
 Presa de mis amargas desventuras
 Escribí muchas páginas oscuras
 Cuando no estabas á mi lado tú!*

IV

*¡Así te adoro más! Brotaste un día
 Espiritual y hermosa
 Envuelta en esa túnica radiosa
 Con que vela sus sueños la poesía.*

*Cual voladora mariposa inquieta
 Germinaste entre luces y entre flores
 Para ser del poeta
 Alada encarnación de sus amores.*

*Al calor de un delirio voluptuoso
 Formas te ha dado mi cincel de artista,
 Y porque sé que me amas, orgulloso
 Estoy de tu conquista.*

*¡Ninguna como tú! Ninguna encierra
 El raudal de pureza que atesoras,
 Los tintes que te bañan... ¡las auroras
 Solamente los llevan en la tierra!*

*Cuando mi ruego hasta tu solio sube
Desciendes cariñosa y sonriente,
Y siento que se posan en mi frente
Tus alas entreabiertas de querube;
Entonces todos mis dolores robas
Y alegrando mi alma con tus galas
Enamoradas trovas
Nacen al tenue roce de tus alas.*

*Al resplandor de tu mirar de fuego
Despierto mi dormida fantasía,
Y cada vez que acudes á mi ruego
Arrodillado el corazón te entrego
Y te adoro soñando, hermosa mía!*

V

*¡Cuántas manos profanas al acaso
Nuestro libro abrirán,
Como abrir torpemente el áureo vaso
Cuyos perfumes con la luz se van!*

*¡Cuántos al penetrar por esa puerta
Que nos guarda á los dos,
Sin rumbo irán con la mirada incierta
Como en el templo el que olvidó á su Dios!*

*¡Cuántos sin conocer nuestros amores,
Nuestra historia inmortal,
Romperán despiadados nuestras flores
Como los genios fúnebres del mal!*

*¡Cuántos, envuelto en alboradas tierras,
No mirarán tu ser,
Y ajarán estas páginas dispersas
Sin poder nuestro idioma comprender!*

*Si ves que marchó por el mundo erguido
Con mi viejo laúd,
Y á pesar de mis duelos no he perdido
La esperanza, la fe, la juventud.*

*Si canta mucho el corazón que mimas
Y que siempre te amó
Es porque sé que mis perdidas simas
Sólo tú las comprendes como yo!*

VI

*Vida de la vida mía,
Flor de mis yermos agrestes,
Pedazo azul de mi alma
¡Qué hermosa, qué hermosa eres!*

*Por eso, no más por eso
Te perdono tus desdenes,
Todos los males que me haces,
Todo lo que me aborreces.*

*¡Si vieras! la frase dura
Que tu rojo labio vierte,
En vez de amargar mi alma
Me sabe á tu boca: ¡á mieles!*

*¡Si vieras tú que una herida
Hecha con manos de nieve,
En vez de dañar, consuela
Y apenas, apenas duele!*

*Y las miradas de odio
Que me diriges á veces,
¡Si vieras qué inofensivas
Son en tus ojos celestes!*

*Por eso, no más por eso
Me ves a tu lado siempre,
Viviendo de tus rencores,
De tus profundos desdenes.*

*Y cuando más despiadada
Herirme más hondo crees
¡Si vieras que te perdono
Diciendo: qué hermosa eres!*

VII

*En ti pensaba siempre! Llegué al templo
 En donde tú rezabas
 Y busqué aquellas sombras que velaron
 Las tinieblas de mi alma;
 Inmóvil y callado, semejante
 A las mudas estatuas
 En el recinto obrero de aquel templo
 Escuché tus plegarias.
 Los ecos de las naves repetían
 Tus vibrantes palabras
 Que resonaban con letal tristeza
 En los ecos de mi alma.
 Eran como las notas fugitivas
 De alguna voz lejana,
 Como amoroso y lastimero arrullo
 De las palomas blancas,
 Como el canto del niño por la tarde
 Al ángel que lo guarda.
 Aquel rumor confuso y apagado
 Como batir de alas,
 Yo no sé qué recuerdos me traía,
 Qué tiempos evocaba!
 Tal vez de aquella edad que nunca vuelve
 Alguna historia vaga
 Obscurecida por las demás brumas
 Que me enervan el alma.
 Tanto llegué á pensar en mis recuerdos
 Y tanto en ti pensaba,
 Que asomaron ardiendo en mis pupilas
 Dos silenciosas lágrimas;
 Uní mis oraciones de infortunio
 A tus preces cristianas
 Y olvidé las tormentas que en mi vida
 Eternamente estallan...
 Y desde entonces cuando sufro y llevo
 Tinieblas en el alma,
 Cuando en mis horas de tristeza pienso
 Que tal vez no me amas,
 Sin que lo sepas tú, sin que adivines
 Quién, oculto, te guarda,*

Inmóvil y callado, semejante

*A las mudas estatuas,
 En el recinto obrero de aquel templo
 Escucho tus plegarias
 Y espero que me invoquen y me llamen
 Tus vibrantes palabras!*

VIII

*De otros mundos mejores he venido
 Incansable y tenaz en pos de ti,
 Con mis amores á endulzar tu viaje
 Y á hacerte con mis versos más feliz.*

*Y hace ya mucho tiempo que sin rumbo
 Mi destino es tu huella perseguir;
 Astro informe que signe eternamente
 Una estrella brillante del cenit.*

*¡Quién desde arriba a padecer te trajo?
 No lo sé, vida mía, pero al fin
 Mientras sufras en estos eriales
 Nostalgias de tu cielo y tu pensil;*

*Mientras tus blancas alas de querube
 No vuelvan los espacios á batir,
 Yo seré el compañero cariñoso,
 El viejo amigo que hallarás aquí.*

IX

*Cada palabra tuya es la armonía
 Que hacen las aves cuando viene el día
 Desde el nido aleteando por la luz;
 Canto de hadas en las linfas hondas,
 Misteriosos rumores de las frondas
 De los bosques de palmas y bambús.*

*Cuando mi corazón padece mucho
 A ti me acerco y extasiado escucho
 Las gratas vibraciones de tu voz;
 Así deben decirse sus querellas
 Las flores y las pálidas estrellas,
 ¡Así le hablan los ángeles a Dios!*

X

*Las golondrinas en su largo viaje
Otro espacio mejor van a buscar
Cruzando ignotos y lejanos climas,
Saben á dónde van.*

*Los otros oleajes se pierden
Coronados de espumas en el mar
Incansables rugiendo en su camino,
Saben a dónde van.*

*Y las nubes informes que atraviesan
En alas de la rauda tempestad
Oscuros y lejanos horizontes,
Saben a dónde van.*

*Yo que voy al acaso por el mundo
Llevando mis fatigas nada más,
Yo he emprendido este viaje y aún ignoro
A dónde iré con ellas a parar!*

XI

*Si vieras con qué aflicción,
En horas de soledad,
Pienso en esta enfermedad
Que tengo en el corazón!*

*Es un pesar que se escuda
En lo más hondo y remoto,
Dolor oculto é ignoto
Que hierde con saña ruda.*

*Presentimientos adversos
Que apenas mi lira expresa,
Indefinible tristeza
De donde brotan mis versos.*

*Crece un cáncer en el yermo
De mi alma triste y huraña,
Como la perla en la entraña
Del pobre molusco enfermo.*

*Siento con dolor profundo
Que estoy con todos en guerra,
Pues porque estás en la tierra
Por eso vine á este mundo.*

*Forman eternos anhelos
Mi vida desierta y fría;
Tengo la triste manía
De mirar mucho á los cielos!*

*Busco las naves obscuras
Donde la oración resuena;
Como las almas en pena
Voy mucho á las sepulturas.*

*A veces suelo soñar
Que sigo intangibles rastros,
Que he viajado por los astros...
¡Yo soy un loco de atar!*

*Desde que te conocí,
Ve qué rara enfermedad,
Busco más la soledad
Para pensar solo en ti.*

*Brotan las flores tenaces
De mi corazón herido:
Muchas noches no he dormido
Por escribirte "Fugaces".*

*Callado, triste y sombrío
Espero dichas mejores;
Nunca podrán tus amores
Llenar tan hondo vacío!*

*Ah! Llevamos los poetas
Tanta lágrima invisible,
Tengo sed inextinguible
De tus caricias secretas!*

*Quiero que á mi lado ondules,
Sentir tu tenue rumor,
Quiero dormir al fulgor
De tus pupilas azules.*

Y –¡Perdona!– en el exceso
De mis febriles ternuras,
Por ver si mis duelos curas
Quiero que me des un beso!

Mira si tendré razón,
En horas de soledad,
De pensar con aflicción
En la extraña enfermedad
Que tengo en el corazón!

XII

En confuso tropel á tu memoria
Nuestro hermoso pasado llegará,
Y que mucho te amé... ¡como ninguno!
Tarde lo llegarás á confesar.

Cuando vuelva á brotar para besarte
La nevada azucena virginal,
Y otra vez con amor la enredadera
Vuelva sobre tur rejas á preparar;

Cuando den las torcaces desde el nido
De las pasadas citas la señal
Y te asomes de nuevo á tus balcones,
Ya el guardián de aquel muro no estará!

Las palomas azules, tus amigas,
El viejo limonero y el rosal,
Las golondrinas que te quieren tanto
Muchas tardes por mí preguntarán.

Si tan triste como ellos me recuerdas
Si mi nombre también te hace llorar,
¡No me busques entonces bajo el muro
Porque sé que no me encontrarás!

XIII

Mataste el corazón donde vivías
Y queriendo acabar con tus recuerdos
Tu mano espiritual borró las huellas
De los pasados tiempos.

En cambio yo en el fondo de un sepulcro
Guardé, piadoso, mis amores yertos,
Y envueltos en crespones funerarios
Allí dejé mis versos.

¡Qué triste me he sentido al sepultarlos
En el polvo que guarda tantos muertos,
Y, quedándome solo, despedirlos
Con un adiós eterno!

¿Ves esa virgen pálida que duerme
Entre flores marchitas en el templo?
La virgen eres tú... y esos perfumes
Ilusiones que fueron!

¿Y no ves una sombra arrodillada
Velar al borde del mortuorio lecho?
¡Es el pobre poeta que solloza
Donde duermen sus versos!

XIV

Todos podrán brindarte las riquezas,
Una vida de fausto y esplendor,
Las glorias terrenales que se acaban,
Cuanto abarque en sus alas tu ambición

Podrán arrodillarse ante tu solio
Y allí adarte como á falso Dios;
Formar con el incienso que te quemen
Nubes que te circunden como al sol.

Pero ofrecerte un alma de poeta,
Los tesoros que encierra la pasión
Ardientes goces que jamás terminan...
¡Lo puedo sólo yo!

XV

*¿Por qué te llaman todos el poeta?
Me interrogaba pensativa y quieta
Llevándome á regiones de más luz;
Yo, con la fe de los que aquí se aman,
Le dije sonriendo: ¡Así me llaman
Porque me quieres tú!*

XVI

*Es mi pasión tan grande y tan inmensa
Que bien puede durar
Lo que dura la vida en el espíritu:
¡Toda una eternidad!*

*A otro espacio mejor, á otras regiones
De la vida inmortal
Que del sepulcro en el dintel empieza,
Tienes tú que llegar.*

*Cuando ese viaje emprendas, á su término
Habré llegado ya
Y pensando en lo mucho que te quiero
Allá me encontrarás.*

*Allá verás entonces que mi espíritu
En donde estés, está,
Que viviré á tu lado mientras dure
Nuestra vida inmortal.*

*A cada instante te diré que te amo,
Y te convencerás
De lo que dura mi pasión inmensa:
¡Toda una eternidad!*

XVII

*Desde que tú me despreciaste, llevo
De un peso abrumador la inmensidad;
Que te amo desde entonces más que nunca
No lo diré jamás.*

*Después de recibir tantos desdenes,
Tanto veneno amargo y tanto mal,
Después de todo lo que tú me has hecho...
¡Pienso en ti mucho más!*

*Y jamás volveré como otros días
Ni una frase de amor á pronunciar;
Te quiero mas que nunca, pero tengo
Lo que tú no has tenido... ¡dignidad!*

XVIII

*Nada debes temer, te quise tanto
Que es imposible que te pueda odiar,
Todos aquellos males que me hiciste
Los he olvidado ya.*

*Tuya será la culpa si no vuelve
La primavera hermosa que pasó,
Si no tiene más páginas la historia
Que formamos los dos.*

*Ya que tú lo has querido, es necesario
Que dejes ese velo en donde está
Que me tengas por muerto para siempre...
¿Qué te cuesta olvidar?*

*Si nunca comprendiste que te daba
Todo lo noble y bueno que hay en mí,
Si jamás conociste mis grandezas...
¡Tanto peor para ti!*

XIX

*¡Haces unas preguntas! Poesía
Es un suspiro de tus labios rojos,
La mirada que viene de tus ojos
A impregnar de dulzuras mi pasión;
Algo que te persigue y que á tu lado
Invisible palpita y centellea,
Una cosa que siempre te rodea
Como las gazas de la nube al sol;*

*El perfume que ondula en tus cabellos,
Un beso húmedo y casto de tu boca,
La rima enamorada que te invoca
Cada vez que me duele el corazón!*

XX

*¡Oye! cuando emprenda
Mi espíritu el vuelo
Por esas regiones
Del espacio inmenso;
Cuando le dé al mundo
El adiós postrero
Y acaben mis lágrimas
Y mis sufrimientos.
Entonces... ¡no llores!
Que si voy tan lejos
Llevaré conmigo
En el viaje eterno
De nuestro amores
Los gratos recuerdos.
Triste y solitario
Iré sin consuelo
Por esas regiones
Del espacio inmenso,
Pensando en los muchos
Recuerdos que llevo,
Y esperando siempre
Que vayas al cielo
Y que me devuelvas
Cuanto aquí te dejo!*

XXI

*Si quieres conocer por qué mi olvido
Ha puesto entre los dos ese jamás,
Y después de que tanto te he querido
No me miras como antes suspirar;
Si de ver a la luz tantos arcanos
Tienes alguna vez curiosidad
Acerca al corazón tus blancas manos
Y oye lo que un latido te dirá*

XXII

*Iban las golondrinas por el cielo
Y los dos las mirábamos volar,
Haciéndose caricias se perdían
Por el azul de aquella inmensidad.*

*¿Por qué se van tan pronto? Preguntabas,
¿Por qué el alero abandonando van?
¡No tienen corazón las golondrinas
Que así dejan sus nidos al azar!*

*Se van, te dije con pesar oculto
Porque el invierno helado llegará,
Es la estación de brumas y tristezas
Y se van a vivir detrás del mar!*

*En el fondo del alma, vida mía,
Un nido hermoso te llegué á formar,
Mis flores de poeta te ocultaban
Y yo te acariciaba nada más.*

*Después... tú bien conoces esa historia,
Llegó la noche fúnebre, invernal,
Y dejaste los hielos de mi alma,
Las eternas tristezas de mi hogar.*

*Y desde entonces cuando sufro mucho
Y recuerdo que tú no me amas ya,
Pienso en las golondrinas que esa tarde
Se fueron á vivir detrás del mar.*

XXIII

*Queriendo darte un cielo, cierto día
Lo busqué con afán aquí y allí;
¡Como lo iba á encontrar, paloma mía,
Si me alejaba más y más de ti!*

XXIV

*Te seguiré en el mundo, aunque no quieras,
Con afán incansable y pertinaz;
Iré detrás de ti como la sombra
Que eternamente á nuestro lado va.*

*Por donde quiera que los ojos vuelvas
De tu camino al borde me verás,
Como el pobre mendigo que importuna
Si un mendrugo de pan, no se le da.*

*Y siempre me verás seguir tus pasos
Como el remordimiento al criminal,
hasta que tú me digas que me amas
y tengas compasión... ¡por caridad!*

XXV

*¡Espera! dices, ¡espera!
Y yo me pongo á esperar,
Y pasa así mucho tiempo
Y pasa una eternidad.
Así las horas, los días,
Así los años se van
Y yo me quedo esperando
Y tú no llegas jamás.*

*Cuando la fe de mi espíritu
Siento que vacila ya,
¡Espera! dices, y entonces
De nuevo torno á esperar
Y pasan siglos y siglos
De larga noche invernal
Y así me estoy preguntando,
Preguntando dónde estás.*

*Tal vez al fin me fatigüe
De tanto, tanto esperar
Y llegue al sepulcro helado
Con mi esperanza no más;
Si allá donde nada acaba,
Donde todo es inmortal,
Y en donde tarde ó temprano
Nuestras almas se verán;*

*Si allá repites: ¡espera!
Tornaré siempre á esperar
Aunque pasen muchos siglos
Y pase una eternidad
Y me consuma esperando
Y tú no llegues jamás!*

XXVI

*Si lo quieres diré que no hay un mundo,
Que nunca brilla en nuestro cielo el sol,
Que se mentira que hay luz y que no existe
Cuanto encierra en su seno la creación.*

*Diré si me lo mandar que tus ojos
Han perdido su eterno resplandor
Que no eres hermosa... ¡la herejía
Que jamás labio humano pronunció!*

*Que no tengo esperanzas... ¡Cuánto quieras!
¡Hasta podré decir que no hay un Dios!
Pero que no te amo... ¡es imposible!
¡Arráncame primero el corazón!*

XXVII

*Mira cómo me acerco á tus altares
Y duda, si es que puedes, mi pasión:
Ante ti me arrodillo solamente...
¡Ante mi madre y Dios!*

XXVIII

*Aquí, dije parado ante el sepulcro,
Se reposa por una eternidad,
Aquí el alma extenuada y vacilante
Se acerca silenciosa á descansar.*

*Aquí las decepciones de la tierra
No nos molestan ni nos hieren más,
Y se apagan los ecos de la vida
Del sepulcro ante el mármol funeral.*

*Aquí se duerme en paz, nadie nos viene
De ese sueño tranquilo á despertar;
Melancólico vela á nuestro lado
Un ciprés solitario y nada más.*

*Al ver estas desiertas soledades
Donde los muertos reposando están,
¡Cuántas veces mi espíritu ha deseado
Dormir allí sin despertar jamás!*

*Si aún no me he fatigado, si soporto
Los dolores del viaje terrenal,
Y me ves con mi carga abrumadora
Por árido desierto caminar;*

*Si jamás te abandono, si á tu lado
Me miras afrontar la adversidad,
Es porque solitaria y sin consuelo
No te quiero dejar!*

XXIX

*Supé que en confianza á un buen amigo
Preguntaste quién soy,
Porque has notado que tus pasos sigo,
Que por doquiera que tú vayas, voy.*

*Que nadie pudo aquella vez de un hombre
La historia penetrar,
Que no llegaste á conocer ni el nombre
Del que tanto te llega á importunar.*

*Que del pasado que mi vida puebla
Vio tu afán de mujer,
Algo triste y funesto cual la niebla
Que sólo enigmas te dejó entrever.*

*Pretender sondear tan hondo abismo
Es inocencia que hace sonreír:
¡Si me lo preguntaras, ni yo mismo
Te lo pudiera, á la verdad, decir!*

XXX

*Cuando la campana
Con triste lamento
Llorando te diga
Que ha tocado á muerto;
Que de algún sepulcro
Las puertas se abrieron
Para que descansé
Un pobre en su seno.*

*Si ves por las calles
Humilde cortejo
De gentes que llevan
En hombros un féretro,
Y si allí no escuchas
Suspiros y rezos,
Ni un sollozo oculto,
Ni un gemido intenso.*

*Si después encuentras
En el cementerio
Ignorada fosa
Que rodeó el silencio,
Sin cruces que invoquen
La piedad del cielo,
Sin flores que guarden
Los despojos yertos.*

*Entonces... recuerda
A tu amigo enfermo
Al poeta errante
Que miraba al cielo,
Que por muchos años
Fue tu compañero
Y arrulló tu nido
Con sus pobres versos.*

*El será quien vaya
Sólo al cementerio
Sin que nadie lllore
Donde están sus restos;
Tal vez recordando
En el viaje eterno
El adiós sin lágrimas
Del sepulturero.*

Recuerda un instante
A tu amigo enfermo,
Eleva llorando
Tus preces al cielo
Para que consigo
No vayan tan lejos
Tantas amarguras
Tantos sufrimientos!
Lleva á su sepulcro
Tu llanto y tus rezos,
Tus flores que guarden
Sus despojos yertos,
Porque tú tan solo
Eres su consuelo;
Sólo tú conoces
Su pasado incierto
Sus hondos pesares,
Sus ocultos duelos,
Y solo tú puedes
Evocar recuerdos
Del bardo ignorado,
Del pobre que ha muerto!

XXXI

Como la alondra que olvidada y triste
Duerme en el forestal
Y espera con quietud de la mañana
La primer claridad
Para volar por el espacio inmenso
Y ponerse á cantar;
Así el alma en la noche de mi vida
Como ave enferma está,
Ha plegado las alas que á tu lado
Lució con tanto afán
Sin modular el canto que otras veces
Te elevó al despertar
Desde que triste y silenciosa duerme
No recuerdo cuánto ha,
Más sólo á ti como á la luz te espera
En su noche invernial
Para extender sus diamantinas alas
Y volver á cantar.

¡Cuántas veces al ver las agonías
Que matándome están,
Al pensar que tal vez en tanto tiempo
Me has olvidado ya,
Cuántas veces á solas me pregunto:
¡Si aún tendré que esperar,
Si durará este sueño hasta la muerte
Sin despertar jamás!

XXXII

Una sola mirada de tus ojos,
Una sola sonrisa de tus labios
Y olvidaré después nuestros enojos,
Nuestros mutuos agravios.

Me verás otra vez arrodillado
Con la misma pasión de aquellos días,
Evocaré las sombras del pasado,
Las muertas alegrías.

Los sangrientos dolores que me hirieron
Se alejarán después como han venido;
No pensaré en la hiel que me ofrecieron
Tu desdén y tu olvido.

Nada podrá importar á las mujeres
Una sola sonrisa de sus labios,
Pero así olvidaré, si tú lo quieres,
Nuestros mutuos agravios.

XXXIII

Dime hasta cuándo termina
La vida inmortal del alma,
Y yo te diré el instante
En que mi pasión se acaba.

XXXIV

Fugaces, vagas é inciertas
Las dos pupilas brillaron
Y se quedó con los ojos
Eternamente apagados.

Cesó de latir el pecho,
Enmudecieron sus labios
Y al verla todos pensaban
Que estaba durmiendo acaso.

Cubrieron piadosamente
Su cuerpo de velos blancos,
De flores castas y puras
La sien helada adornaron
Y dejaron sobre el pecho
Cruzadas las niveas manos.

De los cirios que allí ardían
A los fulgores escasos
La vi pálida é inmóvil
Como una virgen de mármol.

Yo estuve junto á la muerta
No sé qué tiempo parado,
Al resplandor de los cirios
No sé en qué cosas pensando
Hasta que sentí en los ojos
Lágrimas que me quemaron,
Lágrimas que duelen mucho
Cuando asoman á los párpados
Porque brillan y no salen
Y allí se quedan temblando...

Tal vez pensé en ese instante
En los pobres desterrados
Que en este valle luctuoso
Solos y tristes quedamos,
Porque con voz apagada
Por la congoja y el llanto
De aquel recinto mortuorio
Me retiré murmurando:
¡Una virgen de la tierra
Que nos deja abandonados!

XXXV

Contemplé tan incierto el plazo largo
De que tú fueras mía alguna vez,
Que pensé que era un sueño y sin embargo
Estaba yo á tus pies.

Cuando miré en tu frente los sonrojos
Circular como fuego abrazador
Y leí en la mirada de tus ojos
Todo tu santo amor.

Entonces... ¡olvidé que soy un hombre!
Lloré —¡qué quieres!— al pensar en ti,
Y cuando absorto pronuncié tu nombre
Más creyente y más bueno me sentí.

XXXVI

Para que conozcas
Lo que yo padezco,
Todo lo incurable
De mis sufrimientos;
Para que comprendas
El mal que me has hecho,
Acerca tus manos
A mi pecho enfermo:
Al sentir sus golpes,
Al oír sus ecos,
Tal parece que abriendo mi fosa,
Están allá adentro!

XXXVII

Por tanto siglo de congoja inmersa
En que viví sin descansar por ti,
Dame un beso tan solo en recompensa...
¡Un beso de tus labios de rubí!

XXXVIII

Cuentan que hay cosas tan tristes
Que nos hieren tanto, tanto,
Que el corazón se desgarran
En mil sangrientos pedazos;
Que los sollozos ahogan
Convulsos y entrecortador
Y que lágrimas de fuego
Asoman en nuestros párpados.

*¡Tienen razón! en mi vida
Jamás he sufrido algo
Que tan hondo me lastime
Que me hiere tanto, tanto,
Como una ilusión que muere
Porque nazca un desengaño!*

XXXIX

*¡Cómo son las mujeres! Todavía
No se borraba la reciente historia,
Cuando pasé por su camino un día
Despertando un recuerdo en su memoria.
Me miró largo rato, interrogando
Algo á su corazón que no responde;
Tal pareció que dijo: ¡No sé cuando
Vi una cara como esa no sé donde!*

XL

*¿Sabes por qué me gusta estar enfermo
Sumergido en ardientes desvarios?
Porque entonces se besan cuando duermo,
Para endulzar de mi existencia el yermo,
Tus labios sonrientes y los míos.*

XLI

*Azules montes
De cimas altas,
Ornad la frente
De nieves castas;
Cantad el himno
De las mañanas
Porque todo en el mundo es contento,
Fiestas y galas.*

*Cielo que anhelan
Las pobres almas,
Buscad celajes
Y auroras claras,
Arcos lucientes,
Nieblas de plata
Y asistid ataviado á la fiesta
Que el mundo canta.*

*Mar que aprisionan
Inmensas playas
Ornad las ondas
De espumas blancas,
Buscad corales
Perlas y algas
Y cantad en gigantes estrofas
La fiesta santa*

*Azules montes
De cimas altas,
Cielo que anhelan
Las pobres almas
Mar que aprisionan
Inmensas playas
Asistid á mis fiestas brillantes:
¡Cantad que me ama!*

XLII

*Cuando fríos aseguran
No sé si sabios ó necios
Que la vida es un producto
De la sangre y de los nervios
Como la chispa que brota
De los motores eléctricos;
Que si á veces nuestra frente
Ilumina el pensamiento
Es porque hay brillantes átomos
De fósforo en el cerebro;
Que todos los hombres somos
Máquinas de carne y huesos
Que marchamos por el mundo
Al acaso y sin saberlo,*

*Como las olas perdidas
 Que surcan el mar gimiendo;
 Que cuando la muerte viene
 Todo se va al cementerio,
 Y allí para siempre quedan
 Ilusiones y recuerdos
 Enterrados en el polvo
 De la mansión de los muertos.
 Entonces, de los más íntimo
 No sé qué presentimiento
 Surge, y bienhechor destierra
 Eso tan triste y tan negro,
 Y lleno de fe profunda
 Me digo: si fuera cierto
 No existiría en el mundo
 El ideal de mis versos;
 No tuviera en sus pupilas
 Tanto trémulo reflejo
 Que viene de otros espacios
 De lo increado y eterno;
 Su voz cariñosa y dulce
 No encerrara tantos ecos
 Que fugitivos resuenan
 En mi corazón enfermo;
 Yo no viera en su hermosura
 Brillar algo tan incierto,
 Tan intangible y tan puro,
 Tan vaporoso y aéreo
 Que he pensado muchas veces
 Que solo existe en mis sueños.
 Si todo fuera materia,
 Sensualidades y cieno,
 Yo no la hubiera adorado
 En las sombras y en silencio,
 Sin escuchar de sus labios
 Ni una frase de consuelo,
 Sin recibir de sus ojos
 Ni un solo fulgor intenso,
 Alimentando esperanzas
 Que aquí realizar no puedo,
 Y mirando á cada instante
 Por vago impulso á los cielos!*

XLIII

*Es tan rara la vez que te contemplo
 Y pienso tanto en ti,
 Que aquella tarde, entre el rumor del templo,
 Pertinaz te seguí.*

*El fulgor de las luces amarillas
 Nos alumbró á los dos;
 Yo estaba ante una virgen de rodillas
 Tú, alma mía, ante Dios.*

*Mientras que tu mirada rutilante
 Iba siempre al altar
 Absorto yo también, ni un solo instante
 Te dejé de mirar.*

*Y aquella tarde entre las pocas veces
 Que vi mi cielo azul,
 Acaso me arrullaron nuestras preces
 Con sus alas de tul.*

*Acaso el conocer las desventuras
 Del amor de los dos,
 Después de acariciarse en las alturas
 Se dijeron adiós!*

*Atravesar como crucé las puertas
 Del templo, en pos de ti,
 No fue profanación: ¡están abiertas
 Para un amor así!*

*El mismo culto santo, el mismo anhelo
 Esa vez nos juntó,
 ¡Solo que tu plegaria se fue al cielo
 Y la mía en las sombras se perdió!*

XLIV

*Sé que no quieres mirar
 Mis tristezas junto á ti,
 Y de tu anhelo á pesar
 Yo solo enfermo sé amar,
 Yo sé querer sólo así.*

*Y aunque lo esperes, mujer,
No ha de cambiar mi pasión:
¡Mañana, como hoy y ayer,
Siempre me tendrás qué ver
Con fiebre en el corazón!*

XLV

*Después que imponente
Rujó la tormenta,
Brilló el sol, y á su luz sonrieron
El cielo y la tierra*

*¡Cuánto ha que mi barca
Salvó la ola negra,
Y aún batallo en el mar de la vida
Con todas mis fuerzas!*

XLVI

*Cuando cruzas por mi árido camino
Sonriente y hermosa sin mirarme
Olvidando que ayer entre sonrojos
Ser mía para siempre me juraste;
Cuando á mi lado pasas distraída
Despertando calmadas tempestades,
Cuántas veces me he dicho, conteniendo
Un suspiro ahogador como los mares:
Para borrar como por fin lo hiciste
De tus recuerdos nuestro amor tan grande,
¡Qué honda debe de ser la sepultura
Que en tu desierto corazón cavaste,
Y cuánta tierra le echarías, por miedo
De que sepan que llevas mi cadáver!*

XLVII

*—“¿Qué es el amor?”— Una cosa
Que ha venido de muy lejos
A endulzar nuestra existencia
Deparando un compañero
Para que el viaje en el mundo
No parezca tan desierto.*

*Algo muy grande que todos
Llevamos dentro del pecho
Y que en afán se traduce
De dar en el labio un beso;
Una lágrima perdida
Del alma en el albo seno,
Una sonrisa formada
De esperanzas y recuerdos,
Un suspiro hondo que brota,
Sin sentido y sin quererlo,
Una mirada que encierra
Todo un mundo y todo un cielo.*

*Es lo que sienten las flores
De tu jardín tan risueño
Cuando la aurora los baña
En luz, en perlas y en besos;
Lo que las aves modulan
En el palacio secreto
Que forman entre el follaje
De tus naranjos esbeltos;
Lo que la fuente espumosa
Va entre las guijas diciendo,
Lo que murmura en tu oído
Con vagas notas al viento.*

*Rumores que á cada instante
Van de la tierra á los cielos,
Himno sonoro que siempre
Canta todo el universo
Y que tú tarde ó temprano
Llegarás a comprenderlo,
Cuando a la vida despierte
Su letargo sacudiendo
Tu corazón tan hermoso,
Tan helado y tan desierto!*

XLVIII

*Cuando miro una estrella fugitiva
Que detrás de los montes se va á hundir,
Llevando á otra región sus claridades
Como las esperanzas que perdí,
Cuando aquella pupila misteriosa
Desde la inmensidad me ve sufrir,*

No sé por qué padezco más que nunca,
Y al mirarla borrarse en el confín
Acompañada de suspiros brota
Una lágrima ardiente y pienso en ti!

XLIX

¡Un beso!... Por recibirlo
De tus labios entreabiertos
Todos los hombres darían
El mar, la tierra y el cielo;
El aire que los rodea,
Su sangre y su pensamiento,
La salvación de sus almas ...
¡Todo lo grande y eterno!
Yo que soy pobre y que sabes
Que cual ninguno te quiero,
Por recibir de tu boca
Una caricia de fuego,
Por aspirar tus perfumes,
Por envolverme en tu aliento,
¡Por un beso que me dieras
Te daba en cambio otro beso!

L

Yo sé que de los cielos en el fondo
Existe un más allá,
Que hay un espacio azul tras de la nube
De rosado cendal,
Y que brillan flotando en el regazo
De aquella inmensidad
Otros mundos de luz donde algún día
Llegaremos á estar.

Yo sé que los abismos de los mares
Se pueden sondear,
Por la ola resonante y fugitiva
Que nombrándote va
Lleva en su manto azul perlas y espumas,
Diademas de coral,
Y tesoros inmensos que en su seno
No se agotan jamás.

Mirando tus pupilas azuladas
Como el cielo y el mar,
Como el cielo y el mar llenas de abismos
De calma y tempestad;
¡Cuántas veces á solas he querido
Con inútil afán
Llegar á conocer lo que en el fondo
De tu pupila misteriosa había!

LI

No temas que me pierda si he formado
De ti mi única hermosa religión,
Si adorarte tan hondo es un pecado...
¡Es un pecado que perdona Dios!

LII

¿Sabes lo que pensé la vez primera
Que te vi tan hermosa y esplendente?
¡Que eras una visión, una quimera,
Un delirio de tantos de mi mente!
Y á pesar de que muchas, muchas horas
Te he vuelto á ver desde tan fausto día,
De que en la tierra con nosotros moras
No puedo convencerme todavía!

LIII

Como viven los pájaros cantores
Del viejo ceibo en las umbrosas ramas,
Viven las golondrinas á millares
En los cielos azules de mi alma,
Revoloteando en sus espacios tersos,
Mojando con mis lágrimas sus alas.

¡Te quieren tanto, tanto!... por las tardes
Llegan á tus balcones en parvadas
A saludarte con sus tristes cantos,
A regar tus macetas con mis lágrimas
Y á llevarte mis besos de ternura
Bajo el regazo de sus plumas pardas.

*Por eso cada brisa rumorosa
Que tus blondos cabellos embalsama,
Cada azucena virginal y pura
Que brota en tus macetas con mis lágrimas,
Cada uno de los versos de este libro
Es una golondrina que te canta!*

LIV

*—¿Por qué mis flores al nacer el día
Tienen lágrimas puras en su broche?
—¡Es porque lloran, adorada mía
Cuando las abandonas por la noche!*

LV

*Olvídame si puedes, pero entonces
De tu memoria arranca
Las ilusiones que te di un los días
En que tanto me amabas;
Mira si puedes marchitar por siempre
Esas flores de mi alma
Que como mariposas te persiguen
Por doquiera que vayas.
Borra la huella que mi mano ardiente
Dejó en tu mano blanca,
Las dulces vibraciones que en tu oído
Dejaron mis palabras,
La imagen festiva que en tus pupilas
Siempre llevas grabada,
¡El hermoso poema que escribiste
En el libro de mi alma!
Borra el candente rastro de mis labios
De tus labios de nácar
El surco que han abierto tus mejillas
Las amorosas lágrimas,
Y del fondo de tu alma ve si borras
Las huellas de mi alma...
Mientras lleves todo eso en tu camino
Como pesada carga,
Y á cada paso, sin quererlo, tornes
Hacia atrás tus miradas;
Mientras llegue otra vez la primavera
Con sus eternas galas,*

*Recordando las otras que no vuelven
Porque tú no las llamas;
Mientras haya crepúsculos orlados
De olajes de grana,
Y otra vez á su luz las golondrinas
Canten dichas pasadas;
Mientras sepas que estoy en este mundo
Tal vez por tu desgracia,
Mientras alguien recite nuestra historia,
Mientras duren sus páginas,
No vuelvas á decir que me olvidaste
Pues ya que no me amas
Sabes que me recuerdas todavía
Es el postrer consuelo de mi alma!*

LVI

*Después de que sin testigos
Pasó aquel lance de honor,
Como dos viejos amigos
Te hablé de cosas de amor.
¿Por qué tan pálida y grave
Estabas mientras te hablé?
No temas... ¡nadie lo sabe
Y yo nunca lo diré!*

LVII

*¡Cuántas flores, cuántas flores
Que en mi corazón germinan
Mustias y yertas se inclinan
Del invierno á los rigores!*

*Apenas su albo capuz
Abren, llenas de perfume,
Artero mal las consume
Y se ajan faltas de luz.*

*Nacen con pompa y alarde
De mi vida en los abrojos
Como los celajes rojos
Que duran solo una tarde.*

*¡Con qué profunda aflicción
Las miro tristes y solas
Plegar sus niveas corolas
Dentro de mi corazón!*

*Todas se mueren temprano
Como los sueños de un niño,
Porque les falta el cariño
De piadosa y blanca mano.*

*¡Ah! Si quisieras un día
Alimentar mis amores,
Cuántas flores, cuántos flores
Mi corazón te daría!*

LVIII

*Cuando en el corazón que te ama tanto
Indefinibles opresiones siento,
Y más que nunca abandonado y solo
Con tu recuerdo y con mi amor me encuentro;
Cuando llama á mi puerta el infortunio,
Mi único inseparable compañero,
Y se llenan de lágrimas mis ojos
Y no hallo á mi dolor ningún consuelo,
Entonces busco tus radiosas huellas
En el teatro, en las calles, en el templo,
Y cuando más hermosa que ninguna
Perdida en tanta confusión te veo,
Contemplándote absorto, muchas horas
Silencioso á tu lado permanezco,
Y cuando tú me miras distraída
Me retiro tranquilo y satisfecho!*

LIX

*El día que pague
A la madre tierra
El mismo tributo
Que al morir le llevan
Todos los que vienen
A pisar su arena.*

*Si á piedad os mueve
Mi desgracia inmensa,
Si son vuestras almas
Con los muertos buenas,
Dadme cuatro tablas
Por única ofrenda;
Buscad un paraje
Desierto en la selva
Que nadie en el mundo
Encontrarlo pueda,
Muy honda, muy honda
Cavadme la huesa,
Y en su fondo obscuro
Dejad al poeta
Que olvidado y solo
Descanse sin penas.
Cegad los senderos
Borrad vuestras huellas,
Cuidad que no queden
Señales dispersas
Que al cabo descubran
Mis cenizas yertas,
¡Y allí con los muchos tesoros que llevo
Dejadme que duerma*

LX

*Es esta vida tan corta
Y son tantas mis ternuras,
Que quisiera, por que todas
Las sepas una por una,
Que de mi lado, alma mía,
No te separaras nunca;
Verme inclinado á tu oído
Y tú dejándote muda
Adormecer por las rimas
Que mi corazón oculta.
Como la palma del bosque
Por el terral que murmura.*

*Son tantas mis esperanzas,
Mis anhelos y mis dudas,
Que cuando estoy á tu lado
Pienso con honda amargura
Que muchas, muchas "Fugaces"
Se irán conmigo á la tumba
Para morir encerradas
En sus paredes oscuras
Como la luz que se extingue
En tus pupilas profundas.*

*Si de mi fosa en las grietas
Miras brotar flores mustias
Y mariposas errantes
Que en sendos giros te buscan;
Si en el sauz que me guarda
En claras noches de luna
Oyes que triste y quejosa
Canta la torcaz nocturna:
¡No lo extrañes! Son "Fugaces"
Que en nuestros días de venturas
No tuvo tiempo, alma mía,
De decírtelas mi Musa;
Versos que en mi ser quedaron
Como en las ondas la espuma,
Como la nota en la lira,
Como el perfume en la urna
Y que al dejarte por siempre
Llevé conmigo á la tumba:
¡Es esta vida tan corta
Y son tantas mis ternuras!*

COLECCIÓN DE VERSOS

1890-1896

LA POESÍA

A Abelardo Domínguez

*Espirales de incienso que se elevan
Llevando, al traspasar las altas cimas,
Efusiones inmensas de las almas
Y perfumes y encantos y armonías;
Himno que de la tierra se levanta
Raudo y sonoro á la extensión vacía,
Y en los cóncavos senos del espacio
Desparrama sus notas fugitivas
Cual enjambre de inquietas mariposas
O bandada de alegres golondrinas.*

*Meteoro fugaz que apenas arde
La intensa luz de su fulgor disipa,
Pero que deja los eternos rastros
De su marcha triunfal, por do camina.*

*Faro que siempre nos señala el puerto
Entre el fragor de tempestad bravía,
Que con su luz esplendorosa y clara
Densas oscuridades ilumina
Y señala el escollo y el peligro
En el mar proceloso de la vida.*

*Dulce promesa que al mortal ofrece
Otro mundo mejor que está allá arriba
Donde se encarna la ilusión incierta
Que el pobre en sus delirios acaricia;
Que nos habla de fe cuando la duda
En la conciencia universal se infiltra,
Como roedor veneno que sin tregua
Lento y voraz el corazón nos mina.*

*Plegaria que balbuce el labio ardiente
En la fiebre mortal y en la agonía,
Y que en el trance de morir acerca
Una lágrima pura á las pupilas;*

*Voz misteriosa que de amor nos habla
Y á cuyo acento el corazón palpita,
Que despierta en el alma del que sufre
Esperanzas y anhelos y alegrías.*

*Bálsamo que al caer en nuestra frente
Cura la honda y dolorosa herida,
Las señales sangrientas que nos deja
Este rudo combate que se libra
Entre el pequeño que en subir se afana
Sobre la cumbre escarpada que se empina;
Hálito bienhechor y refrescante
Que los yermos eriales fertiliza
Y lleno de rumores y de halagos
El corazón del peregrino alivia,
Y consuela al que llora en la jornada
Y levanta al que cae y que vacila.*

*Salmo que entonan sin cesar los fieles
Y en las naves del templo se eternizan
Quedando las estrofas palpitantes
Siglos y siglos sobre el muro escritas.*

*Vibraciones lejanas que nos llegan
Del hermoso concierto de la vida;
Invisibles escalas que se forman
Entre el hombre y su Dios, santa poesía,
Bien hayan los que saben comprenderte,
Los bardos que te ven y te cautivan,
Los que saben guardarte prisionera
En las cuerdas doradas de su lira;
Los que te dan mil formas intangibles
En cadenciosas y brillantes rimas,
Los cantores del bien, los elegidos
Para llevarnos á la eterna dicha.*

*Bien hayan los que llevan en la frente
El desprecio, la hiel y la saliva
Emponzoñada con que el vulgo airado
Manchar pretende lo que siempre brilla;
Los que llevan la planta destrozada
Con tanto cardo y punzadora espina,
Los que, a pesar de su congoja inmensa,
Firmes y graves nuestro suelo pisan,
Y á pesar del insulto y del sarcasmo
Que á sus espaldas sin cesar gravitan
Como una carga abrumadora y grande:*

¡Aún no saben decir lo que es fatiga!
 Bien hayan los que saben comprenderte,
 Los que, guardando su actitud tranquila,
 Desprecian del cobarde y del pigmeo
 Las impotentes y mordaces iras,
 Y á pesar del dolor que los agobia
 Al cielo siempre en su entusiasmo miran!

EL MENDIGO

Ocultando su mal, lo vi delante,
 Hollar las calles con la planta incierta,
 Y con voz temblorosa y vergonzante,
 Llamar de puerta en puerta.
 Cubierto en partes por informe velo
 De repugnante y asqueroso andrajo,
 Como el que nada ha de esperar del cielo,
 Miraba siempre abajo.
 Al verlo caminar como el que piensa
 Si su fatiga acabará mañana,
 Parecía llevar la carga inmensa
 De la desdicha humana.
 Y al mirarle el semblante que ocultaba,
 Por las vigiliyas y el dolor provecto,
 Afecciones ignotas despertaba
 Aquel ser tan abyecto.
 Llamando al corazón del noble y bueno,
 Del que se llama en la desgracia hermano,
 En cada puerta del hogar ajeno
 Alargaba la mano.
 Con las mismas palabras refería
 Su (La) triste historia de amor desierta,
 Y una voz á sus ruegos respondía:
 ¡Pasad á la otra puerta!
 Y con duelos y sombras en el alma
 Lo vi seguir su pesaroso viaje
 Y confundirse en el vaivén sin calma
 Del humano oleaje.

.....

Hoy, cuando llega con su triste corte
 La estación invernal que al llanto mueve,
 Y sopla el viento funeral del norte
 Y hay sudarios de nieve;
 Cuando hay nublados de glacial reflejo
 Y largas noches de borrasca y frio,
 Digo, pensando en el endeble viejo,
 ¡Qué triste invierno pasará, Dios mío!

DESPEDIDA

¿Por qué tus ojos, al mirarme, lloran
 Y sus fulgores con el llanto matan?
 ¿No sabes que dos almas que se adoran
 Jamás los lazos de su amor desatan?
 ¿Ignoras que nos ligan hondos rastros
 De profunda é intensa simpatía;
 Que, como ciertas flores con los astros,
 Frente á frente estaremos noche y día?
 Que te deje un instante y parta solo
 No te debe causar negros tormentos;
 Como la aguja que se acerca al polo
 A ti se acercarán mis pensamientos.
 Tú serás en mi largo y triste viaje
 Mi única solitaria compañera,
 Pues aunque el duelo nuestra vida ultraje
 Jamás se borra la pasión primera.
 Pueden la adversidad y los dolores
 Batir en torno sus funestas alas,
 Marchitar una á una nuestras flores,
 Despojarnos el alma de sus galas.
 Pueden con su furor vientos extraños
 Llevarse el árbol que a enflorar empieza,
 Y, en su curso fatal, pueden los años
 Cubrirnos de cenizas la cabeza.
 Pero el recuerdo que jamás se agosta
 De una vida de amores y cantares,
 Brilla como los faros de la costa
 Dominando las luchas de los mares.

*Es la estrella lejana que ve el triste
A través de las negras tempestades;
Lo único duradero que resiste
Al embate del tiempo y las edades.*

*En el destierro una memoria amada
Ahuyenta el cierzo de las tardes frías;
¡Cómo acarician nuestra frente helada
Tibios efluvios de mejores días!*

*Allá, en noches de llanto y de vigilia,
Ayudan a pasar el trance fiero,
Al lado de la madre y la familia,
La imagen pura del amor primero.*

*No esperes que te olvide y que la pena
Deje tu corazón herido y yerto,
Y que vagues después como la arena
Que se lleva el Simón por el desierto.*

*Nada temas, mi bien, oculta y sola
Serás la virgen que mi pecho entraña,
Te guardaré como el coral la ola,
Como al oro en sus senos la montaña,*

*Cual la urna que encierra en sus cristales
Los perfumes que un tiempo ha contenido,
Lleva mi alma las huellas inmortales
De tu casta mansión y de tu nido.*

*Adiós! por darte el corazón me alejo
Llevando ruda tempestad sin calma:
Todas mis esperanzas te las dejo,
La mitad de mi vida y de mi alma.*

*Conserva esos tesoros que recibes
Fragmentos de pasadas alegrías,
Sabes que en cambio en mis recuerdos vives
Tan ideal como los otros días.*

*Después, en horas para ti de ensueños,
Y para mí de insomnios y martirios,
Arrullarán tus apacibles sueños
En forma de visiones, mis delirios.*

*A cada instante en amoroso anhelo
Subirán á tu altar mis ilusiones,
Así como el incienso sube al cielo,
Como llegan á Dios las oraciones.*

A UNA RELIGIOSA

I

*Penitente hermosa y grave
Que en tu afán de ver el cielo
Te envuelves en negro velo
Y en las sombras de la nave;
Tú que lloras como el ave
Que su plumaje ha perdido,
Y en vez de formar tu nido
Entre las selvas incultas,
Voluntaria te sepultas
En la oración y el olvido.*

II

*Tú, que en tantísimas veces
Que te he visto arrodillada,
Siempre una estatua enlutada
Por lo inmóvil me pareces;
Tú que al elevar tus preces
Y que al fijar tus pupilas
Azuladas y tranquilas
En los altares desiertos,
De tus labios entreabiertos
Palabras de amor destilas.*

III

*Tú á quien la muerte no arredra,
Que llena el alma de angustia
Florescés pálida y mustia
Como en las ruinas la hiedra;
Tú que pareces de piedra
Con la dura contracción
De tu faz sin expresión;
Que apenas al mundo vienes
Y sin embrago, ya tienes
Desgarrado el corazón.*

IV

*Tú que solitaria lloras
Cuando á atormentarte empiezas,
Y no sabes porqué rezas
Ni porqué, sufriendo, adoras;
Tú que tus penas ignoras,
Que no tienes alegrías,
Que después de tantos días
De llanto, tan sólo alcanzas
A enterrar tus esperanzas
Entre las baldosas frías.*

V

*¡Con cuánto dolor contemplo
Tu frente que triste inclinas
A las luces mortecinas
De las ojivas del templo!
¡Misterioso y raro ejemplo
De abnegaciones inciertas!
A ti á quien abren sus puertas
Risas, auroras y galas
Prefieres plegar tus alas
Como las alondras muertas!*

VI

*¿Por qué cierras á la luz
De tu alba corola el broche,
Y buscas ¡ay! de la noche
El funerario capuz?
¿A qué llevar esa cruz,
De negro estigma señal,
Cuando tu alma virginal,
A tus ojos pecadora,
Es claro fulgor de aurora,
Casta nieve boreal?*

VII

*Tus extraños desvaríos,
—Perdona!— no los comprendo,
Son mariposas naciendo
Despojadas de atavíos;
En estos claustros vacíos
Nunca podrás encontrar
Algo que llegue á inspirar
Pasiones a las mujeres,
Pues si buscas lo que quieres,
Hallas desierto el altar.*

VIII

*Al ver entre secas flores
Ese Cristo ensangrentado
Dime: ¿qué impulso ignorado
Despierta en ti los amores?
¿Por qué ese cuadro de horrores
Que de pavora nos hiela
Tu alma lo busca y lo anhela,
Y en horas de embelesos
Lo cubres de yertos besos
Y á ti no más te consuela?*

IX

*Tener en la edad florida
Amante agostado y frío
Que indiferente y sombrío
Recibe el alma y la vida;
Sepultar en honda herida
Los amores de los dos,
Y de impiedades en pos
Tender afanosa el vuelo,
¿No sabes, ángel del cielo,
Que eso es ofender á Dios?*

X

*Ah! Si pudiera quererte
Como amé en lejano día
Con qué furor rompería
El Cristo mudo é inerte!
Pero hoy, religiosa, al verte
Absorta entre tanta calma
como solitaria palma
De las regiones desiertas
Hoy que soy otro despiertas
Letal tristeza en mi alma.*

XI

*¿Quién que tenga corazón
Podrá contemplar sin pena
Una tronchada azucena
Que desgajó el aquilón?
¿Quién al verte en oración
Postrada siempre de hinojos
Cubierta el alma de abrojos
Y de hondos surcos la frente,
Quién, peregrina, no siente
Que acude el llanto á sus ojos?*

XII

*Dios que te dio la hermosura
Como á la flor su ropaje,
No ha de querer que se aje
En esta mansión oscura;
Si hay una antorcha en la altura,
Llama de ardiente crisol
Que bañe en luz el arbol,
¿Por qué, sabiendo volar ,
No subes, hasta encontrar
Los esplendores del sol?*

XIII

*Olvida, pues, tus quimeras
Porque es pecado, alma mía,
Sepultar ceñuda y fría
Las ilusiones primeras;
Y así como á otras esferas
La voz del órgano sube
De incienso envuelta en la nube,
Así, dejando estas sombras,
Buscas ese cielo que nombras
Con tus alas de querube.*

XIV

*Ya lo ves! no es necesario
Formar plegarias sencillas
Y estar siempre de rodillas
Inmóvil ante el santuario;
Dios en su inmenso escenario
Colocó templos mejores
Para seres superiores:
Arriba el espacio azul,
Estrellas, nubes de tul
Y abajo el mar y las flores.*

XVI

*Si allí difundes el bien
Orando por los que lloran,
En otras partes te imploran
Mucha miserias también;
En el eterno vaivén
Del humano mar que gime,
Donde á cada paso imprime
Negro surco el huracán,
Más que tus rezos, el pan,
Las abyecciones redime.*

XVI

*¡Cuánto naufrago se halla
Perdido entre el oleaje
Que tempestuoso y salvaje
En rondo clamor estalla!
En esa ruda batalla
Que libran con heroísmo
Los pobres y el cataclismo
¡Cuánto moribundo errante
Busca una tabla anhelante
Que lo salve del abismo!*

XVII

*En premio de tu virtud
Mojarán tu blanca mano
Las lágrimas del anciano
Que sufre en la senectud;
Por doquier la gratitud
De tanto ser indigente
Te seguirá eternamente,
Y por tus santas acciones
Hallarás las bendiciones
Que hoy esperas penitente.*

XVIII

*Golondrina pasajera
De otros climas y otros lares
A los desnudos hogares
Llevarás la primavera;
Encontrarás por doquiera,
Al calor de gratos días,
Perfume, luz y armonías;
Y olvidarás la tristura,
La calma de sepultura
De estas bóvedas sombrías.*

XIX

*Y yo, perdido viajero
En extrañas latitudes,
En adorar tus virtudes
Seré entonces el primero;
Yo que te busco y te quiero
Porque algo evocas tal vez
De mi pasado á través,
Libre de tantos agravios
Iré posando mis labios
En las huellas de tus pies.*

**EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA
MARÍA SANTA CRUZ**

*Porque todos á porfía
Te llaman casta azucena,
Porque eres hermosa y buena,
Porque te nombras María.*

*Porque sé que no te enojas
Si algunos versos perdidos
Miras manchar atrevidos
De tu álbum las tersas hojas;*

*Por todo eso, sin temores
Vienen aquí mis cantares
A vibrar en tus altares
Y á perderse entre tus flores.*

*¡Qué quieres! Son mariposas
Que van buscando vergeles
Gratos perfumes y mieles
De entre las entreabiertas rosas.*

*Son golondrinas viajeras
Que en tu libro se quedaron:
¡Es tan azul, que encontraron
las eternas primaveras!*

*Abrígalas! Yo te pido
Que no les cortes las alas
Y que les prestes tus galas
Para que formen su nido.*

¿Quién soy? de tu alma sencilla
Esas preguntas destierra:
Sabe que busco en la tierra
Dónde doblar mi rodilla.
Hallé tu álbum, y en sus hojas
Vi de tus manos las huellas,
Y te dejé mis querellas
Porque sé que no te enojas.
¿Verdad que sí? Da alegría
Verte tan dulce y serena:
Tú debes de ser muy buena
Porque te llamas María!

EN LOS TOROS

Dio el clarín la señal. Sobre la arena
Apareció gallardo el matador,
Llamó á la fiera y tras de alguna lucha
Hasta el pomo la espada se la hundió,
Mientras que con salvaje clamoreo
“¡Bravo!” á la par gritaron sombra y sol,
Ella desde su palco contemplaba
Serena el desenlace tan atroz,
Recordando tal vez que á sangre fría
También un hombre sin piedad mató
Con destreza mayor, de un solo golpe
Que recto fue á parar al corazón.

LA MISMA

—
Por ahogar mi dolor, climas extraños
me puse á recorrer,
y á mi vuelta, después de muchos años,
nos volvimos á ver.
 —
Tan hondo surco, tan profunda huella
el tiempo me dejó,
que pasé silencioso junto á ella
y no me conoció.

—
En cambio, yo la vi serena y pura
como la última vez,
cubierta por su hermosa vestidura
de luz y esplendidez.
 —
Todo lo que perdí en aquellos días
de llanto y senectud,
ella con sus perpetuas alegrías
Lo ganó en juventud.
 —
Como la contemplaba en cualquier parte
así encontré su faz;
La misma forma espiritual que el arte
no ha soñado jamás.
 —
Perfumada y esbelta cual los lirios,
temprana flor de abril,
como la vi en mis férvidos delirios
sonriente y gentil.
 —
Así la hallé al pasar: siempre la misma
misteriosa mujer
que en honda y grave reflexión me abisma
por penetrar su ser.
 —
La misma dulce inspiradora musa
envuelta en su capuz,
formada como siempre de confusa
mezcla de sombra y luz.
 —
Oí su misma voz fresca y tranquila
respirando candor,
y vi en su inmensidad de pupila
el mismo resplandor.
 —
La misma risa entre sus labios rojos,
su mismo lento andar,
y sus rasgados y dormidos ojos
con el mismo mirar.

—
*La misma frente de ideal pureza
 que no imitó el cincel,
 orlada como siempre su cabeza
 por oscuro dosel.*

—
*Siempre con la blancura incorruptible
 del copo boreal,
 y el talle cimbrador como flexible
 palmera tropical.*

—
*Lo mismo la encontré: viviendo en calma
 como la vi al partir;
 la misma ingrata que enlutó mi alma
 á fuerza de sufrir.*

—
*Y otra vez al pasar, mudo y sombrío
 oculté mi pasión
 porque llevaba como siempre frío
 el mismo corazón!*

**DÉCIMAS RECITADAS POR UNA NIÑA
 EN EL CUMPLEAÑOS DE LA SRITA.
 NATALIA GORRIZ**

I

*Hoy la aurora en el oriente,
 Llena de luces inciertas,
 Llamó temprano á tus puertas
 Para besarte la frente;
 Hoy desde el nido riente
 Los pajarillos cantores
 Te mandaron tus amores,
 Y aún ateridas de frío
 Sacudiendo su rocío
 Te perfumaron las flores.*

wII

*Hoy, apresurando el vuelo
 Y deslumbrante de galas,
 Al cubrirte con sus alas
 Bajó un ángel desde el cielo;
 Hoy con afanoso anhelo
 Resuenan en tus altares
 Perdidos y hondos cantares;
 El monte se orna de nubes,
 El cielo azul de querubes,
 De espumas blancas los mares.*

III

*Y hoy también, cual mariposas
 De la risueña floresta,
 Vienen en traje de fiesta
 Niñas gentiles y hermosas;
 Urgen tu frente de rosas,
 Te arrullan con embelesos,
 Y en amorosos excesos
 Beben la miel que destilas,
 Se miran en tus pupilas
 Y te aduermen con sus besos.*

IV

*¡Con qué cariñosa voz
 Elevan á las alturas
 Sus preces castas y puras
 Porque te proteja Dios!
 ¡Cómo le piden que en pos
 De tu carro peregrino
 Lleves atado el destino,
 Sintiendo pasar las horas
 Entre celajes y auroras
 Por tu florido camino!*

V

*Tú que con tanta alegría
Vas difundiendo la luz,
Rasgando el denso capuz
De noche invernal y fría;
Tú que la niebla sombría
Ahuyentas con claras teas
Despertando las ideas
Cual vago rumor de palmas
En el fondo de las almas,
Bendita por siempre seas!*

VI

*¡Con qué incansable tesón
Que no amedrenta el desdén
Vives inculcando el bien
En lo hondo del corazón!
Siempre una grata ilusión
Que de esperanzas nos llena
Evoca tu voz serena,
Y al respirar tus ambientes
Sentimos lo que tú sientes
Porque eres hermosa y buena.*

VII

*No hay misión de más desvelos,
De más fatigas y abrojos,
Que ir quitando de los ojos
Tantas sombras, tantos velos;
Pero al fin de tus anhelos
De alumbrar hondos arcanos
Huyen tus males tiranos
Al ver las almas tan puras
Que con prolijas ternuras
Hicieron tus blancas manos.*

VIII

*¿Dónde podrás encontrar
Resistencias importunas
Tú que á la belleza adunas
El arte de cautivar?
¿Quién te mire pasar
Como astro radioso y santo
Despidiendo luz y encanto,
No ha de acercarse un instante
Cual perdido caminante
Al cobijarse en tu manto?*

IX

*Si lleno de juventud
En calma dulce y bendita
Nuestro corazón palpita
Por el bien y la virtud;
Si con honda gratitud
Vemos en el alma huellas
De irradiaciones de estrellas
Que en fe y amor se resuelven,
Es porque en luz nos envuelven
Los fulgores que destellas.*

X

*Si algún valioso tesoro
Llevamos hoy por la tierra
Como la nota que encierra
Dormida el laúd sonoro;
Si como en urnas de oro,
O en cristales de rubí
De alguna encantada hurí,
Guardamos hoy un perfume
Que ya nunca se consume,
Te lo debemos á ti.*

XI

Por eso, cual mariposas
De la risueña floresta,
Vienen en traje de fiesta
Niñas gentiles y hermosas;
Ungen tu frente de rosas,
Te arrullan con embelesos,
Y en amorosos excesos
Beben la miel que destilas,
Se miran en tus pupilas
Y te aduermen con sus besos.

CARTA Á MIS PADRES

I

Padres míos, mi gloria, mi fortuna,
Cariñosos amigos de mi alma
Que cuidasteis por mí desde la cuna;
Que desvelándoos porque viva en calma
Sois los ángeles buenos que en la tierra
Buscáis tan sólo de mi amor la palma;
Que con el vicio y la maldad en guerra
Me inculcasteis con mano bondadosa
Todo lo grande que mi pecho encierra.
Vosotros que formáis la más hermosa
Inextinguible luz que en los abrojos
Distingo de mi vida trabajosa;
Que mitigando siempre mis enojos
Sois los inseparables compañeros
Que contemplé desde que abrí los ojos.
Vosotros que escuchasteis los primeros
Dolorosos gemidos que extenuado
Lancé al mundo en acentos lastimeros.
Vosotros que pasasteis á mi lado
Largas noches de amargos sinsabores
Velando al niño enfermo y desgraciado;
Que con grande aflicción y hondos dolores
Visteis un día el cuerpecito inerte
Del que encarnó al nacer, vuestros amores,

Y en lucha desigual, tenaz y fuerte
Que en la frente os dejó surcos impresos
Me arrancasteis al cabo de la muerte,
Y absortos por alegres embelesos,
Al pasar vuestro duelo sin segundo,
Me cubristeis de abrazos y de besos;
Que después con amor grande y profundo
Me llevasteis tranquilo de la mano
Guiando mi débil paso por el mundo.
Vosotros que tenéis el pelo cano
Cual augusta corona de esplendores
Que os da la majestad de un soberano;
Que piadosos guardáis vuestros amores
En el hogar caliente y escondido
Que supisteis formar entre las flores,
Y allí como las aves en su nido
Rebosantes las almas de alegrías
Jamás lloráis el bienestar perdido,
Y que al abrigo de borrascas frías,
Os acercáis al Dios que os acompaña
Rezando una oración todos los días
Para que nunca la desdicha huraña
Ahuyente los eternos regocijos
De ese pedazo azul de la montaña.
Vosotros que tenéis los ojos fijos
En la sola ambición y santo anhelo
De que vivan felices vuestros hijos;
Que siempre sabéis darme algún consuelo
En medio de las luchas en que vivo
Cual un efluvio aliviador del cielo.
En premio de los bienes que recibo
(Sé que esto á vuestro ojos es bastante)
Padres del corazón, hoy os escribo.

II

Cómo padezco cuando vivo errante,
Solo t perdido en la región desierta
De los paternos lares tan distante!
;Cuántas veces mi espíritu os despierta
Llegando hasta vosotros cual viajero
Que vacilante llama á vuestra puerta!
Y al entrar al santuario que venero

*En inefables dichas se consume
 Contemplando a los seres que más quiero.
 Sin pensar en fatiga que lo abrume
 A vuestro lado con amor se sienta
 Para aspirar mejor vuestro perfume.
 Allí, al abrigo de letal tormenta
 y de males voraces y tiranos,
 Del hogar á la lumbre se calienta.
 Miro entonces reír á mis hermanos
 Absortos en que sus juegos inocentes
 Con mis nobles abuelos tan ancianos
 Confundir sus cabellos esas frentes
 Que arrugaron los años inflexibles
 Y las otras tan tersas y rientes.
 Allí jamás dolores invisibles
 Llevan oras de luto y de vigilia
 Hiriendo corazones tan sensibles.
 En aquel tierno grupo de familia
 Donde dejó la religión sus huellas
 Todo lo noble y santo se concilia.
 Esas almas tan puras y tan bellas,
 Creen en Dios porque en el cielo alumbran
 Con trémulos fulgores las estrellas.
 Yo no sé que ilusión grata vislumbran
 Al contemplar lo que tan lejos brilla
 Que á regiones espléndidas se encumbran,
 Porque movidos por su fe sencilla
 Rezando con fervor miran al cielo
 Y doblan reverentes la rodilla.
 ¡Con qué intensa fruición, con cuánto anhelo
 Mi espíritu contempla esas escenas
 A través de tupido y denso velo!
 Dulces horas de paz, tardes serenas,
 Gratas veladas que en las noches frías
 Pasé con almas para mí tan buenas;
 Olvidados instantes de alegrías
 Que en el techo pasé de mis mayores,
 Ah!, si volvierais como en otros días!
 Más hoy en mi camino ya no hay flores,
 Y guardo solo de pasada gloria
 El recuerdo inmortal de mis amores.*

*Hoy tan sólo me queda la memoria
 Que revuelve las páginas borradas
 Donde escribí de mi niñez la historia
 Hoy apenas me llegan apagadas
 Las inciertas y vagas claridades
 De fugaces y hermosas alboradas.
 Azotado por fieras tempestades
 Al anublarse mi horizonte estrecho
 Se anublaron también esas edades.
 Apenas si recuerdo que en el lecho
 Me enseñaba á rezar la madre mía
 Con las manos cruzadas sobre el pecho.
 Que después al rayar el nuevo día
 Desde el nido cantaban los senzontes
 Entre el ramaje de la selva umbría.
 Que aquellos azulados horizontes
 Por límites tenían los perfiles
 De las crestas lejanas de los montes.
 Que abismado en mis juegos infantiles
 Con mis hermanos, al pasar las horas
 Ay!, pasaban también nuestros abries!
 Y siempre al despertar, nuevas auroras
 Envolvían en luces y reflejos
 Nuestras pequeñas almas soñadoras.
 Aún me parece oír, aunque de lejos,
 Sacudiendo las brumas de los años,
 De mi padre tan bueno los consejos
 Que al mitigar del corazón los daños
 Me han enseñado con su acento grave
 A sufrir tan profundos desengaños,
 Y de la ermita en la olorosa nave
 Escucho resonar el santo rezo
 Que mi madre sencilla solo sabe,
 Y hoy como siempre que á soñar empiezo,
 No sé por qué se siente embalsamado
 Mi corazón por su tranquilo beso.
 Casto beso de amor, triste y callado
 Que en refrescantes hálitos me baña
 Aunque tan lejos viva de su lado.
 Diera la vida que mi ser entraña
 Por pasar estas noches invernales
 En ese hogar que guarda la montaña.*

*Allí, junto á vosotros, los mortales
 Duelos que el pobre corazón sepulta
 Dejarían de hacerme tantos males.
 Vagar alegre por la selva inculta
 Respirando como antes vuestro ambiente
 Que tanto arrullo en su regazo oculta;
 Contemplar vuestro cielo transparente,
 Buscar descanso a vuestra paz tranquila
 Y besar con respeto vuestra frente;
 Saborear el encanto que destila
 Vuestra palabra de inflexión tan tierna
 Mirando clarear vuestra pupila;
 Sentir ignota vibración interna
 En el fondo del alma desgarrada
 Cual vagos ecos de la dicha eterna;
 Evocar con vosotros la pasada
 Edad que fue de mi niñez querida
 Por tan negras borrascas disipada,
 Y sentir que se cierra la honda herida
 Que más y más á desangrar alcanza
 El combate sin tregua de mi vida;
 Por gozar otra vez tanta bonanza
 Diera mis ilusiones que quedaron,
 El postrero fulgor de mi esperanza.....*

.....

III

*¿A qué soñar así? Ya se borraron
 De mi fúnebre cielo oscurecido
 Las estrellas que un tiempo me alumbraron,
 Por eso, vacilante y aterido,
 Mi espíritu cual triste procelaria
 Silencioso se acerca á vuestro nido.
 De mis labios la férvida plegaria
 Con sus rumores vuestra paz despierta,
 Y os saluda mi alma solitaria
 Llamando fatigada á vuestra puerta!*

NOCHE DE LUNA

*Ven! Ya la luna soñolienta y sola
 Principia á recorrer la inmensidad;
 En la orilla del mar ruje la ola,
 El lejano celaje se arrebola
 Y todo es esplendor y claridad.*

*El cocuyo en la fuente se retrata,
 La espuma besa al dormilón sauz,
 Y te llama, al sonar la catarata
 Formando en el abismo arcos de plata
 Y al caer con fragor puntos de luz.*

*La selva se ha llenado de rumores,
 De funerarios ecos el ciprés,
 Han cerrado sus cálices las flores
 Y en el nido los dulces ruiseñores
 Durmiendo están para cantar después.*

*En el lago las hadas se adormecen
 Meciéndose en los tallos del bambú;
 Blancos vapores de las aguas crecen
 Que á la luz de la luna me parecen
 Fugitivas visiones como tú.*

*La brisa donde siempre te embalsamas
 Agita los penachos del cañal,
 Y al pasar susurrando entre las ramas,
 Repitiéndote va que si me amas
 Yo te haré con mis trovas inmortal.*

*Ven! Ya conoces que mis duelos calmas,
 Que soy poeta nada más por ti;
 Bajo el follaje de las verdes palmas
 Se dirán lo que sientan nuestras almas
 Cuando la luna nos alumbre así.*

*La noche con sus genios tutelares
 Protegerá tu castidad mi bien;
 Revestida de blancos azahares
 Penetrarás conmigo en sus altares...
 Ven, nada temas á las brumas, ven!*

*Con sus rojas pupilas, las estrellas
Nos verán por la playa caminar,
La onda azulada besará tus huellas
Y te diré de paso mis querellas,
Mis ternuras tan grandes como el mar.*

*Ven conmigo á gozar! nadie importuna
El amor pudoroso de los dos:
Mirarán desde arriba mi fortuna
La soñolienta y solitaria luna,
Los claros astros del cenit y Dios!*

EN MI CUMPLEAÑOS

*Sacudieron las flores su rocío,
Rezó mi madre con el sol naciente
Y me dijo, besándome la frente:
Sé bueno mientras vivas hijo mío.
Después muriendo de cansancio y frío
Proseguí caminando eternamente,
Y entre las dichas del hogar caliente
Dejé olvidado mi lugar vacío.
Hoy que pisan mis plantas otra arena,
Que miro por doquier seres extraños,
Lejos, muy lejos de mi madre buena.
Enferma el alma por ocultos daños,
Ah! Cuánto alivio le daría á mi pena
Si otra vez me besara en mis cumpleaños!*

ORACIONES Y PERFUMES

I

*Es una historia que un día
Oí con honda aflicción,
Tan triste, que todavía,
Lleno de melancolía
Se me oprime el corazón.*

*¡Que sencilla y qué inocente
Era en la alcoba la escena!
Mirándose frente á frente,
Hablan con rumor creciente,
La niña y la madre buena.*

*Para no tener agravios
Están sus cabezas juntas,
Mueve la niña los labios
Y entonces cosas de sabios
Va formulando en preguntas.
—“Madre”— Y sus ojos inquietan
Tranquilos y brilladores
Negras angustias que hieren.
—“Cuando los niños se mueren
¿Por qué los cubren de flores?”*

*“Si duermen á los reflejos
De los macilentos cirios,
Si están sus almas muy lejos,
Madre, ¿por qué ponen lirios
En los ataúdes viejos?”
“Yo no puedo comprender,
A qué viene ese cariño:
Tú me dijiste ayer
¡Que cuando se muere un niño
Se va para no volver!”*

*Callaron sus labios rojos
Y entonces el llanto impreso
Vio de su madre en los ojos,
La que, triste y sin enojos
Le dijo, dándole un beso:*

*— Alma de mi alma, estas cosas
Después las verás con duelo!
Se ponen flores hermosas
Para que lleguen al cielo
Los niños oliendo á rosas”.*

*“Ay! Como no tiene cura
El dolor que nos consume,
Les damos por sepultura
La espiritual vestidura
De una oración y un perfume!”*

“Son los adioses mejores
Estos cuidados prolijos;
Sentimos menos dolores
Sabiendo que nuestros hijos
Se van cubiertos de flores!”

II

Después... la niña tan buena
Y tan sencilla, enfermó;
Pálida y mustia se vio
Como una blanca azucena
Que mano aleva cortó.

Fiebre voraz y mortal
En su corazón habita,
Ay! qué inflexible es el mal
Que poco á poco marchita
Aquella alma virginal!

Todos conocer procuran
La enfermedad que la hiere;
Cosas muy triste auguran,
Y al retirarse murmuran:
“¡Se muere porque se muere!”

La madre al pie del altar
De hinojos pide mercedes
Repitiendo sin cesar:
—“¡Virgen que todo lo puedes
No la vayas á matar!”

“Tú que alivias nuestro duelo,
Nuestra perdurable guerra,
Mira el dolor que me aterra:
¡No quieras, Virgen del cielo,
Dejarme sola en la tierra!”

Y otras vez, mustias y frías
Se ven sus cabezas juntas,
Solo que en sus agonías
La niña, como otros días,
Ya no sabe hacer preguntas.

Entre tanto, lentamente
Se agosta la pobre enferma,
¡Qué fatigada se siente
Al decir con voz doliente:
“¡Déjame, madre, que duerma!”

Una tarde, á los rumores
De una oración despertó,
Y olvidando sus dolores
Muchas flores, muchas flores
Para su lecho pidió.

Y envuelta en rosas y lirios
Pidieron sus labios rojos
Muchos cirios... muchos cirios...
¡Y cuando cerró los ojos
Se acabaron sus martirios!

Alguien que llorando vio
La muerta llena de galas,
Refiere que allí escuchó
Batir fugitivo de alas
Que en el azul se perdió!

Mientras la niña á la altura
Una oración y un perfume
Se llevó por vestidura,
La madre... ¡No tiene cura
El dolor que la consume!

A ABELARDO DOMÍNGUEZ

—Epístola patológica—

Mi querido Abelardo: si supieras
Lo que me cuesta hallar un consonante,
Más compasivo con tu hermano fueras;
Pero nada, señor, seco y vibrante
Oigo á mi lado tu lenguaje fiero
Que me pide tercetos al instante.

Yo que á tu enojo todo lo prefiero,
Obedezco sumiso a tus mandatos
Y heme aquí con papel, pluma y tintero,
Trazando indescifrables garabatos
Que harán pasar; puesto que lo has querido,
Al paciente lector muy malos ratos.

Si censuran mis versos, si un silbido
Resuena por ahí como en los toros
Rasgando el corazón, más que el oído,

Busca de la paciencia los tesoros
 Y encontrarán tus invisibles vallas
 Los criticaastros y sus viles coros.
 Yo el bulto escurriré y allá te lo hayas,
 De lo que á mí me exiges en castigo,
 Con la turba de viles y canallas.
 ¿Aceptas? Pues mi epístola prosigo
 Que solo tiene un mérito, y consiste
 En que lleva el cariño de un amigo.
 “¿Como la paso aquí?” Triste, muy triste,
 Sumido en horas de letal vigilia,
 Siempre pensando en algo que no existe.
 Mis amores, mis versos, mi familia,
 Mis sueños de grandeza, desvaríos
 Que no sé cómo el corazón concilia,
 Ay! esos son los compañeros míos
 Que animan de mi estancia los espacios
 Silenciosos, oscuros y vacíos!
 Siempre á la dura realidad reacios
 Mis pensamientos, como magas viejas,
 Fabrican en el aire sus palacios,
 Y al graznido de búhos y cornejas
 ¡Cuántas historias pueblan sus recintos
 Cuántos lances de amor, cuántas cornejas!
 Una vez en tan bellos laberintos
 Bien sabe Dios que allí me quedaría
 A no soplar después vientos distintos.
 Me sacude invisible batería
 Con su chispazo, á la razón despierto,
 Y allí está la lección de Anatomía...
 Con duro ceño y ademán incierto
 Abro el libro, y pensando en mi miseria
 Principio á interrogar á un pobre muerto.
 No hay en verdad ocupación más seria
 Que seguir á través de un organismo
 El tortuoso trayecto de una arteria.
 ¡Cómo olvido mis versos! ¡Cuál me abismo
 Sorprendiendo del hombre los secretos,
 Es decir, los secretos de mí mismo!
 Y luego, herido por extraños retos
 Me acerco al anfiteatro y á su plancha
 Para hacer mis estudios más concretos.

Me lavo allí de la ignominiosa mancha,
 Ruedan mis fanatismos por el suelo
 Como en el monte altivo la avalancha.
 Si me vieras blandir el escalpelo
 Y cubierto de sangre y de sudores
 Despanzurrar á quien olvida el cielo,
 Y en medio de aquel cuadro de terrores
 Hacer la disección firme y seguro
 De un corazón que para ti es de amores,
 Resolver sin congoja y sin apuro
 Los problemas más hondos y formales
 Llevando luz hasta su seno oscuro,
 Hablarte de los centros cerebrales,
 Buscar del alma la morada tosca
 Y en el nervio buscar fluidos vitales,
 Al contemplarme en actitud tan hosca,
 Ensangrentado y fiero, dudaría
 De mí que no he matado ni una mosca!

 Después contemplar las paredes frías
 De mi aposento por demás estrecho
 Al viejo amigo de pasados días,
 Y otra vez dormitado sobre el lecho
 Escucho lo que dicen los latidos
 Del huérfano que llevo aquí en el pecho.
 Pienso en los seres para mí queridos
 Que dejé con inmensa pesadumbre
 Ay! en la tierra en que nació perdidos!
 Salvo inmensas distancias, y á la cumbre
 Do el lugar con sus cruces de mis padres se domina
 Voy por las tardes á mirar su lumbre;
 Miro al subir la nube blanquecina
 De humo que escala los celajes rojos
 Llevando acaso una oración divina,
 Y olvidando mis íntimos enojos
 Al ver oculta mi casita huraña
 Las lágrimas se agolpan en mis ojos...
 Sobre la falda azul de esa montaña
 El nido está donde mi madre buena
 Con su amor y sus rezos me acompaña;
 La dicha allí es más dulce y más serena,
 Llenan aquellos horizontes tersos

Los perfumes del lirio y la azucena,
 Y pensando de nuevo en los adversos
 Invisibles dolores que me hieren,
 Otra vez soy poeta y hago versos.
 Después, por ver si mis tristezas mueren,
 Salgo á la calle á contemplar hermosas,
 Ingratas todas porque no me quieren.
 Acariciando tan diversas cosas
 Que no sé cómo el corazón concilia
 Paso las lentas horas fatigosas,
 Y mientras pueblan mi letal vigilia
 Con sus murmullos y su eterna fiesta
 Mis amores, mis versos, mi familia...
 ¿Qué vida llevas por ahí? Contesta.

EN EL TEATRO

¡Qué hermosa estabas en el teatro anoche!
 Entreabierto el vestido que te escuda
 Eras la rosa que rompió su broche
 Para quedar á plena luz, desnuda.
 Te vi, sumido en abstracciones hondas
 De las que solo tu mirar me arranca,
 Surgiendo descarada de tus blondas
 Como otra Venus de la espuma blanca.
 Contemplé tu garganta cimbradora
 Con la que siempre mi pasión asedias,
 Tu negra cabellera onduladora,
 Tu hinchado seno descubierto á medias.
 Tu hombro tallado por artista griego,
 Tu brazo escultural hecho de nieve,
 Tus rojos labios como el mismo fuego,
 Tu esbelto talle que á estrecharlo mueve.
 ¡Qué hermosa estabas como nueva Gracia
 Entre oleadas de luz y de perfume,
 Despertando un amor que no se sacia,
 Que en anhelos sin nombre se consume!
 Al mirarte en tu palco tan radiosa,
 Envuelta en claridades de alboradas,
 Con tus formas espléndidas de Diosa,
 Siendo blanco de todas las miradas;

Yo que te adoro entre la sombra oculto,
 Dulce objetos de todos mis desvelos,
 Viendo á la luz lo que formó mi culto
 —Perdona que lo diga— ¡tuve celos!
 ¿No te sentiste de vergüenza roja
 Cuando, llevando tan audaz escote,
 Escuchaste con íntima congoja
 Torpe lisonja y flagelante mote?
 ¿No sintieron tus carnes de alabastro
 Bocanadas de fuego, por ventura?
 No te ha quedado el asqueroso rastro
 De tantos ojos de mirada impura
 ¿Cuando agitaste el abanico inquieto
 Para que nadie tus pudores vea,
 Fue por que al descubrir tanto secreto
 De rubor tu mejilla se caldea?
 ¿A qué viene ese afán de profanarte,
 De estar contigo misma en cruda guerra,
 Cuando no necesitas desnudarte
 Para ser la más bella de la tierra?
 Si quieres conservar limpio el tesoro
 Que hoy el vulgo sensual te mancha y roba,
 Tiene la castidad su llave de oro
 Para el tibio recinto de tu alcoba.
 Cuando la dejes por descuido abierta,
 Para no parecer hondos agravios
 Un ángel rubio cuidará tu puerta
 Con el índice puesto entre los labios.
 Allí, arropada en vaporosas nubes
 Despliega sin temor tus níveas galas,
 Y cuando te adormezcas, los querubes
 Bajarán á arrullarte con sus alas.
 Oculta y sola bajo tu albo broche
 Se posarán sobre tus hombros tersos,
 En vez del cieno que sentiste anoche,
 Las caricias aladas de mis versos.
 No sentirán tus carnes de alabastro
 Bocanadas de fuego calcinantes,
 Ni tus mejillas llevarán el rastro
 De tus rojos pudores vergonzantes.
 Y yo que formo de tu nombre un culto,
 Dulce objeto de todos mis desvelos,
 Al adorarte entre la sombra oculto
 Jamás tendré de los querubes celos!

CLEMENCIA

A la Señora Doña Jesús H. de Toledo.

I

*Porque entre zarzas y abrojos
Se halló perdida é inerme,
Como paloma que duerme
Cerró en el nido los ojos;
Plegaron sus labios rojos
Risas heladas de muerta,
Y mientras su faz tan yerta
Mojó lágrima furtiva,
Mano invisible allá arriba
Abrió del cielo la puerta.*

II

*¡Cuántos espacios quizá
Como el que vemos, azul,
Batió con alas de tul
Para llegar hasta allá!;
¡Qué delicioso será
Romper tras de cruda guerra
La cárcel que nos encierra;
Dejar bajo el mármol frío
Este bagaje de hastío
Que llevamos por la tierra!*

III

*¡Bien hayan los que se van
Como Clemencia se fue,
Sin hollar su blanco pie
Los fangales que aquí están!
Fue la nieve del volcán
Que ornando su cresta dura
Brilló incorruptible y pura
Solo al fulgor de una aurora,
Y que después se evapora
Sin abandonar la altura.*

IV

*¿Por qué lloraste aquel día
Cuando envuelta en niveo velo
Como escultura de hielo
La viste pálida y fría?
Ella en su ataúd dormía,
De tu rezo á los rumores,
Entre cirios y entre flores,
Porque llevando cerrados
Sus grandes ojos rasgados
Se acabaron sus dolores.*

V

*Cuando una virgen así
Ay! para siempre nos deja,
Debe de ser nuestra queja
Por los que estamos aquí;
Clemencia orando por ti
Está con anhelo santo,
Y nosotros entre tanto
Como perdidas gaviotas
Vamos con las alas rotas,
Cruzando mares de llanto.*

VI

*Hoy, cuando vas solitaria
A ver la virgen bendita
Y arrodillada y contrita
Murmuras dulce plegaria;
Incansable procelaria,
Del cielo eterna viajera,
Desde la azulada esfera
Baja la niña que lloras
Y es con la virgen que adoras
De tu oración mensajera.*

VII

*Guardada en tu hogar caliente
Palpita en el aire terso
Como el perfume disperso
Que por doquiera se siente;
Es arrullo que al ambiente
Le dan incorpóreas musas,
Exhalaciones profusas
De aromas, luces y galas,
Rumor incierto de alas,
De niños risas confusas.*

VIII

*¡No llores! Cada pedazo
Del corazón que se va,
Uniéndote al cielo está
En indisoluble lazo;
Ella dejó tu regazo
Que tanto cariño encierra
Para no ver nuestra guerra;
Dejó Clemencia tu seno
Para pedirla al Dios bueno
Por los pobres de la tierra!*

NOCHE BUENA

*Llenando de voces
El cielo y la tierra
En la airosa ermita
Las campanas suenan;
Dentro de la nave
Las muchachas rezan
A las luces rojas
De cirios de cera;
Blancas espirales
De incienso se elevan
Y una voz de niña
Temblorosa y fresca
Aquellos recintos
Con sus ecos puebla.*

¡Cuántas oleadas

*Fugitivas llegan
Con las armonías
Que en el aire tiemblan,
Con los mil perfumes
De las hojas secas,
Del incienso blanco,
De las flores yertas!
Y mientras adentro
La oración resuena,
¡Cómo con sus gritos
Aturden afuera
Los raudos cohetes
Que humeando vuelan
Por los altos cielos,
Por las nubes negras!
Cerca de la lumbre
Que chisporrotea,
Frente al Nacimiento
Del rey de la fiesta,
Allá en sus hogares
La familia entera
Pasa la velada
Alegre y sin penas
Refiriendo historias
Que al medroso aterran,
Escanciando el vino
De botellas viejas
Y á ricos manjares
Haciéndoles rueda.*

¿Qué importa que el cierzo

*Que á los pobres hiela
Con mano invisible
Sacuda las puertas,
Y ciña la nieve
A la muda tierra
En sudarios blancos,
En mortaja inmensa?
¿Qué importa que en tanto
Esté la tormenta
Con roncos clamores
Rugiendo allá afuera?*

¡Caed de los cielos
 Oh nieves eternas!
 ¡Cierzos invernales
 Sacudid las puertas!
 ¡Tended vuestras alas
 Vibrantes tormentas!...
 No importa! que al cabo
 Hoy es la gran fiesta,
 Hoy es noche santa,
 Hoy es Noche-Buena
 Y solo este vate
 Se ha quedado afuera!

CONTRASTES

—
 Dolores hecha de tules,
 Y Luz de celajes rojos;
 Son de Luz negros los ojos,
 Los de Dolores azules.

—
 Es Luz del bosque umbrío
 Cantora torcaz sentida,
 Y Lola, garza dormida
 Entre los juncos del río.

—
 Es Luz del bosque umbrío
 Cantora torcaz sentida,
 Y Lola garza dormida
 Entre los juncos del río.

—
 Es luz de ardientes amores
 La encarnación voluptuosa,
 Y es, transparente y hermosa,
 Muy espiritual Dolores.

—
 Luz es fiebre que desvela,
 Sed de un amor que consume,
 y Lola es solo un perfume,
 Copo de nieve que hiela.

—
 Ornan á Luz con su corte
 Gentilezas de morena;
 Es Lola rubia y serena
 Como una virgen del Norte.

—
 Fueron formadas, en fin,
 De celajes y de tul,
 La morena en Estambul,
 La rubia á orillas del Rhin.

—
 Ninguna de ellas respeta
 De su alma pura el santuario:
 Luz —Mi novio es millonario.
 Lola —Mi novio poeta.

—
 —Tiene, amoroso y siente,
 En los ojos mil destellos.
 —¡Qué negros son sus cabellos
 Y qué pálida su frente!

—
 —¡Quién no lo adora al instante
 Si es, por lo bello, un Apolo.
 —Porque vive triste y solo
 Siempre le seré constante.

—
 —Hoy, dormitando en su coche,
 Lo vi pasar por aquí.
 —¡Qué frío sintió por mí
 Bajo mi balcón anoche!

—
 —Con ramos de cinco duros
 Diariamente me importuna.
 —Dice que rayos de luna
 Soy de sus versos oscuros.

—
 —El á fuerza de millones
 A amarlo mucho me incita.
 —Tiene él roto la levita,
 Raídos los pantalones.

—
 —Audaz mi novio se atreve
 Siempre á besarme en la boca,
 —Y mi novio apenas toca
 Mis manos para él de nieve.

—
 — ¡Qué bien sabe galantear
 Cuando mis antojos mima!
 —Ayer escribió una rima
 que mucho me hizo llorar.

—
 —En paz y en gracia de Dios
 Seré suya el otro invierno.
 —Ay! yo no sé, Dios eterno
 Lo que será de los dos!

—
 —Entra á casa, viene y va
 Y no es mi pasión secreta.
 —Por ser pobre y ser poeta
 Lo detesta mi mamá.

—
 —Mi amor es senda de flores.
 —Mi amor es calvario y cruz.
 Y está muy radiosa Luz.
 Y muy pálida Dolores.

—
 Parece el bosque umbrío
 Luz la torcaz tan sentida,
 Y Lola garza dormida
 Entre los juncos del río.

—
 Chispean los negros ojos
 Mientras lloran los azules,
 ¡Qué ha de ser! ¡Lola es de tules
 Y Luz de celajes rojos!

FUGAZ

Del tiempo y la distancia me reía
 Al darle á tus promesas importancia:
 — Para amor tan profundo, me decía,
 Nada valen el tiempo y la distancia.

Cuando al fin te alejaste, noche y día
 Fue tu olvido borrando mi constancia;
 Y heme aquí meditando, hermosa mía,
 En el valor del tiempo y la distancia!

ESBOZO

Recibió del dolor la última herida
 Y dejó entre los cirios sus despojos,
 Y fulguró una lágrima perdida
 En los limbos celestes de sus ojos.

La pobre madre como todas, buena,
 Cubre de besos el cadáver yerto,
 Y luego endulza su profunda pena
 Orando á solas junto al niño muerto.

En tanto el padre, menestral salvaje
 Que enriquece el hogar con sus desvelos,
 Invoca a Dios con espantoso ultraje
 Enseñando los puños a los cielos!

LOS QUE LUCHAN

A mi amigo máximo Soto Hall

Los que van por ahí vertiendo flores
 Que á lodo y cieno sus matices juntan,
 Y como niños cuentan sus dolores
 A los que nunca por su mal preguntan.

Los que hablan de algo que jamás se alcanza
 Entre clamores de sangrienta mofa;
 Y hacen de cada verso una esperanza
 Y encarnan un ideal en cada estrofa;

Los que serenos el continuo ultraje
 Reciben del mundano cataclismo,
 Y robando á los Dioses su lenguaje
 Hablan de la virtud y el heroísmo.

Los que entonan los salmos de su estro
 Conociendo al juglar que los escucha
 Y viendo al adversario tan siniestro
 Jamás se arredran en la cruda lucha.

Los que caminan con el paso enorme
 de abrumador y brutal sarcasmo
 porque les ven un corazón deforme
 que lanza borbotones de entusiasmo.

*Son gladiadores en la abierta arena:
A cada golpe que su pecho abate
Vuelven con más aliento á la faena
Hasta vencer en el mortal combate.*

*Como raudos torrentes espumosos
Un cielo arrullan cuando están dormidos,
Y si encuentran senderos escabrosos
Lanzan más formidables sus rugidos.*

*Impulsados por fuerzas ignoradas
pasan haciendo destrucciones grandes,
Cual graníticas moles desgajadas
De las crestas azules de los Andes.*

*Yo los he visto caminar cual reos,
Alta la frente de melena hirsuta
Pisoteando las turbas de pigmeos
Que obstruyen siempre la triunfante ruta.*

*¡Cómo escuchan crispados los aullidos
De los torpes que viéndolos abajo
Piensan que son, por la centella heridos,
Águilas que se arrastran con trabajo!*

*Para esquivar injurias tan grotescas
Que á cada paso en su desgracia afrontan
Agitando sus alas gigantesas
A veces á los cielos se remontan.*

*Y van como el león de los desiertos
Seguidos de famélica jauría:
Si algunos ruedan por el polvo muertos
Se levanta mayor la gritería.*

*Ah! Todos sienten con dolor oculto
Como hierro candente su anatema,
Y es una imprecación y es un insulto
Cada gangrena hedionda que se quema!*

*Llenando el aire de tremendas notas
Inflexibles formulan el presagio,
Y son como las fúnebres gaviotas
Únicos que se salvan del naufragio.*

*Su eterno lema es depurar la escoria,
Vivir con todos en perpetua guerra,
Señalar el camino de la gloria
Por los rastros que dejan en la tierra,*

*Y sin temores ante el sino adverso
Combatir con endriagos y vestiglos
En la meta sin fin del universo
Ante un solemne espectador: los siglos.*

MI ALMA ES LA TUYA

*<<Mi alma es la tuya>> Me abisma
Eso que en tu labio escucho,
Porque, dirás que es sofisma
Como yo te quiero mucho
Te quieres mucho a ti misma.*

EL CUERVO

*Son dos hogares que hospedan
La alegría y el pesar,
Una alma que viene al mundo,
Otra que al cielo se va,
Y allá en bosque vecino
Ronco, inmóvil, funeral,
Como el infortunio, negro,
Un cuervo graznando está.*

—

*En vano la pobre madre
Gime y llora sin cesar,
En vano triste y doliente
Suspira con hondo afán
Y le dice al niño enfermo:
—“¿Por qué tan pronto te vas?
¡No me dejes! ¡Si supieras
Que solo en ti sé pensar,
Si superas que te quiero
Como nadie te querrá
Y que si no me abandonas
Serás mi felicidad!
¡No te duermas! ¡Dame un beso!
¡Dios mío, qué helado estás!
¿No me respondes?”— Y el niño
¡Cómo le iba á contestar
Si su alma virgen y pura
No estaba en el mundo ya!*

*Entonces la pobre madre
Que oye el cercano graznar
Del cuervo que está en el bosque
Ronco, negro y funeral,*

Le arroja piedras diciendo:
 “— ¡Tú te lo quieres llevar!
 ¡Maldito, maldito seas
 por toda una eternidad!—”

—
 ¡Cuánta dicha, cuánta dicha
 Se hospeda en el otro hogar!
 Allí todo es honda calma
 Quietud y tranquilidad,
 Risas en todos los labios,
 En todas las almas paz
 Y en las pupilas poemas
 De un amor que aquí no está.

La madre buena y sencilla,
 Reza con ardiente afán
 Al niño que vino al mundo
 A hacer su felicidad
 Y arrullándolo le dice:
 —“¡Qué hermoso, qué hermoso estás!
 Si supieras, alma mía,
 Qué sólo en ti sé pensar,
 “Si supieras que te quiero
 Como nadie te querrá!—”

Y cuando la madre buena
 Oye el grito pertinaz
 Del cuervo que está en el bosque
 Ronco, negro y funeral,
 Le dice al niño: “—Es una ave
 Que te viene á saludar,
 ¡Bendita, bendita sea
 Por toda una eternidad!—”

UNA CONSULTA

A mi maestro el Señor Doctor
 Don Juan J. Ortega

Doctor: pues que medisteis un abismo
 A fuerza de inclinaros ante un muerto,
 Y hoy en la intimidad del organismo
 Sabéis leer como en un libro abierto;

Pues que en hondas y graves disecciones
 Llevasteis siempre vuestro estudio lejos,
 Y ordenáis de un vistazo las funciones
 De aparatos variados y complejos;

Puesto que en laberinto tan obscuro
 Sabéis marchar con la cabeza erguida,
 Y á cada instante con mirar seguro,
 Sorprendéis los arcanos de la vida;

Pues que sois en la cátedra inspirado,
 En la palabra, cual ninguno, diestro,
 y los que estamos siempre a vuestro lado
 Con respeto os llamamos el maestro;

Puesto que vuestra historia es un combate
 Que valiente libráis con la miseria,
 Y aliviáis el dolor que nos abate
 Observando el latido de una arteria;

Pues que forman milagros vuestro oficio,
 Y aunque parezca á la carrera mengua,
 Señaláis el lugar de un maleficio
 Viendo a veces tan solo nuestra lengua;

Puesto que tanto (perdonad los puestos)
 Sabéis hacer con vuestra ciencia oculta,
 Herido por dolores manifiestos
 Vengo á haceros, Doctor, una consulta:

Por la razón para nosotros obvia
 De que todo estudiante sin fortuna
 Ha de tener coloquios con la novia
 A los pálidos rayos de la luna,

Yo también, por mostrar que no soy tonto,
 De buscar mi Julieta me di trazas;
 Tuve la dicha de encontrarla pronto,
 Pero mi amor pagó con calabazas.

Me dijo que á su lado soy un niño,
 Que nada tengo de gentil Romeo,
 Y que me retiraba su cariño
 Por simple, sandio, insustancial y feo.

¡Si vierais qué lindezas me contaba
 A la luz de la luna mi Julieta!
 De todas mis desgracias, no tragaba
 Mi trasnochado aspecto de poeta!

La abandoné bajo el enorme peso
 De abrumador abatimiento injusto,
 Pero á veces á solas me confieso
 Que hay niñas, aunque pocas, de buen gusto.

A pesar de lo mucho que me aflijo
 Viendo el sino fatal de mis amores,
 ¡Vaya si no hizo bien cuando me dijo
 Que me fuera á paseo con mis flores!
 ¿Qué ilusión puede hacer un papamoscas
 A una virgen de luz y poesía,
 Si lanza, en medio de actitudes toscas,
 Miradas de carnero en agonía?
 Yo padezco, Doctor, un mal extraño
 Que lo llevo encarnado no sé donde,
 Después de herirme con profundo daño
 Cobarde y vil á mí furor se esconde.
 Es una enfermedad que me destierra
 De las farsas del mundo en el proscenio,
 Que siempre está con mi existencia en guerra
 Y que se llama: cortedad de genio.
 Muchas formas los síntomas afectan
 De mi dolencia indefinible y rara,
 Cuando miro una hermosa se me inyectan
 Todos los capilares de la cara.
 Siento que el corazón acelerado
 Multiplica en mi pecho sus latidos
 Y por tantas angustias conturbado
 Siento mucho calor en los oídos.
 ¡En qué estado me deja, Dios eterno
 Ese tormento inacabable y rudo!
 ¡Ni en los profundos antros del infierno
 Sudan los condenados lo que sudo!
 A mi cansada voluntad reacias
 Se empeñan en brotar las tonterías;
 Por ejemplo: en lugar de decir: "muchas gracias"
 ¡Cuántas veces he dicho "buenos días"!
 Para toda mujer es un contento
 escuchar un piropo en cada labio,
 Pero maldito lo que yo les cuento
 Y entonces, sin quererlo, las agravio.
 Hace poco encontré á la ex- compañera
 Que dejé tantas veces á la aurora,
 Acongojado le cedí la acera
 Y le di un empellón a una señora.
 Buscad, Doctor, con insistencia y calma
 La enfermedad oculta que me hiere,
 Que al fin, al fin la disección del alma

Es la misma del cuerpo si se quiere.
 Arrojad ese huésped importuno
 Que pobló mi existencia de dolores;
 Haced con vuestra ciencia que ninguno
 Me sorprenda cambiando de colores.
 Haced que en nuestra eterna mascarada
 Camine disfrazado entre la gente,
 Que no puedan leer de una mirada
 Delatores letreros en mi frente.
 Dadme verbosidad hasta en los codos,
 porque sabéis muy bien que en nuestros días
 Es chico más donoso, el que entre todos
 Amontona mayores tonterías.
 Sobre todo, Doctor, haced la cura
 De mi manía de escribir canciones,
 Por esa malhadada desventura
 No aprovecho mejor vuestras lecciones.
 Os vivirá por siempre agradecido
 Si lográis formular esa receta,
 El notable discípulo que ha sido
 Ultimo en vuestras clases por poeta!

¡DUERME!

Duerme! Entre tanto escucharás mi arrullo
 Junto á tu nido de paloma inerme;
 Duerme! Ya sabes que mi amor es tuyo,
 Que velo siempre por tu dicha. Duerme!
 —
 Porque estás entre zarzas y entre abrojos
 Soy el esclavo que te cuida tanto,
 Duerme, mi dulce bien, cierra los ojos,
 Cierra los ojos mientras yo te canto.
 —
 Olvidaré mi padecer sombrío
 Al cifrar sólo en ti mi pensamiento;
 Duerme! las horas en que sientas frío
 Calentaré tus manos con mi aliento.

—
 ¡Cuál se ocultan tus ojos tan celestes
 Tras el blondo dosel de tus pestañas!
 Duerme, porque te esperan los agrestes
 Yermos de mi alma que de encantos bañas.

—
 Cuando cierre tus párpados de rosa
 Y apenas oigas mi canción confusa,
 “Duerme!” dirá flotante y vagarosa
 Junto a tu lecho virginal mi musa.

—
 Dame tus manos, adorada mía,
 Que sopla el cierzo y estarán inertes,
 Duerme! tan luego como venga el día
 Te diré con un beso que despiertes.

—
 Tú eres mi adoración, tú mi tesoro,
 Tú en los eriales de mi vida reinas;
 Duerme! Qué hermosa es la cascada de oro
 De tus largos cabellos que despeinas!

—
 Mientras que presa de sopor incierto
 Sientes que todo en derredor se esfuma
 Duerme! Ya sabes que estará despierto
 En pobre esclavo entre la negra bruma.

—
 A cada instante se alzaré mi arrullo
 Junto a tu nido de paloma inerme,
 Duerme, mi solo bien, mi único orgullo,
 Duerme! Yo velo mientras tanto. Duerme!

COSAS DEL MUNDO (La Religión)

I

Hace la abuela temblorosas cruces
 Porque no oye la niña sus consejos,
 ¡Santo Dios, en el siglo de las luces
 Todo el mundo se burla de los viejos!

—Si te casas con Juan, esa camisa
 Que llevas hoy se tornará en andrajo:
 ¡Es un hereje que sin ir á misa,
 Se entrega los domingos al trabajo!—

II

Juan, como todo el que en el campo suda,
 Pescó al fin de la historia un tabardillo,
 Dejó a su pobre Margarita viuda
 Y abandonado y huérfano un chiquillo.
 Y porque llora repetidas veces
 Margarita que nunca se consuela,
 —“Todo, todo, mujer, te lo mereces”
 Murmura triste y pertinaz la abuela.

EN EL PASEO

Reclinada en el fondo del carruaje
 Escuchó de la turba el clamoreo
 Que en señal de respeto y vasallaje
 Elevaba á la Reina del paseo.

—
 Impasible y serena ante el murmullo
 De admiración que su belleza arranca,
 Fiada en la pompa de su regio orgullo,
 ¡Qué hermosa estaba con su veste blanca!

—
 Pasaba con sus ojos altaneros
 imponiendo á la plebe sus grandezas
 Y á sus pies se agitaban los sombreros
 De aquel mar ondulante de cabezas.

—
 Cuando a mi lado la moderna Gracia
 Ostentó triunfadora sus blasones,
 Hollando nuestra santa democracia
 Me mancharon de espuma sus trotones.

—
 Y vi á lo lejos flamear su traje
 Seguido del confuso clamoreo,
 Hasta que al cabo se perdió el carruaje
 En la nube del polvo del paseo!

A MI MUSA

En el álbum de la señorita
Carmen Perales.

*Musa, recobra tu inquietud perdida
Y extiende al sol tus esplendentes galas,
Dime: ¿por qué como paloma herida
 Pliegas tus blancas alas?
Ya muchas veces te bañó la aurora
En cascadas de perlas y brillantes,
Y tú tan bulliciosa, y tan cantora
 No te alegras como antes.
Después mezclaron al llegar el día,
Todas las aves con canción confusa,
Y en medio de la incierta greguería
 Tú sola duermes, musa.
Has visto junto á mí con muda calma
Toda la nieve que amortaja el polo,
Y tú, la compañera de mi alma,
 ¿Por qué me dejas solo?
En funerarios copos los pesares
Bajan de lo alto y mi existencia hielan,
Y hace tiempo que espero tus cantares
 Que tanto me consuelan.
¿Por qué no vienes ya como solías
Hoy que en mi negra soledad te llamo?
¿No sabes que en ti están mis alegrías,
 Que sólo á ti te amo?
Deja tus duelos y á mi voz despierta
Dando a los vientos tu melena undosa,
Canta: ¿no sabes que llegó a tu puerta
 El álbum de una hermosa?
Tú que en tus horas de entusiasmo arrancas
Tu azul ropaje de los cielos tersos,
Deja por siempre entre tus hojas blancas
 Prisioneros los versos.
Olvida ese pensar que te consume,
que lentamente, como á mí, te enferma,
Y dale al libro tu inmortal perfume
 Para que Carmen duerma.
Llega, como antes, al caliente nido
Y su canto de amor roba a las aves,
Y arrúllala, cantándole al oído*

*Las cosas que tú sabes.
Dile en secreto sin temer agravios,
En el lenguaje de las frescas brisas,
Tantas ternuras, que en sus rojos labios
 Asomen las sonrisas.
Y al librarla del sol con tu profusa
Flotante y negra cabellera undosa,
Dile que siempre llegará la musa
 Al álbum de la hermosa.*

EN EL ÁLBUM DE LINA CERNE

*Los que vagáis por el derruido estuario
Como al fin del naufragio la gaviota,
Y vais con vuestras almas de incensario
Un refugio buscando en el santuario
Que el mar del siglo con furor azota;
Dejad la queja y el gemido endeble
Que tan hondo os abate y os contrista,
Venid, y haced que vuestro canto pueble
El templo de la hermosa y de la artista,
Y al ensalzar esa virtud que encierra
Su garganta de nieve y de alabastro,
Irán vuestras estrofas por la tierra
Como el aroma que a la flor se aferra
Y como va la luz detrás del astro!*

REINA Y SEÑORA

—A Julia Novella—
(en la primera página de su Álbum)

*Sonó el clarín: por los espacios vuela
Su ronco acento que el castillo guarda,
Y firme y respetuoso el centinela
Golpeó contra el mármol la alabarda.
 El vio llegar el mercenario suizo
Que vigilaba desde el muro viejo;
Sobre el foso está el puente levadizo
Esperando que pase tu cortejo.*

A la voz del heraldo que te nombra
 La servidumbre por doquier se mueve;
 Ya se extendió en el pórtico la alfombra
 Hecha no más para tus pies de nieve.
 Entra y no temas... el fulgor de día
 Que en tus grandes pupilas centellea,
 Alumbrará la obscura galería
 Que el cincel del artista festonea.
 Del trono augusto hasta la meta sube
 La amplia escalinata de alabastro,
 Y envuelta del incienso entre la nube
 Parecerás como en el cielo el astro.
 Bañarán las antorchas con su brillo
 La orla dorada de tu blanca veste;
 Serás la reina del feudal castillo
 Que un mago alzó sobre la roca agreste.
 Agitando sus bélicos penachos
 Armados te custodian los pecheros:
 No temas por tu honor, que en los picachos
 Sólo anidan los buitres altaneros.
 En la almera que sirve de atalaya
 Se abarcan infinitos horizontes:
 De un lado el mar en su desierta playa
 Y por el otro los azules montes.
 Cuando se acerque la estación que aterriza
 En que la nieve de los cielos baje,
 Y silenciosa y fúnebre la tierra
 En sudarios inmensos se amortaje;
 Cuando con su melena destrenzada
 Corra por fuera el huracán que ruge,
 Y al cabo te fastidie en la velada
 El eco eterno del cristal que cruje,
 Deja que llegue el trovador errante
 A quien mofan é insultan los protervos,
 Dile que pulse su laúd, que cante
 Para embeleso de tus pobres siervos;
 Que destierre la negra pesadumbre
 Que llenó de su espíritu el vacío,
 Y ofrécele un lugar junto á la lumbre
 Que lo proteja del nocturno frío.
 Dile que forje la leyenda de oro
 Que al mismo tiempo que cautiva arredra,
 De la cristiana que adoraba al moro
 Y que hoy se encuentra convertida en piedra.

Deja que formulado en vibraciones
 Suba tu nombre hasta los cielos tersos,
 Que invadan tus magníficos salones
 Cual golondrinas del tisú los versos.
 Y al mirar los raudales esplendentes
 De tus cabellos que la esclava peina,
 Deja que te proclame entre las gentes
 De las hermosas la señora y reina.
 Ordena á los guardianes del castillo
 Que nunca al pobre sus recintos cierre
 Que bien pueden dejar franco el rastrillo
 A cuantos bardos por los muros yerren.
 Y yo que como todos deslumbrado
 Por las grandezas del altar severo
 El templo á tu hermosura consagrado
 Con torpe planta profané el primero.
 Perdóname esta vez... negros dolores
 Hieren á mi alma que á tu lado reza...
 ¡Yo no sé qué virtud tienen tus flores
 Que alivian del que sufre la tristeza!
 Ungir con los perfumes de sus rosas
 La fe que el vate de los cielos trajo,
 Es la santa misión de las hermosas,
 De las castas vestales de aquí abajo.
 En cambio, Julia, por la hermosa dama
 Irá vibrando mi clarín de acero,
 Y seré de tu prez y de tu fama
 Paladín, trovador y caballero.

FLORES MARCHITAS

En el álbum de Carlota Novella

Porque alguien con buen intento
 Te dijo: —"De los cantores
 Jamás recibas las flores
 Porque se las lleva el viento".—
 Yo que soy pobre cautivo
 De tu suprema belleza,
 Con temor y con tristeza
 En tu álbum, Carlota, recibo.

Al escuchar tal consejo
 Honda aflicción me contrista:
 ¡Que dios proteja y asista
 A las flores que te dejo!
 Mis flores... débiles lazos
 Que unen las almas sencillas
 ¡Pobres hojas amarillas
 Que el viento lleva en pedazos!
 Si de mi vida la ignota
 Y obscura historia leyeras,
 Yo sé que tú me tuvieras
 Mucha compasión, Carlota.
 Si vieras las brumas frías
 De mis perpetuos dolores
 Acaso á mis yertas flores
 Predilección les tendrías.
 Germinas mustias y solas
 Siempre el rumor de una queja
 Y al no hallar quien las proteja
 Pliegan sus níveas corolas.
 Y sin escuchar mi ruego
 Mueren al llegar la noche,
 Y se llevan en su broche
 Gotas de sangre y de fuego...
 ¡Cuánto me duele, Dios mío,
 Verlas morir á millares
 Siempre de negros pesares,
 Y siempre, siempre de frío!...
 Tú que alivias generosa
 De los que sufren la pena,
 Que eres como un ángel, buena,
 Y como ninguna, hermosa.
 Tanto, que cuando te veo
 Con nuestra miseria en guerra
 Que moras aquí en la tierra
 Jamás, Carlota, lo creo;
 Tú que en tus ojos rasgados
 Donde la aurora fulgura
 Mundos de amor y ventura
 Debes llevar encerrados,
 Guarda estas flores agrestes
 Que á tus cariños confío;
 Dales el fresco rocío

De tus miradas celestes,
 Ya que todas por la noche
 Ajan su enfermo capullo,
 Haz que con tu blando arrullo
 Estas no cierren su broche.
 Y de tu hogar en la calma
 Serán sus matices bellos,
 E impregnarán tus cabellos
 Con los perfumes de mi alma.
 Y yo que sin tregua lucho,
 Que voy herido y cansado
 Siguiendo un ángel alado
 Que á ti se parece mucho;
 Yo que en la tierra suspiro
 Por algo que está en el cielo,
 Que siento grato consuelo
 Cuando en silencio te admiro,
 Le pediré al Dios clemente
 Que nunca el ruego desdeña,
 Una alborada risueña
 Para tu nido caliente.
 De un cielo lleno de galas
 Los encantados palacios,
 Y muchos, muchos espacios
 Para que extiendas tus alas.
 Y haré que mi historia ignota
 Lleve siempre con ternura
 En su página más pura
 En hermoso nombre, Carlota!

COSAS DEL MUNDO
(La justicia)

I

Con el puñal lo encontraron
 Saciando su fiero instinto;
 Y en humana sangre tinto
 Los gendarmes lo llevaron.

*La indignación, el tumulto,
Los debates en la arena;
Fue segura la condena,
Pero más lo fue el indulto.*

II

*Lo tienen como á las fieras
En obscuro calabozo
Por el crimen espantoso
De echar al tirano mueras.
—Vano es el grito que exhalas,
La vida no es un derecho...
¡Fuego !... —Y silbando en su pecho
Se alojaron cinco balas.*

A LUZ MARTÍNEZ
(En su Álbum)

—
*Tan negra es la tristeza que me abruma,
Tan profunda y tan grande mi congoja,
Que hace ya mucho tiempo que mi pluma
Más que de tinta, de dolor se moja.*

—
*Si de tu vida en la apacible calma
Jamás has visto batallar los mares,
Puedes llegar á lo íntimo de mi alma
Y mirar esa lucha en mis pesares.*

—
*Y esos son los que fúnebres y acerbos
Al rudo embate de los tiempos libro,
Y los que irán como enlutados cuervos
A las páginas blancas de tu libro.*

—
*Queden aquí, puesto que tú lo ordenas,
Los negros rastros de mi mano aleve,
Y en tu risueño hogar serán mis penas
Lo que tus ojos á tu tez de nieve*

—
*¿Qué viene á ser la fugitiva gota
Que con los besos de la luz se esfuma?
El leño informe que sin rumbo flota
Hace en los mares resaltar la espuma.*

—
*Y luego... yo bien sé que otros cantores
Se acercarán á tu imperial cortejo,
Y sepultados bajo tantas flores
Quedarán estos versos que te dejo!*

EN EL BAILE

—
*Sólo dos cosas no salen ilesas de un
baile: el pudor del alma y los encajes
del vestido.
José M. de Vergara y Vergara*

—
*Mientras las luces del salón se cuajan
Al posarse en la hirviente pedrería,
Y los trajes, crujiendo, se desgajan
Oye á la musa triste, amada mía.
Suspende el vals que en su impetuoso giro
Turbó el fulgor de tu mirar sereno,
Ven á mi lado y brotará el suspiro
Que llevas preso bajo tu almo seno.
Jamás, ni en horas en que vi en tus ojos
Temblante y pura la pasión huraña,
Vibró como hoy entre tus labios rojos
Risa tan voluptuosa y tan extraña.*

—
*Al agitar tu blonda cabellera
Cubres la alfombra de marchitas flores,
Llevas los tintes que por vez primera
Miré en tu faz cuando te hablé de amores.*

—
*Estoy ligado con tan fuertes lazos
A tu hermosura que me vuelve loco,
Que en celos ardo cuando extraños brazos
Ajan los tuyos que ni en sueños toco.*

—
*¿Ignora tu alma que á vivir comienza,
Que es por esa razón, buena y sencilla,
Que en aqueste contacto que vergüenza
Y que mancha la fina cabritilla?*

*¿Que presas de mortal desasosiego
 Se turban en el baile los sentidos,
 Que voraces y ardientes como el fuego
 Hay manos que traspasan los vestidos?
 ¿Que al danzar, anhelante de congoja,
 Al rítmico compás que marca el piano,
 Cual mariposa ante la flama roja
 Tus alas quemarás tarde o temprano?
 Mira: en tu talle de flexible palma
 La huella está del estrujón salvaje,
 Y sin embargo te diré que el alma
 Se desgarrará más pronto que el encaje.
 Te diré, si lo ignoras, que el perfume
 Sólo en el cáliz virginal es bueno,
 Y que el lirio se enferma y se consume
 Con una gota nada más de cieno.
 Que la luz que te baña en los salones
 Ciega con tantas deslumbrantes ondas,
 Y que se ajan allí las ilusiones
 Como tus margaritas y tus blondas.
 Y después, cuando la urna del acorde
 Vuelque sus notas y en las almas vibre,
 Y en las copas el vino se desborde
 Y hable la lengua desenvuelta y libre;
 ¡Cuántas torpezas que el licor arranca
 Tenaces te herirán con sus murmullos,
 A ti, mi bien, que cual paloma blanca
 Sólo entiendes de auroras y de arrullos!
 Tal vez, sin que lo digas, te entristece
 Ver en mis versos la inquietud que abisma,
 Pero al fin de fiesta, me parece
 Que al acercarte á mí no eres la misma.
 Me parece que lleva tu mirada
 Algo muy negro en su esplendor impreso,
 Que en tu boca de púrpura y granada
 En vez de la oración palpita el beso.
 Que tu voz melancólica ha perdido
 su tierno acento de inflexión tan suave,
 Que al llegar al vergel do está tu nido
 Olvidas todos tus encantos de ave.
 Y cuando llega la hora fugitiva
 En que á tu lado á reposar me llamas,
 Y te dejan mis rimas pensativa,
 ¡Yo no sé porqué pienso que no me amas!*

*Pero tú me perdonas porque al cabo
 Para mi amor el universo es poco,
 Porque soy, como todos el esclavo
 De tu hermosura que me vuelve loco.
 Si sabes bien que para mí no existe
 Ninguna dicha sin estar contigo,
 ¿Qué mucho entonces que la musa triste
 Sólo viva nombrándote al amigo?
 Ven á mi lado, pues, mientras se cuajan
 las luces en la hirviente pedrería,
 Porque las almas en el baile se ajan
 Lo mismo que los trajes, vida mía!*

EN EL BOSQUE

—
*Mira, mi dulce bien: ¡qué transparente
 Está hoy el cielo con su luz tranquila!
 Sólo he visto un azul tan esplendente
 En las quimeras de mi amor ardiente
 Y en el fondo de tu húmeda pupila.*

—
*¡Qué hermoso brilla el sol! desde que incierto
 Vagó su tenue resplandor perdido,
 Subieron á los cielos en concierto
 Los perfumes del cáliz entreabierto
 Y la canción primaveral del nido.*

—
*Gasas de tul la inmensidad serpean
 Cual entumidos cisnes boreales,
 Los viejos cocoteros se cimbrean
 Y las cumbres altísimas blanquean
 Coronadas de nieves inmortales.*

—
*Herida al beso de la luz, fulgura
 La tembladora gota de rocío,
 La torcaz se lamenta en la espesura,
 Y con lenguaje pertinaz murmura
 Bajo las ramas del sauz el río.*

—
 El balsámico aliento de las flores
 Baña tu espesa cabellera blonda,
 Y el bosque con sus múltiples rumores
 Nos invita á pasar nuestros amores
 Bajo el dosel de su elevada fronda.

—
 Los naranjos en flor, los platanares,
 Las sombreadoras y flexibles palmas,
 Serán los sacerdotes tutelares
 Llamados á guardar en sus altares
 La fe que se juraron nuestras almas.

—
 ¡Ven! escuchando mis dolientes rimas
 Vagarás junto á mí por el bosque;
 Te contaré lo que en extraños climas
 Sufrió por ti mi corazón que mimas
 Y las hondas ternuras que te traje.

—
 En cambio tú con tu mirar de aurora
 Llenarás mi existencia de embeleso;
 Me dirás con tu voz arrulladora
 Que sólo á mí tu corazón adora
 Y en prueba de ello me darás un beso.

—
 Cantando amores con su voz celeste
 Pasa la brisa entre las cañas huecas,
 Ven! Y al andar por la arboleada agreste
 La nivea falda de tu airosa veste
 Besarán con amor las hojas secas.

—
 Cuando llegue después la hora en que hirviendo
 Un sol de fuego en el cenit alumbra,
 Y escuches de las aguas el estruendo
 Con que se alejan del abismo horrendo
 Al descender por la escarpada cumbre;

—
 Cuando á lo lejos de la montaña enhiesta
 Reverbere con nítida blancura,
 Y termine el rumor de la floresta
 porque se fueron á dormir la siesta
 Todas las aves á la fronda obscura;

—
 Desnuda entonces del cendal de tules
 Que te veló como el celaje al astro,
 Irás al baño donde libre ondulas,
 Y las aguas tan límpidas y azules
 Besarán tus contornos de alabastro.

—
 ¡Qué radiosa estarás, dulce bien mío,
 Cuando tus formas bajo la onda vea!
 Pensaré que en las horas del estío
 Eres la garza tímida del río
 Que en la espuma del margen aletea!

—
 Después bajo la selva silenciosa
 Pasaremos los dos gratos instantes,
 Y mientras te hable mi pasión grandiosa
 Extenderás tu cabellera undosa
 Hasta que deje de escurrir diamantes.

—
 En dulces versos te diré que eres
 Mi adoración, mi encanto y mi embeleso,
 Y en señal de que tú también me quieres,
 Encarnando en tu boca mis placeres,
 Por cada estrofa me darás un beso.

—
 Y sin cesar te contaré de hinojos
 Mis sufrimientos de lejanos climas;
 Besaré con pasión tus labios rojos,
 Hasta que cierren tus rasgados ojos
 Los arrullos dolientes en mis rimas!

EL COLIBRÍ

—
 Yo soy el colibrí que al sol extendo
 Mis alas de esmeralda y de topacio,
 Yo estoy en este instante construyendo
 En el limbo de una hoja mi palacio.

—
 Yo nací acariciado por las brumas
 De un cocotero en el penacho de oro,
 Yo soy el ave que en mis tenues plumas
 Los cambiantes del iris atesoro.

—
 Yo jamás con mis cantos importuno
 Del bosque umbroso la vibrante orquesta,
 Yo soy tan inocente que ninguno
 Me causa daños cuando estoy de fiesta.

—
 Porque me encuentro de ilusiones rico
 Me miran todos revolotar travieso,
 Yo vivo de esperanzas, y en el pico
 La miel conservo que libé de un beso.

—
 Soy amigo de todas las violetas
 Que á la sombra se ocultan pudorosas,
 Yo soy la inspiración de los poetas
 Y el amor imposible de las rosas.

—
 En los instantes en que siento frío
 Me voy al nido que dejé desierto,
 Y cuando tengo sed, bebo el rocío
 Del cáliz perfumado y entreabierto.

—
 Hoy que me está aguardando mi adorada
 En un reclamo, manantial de arrullos,
 No volverá a encontrarme la alborada
 Soñoliento y huraño en los capullos.

—
 Y escuchando á los pájaros cantores
 Cifraremos los dos nuestros anhelos
 En llevar de las urnas de las flores
 La embriagadora esencia a los polluelos.

—
 Oh !cuando vengan las primeras lluvias
 Y ornen al nido exuberantes galas,
 Se adormirán las cabecitas rubias
 Al vibrante rumor de nuestras alas!

—
 Y estaremos de fiesta cada día
 Que en el fondo mullido del palacio
 Aparezca un plumón, orfebrería
 De esmeralda, de oro y de topacio!...

—
 Soy del bosque el orgullo, soy el ave
 Que más sonrisas á la hermosa arranca,
 Soy tan pequeño que mi nido cabe
 En una diminuta mano blanca.

—
 Sólo en horas de amor y de arrebatos
 Se hallan en el labio humedecido y rojo,
 Néctar tan suave, delicioso y grato
 Como la miel que de la flor recojo.

—
 Yo no tengo inquietudes: la paloma
 Que anidó en el tupido limonero,
 Temblando á veces la cabeza asoma,
 Porque la asecha el gavilán artero.

—
 Pero yo sin temor al sol extendiendo
 Mis alas de esmeralda y de topacio,
 Porque estoy afanoso construyendo
 En el limbo de una hoja mi palacio!

¡SOLO!

—
 ¡Oh, qué inmensa tristeza! ¡quién diría
 Que en el albor de mis primeros años
 Viniese á mí tan silenciosa y fría
 La noche de los negros desengaños!

—
 Azotado por cierzos invernales
 Que entumecieron mis alas entreabiertas
 Me senté de la vida en los umbrales
 A contemplar mis ilusiones muertas.

—
 Soy el picacho a quien la luz azula
 Y que solo desierto avasalla,
 Donde siempre la nieve se acumula
 Y donde toda tempestad estalla.

—
 Dudé del cielo y abaté la frente
 Como en la arena el gladiador rendido,
 Y solo estoy como el ciprés doliente
 Que nunca guarda en su ramaje un nido.

—
 La musa que antes cual gaviota altiva
 Del mar cruzaba las hirvientes brumas,
 Ocultó su cabeza pensativa
 Como ave enferma entre sus blancas plumas.

—
 Y olvidó la canción arrulladora
 Que en otros tiempos la alegraba tanto
 Y aunque la bañe con su luz la aurora
 Jamás ha vuelto a modular su canto.

—
 Mi azarosa misión sobre la tierra
 Es llevar, desgraciado penitente,
 Cual buitre audaz que al corazón se aferra,
 Ay! el recuerdo de la amada ausente!

—
 Es verme siempre con las alas rotas,
 Y escuchar un eterno mensajero
 Que de tierras lejanas y remotas
 —¡Ven, me dice, hace tiempo que te espero!

—
 Hoy vivo en medio de irritante calma
 Mirando atrás de mi camino adverso
 Un sangriento pedazo de mi alma
 En cada zarza que me hirió, disperso.

—
 Quedé en la lucha de vigor exiguo,
 Y muerta ya mi juventud naciente
 Como el cadáver del egipcio antiguo
 Me he quedado mirando hacia el Oriente.

—
 Y las auroras besarán en vano
 De la musa las alas entreabiertas,
 Y á su fulgor despertaré temprano
 Sólo por ver mis ilusiones muertas.

—
 Y mientras rujan las tormentas graves
 Nevará en el picacho solitario,
 Y siempre ¡Oh Dios! se alejarán las aves
 Del ciprés silencioso y funerario.

A LOLITA PACHECO
 (En su álbum)

—
 ¡Qué sedosa es tu tez fresca y rosada
 Donde anidan ocultos los sonrojos!
 ¡Qué radiante te he visto aluminada
 por la aurora que llevas en los ojos!

—
 Parece siempre que al romper su broche
 Se esparce libre tu melena umbrosa,
 Que resalta en las sombras de la noche
 Blanco y sereno tu perfil de diosa.

—
 Yo sé que siempre la oración murmura
 En rojo labio en que la miel se cuaja,
 Que eres tan casta, incorruptible y pura
 como la nieve que de lo alto baja.

—
 Vaporosa y gentil como la nube
 Que inmaculada en los espacios yerra
 Agitando tus alas de querube
 Evitas los fangales de la tierra.

—
 Solo ante el ara, cuando el salmo uncioso
 Puebla de estrofas la desierta nave,
 He escuchado un acento tan hermoso
 Como el que vibra en tus arrullos de ave.

—
 ¿Por qué si Dios á nuestro erial te trajo
 En señal de esperanza y de consuelo,
 Has de sufrir con los que están abajo
 Incurables nostalgias de tu cielo?

—
 ¡Quién pudiera encarnar la fugitiva
 Visión incierta que acaricias sola,
 Y leer en tu frente pensativa
 Y sorprenderte cuando sueñas, Lola!

—
 Son tan grandes, tan grandes, Dios inmenso
 Y tan negros tus ojos brilladores,
 Que cada vez que los admiro, pienso
 Que se parecen mucho á mis dolores.

—
 Por doquiera que vas dejas los rastros
 De tu suprema irradiación tranquila
 Porque también, como en el cielo hay astros
 En esa inmensidad de tu pupila.

—
 Como se encuentran ocultando el oro
 En sus senos de virgen las montañas,
 Guarda de inmenso amor rico tesoro
 La espesísima de red de tus pestañas.

—
 ¡Una lágrima!... ¡oh Dios!... ¡quién me trajera
 Solo una gota de tus ojos tersos,
 Para cantarte por la vez postrera
 Pero empapando en su frescor mis versos!

—
 Guardaría esos lípidos cristales
 Con más cariño que á las perlas la ola,
 Y serían entonces inmortales
 Las pobres rimas que te dejo, Lola!

CLÍNICA NEGRA

I
 Sala de un hospital amplia y sombría,
 El Doctor ordenaba con imperio,
 Y de una úlcera al ver la rebeldía
 Al practicante le pidió el cauterio.
 Enrojecido lo acercó al paciente
 Sin preocuparse de su suerte aciaga,
 El miserable se agitó imponente,
 Lanzó un rugido y se extirpó la llaga.

II
 Los que cumplís la terrenal condena
 De ser mirados con escarnio y mofa,
 Si halláis á vuestro paso la gangrena
 Sangrienta y ruda formulad la estrofa
 Como el Doctor, sin escuchar el grito
 De rebelión y de dolor que estalla,
 Quemad con vuestros cantos al maldito
 Aunque ruja y blasfemie la canalla!

¡PATRIA!
 Versos leídos por su autor en la Legación
 Mexicana.

—
 Cediendo á impulso superior y extraño
 La ardiente estrofa de mi lira brota,
 Y al veros en familia, os acompaño
 porque soy de vosotros compatriota.

—
 Nací también en la lejana tierra
 Que envuelve el mar con su cendal de espumas,
 Donde se eleva la azulada sierra
 Coronada de nieves y de brumas.

—
 Lo mismo que vosotros, en el pecho
 Llevo sangre viril de mexicano,
 Y orgulloso me veis por el derecho
 Que tengo de llamarme vuestro hermano,

—
 De la hermosa región que lloro á solas
 Abandoné hace tiempo las riberas,
 Y fatigado de romper las olas
 Me quedé en estas playas extranjeras.

—
 Sopló de la desgracia el torbellino
 Que el pobre hogar desmanteló de cuajo,
 Y al hallarme de paso en su camino
 Como á vosotros hasta aquí me trajo.

—
 Y heme aquí cual herida procelaria
 Agitando mis alas impotente
 Por dejar esta tierra hospitalaria
 Jamás tan bella cual la patria ausente.

—
 Yo sé que aquí por vuestro bien imperan
 Abiertas siempre las amigas manos,
 Pero allá congregados nos esperan
 en el viejo solar vuestros hermanos.

—
 Al calor de este suelo generoso
 Nadie se muere de nostalgia y frío,
 Pero triste, desierto y silencioso
 Se encuentra allá vuestro lugar vacío.

—
 Y arrodillados nuestros padres oran
 Del rojo sol á la tranquila puesta
 Y en medio de los seres que se adoran
 Una noche invernal es una fiesta...

—
 Ah! no hay amor que en el destierro iguale
 Al santo y puro del nativo suelo;
 Sólo así se conoce lo que vale
 Un pobre hogar con su girón de cielo!

—
 ¡Cual se suspira con afán perdido
 Por la incierta extensión de un horizonte,
 Por la selva frondosa y por el nido
 Que oculta y guarda en su regazo el monte!

—
 Y olvidando por siempre los agravios
 Que borraron el tiempo y la distancia,
 ¡Cómo entonces formulan nuestros labios
 La oración que aprendimos en la infancia!

—
 En este duro aprendizaje adverso
 Que pobló mi existencia de pesares
 He llegado a saber que el universo
 Está encerrado en mis risueños lares.

—
 Pero bendito el infortunio sea
 Que me hizo amar con entusiasmo ardiente
 El pendón tricolor que aquí flamea
 Con su águila soberbia y prepotente.

—
 De otro cielo al fulgor, con cuánto orgullo
 Lo he visto en pleno victorioso día
 Desplegar de los bronces al arrullo
 Los claros timbres de la patria mía!

—
 Y eclipsando del sol la luz intensa
 Dominar los espacios altaneros,
 Y dar abrigo con su sombra inmensa
 Al honor y a la prez de un pueblo entero!...

.....

—
 Hoy que se escucha por doquier vibrante
 El himno patrio que en los aires flota,
 He venido á buscaros anhelante
 Porque soy de vosotros compatriota.

—
 Y pues que todos al llegar nos dimos
 El fraternal abrazo que concilia,
 De aquel suelo de amor en que nacimos
 Celebremos sus glorias en familia.

—
 Entonces el salmo cadencioso
 De sus hirvientes y encrespados mares,
 El canto libre, atronador y hermoso
 Que resuena en sus bosques seculares.

—
 Y alcemos juntos nuestra voz ferviente
 Para que siempre victoriosa sea
 El águila soberbia y prepotente
 Del pendón tricolor que aquí flamea!

A MAGDALENA

Me cegó la pasión é irrespetuoso
 Llegué a olvidarme de tu inmensa pena,
 Posé mis labios en tu rostro hermoso
 Y en el fango caímos, Magdalena!

Negra fatalidad al precipicio
 Me arrojó de ese crimen que confieso:
 Una mirada obscureció mi juicio
 Y concluyó por trastornarme un beso.

Y desde entonces ni por un instante
 Me abandona el rumor de aquella orgía,
 Y llevo en mis recuerdos palpitante
 Esa noche de fiebre y de agonía.

Al mismo claro resplandor te veo
 Cubierta a medias por tu veste ajada
 Y me persigue el rítmico aleteo.
 De tu sonora y limpia carcajada.

Como gratos perfumes se disuelven
 En mi ambiente tus cálidos efluvios
 Y siento, Magdalena, que me envuelven
 En sus cascadas tus cabellos rubios.²

2 La continuación de los versos es la siguiente, corrección del autor:

Ligado á ti por el tremendo pacto
 De aquella noche de locura y gresca,
 Aún me ves vacilar cual si el contacto
 Me estremeciera de tu carne fresca.
 Ya intenté, Magdalena, muchas veces
 No ser vencido en la batalla ruda,
 Pero sin tregua junto á mí apareces
 Y siempre triunfas porque estás desnuda.

¡Cómo te he de olvidar, cuando en tus ojos
 Quedaron prisioneras las auroras,
 La miel que embriaga entre tus labios rojos
 Y en tu seno las curvas tentadoras!

Huérfano del amor y del cariño
 Fuiste conmigo compasiva y buena,
 Sin con tus besos me tornaste en niño
 Tuya ha sido la culpa, Magdalena.

Que me perdone Dios esta herejía,
 Pero sabes realzar tanto el contraste,
 Que he llegado á creer, amada mía,
 Que has venido de un cielo que olvidaste.

Cuando agobiada por tus duelos hondos
 Reclinaste en mi pecho tu cabeza,
 Sentí vagar por tus cabellos blondos
 Un perfume disperso de pureza.

¿Por qué cuando al acaso nos juntamos
 Te dejé con profundo desconsuelo?
 ¿Conseguimos al fin, pues lo intentamos,
 Ahogar un tanto nuestro mutuo duelo?

Tal vez con todos despiadada juegues
 Colmándolos del néctar que destilas,
 Pero vi, Magdalena, no lo niegues,
 Una lágrima ardiendo en tus pupilas.

Fue tal vez ilusión de mis sentidos
 Pero en tu frente sorprendí el quebranto,
 En tu histérica risa los gemidos
 Y en tu palabra la inflexión del llanto.

Y por eso te amé, todas las flores
 Puse á tus pies de mi pasión temprana;
 Si buscas el por qué de estos amores
 Ve á interrogar á la miseria humana.

¿Pero á qué preguntar por lo que sabes
 Si ya en la adversidad lo has aprendido?
 Todos los desgraciados cual las aves
 Se abrigan siempre junto al mismo nido.

Tu nombre... sé que cuando estaba loco
 Posé mis labios en tu faz serena,
 Que la palabra con que yo te invoco
 Es hermosa y sagrada: Magdalena.

Tu historia... ni soy santo ni soy bueno,
 Pero sé que es de engaño y de perfidia:
 Fue un ángel puro el que cayó en el cieno
 Y todos lo culparon con envidia.

Con envidia suprema, no retiro
Esta blasfemia que por ti profiero:
¡Condenándote están con un suspiro
Porque ninguno te perdió el primero!

Los mismos que implacables te maldicen
Con anatema que á mi vez maldigo,
Caer quisieran, aunque no lo dicen,
En el mismo fangal... ¡Pero contigo!

Hoy cuando pasas insolente y bella
Cual tiránica reina que avasalla,
Y tu tren á las turbas atropella
Y á tu alrededor la indignación estalla.

Cuando todos murmuran á tu lado
Con la brutal tenacidad del necio,
Y llevas en tus ojos retratado
Soberano y magnífico el desprecio.

No sé por qué mi corazón herido
Con maldad infernal goza y se ensancha,
Porque si hubiera lo que tú sufrido
Yo también me tomaba esa revancha!

Adiós por siempre!... con pesar te dejo
Porque mi amor para tu gloria es poco;
No es por virtud por lo que yo me alejo
Sino por miedo de volverme loco.

Pero en cambio, mi bien, jamás olvido
Que me acogiste compasiva y buena,
Que una mujer tan solo me ha querido,
Una sola en el mundo... ¡Magdalena!

EL BARDO

Como teniendo un abismo
Cruzó el salón lento y tardo,
Y todos á un tiempo mismo
Dijeron: —¡Que brinde el bardo!

De hermosura en hermosura
Vagó su mirada inquieta,
Y con profunda amargura
Así les dijo el poeta:

— “Mientras del vals impetuoso
Resuena el rítmico acorde,
Dejad que el vino espumoso
En mi copa se desborde”.

Dejad que se alce un instante
Mi voz que al vibrar se pierde,
Como promesas de amante
Que dicta el ajenjo verde.”

“Como en los mares la bruma,
Como el ábrego en la popa,
Como la dorada espuma
Que veis hirviendo en mi copa.”

“Y ya que todo es mentira,
Dejad que ponga sin penas
Mi corazón y mi lira
A los pies de estas sirenas.”

“Que en acicalados versos
Hable de sus labios rojos,
Y de los cielos tan tersos
Que están brillando en sus ojos.”

“De los anhelados velados
De tantas miradas hondas,
De los senos tan hinchados,
Que quieren romper sus blondas.”

“De tantas bellezas, tantas
Que ahuyentan mis duelos rudos,
De las flexibles gargantas
Y de los hombros desnudos.”

“Yo sé que nadie se indigna
Por este lenguaje austero,
Pues que cumplo la consigna
Del trovador caballero.”

“Pero antes que concluya
Este brindis que no es mofa,
Antes que el champaña bulla
Y me eche á perder la estrofa;”

“Dejad que brinde, señores,
Pues aún me siento con calma,
Por la que en tiempos mejores
Fue la reina de mi alma.”

“Por la hermosa que en antaño
En la que hoy es urna rota
Toda la hiel del engaño
Dejó caer gota á gota.”

“Por la mujer que en mi vida,
De una traición al asecho,
Me abrió tan profunda herida
Que aún vierte sangre mi pecho.”

“Por esta pena reacia
Que el corazón me remuerde,
Que me enseñó en la desgracia
A libar ajenjo verde.”

“Hoy confieso sin encono
Que era mi amada muy bella,
Y pues que al fin la perdono
Brindo, señores, por ella!...”

Dijo, y de burla y ludibrio
Oyó un aplauso en la sombra,
Y perdiendo el equilibrio
Rodó el bardo por la alfombra!

Y en ese cómico instante
en que el rumor fue imponente,
Un grito agudo y vibrante
Hendió la atmósfera ardiente.

Su cárcel que no resiste
Rompió un suspiro secreto,
Y estaba un rostro muy triste
Tras un abanico inquieto!

A LUISA MARTÍNEZ

—en su Álbum—

¡Qué radiosa eres tú cuando te esmalta
Tu cabellera tan profusa y suelta!
¡Qué gallardo y magnífico resalta
Cada perfil de tu silueta esbelta!

Ni en el armiño, ni en la cresta dura
Del nevado volcán que no se abate,
He encontrado jamás una blancura
Que se parezca a tu blancura mate.

¡Cómo conservas en tus labios rojos
Toda la miel de la amapola en broche,
Y en lo profundo de tus negros ojos
Todas las tempestades de la noche!

Nunca olvido la vez que silenciosa
Y pensativa junto á mi pasaste,
En que al mirar tu esplendidez de Diosa
Quise besar las huellas que dejaste.

Ornada siempre de intangibles galas
Tú perteneces á escogidos seres;
Eres espiritual y tienes alas
Y vives con nosotros porque quieres.

Y por eso es que á veces te consume
Infinita nostalgia abrumadora:
Eres ráfaga errante de perfume
Y solitario resplandor de aurora.

Cuando contemplo tu belleza abstracta
Un pensamiento sin cesar me abruma:
¿Cómo te has conservado tan intacta
Si eres más delicada que la espuma?

Toda tu historia, por consuelo mío,
La he adivinado en tu mirada triste:
Sé que en un lirio se cuajó el rocío
Y que en su cáliz virginal naciste.

Sé que no eres de aquí, que hiciste el viaje
Desde otro nido que tu amor encierra,
Que trajiste los ecos del bosque
Que has escuchado en la hondureña tierra.

Que las palomas dormitar te vieron
A la sombra de espesos platanares,
Que tus pies diminutos oprimieron
Blanquísimas alfombras de azahares.

Que tienes golondrinas mensajeras
A quienes cuentas tus tristezas hondas,
Que las garzas, tus pobres compañeras,
Esperándote están bajo las frondas.

Que has sabido guardar en tus pupilas
Los resplandores de tu cielo ardiente,
Que tus únicas lágrimas tranquilas
las has vertido por la patria ausente.

Todo, todo lo sé: que eres muy buena,
Que por doquier la admiración arrancas,
Que tendrán el candor de la azucena
Mis pobres versos en tus manos blancas.

Y sé también, para consuelo mío
Que encontrarán en tu mirada triste
Condensadas las gotas de rocío
Del cáliz virginal en que naciste!

EL NÚMERO 339

I

*Estudiando una vez histología
Del anfiteatro en el salón desierto,
Una historia encontré, grave y sombría
En la substancia cerebral de un muerto.
¿Cómo la descifré? yo la atribuyo
A la extraña aberración del microscopio;
Dejo al lector con el criterio suyo,
La someto á su juicio y se la copio.*

II

*“Sabes el nombre que sin pompa y gala
Usé muy poco en mi existencia breve,
Tanto, que me llamaban en tu sala
El número trescientos treinta y nueve.”
“Mi profesión, mi edad, mi patria hermosa,
Todo lo viste en el papel estrecho
Que colocó la Hermana cuidadosa
Bajo el número negro de mi lecho.”
“Me llevó al hospital la dura suerte
Que en ser adverso al infeliz se aferra;
No lo crearás, pero encontré la muerte
Por enfermarme en extranjera tierra.”
“Por orden del Doctor me examinaste
Con esa falsa gravedad que ensayas,
Y en tu libro de errores anotaste
La enfermedad que en mi cerebro no hallas.”
“Lo recuerdo muy bien: no hubo ninguno
Que no inquiriese por mis males fieros,
Y ante mí desfilaron uno a uno
Con orden singular tus compañeros.”
“Fue en verdad, el Doctor muy bondadoso
Cuando hablaba de mí por vez primera:
—Es un caso, Señores, muy curioso
Que estudiarán cuando el enfermo muera.”
“El diagnóstico es fácil... la necropsia
Dirá después cuanto explicar me resta;
Jamás me canso de elogiar la autopsia
Por los grandes servicios que nos presta.”*

*— “En la substancia gris, al microscopio
Esto y aquello encontrarán ustedes...
Y de lógica haciendo extenso acopio
Habló el Doctor de lo que hallar no puedes.”
“Después mi extraño mal fue más complejo
Más implacable y fiero cada día
Hasta que vino al fin con su cortejo
De tremendos dolores la agonía...”
“En ese instante en que la vida siente
Que su organismo á disgregarse empieza,
Por mi familia y por mi patria ausente
Una lágrima tuve de tristeza.”
“Llorar así por los que más me hicieron
Llevaderas del mundo las espinas,
Fue el postrer pensamiento que tuvieron
Estas células muertas que examinas.”
“¡Mi postrer pensamiento!... Me propuse
Decir verdad y sin querer te engaño;
¡Mi postrer pensamiento lo traduce
Sólo un ser que me adora y no un extraño!”
“¡Cuántos adioses por doquier miraran
De mis últimas noches intranquilas,
Si á ese ocular obscuro se acercaran
De una hermosa que adoro las pupilas!”
“Aquel largo estertor de agonizante
Hubiera sido pasajero y breve
Si ella hubiera podido en ese instante
Cerrar mis ojos con su mano leve.”
“Ah! cuando tuve esa ilusión que alegra
Como rayo de sol tras noche oscura,
Vi dibujarse como mancha negra
La silueta fatídica del cura!”
No recuerdo que dijo: solamente
Perdidos ecos de su voz cristiana
Llegaban hasta mí confusamente
Con el ora pro nobis de la hermana.”
“Como ave prisionera en el vacío
Que al asfixiarse con horror se agita,
Así mi ser se estremeció de frío
Al sentirse rociar de agua bendita.”
“Con galvánicas fuerzas combatieron
Todos mis nervios por la vida hermosa,
Y al concluirse esa lucha, me trajeron
De esta sala anatómica á la losa.”*

“Después rompiste sin temor mis sienas
Porque sabes muy bien que mis dolores
Se acabaron por fin... ¡y aquí me tienes
Trasladado á estos mundos inferiores!”

“Aquí me tienes con la extraña marca
De este nuevo organismo que me apropio,
Tan pequeño, que á veces no me abarca
En su campo visual el microscopio.”

“¡Que si pienso en mi amada! Me sorprende
Tu pregunta tan llena de miseria,
¿No sabes tú que por amor se entiende
Esa eterna atracción de la materia?”

“¿No sabes que dos gotas de rocío
Si se funden en una es porque se aman,
Que hasta en el seno del sepulcro frío
Los átomos se buscan y se llaman?”

“Y ella al fin morirá... cortos instantes
Dura en el mundo la existencia breve,
Y se unirá á las células errantes
Del número trecientos treinta y nueve!”

III

Dejo al lector con el criterio suyo
Al concluir esta historia que le copio:
Yo de mí sé decir que la atribuyo
A extraña aberración del microscopio.

PACTO DE AMOR

—
¡Santo Dios, cuánto embeleso
Nos produjo aquel contacto
Cuando firmamos el pacto
De nuestro amor con un beso!
¿Recuerdas? nuestras pupilas
Con hondo afán se miraban,
Y acongojadas temblaban
Nuestras almas intranquilas.

Con indecible torpeza
Nuestros labios se buscaron,
Y cuando al fin tropezaron
Todo fue susto y sorpresa.

Como los niños traviesos
Huyeron despavoridos,
Y en el aire suspendidos
Se quedaron muchos besos.

Después nuestras timideces
Fueron menos infantiles
Y de esos miedos pueriles
Nos burlamos muchas veces.

Y como en tanta bonanza
Nunca llegan los agravios,
Poco á poco nuestros labios
Fueron entrando en confianza.

Hallaron ricos tesoros
En verse juntos y opresos
Y cada vez nuestros besos
Fueron siendo más sonoros.

Tanto, que á veces se apura
Tu paciencia tan sencilla
Porque dejo en tu mejilla
Las huellas de mi ternura.

—¡No hagas eso que me afea!—
Dices con pena creciente,
—¡Qué dirá, gran Dios, la gente,
Qué dirá cuando me vea!—

¡Que ha de decir! Que provocas,
Que enloqueces, que sublevas,
Que con la señal que llevas
Se van a agriar muchas bocas.

Y al ver en tu faz impreso
De mis labios el contacto,
Dirá que hicimos el pacto
De nuestro amor con un beso!

EN EL TEMPLO

—

Me agobiaba tan honda pesadumbre
 Y te vi tan risueña y tan hermosa,
 Que esa vez, contrariando mi costumbre,
 Te seguí hasta la nave esplendorosa.
 Jamás me viste, aunque te quiero tanto,
 Profanar el recinto en donde rezas,
 Y es porque sé que á lo divino y santo
 No se deben mezclar las impurezas.
 ¡Cómo se han de juntar, amada mía
 En el santuario de tu Dios bendito
 La canción empapada de alegría
 Y la queja doliente del proscrito!
 Pero tanto se alivian mis dolores
 Cuando mudo y absorto te contemplo,
 Que impulsado por fuerzas superiores
 La vez aquella te seguí hasta el templo.
 El órgano elevaba los unciosos
 Y fugitivos cánticos que encierra,
 E imitaban sus notas los sollozos
 De los infortunados de la tierra.
 Como sube la estrofa que me arrancas
 Para besar el solio en que fulguras
 Buscando el cielo, en espirales blancas,
 Escalaba el incienso las alturas.
 Y lo mismo que alumbras desde lejos
 Mi negra ruta en la tormenta grave,
 Los cirios, con sus múltiples reflejos,
 Alumbraban las sombras de la nave.
 En medio de esa atmósfera impregnada
 De esplendores, perfumes y armonías,
 Más hermosa que nunca, arrodillada
 Te vi esa vez en las baldosas frías.
 Cuando elevó la hostia el oficiante
 Con ademán solemne y majestuoso,
 Y el altar fulguraba más brillante
 Y el salmo resonaba más grandioso;
 Cuando aquellas cadencias inmortales
 Huyeron por los altos ajimeces,
 Y agitaron sus alas virginales,
 Cual mariposas de cristal, las preces;

Cuando al fin conturbaron los sentidos
 Con sus nimbos de luz tantas grandezas,
 Y, golpeándose el pecho, arrepentidos
 Abatieron los fieles sus cabezas;
 Yo que sólo me rindo con tu arrullo,
 Pues sólo tú por tu bondad me humillas,
 En ese instante decliné mi orgullo
 Y estuve como todos de rodillas.
 Y aun me miras pensar con desconsuelo
 En esta duda que turbó mi calma:
 ¡No sé si lo hice por el Dios del cielo
 O si fue por la diosa de mi alma!

A JULIA GARRIDO

(En su álbum)

—

¡Un álbum! al mirar únicamente
 El libro casto que de hermosa mima,
 Más tenaz que otras veces, más doliente
 Dentro de mi alma germinó la rima.

—

¿Has visto el nido silencioso y frío
 Que dejaron los pájaros dispersos?
 ¡Así me queda el corazón, Dios mío,
 Todas las veces que se van mis versos!

—

Y se van no sé á dónde y nunca vuelven,
 Como las golondrinas que en las brumas
 Del cielo azul para viajar se envuelven
 Y no dejan ni el rastro de sus plumas...

—

¡Un álbum!.... es como la alcoba quieta
 Donde cierras los ojos adormidos,
 El único refugio que el poeta
 Halla para sus versos ateridos.

—

¡Bien hayan estas hojas de azahares
 Del libro hermoso que tus manos cuidan,
 Donde, sólo por verte, los cantares
 Como palomas huérfanas anidan!

—
 Por eso al ver tan generoso abrigo
 Te dejé algunas rimas prisioneras;
 ¿Qué más fortuna que vivir contigo
 Y ser tus invisibles compañeras?

—
 En los vergeles de tu libro de oro
 Yo sé muy bien que dormirán tranquilas,
 Que será su esperanza y su tesoro
 El claro resplandor de tus pupilas.

—
 Y me alejo sin penas, pues confío
 A tu amor estos cánticos dispersos:
 ¡Alguna vez han de poder, Dios mío,
 En otros climas anidar mis versos!

**A LA SEÑORA DOÑA
 MARÍA LORENZA DE LAZO ARRIAGA**

—
 Señora, llama el trovador errante
 Aterido y cansado á vuestra puerta,
 Si queréis recibirlo un solo instante
 Y en recompensa le pedís que cante
 Mandad al siervo que la deje abierta.

—
 Ordenad á la inmensa servidumbre
 Que á vuestro lado se rebulle inquieta
 Que prepare un lugar junto á la lumbre,
 Por que lleno de negra pesadumbre
 Ha venido á cantaros el poeta.

—
 Hay tanta nieve por doquier, Dios mío,
 Que ha bajado de espacios tan oscuros,
 Que sin consuelo el trovador sombrío,
 Si no le abrís, se morirá de frío
 Tal vez al pie de vuestro mismos muros!

—
 Oíd! ha tiempo que por fuera ruje
 Embravecida la tormenta grave,
 Los pinares se doblan á su empuje
 Y hasta el castillo de sus cimientos cruje
 Como en el mar la vacilante nave.

—
 Al fulgor de relámpagos bermejos
 Los escombros se ven de las cabañas
 Coloreados de sangre en los reflejos,
 Y los truenos que estallan á lo lejos
 Se oyen repercutir en las montañas.

—
 Desgajadas las rocas se desprenden
 Cual bólidos inmensos del espacio;
 Gritos de horror los horizontes hienden
 Y de tal cataclismo se defienden
 Los torreones no más de este palacio.

—
 Oíd! por fuera como león herido
 Ruje tremendo el huracán que azota;
 Y se oye de las rejas el chirrido
 Mezclado con el lúgubre graznido
 Que ha lanzado espantada la gaviota.

—
 Todo es por fuera destrucción y duelo,
 Funeraria mortaja en cuanto existe;
 Solamente por único consuelo,
 Llevando airoso su picacho al cielo,
 Este castillo secular resistente.

—
 ¡Bien haya, pues, vuestra mansión de hadas
 Que ha sabido luchar con el vestiglo,
 Que ha podido en sus crestas empinadas
 Desafiar á las ondas encrespadas
 Del proceloso mar de vuestro siglo!

—
 ¡Bien haya el templo que en la cruda guerra
 Dedicáis á la estrofa triunfadora;
 Que en su recinto sacrosanto encierra
 Cuantas dichas existen en la tierra,
 Puesto que en él os encontráis, Señora!

—
 Por eso llama el trovador errante
 Aterido y cansado á vuestra puerta,
 Si queréis recibirlo un solo instante
 Y en recompensa le pedís que cante,
 Mandar al siervo que la deje abierta.

—
 Dejadlo penetrar: vuestros salones
 Se poblarán de misteriosas rimas,
 Sentiréis palpitar en sus canciones
 Fugitivas y extrañas vibraciones
 Que ha recogido en extranjeros climas.

—
 Hallareis en sus versos claudicantes
 Nevados copos de esperanzas yertas,
 Resplandores de cielos muy distantes
 Y exhalaciones huérfanas y errantes
 De margaritas y de rosas muertas.

—
 Os contará que de las tumbas frías
 Lo trajeron las negras tempestades,
 Y al rumor de dolientes alegrías
 Os dirá por qué vive en nuestros días
 El pobre trovador de otras edades.

—
 Mientras por fuera el huracán potente
 Como titán encadenado clama,
 Os contará la historia sorprendente
 De aquel cruzado que murió en Oriente
 Por su Dios, por su rey y por su dama.

—
 En el idioma en que cantaba el moro
 Os fingirá, si lo ordenáis, la queja,
 Y al dulce son de su laúd sonoro
 Despertará la serenata de oro
 Que duerme al pie de la argentada reja.

—
 Forjará la leyenda pavorosa
 Que en las veladas invernales narra,
 De la cabeza de la esclava hermosa
 Que desprendió una mano misteriosa
 Armada de sangrienta cimitarra.

—
 Y si os aterra el fúnebre ropaje
 Que reviste á estos trágicos martirios
 La blanca musa cambiará el paisaje,
 Y os contará con rítmico lenguaje
 Cómo se aman las rosa y los lirios.

—
 Imitará los múltiples rumores
 De los bosques de erguidos cocoteros,
 Y os dirá como se hacen entre flores
 Las bodas de los pájaros cantores
 Que habitan en los frescos limoneros.

—
 Os contará lo que en su tenue rastro
 Deja en los mares la impalpable bruma,
 Lo que murmura en el cenit el rastro,
 Lo que sueñan las garzas de alabastro
 Que se duermen del lago entre la bruma.

—
 De las agrestes y escarpadas cimas
 Os mostrará las nieves sin abrojos,
 Y al arrullo apacible de las rimas
 Que trajo el bardo de lejanos climas
 Se cerrarán vuestros rasgados ojos.

—
 A su voz callará la servidumbre
 Que a vuestro lado se rebulle inquieta,
 Y sentado al calor de vuestra lumbre
 Olvidará su negra pesadumbre
 Y sus hondas congojas el poeta.

—
 Después, al ver la claridad tan pura
 Que reverbera en vuestro cielos tersos,
 Cada vez que proclame la ventura,
 El amor, el talento y la hermosura,
 El trovador os nombrará en sus versos.

—
 Evocará en estrofas cinceladas
 La santa paz de vuestro hogar tranquilo,
 Y enseñará á las gentes admiradas
 Las mágicas bellezas encantadas
 De la mansión donde encontró un asilo.

—
 Y al seguir pesaroso y vacilante
 La obscura senda de su ruta incierta,
 Como un consuelo llevará triunfante
 Vuestro recuerdo el trovador errante
 Que llamó fatigado á vuestra puerta!

A CLOTILDE GAMERO

—
 Para escribir en tu álbum que en ni alma
 Despertó indefinibles simpatías,
 Busqué anhelante la profunda calma
 De los serenos y radiosos días.

—
 Recogí de los lagos las espumas
 Que bajo el ala de los cisnes brotan,
 Los girones errantes de las brumas
 Que cual bandadas de paloma flota.

—
 Condensé los perfumes de las flores
 Que siempre vagan junto á ti, dispersos,
 Y elegí con cariño las mejores
 Y más puras estrofas de mis versos.

—
 Busqué para tu libro primoroso
 Del palmeral agreste los murmullos,
 Y le pedí á la Musa el más hermoso
 Y el más conmovedor de sus arrullos.

—
 Nada, nada olvidé, cuanto en su velo
 Espumoso y azul el mar encierra,
 Toda la inmensa esplendidez del cielo
 Y todas las bellezas de la tierra.

—
 ¡Eres tan candorosa! Se respira
 Tan puro ambiente en donde tú floreces,
 Que todas las cadencias de mi lira
 Jamás te ensalzarán cual lo mereces!

—
 Cuando en mi cielo fúnebre y sombrío
 Te vi surgir inmaculada y casta
 Te comparé a la gota de rocío
 Que en la corola de la flor se engasta.

—
 Te comparé á la aurora que importuna
 La silenciosa calma de la noche,
 A una lágrima pura de la luna
 Que una azucena recogió en su broche.

—
 Y cuando envuelta en su radiosa veste
 Vi destacarse tu silueta de oro,
 Te confundí con la visión celeste
 A quien tanto persigo y tanto adoro.

—
 Al fulgor de la luz que te circunda
 Sentí al aroma virginal que exhalas,
 Y me formé la convicción profunda
 De que te adornan intangibles alas.

—
 ¡Así deben de ser, por mi consuelo,
 Los ideales que guardo con cariño,
 Las vírgenes que habitan en el cielo
 Y á quienes tanto les recé de niño!

—
 ¡Así deben de ser! Inconcebibles
 Hubieran parecido mis martirios
 Si por desgracia fueran imposibles
 Tantos sueños ¡oh Dios! tantos delirios.

—
 Ah! si al fulgor de tu hermosura de astro
 Se pudieran cuajar mis blancas rimas,
 Yo te haría de nácar y alabastro
 Un pedestal para que tú lo oprimas!

—
 Elevaría tu mansión de nieve
 A inaccesible y prodigiosa altura,
 Para que nadie con su mano aleve
 Profanara tu espléndida hermosura.

—
 Y al dibujarse tu gentil silueta
 Blanca y radiosa en el azul del cielo,
 Nada más las estrofas del poeta
 Besarían tus plantas en su vuelo!

PRIMAVERAL

—
 Es la estación primaveral, cubiertas
 De ambrosía y de miel están las flores,
 Y llegan á sus ánforas abiertas
 Las miradas de insectos zumbadores.
 El panal acumula su tesoro
 Entre las grietas de los tilos,
 Y para el polen con su beso de oro
 Envolviendo en amor á los pistilos.
 La bráctea de la espléndida palmera
 Abre orgullosa su florido estuche,
 Y empieza el ave á desgranar, parlera,
 Todos los ritmos que guardó en el buche.
 Sacuden los naranjos ateridos
 Las lágrimas temblantes de las lluvias,
 Y en la obscura hojarasca de los nidos
 Brillan al sol las cabecitas rubias.
 Las aguas se destrenzan bullidoras
 Al descender por la escarpada falda,
 Y al volar las alegres trepadoras
 Forman nubes compactas de esmeralda.
 El cocotero sin cesar murmura
 Para que nadie su penacho estruje,
 y al peso del racimo que madura
 la débil rama, al desgajarse, cruje.
 Halagador el perfumado ambiente
 Lleva el arrullo entre sus alas preso,
 Y por doquiera palpitar se siente
 La fugitiva vibración de un beso.
 ¿Por qué, mi bien, en la estación de amores
 En ti tan solo el desconuelo existe,
 Y me envuelven tus ojos brilladores
 En su mirada pensativa y triste ?

Oye: perdidos en la selva umbría
 los pájaros celebran su ventura;
 Yo también sé cantar, amada mía,
 Y ensalzaré como ellos tú hermosura.

Yo también soy poeta; tú no sabes
 Cuánto te adora el corazón herido;
 Te arrullare en la lengua que las aves
 Hablando están en el caliente nido.

Buscaré los espléndidos rumores
 Que han forjado en su seno las florestas,
 La canción que los tiernos ruiseñores
 Modulan siempre en sus nupciales fiestas.

Y al conocer en tan risueñas horas
 La dicha inmensa que en mi amor existe,
 Nunca más tus pupilas brilladoras
 Me mirarán con su expresión tan triste.

Dame, pues, de tus besos la primicia
 Que tanto arrullo de mi pecho arranca,
 Consuélame como antes, y acaricia
 Mi sien ardiente con tu mano blanca.

¡Si vieras cómo á mi alrededor chispea
 Risueña aurora de esplendores bellos
 Cuando tu mano diminuta albea
 Como copo de nieve en mis cabellos!

Olvidaré por siempre mis abrojos
 Cuando escuche tus frases amorosas,
 Cuando fijos mis ojos en tus ojos
 Se nos pasen las horas silenciosas.

Y al sentir ese amor que satisface
 Todos mis sueños de ventura y calma,
 Verás ¡oh hermosura! que también renace
 La primavera espléndida de mi alma!

¡ADELANTE!

A la estudiantina "Colón" en su primer con-
 curso.

Quedó una lucha pertinaz, constante
 En lugar de la bárbara conquista,
 En que el atleta, el adalid pujante
 se llama en nuestros tiempo el artista.

*Titánicas batallas que convierten
La arena en bosques de inmortales palmas,
En que los nobles luchadores vierten
La sangre azul de sus celestes almas.*

*Como en aquella edad vieja y famosa
De combates, de justas y torneos,
En la moderna lid rompe y destroza
El audaz pensamiento sus arreos.*

*Caballero gentil llega á la liza,
Y en lugar de batirse por su dama
Va á implorar el favor de una sonrisa
Voluble y frágil de la Diosa Fama.*

*Allí va tras la hermosa recompensa
Todo mortal á quién la gloria atrae;
Para el que triunfa la ovación inmensa
Pero la honra y la pres para el que cae.*

*Allí sin tregua y por doquier se escucha
Grito de ardor que el entusiasmo mueve,
Allí con armas fulgurantes lucha
El soldado del siglo diez y nueve.*

*Y el soldado del siglo es el artista
Que al frente va de la batalla abierta,
El centinela eterno que se alista
Para gritar en la avanzada:¡alerta!*

*El que puebla de salmos resonantes
Los graníticos templos de la gloria
El que burila en planchas de brillantes
Todos los triunfos la humana historia.*

*Como la procelaria ante el abismo
Lanza en notas tremendas el presagio
Y cuando llega al fin el cataclismo
Salva de nuestros ideales del naufragio.*

*¡Oh, cuántas veces arrastrando el ala
Y abrumado por negras desventuras,
Una caída le sirvió de escala
Para brillar mejor en las alturas!*

*Entonces, libre del humano ultraje,
Por las regiones superiores vuela,
La parábola hermosa es su lenguaje
Y así nos fortalece y nos consuela.*

*Y tranquilo y sereno, yo lo he visto,
Perfumando con su alma de incensario,
Subir sin quejas como nuevo Cristo
Los amargos senderos del Calvario!*

*Semejante á las trágicas gaviotas
Siempre á la rauda tempestad se liga,
Y aunque camine con las alas rotas
Nunca sabe decir lo que es fatiga.*

*Vedlo: tomó el cincel, con fuerza enorme
El duro mármol á romper empieza,
Y brota al cabo de entre el bloc deforme
La prodigiosa estatua que embelesa.*

*Buscó con ansia en el azul inmenso
Más esplendor que el que miró en el día
Y en brillantes colores por el lienzo
Derramó su soberbia fantasía.*

*Y derrochando siempre su tesoro,
Entre el aplauso ó la sangrienta mofa
Pulsó la lira y de sus cuerdas de oro
Vibradora y triunfal nació la estrofa...*

.....
.....
.....
.....

*Hoy en que en recuerdo la vieja usanza,
Pero en lid más grandiosa y más augusta,
Rompe el artista su acerada lanza
Del concurso magnífico en la justa;*

*Hoy que al rumor de la ovación ardiente
El laurel que á las glorias atavía
Se ha venido á posar sobre la frente
Del que halló más hermosa la armonía;*

*Hoy que vieron los nobles gladiadores
Cubierto el campo de inmortales palmas
Que aún conserva la arena entre sus flores
La sangre azul de sus celestes almas;*

*Para que siga la batalla abierta
Quedó en el polvo desafiando el guante;
Oíd el grito que lanzó el alerta,
¡Luchadores excelsos, adelante!*

BESOS

—
 ¡Oh, qué hermoso recuerdo! Placentera
 Oyó la historia de mi amor temprano,
 Y entonces fue cuando por vez primera
 Besé su blanca y diminuta mano.

Después, entre profundos embelesos
 De una pasión interminable y loca,
 Su sed calmaron mis quemantes besos
 En el rojo nectario de su boca.

Cuando enfermó, cuando la vi sumida
 En los delirios de la fiebre ardiente,
 ¡Cómo le quise transmitir mi vida
 Ay! en el beso que le di en la frente!

¡Cómo adorné su túmulo de flores
 Cuando el mundo dejó con sus abrojos,
 Y en señal de mis fúnebres amores
 Con cuántos besos le cerré los ojos!

.....

Hoy, al sentir como la vez primera
 De su hermoso recuerdo los efluvios,
 Abro, triste y doliente mi cartera
 Y beso un rizo de cabellos rubios!

A ENRIQUETA LOWENTHAL

—
 Acaso vas á pensar
 Que tengo mal corazón;
 ¡Qué quieres! pero has de estar
 Que, aunque con honda aflicción,
 Quisiera verte llorar.

—
 Es una hermosa quimera
 De mis sueños de poeta,
 Es un capricho, Enriqueta,
 Por el que la vida diera.

—
 ¡Qué timideces hurañas
 Tus lindos ojos de cielo
 Ocultan, detrás del velo
 De tus umbrosas pestañas?

—
 Yo sé que todo lo azulas
 Con tus miradas tranquilas,
 Y que en pos de tus pupilas
 Siempre van las libélulas:

—
 Parecen vistas de lejos,
 Cuando trémulas chispean,
 Firmamento en que serpean
 Los relámpagos bermejós.

—
 Volubles como los mares
 Semejan en lontananza
 Tus pupilas, mi esperanza;
 Tus pestañas, mis pesares.

—
 ¡Una lágrima! ¡qué hermosa
 Ha de brillar fresca y pura,
 Prendida en la red obscura
 De tu pestaña abundosa!

—
 Será en tu pupila abierta,
 Fugitiva y tembladora,
 Perla que llueve la aurora
 Sobre una myosotis muerta.

—
 Y cuando el dolor acerbo
 A tus pestañas la lleve
 Será un pedazo de nieve
 Sobre las alas de un cuervo.

—
 ¡Cual rodarán silenciosas
 Por tus mejillas, Dios mío,
 Como el fragante rocío
 Que á veces lloran las rosas!

—
 Después... vendrán abundantes
 Otras á aumentar tu duelo,
 Y serás virgen de hielo
 Que se deshace en brillantes...

—
 Así... ¡qué hermosa estarías
 Tú que al reír lo eres tanto!
 ¡Si fuera por mí ese llanto
 Creyente y bueno me harías!

—
 Para endulzar del poeta
 La vida triste é ignota,
 Basta el frescor de una gota
 De tus ojos, Enriqueta.

—
 Basta una lágrima pura
 De tus cielos brilladores
 Para trocar los dolores
 En infinita ventura.

—
 ¡Ya lo sé! vas á pensar
 Que tengo mal corazón.
 Pero por verte llorar
 Fuera á tus pies á expirar
 Si eso te diera aflicción!

A CRISTÓBAL COLÓN

Oda leída en la Escuela de Medicina
 y Farmacia del Centro, con motivo de
 la celebración del IV centenario del
 Descubrimiento de América.

¡Allá van!.... Hace tiempo que las velas
 Se hincharon al soplar vientos de popa,
 Y dejaron aquellas carabelas
 Atrás las playas de la vieja Europa.

Lejos, lejos quedaron las orillas
 Risueñas siempre de los patrios lares,
 Y mientras tanto, sin cesar las quillas
 Rompiendo van los tormentosos mares.

Miradlos: allá van!... ya el sol naciente
 Disipó muchas veces tantas brumas,
 Y de nuevo al ponerse en occidente
 Hundió en el mar su enrojecida frente
 E incendió sólo sábanas de espumas.

De blancas nubes cual nevados montes
 Ven los marinos la silueta incierta,
 Y al trasponer aquellos horizontes
 Hallan la misma inmensidad desierta;
 La misma soledad abrumadora,
 El espacio infinito
 Donde se alza la onda bramadora
 Y donde esparce el huracán su grito,
 Y al continuar la prosa
 Surcando el agua que voluble ondula,
 Sólo encuentran las naves atrevidas
 Ese piélago inmenso que se azula
 Cuando á traición sorprenderá las vidas.

¡Allá van! ... en el límite blanquean
 Donde se unen los cielos y mares
 Cual náufragas gaviotas que aletean!....
 Allá van desafiando los azares
 De esa empresa inaudita
 Que en el delirio y la demencia toca,
 En que cada marino necesita,
 Para afrontar las iras que provoca
 Y alentarse en su fe, dura y reacia,
 Tener de una alma desquiciada y loca
 La misma ciega audacia.

¿Qué buscan? A creer en las promesas
 De un insensato de palabra ardiente,
 Van en pos de fantásticas riquezas
 De una tierra que está por Occidente;
 Van siguiendo las rutas virginales
 De una hermosa región que es un tesoro,
 Que arrullada por cantos inmortales,
 un océano de perlas y corales
 La tiene presa entre sus ondas de oro.

Van á abrir en el libro de la Historia
Todo un poema grandioso de energía,
A arrancar unos cánticos de gloria
Del seno mismo de mar bravía;
Y adormecidos por el grato arrullo
Que esa esperanza irrealizable encierra,
Dicen, henchidos de pedante orgullo,
Que van también á redondear la tierra!.
Mientras tanto, allá van!... Ya el sol naciente
Disipó con sus luces nuevas brumas,
Y otra vez al ponerse en Occidente
Hundió en el mar su enrojecida frente
E incendió sólo sábanas de espumas!...
Y al seguir confiados en su sino
Los derroteros de su marcha incierta,
Siempre vuelven á hallar en su camino
La misma vasta inmensidad desierta,
El mismo azul y aterrador paisaje,
Los mismos dilatados horizontes
Y allá al final del viaje
Las mismas nubes que semejan montes.
¡Oh Dios! si siguen tan soberbia empresa,
Si la vencen por fin sin que te asombres,
Llevarán en sus almas tu grandeza
Y no serán como los otros hombres!
Llevarán algo grande y majestuoso
Que en mis estrofas describir no puedo,
Porque todo mortal, Dios poderoso,
Lleva en la carne el miedo!
¿Qué será de esos nautas si resuena
Atronadora la tormenta grave,
Si el huracán destrenza su melena
Y hace trizas la nave?...
Mientras tanto, allá van!... Funesto velo
Ha formado en su torno la neblina
Y en trance tal los abandona el cielo,
Porque ven con profundo desconsuelo
Que hasta la misma brújula declina;
Y sin embargo, á continuar el viaje
Todos se alistan mientras tengan velas,
Y aunque el mar encrespado los ultraje
Prosiguen navegando con coraje
Y allá van, santo Dios, las carabelas!...

.....

Vedlos: vacilan ya; surge en su mente
Del santo anhelo de guardar la vida
El impulso instintivo é inconsciente,
Y al decidirse la mortal partida,
Aquellos navegantes que otras veces
Asombraron al mundo con sus hechos,
A Dios dirigen sus fervientes preces
Porque retire el miedo de sus pechos.

Vedlos cuál se amotinan, cómo escuchan
Temblando el grito de los hondos mares,
Y cómo todos luchan
Por volver otra vez á sus hogares.
¿Por qué —se dicen con pavor creciente—
Por qué dimos oídos
A ese pobre demente
Que en estas aguas nos dejó perdidos?
Oh! vale más retroceder las proras,
Y si es verdad que nos perdona el cielo,
Aún podremos pisar las salvadoras
Risueñas playas del nativo suelo!...

.....

Pero ¿quién es ese hombre que aparece
Con noble majestad de soberano,
De vibrador acento que estremece,
De faz augusta y de cabello cano?
¿Quién es ese que lleva en la mirada
El fulgor de las raudas tempestades,
Y en la frente espaciosa condensada
Toda una inmensidad de claridades?
¿Quién es?... Miradlo: su ademán sereno
El desconcierto de la turba acalla,
E hirviendo en la ira que brotó del seno
De la tormenta que en su pecho estalla
Así les dice con voz de trueno:

“¡Con que al fin me dejáis? ¡Con que á la postre
Os sentís con las ansias del cobarde
Y no hay ninguno que el peligro arrastre
Después de tanto fanfarrón alarde?
¿Con que es verdad que se aterró el marino
Que su prez extendió por ancha zona
Y en el término mismo del camino
Pálido y tembloroso me abandona?
¿Qué se hicieron las huestes que á las luces
De los remotos espacios se extendieron
Sus castillos, sus leones y sus cruces?....
Decidme: ¿Qué se hicieron?
Sé que poco nos resta
Para concluir nuestra gloriosa hazaña,
Pero si tantas lágrimas os cuesta
Seguir luchando contra la onda enhiesta
Podéis volver á vuestra vieja España”.

“¡Idos!.... Dejadme con mi sueño á solas
Pues tengo fe para escalar sus cimas,
Dejad en tanto que las roncadas olas
Vayan y cuenten en lejanos climas
Que temblaron tres naves Españolas!
Yo á seguir navegando me decido
Puestos mis ojos en el Dios supremo;
Yo seguiré adelante, y sólo os pido
Una tabla y un remo.”

“¡Dejadme!.... tengo mi existencia en poco,
Y ya que el cielo su favor me niega,
Será la tumba de Colón el loco
Este océano insondable en que navega;
El será quien recoja mis dolores
Porque mis quejas las oyó el primero,
Y él dirá á las edades posteriores,
Cada vez que os maldiga en sus clamores,
Que dejasteis morir á un compañero”!

Dijo, y en ese majestuoso instante
Que en su locura a perecer se aferra,
Se alzó una voz vibrante
Que recorrió gloriosa y resonante
Aquellos bastos horizontes: ¡¡ Tierra!!

¡VACACIONES!

A mis compañeros de estudios

—

Señores: hoy que al terminarse el año
El entusiasmo en vuestros pechos late,
Que no os asombre ni os parezca extraño
Que de vosotros se despida el vate.

El que lleva ese nombre de camorra
Sabe Dios si con fin noble ó siniestro,
Y ha aceptado ese título de gorra
Resignado y paciente por ser vuestro;

El que insultó a Colón, el que hace poco
Sirvió á las musas de risible mofa,
El que blandió cual verdadero loco
Lo mismo el escalpelo que la estrofa;

El compañero, en fin, que hace un instante,
Con vosotros pasó la pena negra,
Teniendo al fiero tribunal delante
De intenciones vandálicas de suegra

Ese mismo, señores, cual ninguno
Por lo que siente, vuestra dicha mide,
Y por no fastidiaros uno á uno
De todos en conjunto se despide.

Pero antes que resuenen los disparos
Con que vais á anunciar las vacaciones,
Como buen compañero quiere daros
Algunas filosóficas lecciones.

Que habéis de agradecer, esto es tan cierto
Como que hay qué estudiar ciencias infusas,
Pues promete arengaros con acierto
Este vate enemigo de las Musas.

Para el año que viene os aconseja
Ver un examen con profunda calma;
Ay! infeliz del que entre ceja y ceja
Lleve pintada la inquietud de su alma!

¡Qué de penas amargas se le juntan
Para que toda su esperanza acabe!
¡Cómo entonces los réplicas preguntan
Precisamente lo que no se sabe!

*En esa hora tan larga é intranquila
Cualquiera siente que le falta el juicio;
¡Cómo ha de ser, si mientras más vacila
Más lo empujan al negro precipicio!*

*Recordad este axioma necesario
Que rige en esta humanidad atea:
“Cuando llegue á caer un adversario,
Para aplastarlo más, se le patear!”*

*Cual lobos viejos, arrostrad las iras
De los amados maestros con aplomo;
Fabricad las científicas mentiras
Como deben de ser: de tomo y lomo.*

*Imitad á aquel joven que soporta
Este trance fatal con estoicismo,
Que propuso una vez ligar la aorta
En las separaciones del estrabismo.*

*Y que otra vez, para salir triunfante
Y ganarse las notas superiores,
Que estaban en estado interesante
Les probó á nuestros graves profesores.*

*Que nadie ponga las facciones lacias
Cuando les toque recibir las aes,
Que haga como quien dice: “¡Muchas gracias
Por la buena noticia que me traes!”*

*Y si todo así pasa sin apuros
Y el cuento se repite muchas veces,
Por haceros rabiar, estad seguros,
Caerán del cielo granizadas de eses,*

*Abur! ya que las almas de ilusiones
Y de esperanzas las lleváis provistas,
Pasad vuestras hermosas vacaciones
Entre alegres parrandas y conquistas.*

*Recorred este mundo que os aclama
Como heraldos del siglo de las luces,
Y tocad las trompetas de esa fama
Que hace á las viejas deshacerse en cruces.*

*Olvidad sobre todo esas eternas
Horas de trasudar la gota gorda,
Y esas caras horribles de las ternas
Que siempre tienen la conciencia sorda.*

*Pero nunca olvidéis, aún en los fieros
Trances de esta existencia de combate,
Que de todos vosotros, compañeros,
Es vuestro amigo y servidor el vate.*

A TRINIDAD MARTÍNEZ

I

*“Inútil es que la ilusión concibas
De que al fin obtuviste mi permiso,
Porque todos los versos que me escribas
Siempre los llamaré de compromiso.”*

*“Es decir, que una vez en que me viste
De carambola hablamos de tus versos
Y á propósito de eso, me ofreciste
Manchar de mi álbum los espacios tersos.”*

*“Si te hubiera contado en ese instante
Que los hombres me agradaban mucho,
¿Verdad que por cortés y por galante
Me hubieras ofrecido algún cartucho?”*

*“Pues así es el afán porque suspiras
Y que tiene á las Musas tan inquietas:
¡Válgame Dios, para decir mentiras
Solo ustedes se pintan los poetas!”*

*“Por donde quiera ven los negros ojos
De encantadas y espléndidas huries
Cielos azules y celajes rojos
Y el consonante aquel de los rubies.”*

*“Si te cedo mi libro, ten por cierto
Que por tu cuenta á trabajar te obligas,
Pues con bastante claridad te advierto
Que ni pizca creeré de lo que digas.”*

II

*Esas fueron tus frases que aún escucho
Y que tanto á mi numen desaniman,
Que á mi pesar las acaricio mucho
Tal vez porque tan hondo me lastiman.*

*Al ver tus labios de entreabierto rosa
Donde la abeja su embeleso sacia
¡Quien hubiera creído, Trini hermosa
Que supieran herir con tanta gracia!*

*¡Quién hubiese esperado que el orgullo
Que inofensivo entre tus flores duerme,
Pudiera despertar con un arrullo
Blando y sentido de paloma inerme!*

*Haces bien! Las que tienen la fortuna
De ostentar esa pompa que despeinas,
Siempre la admiración las importuna
Y á su pesar se imponen como reinas.*

*Por donde quiera que tus bellos ojos
Dirijan, Trini, sus triunfales rayos,
En muda adoración verán de hinojos
A tu rendida corte de vasallos.*

*Mirarás á tu lado confundidos
Todos los que te admiran o te envidian,
Y llegarán sin tregua á tus oídos
Frasas que por lo necias te fastidian.*

*Y si en ti condensadas nos enseñas
Las bellezas de todo el universo,
Estás en tu derecho si desdeñas
La adulación quimérica del verso.*

*Haces bien si desprecias y abandonas
Los rastreros elogios de las rimas:
Bastan de tu hermosura las coronas
Para que te fatigue y te oprimas!*

*Cómo iba á ser que á la lisonja diaria
Que torpe sigue tus radiosas huellas,
Se uniera la canción estafalaria
De los que miran siempre a las estrellas!*

*Pero tuya es la culpa si el rescate
No hallas jamás de tu prisión odiosa;
Por eso dijo con razón el vate:
"Ay! Infeliz de la que nace hermosa!"*

*¡Y lo eres tanto, tanto! Sin consuelo
He invocado tu imagen noche y día
Y es un recuerdo de calor de cielo
El que de ti conservo, amiga mía!*

*Semejante á la perla que en su engaste
Hiere con luz reverberante y pura,
¡Que radiosa a mis ojos desplegaste
Toda la excelsitud de tu hermosura!*

*Aún me parece que conmigo juegan
Las frescas risas de tus labios rojos,
Que me envuelve en luz y que me ciegan
Las auroras brillantes de tus ojos.*

*Y ofuscados por esas radiaciones,
Perdona, Trini, mi lenguaje insulso,
No distingo en tu libro los renglones
Y siento á veces que me tiembla el pulso.*

*A veces me figuro que recibo
El suave aroma de bondad que exhalas
Que estas huérfanas rimas las escribo
Sobre el tul impalpable de tus alas.*

*Mi pluma entonces con pesar se atreve
A profanar tus galas tan virgíneas,
Porque entre tanta immaculada nieve
Se ven muy negras las presentes líneas*

*Y se aumentan mis duelos tan adversos
Al pensar que tal vez sin tu permiso
Manché tu libro con mis pobres versos
Que siempre llamarás de compromiso!*

SU RETRATO

—
*Para llenar de luz pura y radiante
MI existencia angustiosa y fatigada,
Trajo mi pobre corazón amante
A mi desierto cuarto de estudiante
La imagen celestial de mi adorada.*

—
*Allí, clavada en la pared desnuda,
Enfrente está de mi revuelta mesa;
A cada instante del dolor me escuda,
Con su mirada fija me saluda
Y me alienta en mis horas de tristeza.*

—
*Allí está pensativa y silenciosa
En la actitud que le indicó el artista;
Allí se alza esa estrella esplendorosa
Alumbrando mi vida tempestuosa
Y sin perderse nunca de mi vista.*

—
*¡Con qué serena limpidez fulgura
En ese cuadro su perfil gracioso!
¡Cuál resalta su nítida blancura
Envuelta así por la diadema obscura
De su cabello negro y abundoso!*

—
 ¡Allí está mi adorada! Tan intenso
 Está su ser dentro de mi ser grabado,
 Que en mis instantes de locura pienso,
 Que en holocausto de mi amor inmenso
 Junto á ella está mi corazón clavado.!

—
 Y tanto, tanto condensé mi historia
 En esa eterna y funeraria queja,
 Que he creído por óptica ilusoria
 Que en ese muro en que cifré mi gloria
 Un pedazo de mi alma se refleja.

—
 ¿Por qué estará tan triste? Se le mira
 Importuno quebranto que la enluta;
 Vaga congoja su quietud inspira
 Y parece que gime y que suspira
 Su boca primorosa y diminuta.

—
 Se adivina en su frente de alabastro
 La palidez de mustias azucenas,
 Y á pesar de que brilla como un astro
 Aún se distingue el indeleble rastro
 Que le dejaron las amargas penas.

—
 Como paloma huérfana y herida
 Doliente inclina su nevado cuello;
 Tal parece que enferma y aterida
 Piensa, en extraña latitud perdida,
 En retornar á su vergel tan bello.

—
 Se asemeja á una garza desterrada
 En las regiones de la eterna bruma;
 Que por oculto padecer postrada
 Suspira cuando asoma la alborada
 Por sus hirvientes márgenes de espuma.

—
 ¡Qué triste está! Por su dolor profundo
 Parece que con hondo desconuelo
 Va con aire angustiado y gemebundo,
 Al cruzar los zarzales de este mundo,
 Padeciendo nostalgias de su cielo!

—
 Sus ojos... ¡yo no sé! Mas tan extraña
 Es la ilusión que su mirar despierta,
 Que parece guardar, triste y huraña,
 Bajo la obscura red de su pestaña
 Algo como una lágrima ya muerta!

—
 Sé que el artista, de triunfar seguro,
 Así puso al amor de mis amores;
 Pero al verlo clavado sobre el muro
 Con placer insensato me figuro
 Que comprende mis íntimos dolores.

—
 Me figuro que siente mis abrojos
 Y que llora mis muertas alegrías;
 Que al ver de mi pasado los despojos
 Esa lágrima inmóvil de sus ojos
 Está brotando por las penas mías.

—
 Y se destaca junto á mí, confusa,
 Su alta silueta de contornos tersos,
 Y ella es entonces la doliente Musa
 De cabellera espléndida y profusa.
 Inspiradora de mis pobres versos.

—
 Y me parece que á mi estancia llega
 Su cadenciosa voz como un preludio,
 Y ella es el astro que su luz me anega
 Cada vez que mi espíritu se entrega
 A las arduas fatigas del estudio.

—
 ¡Oh, cómo alumbra mi horizonte estrecho
 Esa hermosa visión que me acompaña!
 En mi ausencia la llevo dentro el pecho
 Y regreso á mi cuarto satisfecho
 Por que sé que un cartón jamás engaña!

—
 Sé que a esa imagen que extasiado admiro
 allí estará con su eternal belleza,
 Que al volver fatigado a mi retiro
 Hallaré a la beldad por quien suspiro.
 Endulzando, cual siempre, mi tristeza.

—
 Sin conocer los negros desengaños
 Viéndola mi alma en su pasión se abisma;
 Del mundo esquiva los hirientes daños
 Y aunque me transcurran destructores años
 Para mi corazón siempre es la misma.

—
 Y llenando de luz á cada instante
 Mi existencia angustiosa y fatigada,
 Allí está frente á mí, pura y radiante,
 Adornando mi cuarto de estudiante
 La imagen celestial de mi adorada!.

ESTUDIANDO

¡Es inútil mi afán! Cuando despierto
 De ese mundo en que vivo de ilusiones,
 La frente inclino sobre el libro abierto
 Y se explaya mi vista en sus renglones.
 Y mi espíritu entonces, más se empeña
 En acercarse á tu caliente abrigo,
 Y no comprendo lo que ahí se enseña
 Porque mi pensamiento está contigo.
 ¡Oh Cómo en vano por borrar batallo
 Tu amoroso recuerdo que me acosa,
 Si tras de cada página te hallo
 Cada vez más radiante y más hermosa!
 Y al final de esta lucha en que me inmolo,
 Pues querer olvidarte es la agonía,
 Sé que he aprendido á pronunciar tan solo
 Tu dulcísimo nombre, amada mía!

BLANCO, NEGRO Y ROJO

—
 Es más blanca, más blanca y más pura
 Que la nieve triunfal de la altura,
 Que la espuma flotante del mar;
 Yo quisiera besarle la frente,
 Pero el beso que tengo es ardiente
 Y la pueden mis labios quemar.

—
 Es más negra su real cabellera
 Que la noche imponente y austera,
 Que la tumba que guarda el ciprés;
 Yo quisiera besársela ciego
 Pero son mis caricias de fuego
 Y en cenizas la cambien tal vez.

—
 Son más rojos sus labios delgados
 Que las flores que dan los granados,
 Que la sangre que doy por su amor;
 Yo quisiera besarle la boca,
 Pero tanta pasión me provoca,
 Que de ahogarla me espanta el temor!

—
 Por besarle su cutis tan terso,
 Recoger su cabello disperso
 Y libar de su boca la miel;
 Si la fama á su altar me transporta,
 Por besarla una vez ¡qué me importa!
 De la efímera gloria el laurel!

—
 ¡Qué me importan los duelos tiranos
 Si enlazadas por fin nuestras manos
 Por el mundo cruzamos los dos!
 ¡Es tan blanca su límpida frente,
 su cabello tan negro, luciente
 Y sus labios tan rojos, gran Dios!

FULGORES

—
 Como en las noches de profunda calma
 Brilla en la obscura inmensidad el astro,
 Así estás en el fondo de mi alma,
 Oh! Mi pálida virgen de alabastro!

—
 ¡Cómo te alzas allí, pura y triunfante,
 Cual sagrado blandón de una creencia!
 ¡Cómo disipa tu esplendor radiante
 La triste lobreguez de mi existencia!

—
 Allí, flotando en la extensión vacía,
 Como la luna majestuosa bogas,
 Y eres tú mi esperanza y mi alegría
 Y mis dolores en tu luz ahogas.

—
 Así es el faro que señala el puerto
 Cuando el mar encrespado alza sus gritos;
 La columna de fuego del desierto
 Que devuelve la patria a los proscritos!³

—
 A veces mi alma que á querer empieza
 Gime á tus pies como las negras olas;
 En sus nubes te envuelven mis tristezas,
 Pero tú con tu luz las arrebatas.

—
 Y si el llanto la baña de amargura,
 De tu aurora al fulgor, dulce bien mío,
 Una lágrima entonces es más pura
 Que la gota temblante de rocío.⁴

3 Los versos continúan:

Con tu beso de luz á mi desgracias
 Las llenas del encanto que destilas
 Y Cual sediento que jamás se sacia
 Aborren tus efluvios mis pupilas.

4 El autor anula también la siguiente estrofa
 Más pura que los lípidos Cristales
 De casta nieve que sonroja un astro sonrojan si las besa un astro;
 Que la perla en las ondas virginales,
 Oh! Mi pálida virgen de alabastro!

—
 Más pura que las nieves boreales
 Que se sonrojan si las besa un astro,
 Que la perla en su lecho de cristales,
 Oh! mi pálida virgen de alabastro!

POR EL ARTE

—
 ¡Cuán hermosa es la muerta! Exuberante
 Su desnudez sobre la losa brilla,
 Yo la contemplo pálido y jadeante
 Y tiembla entre mis manos la cuchilla.

—
 El profesor, que la ocasión bendice
 De poder explicar algo muy bueno,
 A mí se me acerca y con placer me dice:
 —Hágale usted la amputación del seno.

—
 Yo que siempre guardé por la belleza
 Fanatismos de pobre enamorado,
 —Perdonadme —le dije con tristeza—
 Pero esa operación se me ha olvidado.

—
 Se burlaron de mí los compañeros,
 Ganó una falla mi lección concisa,
 Vi en la faz del maestro surcos fieros
 Y en la faz de la muerta una sonrisa!

A TUXTLA

—
 ¡Salud, oh pueblo de mis amores
 Donde en pasados tiempos mejores
 Mi vida alegre se deslizó!
 ¡Salud, oh tierra de los vergeles
 Cuyos recuerdos tienen las mieles
 De la encarnada flor del sospó!

—
 ¡Cómo se extiende tu vestidura
 Cabe la falda pendiente y dura
 Del elevado Mactumatsá,
 Y mientras duermes tan indolente
 Como te arrullan eternamente
 Las claras hondas del Zapatá!

—
 ¡Cómo recortan tus horizontes
 Los azulados, agrestes montes
 Que altivos yerguen sus terrosos blocs!
 ¡Cuántos arroyos doquier serpean,
 Como tus campos amarillean
 De atronadora flor de candocs!

—
 Bajo ese palio que tanto anhelo
 De ti radiante límpido cielo
 Pasó dichosa mi juventud;
 Allí nacieron mis ilusiones
 Y ahí tomaron sus vibraciones
 Todas las cuerdas de mi laúd.

—
 ¡Oh, cual se agrupan en mi memoria
 Las hojas sueltas de aquella historia
 De un tiempo hermoso que ya se fue!
 ¡Cuán frescas brotan de sus santuarios
 Como si fueran viejos rosarios
 De humildes flores de siqueté!

—
 Ha tiempo ¡oh Tuxtla! Que no te veo,
 Mas cuando busco con mi deseo
 Ese terruño que abarcas tú,
 Se me figura que soy un niño
 Y siento á impulsos de mi cariño
 Que me indigesto de puxinú.

—
 Se me figura que voy de gresca
 Con asquerosa cara grotesca
 Porque zapote negro comí;
 Y sin embargo de ser ranchero
 Por las simplezas estoy que muero
 De las tajadas de tu yumí.

—
 Tal me parece que alegre sube
 Mi papalote que hasta la nube
 Almidonado va de matzú;
 Que en pos de nuevos, anchos espacios
 Busca los vientos menos reacios
 En la Lomita del Calvariú.

—
 Siento nostalgias hondas y frías
 Por los hermosos, tranquilos días
 Que en tu regazo tierno pasé,
 Y entonces tengo, te lo aseguro,
 Áspero el genio, cual torso duro
 De secas hojas de cupapé.

—
 Ya este destierro me desespera,
 Mientras prosiga de esta manera
 Será imposible curar mi mal;
 Esta tristeza que me consume
 Se ahuyenta solo con el perfume
 Del barrio alegre del Jocotal.

—
 ¡Oh, Tuxtla hermosa, cómo suspiro
 Cuando resuenan en mi retiro
 Tus tamaladas del mes de abril;
 Cuando me llega la voz de arrullo
 De tus inditas que un bardo tuyo
 Les dio de gracias un jiquipil!

—
 ¡Quién hay que al cabo no se preocupe
 Cuando la fiesta de Guadalupe
 Se acerca siempre que quiere Dios;
 Cuando flamante sale el programa
 Como trompeta de inmensa fama
 Que al viento esparce su recia voz!

—
 Y cuando llega por fin la feria
 Quién no se olvida de su miseria
 Lleve camisa, chaqueta ó frac!
 ¡Cuántos viajeros por tus caminos,
 Cómo se llena de peregrinos
 Tu ermita humilde del Tepeyac!

—
 Hoy me han contado que ya es eterno
 Ese bullicio, porque el Gobierno
 buscó las frondas del Sabinal;
 Que siempre tienes perpetua fiesta,
 Que te proclaman á toda orquesta
 De nuestro Estado la Capital.

—
 Que tienes kiosco, teatro y mercado
 Que hermosa estatua le has levantado
 Al bueno y mártir de don Joaquín;
 Que eres la nave que nunca escolla,
 Que ya te extiendes hasta Copoya
 Que tus progresos no tienen fin!...

—
 ¿Habrás cambiado? ¿Serás coqueta?
 ¿A este infelice pobre poeta,
 Di, qué acogida le aguardas tú?
 ¡Soy hijo tuyo, tosco ranchero
 Que ha mucho tiempo me desespero
 Por atracarme de puxinú!

—
 Pero cualquiera cosa que vea,
 ¡Oh, Tuxtla invicta, bendito sea
 Ese destino que Dios te dio!
 ¡Salud, oh tierra de los vergeles,
 Cuyos recuerdos tienen las mieles
 De la encarnada flor del sospó!

FEBRERO

¡Cuán alegre está el baile do se escuda
 El mortal cuidadoso tras su velo!
 ¡Cuántos ojos que miran con recelo,
 Cuánta voz de falsete que saluda!
 Después del vino, la franqueza ruda
 Hierve en la sangre con su tosco anhelo,
 Y ruedan las caretas por el suelo
 Y aparece la faz roja y desnuda
 ¡Cómo imita la fiesta desgreñada,
 Pobre Febrero, a quien calumnian loco,
 De la vida la eterna mascarada!
 Así es la realidad que siempre toco,
 Y me burlo con ancha carcajada
 Del carnaval grotesco que provocho!

JUNIO

Llevando alegre su triunfal cortejo
 Pasó el mes de las lluvias tempraneras,
 Y tan solo de aquellas borracheras
 Las heces quedan en el odre añejo.
 Ni un perfume, ni un canto, ni un reflejo
 Que recuerde tan gratas primaveras,
 Y para colmo de desdichas fieras
 Está el tiempo que arruga el entrecejo.
 ¡Oh mes de junio! Quien contigo lidia
 Reniega al cabo de los negros ratos
 De tu perpetua lluvia que fastidia!
 Porque es más duro que los malos tratos
 De esas tus horas que el averno envidia
 Tu indigno modo de arruinar zapatos!

SEPTIEMBRE

La aurora entre celajes parpadea,
 Resuena el bronce con su voz rugiente
 Y en aquel cielo puro y esplendente
 El pabellón con majestad flamea.
 De lleno herido por la luz febea
 Hiende el globo los aires imponente,
 Al pueblo arenga el orador vehemente
 Y el petardo en las nubes clamorea!
 ¡Bendito el mes en que la patria hermosa,
 Porque á sus héroes y á su Dios les plugo,
 Recuperó su libertad gloriosa!
 ¡Bendito el mes en que el infame yugo
 De triste y negra esclavitud odiosa
 Rompió contra la faz de su verdugo!

EL HONOR

*¡Pobre Andrés! el ridículo espantoso
Lo hirió con sus sarcásticos excesos,
Acudió á una pistola, y valeroso
Se levantó la tapa de los sesos!
Toda la sociedad clamó indignada,
El templo agosto le cerró sus puertas,
Y hasta de los iguales la morada
Guardar no quiso sus cenizas yertas!
Pero en cambio don Bruno, ese provectoro
Que en el infierno de sus penas arde,
Que llegó á la vejez triste y abyecto
Porque adora su vida de cobarde;
Oh! preguntad á la opinión ajena
Y os dirán que es buenote cual ninguno,
Y que en sus tiempos se portó tan buena
La honorable señora de don Bruno!*

EL AMOR

*Los que buscáis en la mujer arrimo
Oíd contar de Guadalupe el chasco:
Cuando era niña la besó su primo
Ella hizo un gesto y escupió con asco.
Y cuando al primo le creció el bigote
Volvió á besar á Guadalupe bella,
Y aunque fumaba un puro el monigote...
¡Se quedó tan serena la doncella!*

A MARGARITA MARTÍNEZ

—
*Que te bendiga Dios; que alta y serena
Tu frente enseñes de color de rosa;
Que seas, Margot, cual tus hermanas, buena
Pero jamás como ellas tan hermosa.*

*¿Sabes por qué? Porque los negros hados
Envidian toda tu perfección bendita,
Y muchos corazones desgraciados
Quedan vertiendo sangre, Margarita!*

A LA SEÑORA DOÑA GABRIELA GARRIDO DE MARTÍNEZ

—
*Hoy que pareces junto al ser que adoras
una perla orgullosa de su engaste,
y que jamás se extinguen las auroras
en el hogar risueño que formaste;
Piensa en tanto infeliz que hay indigente,
ya que eres compasiva cual ninguna,
y á Dios eleva tu oración ferviente
por tus pobres amigos sin fortuna.*

*Esa es la caridad más abundante
que al oprimido corazón consuela,
y lloverá la bendición constante
en tus floridas cármenes, Gabriela.*

*Y llegarán por arte misterioso
A tu nido de amor los regocijos,
y serás el orgullo de tu esposo
y el honor y la gloria de tus hijos!*

¡ADIÓS!

*¡Se fue el vapor!...en sin igual batalla
La hélice entró con las hirvientes olas,
Y te llevó glorioso y en la playa
Me dejó con mis lágrimas á solas.*

*Se fue por fin, y mi letal tristeza
Al despedirse la insultó violento,
Arrojando a la orilla con fiereza
Las bocanadas de su negro aliento.*

*Y al celebrar la máquina potente
Esa victoria con triunfal rugido,
Otro grito de amor, triste y doliente
se alzó del fondo de mi pecho herido.*

*¿Lo escuchaste? Tal vez!...sobre cubierta
Un blanco lienzo desplegó la brisa,
Y distinguí su agitación incierta
Como el ala de un ave que agoniza.*

*Después la barca su cendal de espuma
Trazó en aquella inmensidad ignota,
Y semejó al perderse entre la bruma
La silueta gentil de una gaviota.*

*Oh! Tú no sabes lo que entonces lleva,
Cuando así nos agobian los pesares,
Una columna de humo que se eleva
En el confín remoto de los mares!*

*Al envolverte entre su espeso velo
Para siempre, tal vez, amada mía,
Aquellas espirales para el cielo
Llevaron mi esperanza y mi alegría,*

*Adiós!...que nunca nuestro amor se vaya
Como esa nube que tu barco arroja,
Y que sepas guardar lo que en la playa
Me dijiste, temblando de congoja!*

¡ADIÓS!

*Por vez postrera acaricié su frente
Y lloró silenciosa junto a mí;
<<Vuelvo pronto>> le dije dulcemente
Vertió mi corazón
Lágrima ardiente
Y sonriendo, partí.*

¡SIEMPRE!

A Próspero Calderón

*Sala de disección: la luz discreta
Esboza apenas el perfil severo
Del infeliz que ni en su adiós postrero
Por la ciencia feroz se le respeta.*

*Sobre esa plancha que al misterio reta
Se ve todo tan lúgubre y tan fiero,
Que irónico me dice un compañero:
—¡Canta al amor, si puedes, oh poeta!*

*Enjúgueme la frente acongojada
E invoqué en la desgracia que me abruma
El castísimo nombre de mi amada;*

*La cuchilla arrojé, tomé la pluma
Y brotó de la mano ensangrentada
Una estrofa más blanca que la espuma!*

FE, ESPERANZA Y AMOR.

*Fe, mi bien, es lo mismo que alegría,
Que seguro refugio y que consuelo;
Tengo tanta fe en ti, paloma mía,
Que te hallo siempre que contemplo el cielo.*

*Esperanza... es la sola á quien se entrega
Lejos de ti mi corazón cautivo;
Porque espero un instante que no llega
Aquí me tienes en el mundo vivo.*

*Amor... fuerzas me da cuando lo imploro
De mi dura existencia en el combate;
Yo sé que nada más porque te adoro
Dentro del pecho el corazón me late.*

—

*¡Cuánto esa hermosa trinidad encierra:
La fe me lleva de tu gloria al seno,
Por la esperanza estoy sobre la tierra
Y solo, solo por tu amor soy bueno!*

EL TORO SALVAJE

I

*“Mi buena madre, en prenda
De su amor tan profundo como cierto,
Cuando entré de esta vida en la contienda,
Abandonó las pampas de la hacienda
Y se vino al desierto.*

*Aquí, bajo la selvas ignoradas,
Sus ubres dilatadas,
Libres de ese tributo vergonzoso
Que la ordeña las deja miserables,
Exprimieron su néctar delicioso
En mis belfos sedientos é insaciables
Lleno de vida respiré este ambiente
Donde el hombre raquítico se ahoga,
Soy audaz, soy valiente,
Jamás el polvo se posó en mi frente
Ni en mi erguido testuz la infame sogá.*

*Mi afán de rey á dominar aspira
Cuanto en mi vista en derredor abarca,
Y en fe de que mi aserto no es mentira
Nadie mis ancas mira
La ignominiosa huella de la marca;
Nadie ve en mis orejas el odioso
Rastro que deja la señal profunda,
Ni en mi cuello soberbio y musculoso
La infame cicatriz de la coyunda;
Y libre y soberano, sin el yugo
Que envilece á mis pobres compañeros,
No tengo más verdugo
Que mis instintos fieros”.*

II

*“En horas de quietud, cuando sofoca
El sol en cuanto forma mis gobiernos,
Me ocupo de afilar contra una roca
Mis acerados cuernos;
Y si queréis saber lo que yo haría
Con estas armas de que estoy ufano,
Que os lo cuente el jaguar que el otro día
Despanzurré de un golpe soberano.*

*El vino á desafiarme: silencioso
Rascaba un arenal con mis pezuñas
Cuando llegó traidor y cauteloso,
Dio el miserable un salto prodigioso
Y en las espaldas me clavó las uñas.*

*Mi instinto cruel de luchador se excita
Al sentir que su garra se me entierra,
Me sacudo con cólera inaudita
Y lo arrojo por tierra!
Y ciego le embestí, cuando el bandido
Quiso escapar de mi furor deshecho
Tenía en el vientre hundido
Hasta el remate mi pitón derecho!....*

III

*“Oh! si por un momento
En medio de la arena me encontrara
De ese circo sangriento
De que un buey, azorado y sin aliento,
Las horribles escenas me contara!*

*Un solo, un solo instante
Para ganarme entonces bastaría
Los ¡hurras! de la turba delirante.
¡Con qué rabia infinita vengaría
la penas de los muertos compañeros,
Con qué saña en mis cuernos formaría
Sarta innoble y convulsa de toreros!
Y al mirar otra vez que nuevo brío
Lleva en cada embestida mi coraje,
¡Cómo iba á proclamar aquel gentío
Como ejemplo de indómito y bravío
A este toro salvaje!”*

IV

*“Una vez quise ver á mis hermanos
Que al hombre dan su denigrante ofrenda,
Y descendí á los llanos
Y á los abiertos campos de la hacienda;
Y los pobres esclavos en parvadas
Echaron a correr despavoridos*

Cuando en aquellas pampas dilatadas
 Resonaron triunfantes mis bramidos.
 Llegaron los vaqueros; todavía
 Me figuro escuchar los alaridos
 De aquella sin igual carnicería:
 Reculé algunos pasos, levantada
 Llevaba entonces la cabeza fiera,
 Y así que los medí con la mirada
 Me doblegué, emprendiendo la carrera....
 Ni siquiera el consuelo
 De desatar las reatas alcanzaron,
 A mi empuje violento, por el suelo
 Los jinetes rodaron;
 Y una vez entablada la batalla
 No dejé satisfechos mis rencores,
 Hasta que la canalla
 El espacio aturdió con sus clamores...

.....

 Así que mis antojos vi cumplidos
 Regresé a mis montañas
 Trayendo entre las astas, retorcidos,
 Los fragmentos de entrañas....”

V

“Aquí están mis dominios, aquí mi mando
 Como rey absoluto,
 Aquí están mis vasallos aguardando
 La hora suprema del mortal tributo.
 Aquí en las pequeñeces de la tierra
 Lleno de intensa cólera medito,
 Y una hermosa becerra
 En la que toda mi aficción se encierra
 Me lame la cerviz mientras dormito;
 Y libre y soberano, sin el yugo
 Que envilece á mis pobres compañeros,
 He llegado á imperar donde me plugo,
 Sin tener por mi parte otro verdugo
 Que mis instintos fieros!”

VI

Cuando así el toro alzado discurría,
 Haciendo retemblar con su rugido
 La selva que tranquilo recorría,
 Con el rifle tendido
 a lo lejos un hombre se veía.

Resonó una explosión que las montañas
 Con formidable estruendo repitieron,
 Y las bravas hazañas
 Del tirano del bosque concluyeron.

ESPERANZA

¡No lo extrañes!... es justo que estas horas
 Que transcurren tan lentas y abrumadoras,
 Que busquen mis pobres ojos en lontananza
 Los fulgores lejanos de la esperanza;
 Y siempre la esperanza –¡Dios la bendiga! –
 Con su vieja constancia de fiel amiga
 A besar mis pupilas con luz de aurora
 Baja de las alturas en donde mora
 Viene en noches eternas de fiebre ardiente
 Con sus gratos efluvios a orear mi frente,
 Y bajo estas caricias que me sosiegan
 Espero tantas cosas que nunca llegan...

Oh! los sueños dorados que yo persigo!
 La dicha tan remota de estar contigo,
 De llevarte oprimiendo tus blancas manos,
 A encantados países, los más lejanos...
 Y entonces acaricia mi fantasía
 La concepción incierta de que ese día,
 Besando tus cabellos de seda y oro,
 Podré decirte a solas cuánto te adoro!

Ya la ves! La esperanza que siempre viene
 Es la sola en el mundo que me sostiene,
 Y seré, mientras me abra su casto seno,
 Resignado y sencillo, creyente y bueno!
 Oh, esperanza! Es la hermosa que a cada instante

Sobre mi cuello enlaza su abrazo amante,
La visión fugitiva de raudo vuelo
Por la que vivo siempre mirando al cielo,
La maga misteriosa que cuando muera
Ha de cerrar mis ojos diciendo –¡espera! –.

¡Qué fuera de nosotros ¡oh Dios clemente!
Sin ninguna promesa que nos aliente?
Tras la esperanza hermosa suspira y yerra
El mortal desgraciado sobre la tierra:
A la luz que despiden sus resplandores
Las zarzas del camino parecen flores,
Parece que estuviera cerca de la cima
De la escarpada cuesta que nos lastima
Y absortos contemplamos, como un miraje,
Los agrios peñascales del triste viaje.

¡Así somos nosotros, pobres criaturas!
Para hacer llevaderas las desventuras
Vemos con los fulgores de la esperanza
Todo cuanto sabemos que no se alcanza:
Que contemplamos siempre con ansia ignota,
El iris que nos abre desde el espacio,
El pórtico grandioso de áureo palacio
El azul esplendente de la alta esfera...
¡Todo cuanto es mentira, cuanto es quimera!

Si guardo la esperanza de que estos versos
Que ignorados y oscuros irán dispersos
Acaso los recojan tus manos bellas
Y los bañen tus ojos con luz de estrellas;
Si acaricia un instante mi fantasía
La concepción incierta de que ese día,
Suspirando por algo que ya no existe,
Cruce por tu memoria mi nombre triste;
¡Cómo no ha de ser justo que en estas horas
Que transcurren tan lentas y abrumadoras
Busquen mis pobres ojos en lontananza
Los fulgores lejanos de la esperanza!

¡SIN ESPERANZA!

¡Vana es la gloria que sin tregua imploras!
De aquesta lucha en el abierto estuario
Debe haber un vencido necesario
Y tú lo fuiste corazón que lloras!

Largas tardes sin luz, lentas autoras
Te vieron aterido y solitario
Camino de tu áspero calvario
Coronado de espinas punzadoras.

Fue un reguero de sangre tu existencia,
Y ya enfermo, cansado y mal herido,
Desertaste por fin de la pendencia;

Y aún así –¡desgraciado! – le han caído
Al ataúd que te formó la ausencia
Paletadas de tierra del olvido!

VERSOS PATRIOS

I

¡Pobre Patria! Ya es tiempo que vigiles
De tu historia esta página imborrable,
Pues por un mecanismo inexplicable
Se acabaron tus hombres tan viriles

Hoy plagada te encuentras de serviles
Que en lenguaje, para ellos envidiable,
Aplauden con furor de un miserable
Cruelles infamias y rapiñas viles

Si el porvenir de Chiapas decantado
Cifrado se halla en la infamante idea
De que mande el procaz al hombre honrado,

Aunque sin pan y sin hogar me vez,
Toda mi vida clamaré indignado:
—Si el progreso es así: ¡maldito sea!

II

*Yo no sé si en ridícula ó sublime
Esta negra irrisión haya tocado
Pues años ha que nuestro pobre Estado
En el atraso y la ignorancia gime.*

*Pero en cambio el impuesto nos exprime
Todo el producto del trabajo honrado
Ni el anciano, ni el niño, ni el lisiado,
Nadie de ver por la instrucción se exime.*

*Y los mismos esclavos miserables
Que su eterno ideal lo tienen puesto
En desquitar sus deudas insalvables,
Os contarán con espantoso gesto
Preñado de amenazas formidables
Que trabajando están para el impuesto!*

III

*¡Caminos!... ¡es verdad! Tenemos más,
Tenemos ya de la abundancia el cuerno,
Pues con más esplendor que en el infierno
Abundan por acá las pillerías.*

*Por los tales caminos, romerías
Nos manda de ladrones el gobierno,
Y es un cordón interminable, eterno
El que se ve llegar todos los días.*

*Serán mis pensamientos desatinos,
Pero digo, al mirar los oleajes
De estas ratas que vienen con destinos:
—Si para cometer ultrajes
Han de servirnos siempre los caminos,
Más nos vale vivir como salvajes!*

IV

*¡Oh, libertas hermosa, cómo acudes
A elevar en su vuelo al pensamiento!
¡Como en rauda avalancha de contento
Nos envuelven y arrollan tus aludes!*

*Hoy los bardos empuñan sus laudes,
Y libres, soberanos como el viento,
Cantando están con inspirado acento
De los hombres que mandan las virtudes.*

*Hoy tanta libertad, que no me explico,
Por qué, si soy inofensiva oruga,
No escribo un libro que me vuelva rico.
De pensarlo el pellejo se me arruga,
Si estos patrios sonetos los publico,
¡Que me ampare el buen Dios de la Ley Fuga!*

V

*Al fin, al fin se nos llegó la hora
De que cambien las cosas ¡oh ventura!
Pues, según los programas, se inaugura
Nada menos que una era redentora.*

*El pueblo, el pobre pueblo que atesora
Un corazón henchido de ternura,
Con profundo pesar, con amargura
Por el gobierno que se ausenta llora.*

*Cuando mira llegar esa emergencia
Sabe, Por sus alcances superiores,
Que otra cruz se ha añadido á su existencia;
Pues su historia de sangre y de dolores
La demuestra con fúnebre insistencia
Que todos los gobiernos son peores.*

VI

*Exterminas con rabia, con locura,
A un noble pueblo en la desgracia hundido
Y dejarlo por siempre sometido
A dolorosa é infernal tortura.*

*Haces que reinen en la vida obscura
Los feroces instintos del bandido,
Y de miedo cerval, dormir vestido
Con la pistola siempre á la cintura.*

*Así son los que mandan, así adquieren,
De esa infame conducta en recompensa,
Absoluto dominio hasta que mueren.*

*Oh! cuando pienso en la irrisoria ofensa
Que tan menguados hombres nos infieren
La faz se me enrojece de vergüenza!*

VII

*Si hay un Dios de bondad ¿Por qué le plugo
Desde lo alto de su excelso trono
Poner sobre nosotros un patrono
Que ha cambiado su honor por un mendrugo?*

*Al mirar que es tan débil el verdugo
Se me revienta el corazón de encono
Y jamás á mi pueblo le perdono
Que no sacuda tan odioso yugo.*

*Que lo sometan á tormento largo,
Que le pongan en cruz, que le encarcelen,
Que lo hagan apurar cáliz amargo...*

*Sus heridas también á mí duelen
Es carne de mi carne, y sin embargo
Si no despierta así.... ¡que lo flagelen!*

LA ZANDUNGA

*Cuando en la calma de la noche quieta
Triste y doliente la Zandunga gime,
Un suspiro en mi pecho se reprime
Y siento de llorar ansia secreta.*

*¡Cómo en notas sentidas interpreta
Esta angustia infinita que me oprime!
¡El que escribió esa música sublime
Fue un gran compositor y un gran poeta!*

*Cuando se llegue el suspirado día
En que con dedo compasivo y yerto
Cierre por fin mis ojos la agonía,*

*La Zandunga tocad, Sino despierto
Al quejoso rumor de esa armonía,
Dejadme descansar que estaré muerto!....*

SOÑANDO⁵

*Cuando viene el sangriento desengaño
A herir mi pecho con feroz constancia,
Dejo á los hombres y me escondo huraño
En mi desierta y solitaria estancia.*

*Allí, para olvidarme de que vivo
Una triste existencia desgraciada,
Tomo un pedazo de papel y escribo
Estas dulces palabras: A mi amada.*

*¡Oh qué gratos instantes! La tristeza
La siento al fin del corazón ausente,
Y allí me estoy junto á la pobre mesa,
Sobre las manos la ardorosa frente.*

*¿En qué pienso? ¡No sé! Lleno de flores
Miro extenderse el horizonte abierto,
Y transportado á mundos superiores
Me pongo entonces á soñar despierto.*

*En cruzar anchos piélagos me afano,
Y cuando al fin las fuerzas se me entumen
Llega hasta mí la protectora mano
De la diosa celeste de mi numen.*

*Y con ansia infinita, con orgullo
Esos lirios blanquísimos estrecho,
Y cual flor que se esponja en el capullo
Se me hincha el corazón dentro del pecho.*

*Y largas horas permanezco abstracto
En silenciosa adoración ferviente,
Y salgo de ese espiritual contacto
Más sencillo, más bueno y más creyente!*

*¡Cuánta fe, cuánto amor, cuántos destellos,
Desparrama esa virgen en mi estancia!
¡Cuál se parece a los querubos bellos
De los sueños lejanos de mi infancia!*

*Al verla envuelta entre las luces puras
De auroras que indecisas parpadean,
En el fondo de mi alma las ternuras
Como palomas blancas aletean.*

*En alegres parvadas, de sus galas
Despliegan la brillante orfebrería,
Y el sedoso concierto de sus alas
Murmura el nombre de la amada mía.*

⁵ Una enmendadura previa confiere a este poema el título de *A Consuelo*

Después viene á posarse la mirada,
 Cual ave errante que amainó su vuelo,
 Sobre alguna cuartilla inmaculada
 Donde está mi esperanza y mi consuelo.
 Entonces, lleno de entusiasmo ardiente,
 Poso la pluma en sus espacios tersos;
 Pero es tan hondo lo que mi alma siente
 Ay! que no cabe en los estrechos versos!
 ¡Cómo ha de ser á nuestra lengua doble
 Retratar con verdad tanta hermosura,
 Ni que encierre la estrofa miserable
 Un raudal tan copioso de ternura!
 Oh! cuando pienso en su ideal belleza
 Y en el amor inmenso que me abruma,
 Embargado por íntima tristeza
 Dejo a mi lado reposar la pluma!
 Y otra vez, por extraño mecanismo,
 Me olvido del pasado y del presente,
 Y en amorosa soñación me abismo
 Sobre las manos la cabeza ardiente...

.....

Por eso busco la apacible calma,
 La quietud y el silencio que desean
 Estas pobres ternuras que en mi alma
 Como palomas blancas aletean.
 Y me conformo con vivir soñando
 En el azul espléndido del cielo,
 Y estar en mis cuartillas contemplando
 Mi esperanza, mi dicha y mi consuelo!

¡IMPOSIBLE!

Qué mejor galardón, qué mayor gloria
 Que al siniestro adversario haber vencido,
 Haciendo que no exista en tu memoria
 La mancha negra que se llama olvido?

Desde que el vuelo triunfador tendiste
 De otro nido á buscar el grato asilo,
 Ya debes de saber que estoy muy triste,
 Pero sabe también que estoy tranquilo.
 Tranquilo como el águila bravía
 Que sube audaz sin que el turbión le importe,
 Como el nauta sereno que confía
 En una estrella que le marca el Norte.
 Y tú misma te asustas porque mides
 El férreo pacto á que te vez unida,
 Porque vas á olvidarme cuando olvides
 El recuerdo más santo de tu vida.
 Oh! cuántas veces por borrar en vano
 De tu memoria el indeleble rastro,
 Con febril inquietud tu blanca mano
 Pasarás por tu frente de alabastro!
 Como el ave aterida por la lluvia
 Que se acoge á la selva rumorosa,
 Sacudirás tu cabecita rubia
 Por dejar mi recuerdo que te acosa.
 Pero no puede ser! Bajo tu abrigo
 Pasaré mi existencia con orgullo,
 Y por siempre viviré contigo
 Tengo la gloria de llamarme tuyo!

PINCELADAS

I

Parece que, suspenso en su carrera,
 Quedose el sol en el cenit clavado,
 Sigue el agua su curso fatigado
 Y la arena del margen reverbera.
 En el bosque cercano desespera
 El silencio de muerte que ha reinado,
 Y apenas se oye el canto desolado
 De la torcaz medrosa y plañidera.
 Salta un ciervo: á los vientos interroga,
 Hunde sus secas fauces con anhelo
 En la corriente que su sed ahoga;
 Asustada una garza tiende el vuelo
 Y como nube solitaria boga
 Por el azul espléndido del cielo.

II

*Orando acaso por el ser que adora,
imagen muda del dolor sombrío,
El funerario sauce sobre el río
Cuelga su cabellera protectora.*

*Tenaz conserva su actitud traidora
Un martín pescador, hosco y bravío,
Y al parecer, durmiéndose de hastío
Está en la rama que se inclina y llora.*

*Por fin en el remanso un pez blanquea,
Rápido se derrumba de repente
Y el agua con violencia chapotea;*

*Vuelve á posarse en el sauz doliente.
Y parece, al bañarse en luz febea,
Que llevara en el pico una ascua ardiente.*

VERSOS PATRIOS

Los trabajadores del bosque

A Fausto Moguel

I

*No se me borra esa impresión grandiosa:
En medio de la selva gigantesca
Y á la luz indecisa de la roza
Vi la escena dantesca.*

*Al pie de aquellos árboles copudos
Como negros fantasmas se agitaban
Los atletas desnudos
Que ardorosos se erguían ó encorbaban,
Mientras que, presas en sus puños rudos,
Las hachas, cuál relámpagos, brillaban.*

*¡Con qué rabia el acero
se clavaba en el tronco endurecido,
Y á cada golpe fiero
Cómo el cedro orgulloso y altanero
Lanzaba hondo gemido!*

El furor de las hachas relumbrantes

*Se aumentaba á medida del bochorno,
Y templaban los mozos jadeantes
Aquel ambiente de horno
Haciendo que llovieran en su torno
Granizadas de astillas crepitantes;
Y cuando algún coloso vacilaba
Y por fin con estruendo se abatía,
Agría y desconcertada gritería
Una nube de pájaros formaba
Por el nido deshecho que caía!*

*Mientras tanto, el hachazo
Se escuchaba otra vez, violento y seco,
Resonando el bosque en el regazo
Repercutido siempre por el eco;
Y siempre, siempre con la misma saña
El acero vibrante
Se encarnizaba con la dura entraña,
Y al rodar por el suelo algún gigante
Pavorosa temblaba la montaña.....*

*Y otra vez la estridente algarabía
Se formaba en la altura,
Y por la brecha enorme se abría
Una explosión de luz y de alegría
Llegaba al fondo de la roza oscura!*

II

*Después, á los postreros resplandores
Del mismo ardiente sol que con asombro
Los miró resistir á sus calores,
Se alejaban aquellos gladiadores
Cantando alegres con el hacha al hombro.
Por el fulgor crepuscular heridos
En la falda del cerro blanqueaban
Del pobre hogar los agrupados nidos,
Y allá, en los claros que á la selva hollaban,
Destrozados quedaban
Los revueltos montones de vencidos!*

MAGDALENA, POEMA EN TRES CANTOS

A mi amigo el señor ingeniero don Rómulo Escobar

CANTO PRIMERO

I

*Es san Juan de las Lomas una hacienda
Con honores de pueblo y castillo,
Que da pingües cosechas por ofrenda
A su viejo señor de horca y cuchillo.
 Por estar en mi patria, se comprende
Que tiene un suelo de verdor cubierto,
Que a muchas leguas su dominio extiende
Y que marca su límite el desierto;
Que el boscaje intrincado que la encierra
Forma tan ancho muro
Unido a los baluartes de la sierra,
Que bien puede el lector estar seguro
De no hallarla en los mapas de mi tierra;
Que son tan deslumbrantes los fulgores
De aquel sol tropical con que se baña,
Que en tiempo de bochorno y de calores
Reverbera a lo lejos la montaña;
Que cuando llega al fin atronadora
La estación esperada con anhelos
En que baja la lluvia bienhechora
De lo alto de los cielos
Inundan San Juan los poderíos,
Cada vez más copiosos, los torrentes,
Y por los anchos cauces de los ríos
Descienden fragorosas las crecientes;
Que al llevarse de cuajo los plantíos
Aquella formidable catarata
Que por la vega su furor desata,
Destruye de los pobres el tesoro,
Quienes dicen tranquilos: —Es la plata
La que se va para dejarnos oro—.
Y en tanto el rato que de luces llena
Aquellos dilatados horizontes,
Con imponente majestad resuena
En las concavidades de los montes.*

*Al rumor de esa música salvaje
Cambia su antiguo traje
El bosque secular por nuevas galas,
Abre la flor su broche
Y, envuelta en los misterios de la noche,
Recobra la crisálida sus alas.
Entonces todo es luz, todo alegrías,
El aire lleva entre sus hondas, presos
Perfumes y caricias y armonías
Que todo lo despiertan con sus besos,
Y vuelan por el cielo confundidos,
Como raudo turbión de aladas flores,
Los poetas de los bosques tan sentidos,
Esos dulces y agrestes trovadores
Que sólo esperan fabricar los nidos
Para arrullar sus íntimos amores.*

*¡Bendita siempre sea
La risueña estación que con ternura
Las bondades de Dios nos acarrea!
Entonces en los campos de verdura
La vaca mugidora se pasea,
Más redonda que nunca de gordura;
Entonces nace el grano exuberante
Del seno de la tierra generosa,
Y se ve dilatado y ondulante
Un mar de espigas donde fue la roza,
Y cifrando las almas su esperanza
En las lluvias del año venidero,
Para colmo de dicha y de bonanza
No cabe la cosecha en el granero!*

II

*Cualquiera, al ver la señorial grandeza
De la mansión del amo, pensaría
Que es sin duda ignorada fortaleza
Alta, vetusta, silenciosa y fría.
Y que en medio de aquellas soledades
Vive acaso amaestrando su jauría
Algún noble infanzón de otras edades;*

Y, sin embargo, cuando a cada aurora
 La campana sonora
 Con su voz estridente y dilatada
 Llena el aire de claras vibraciones,
 En lugar de la bélica mesnada
 Llegan tranquilamente los peones
 Que escuchan, respetuosos y callados,
 Al viejo Caporal que les ordena,
 Y después por atajos y sembrados
 Cada cual se dirige a su faena;
 Y cuando el sol desde la erguida cumbre
 Baña en los resplandores de su lumbre
 Del amplio caserón los gruesos muros,
 ¡Qué explosiones de dicha y de contento
 Animán sus recintos tan seguros
 Que pueden, sin temor y sin apuros,
 Servir de fortaleza a un regimiento!
 ¡Quien entonces pensara
 Que en asalto triunfal por cada puerta
 De esa mansión, al parecer desierta,
 Penetren el bullicio y la algazara
 En rumorosa confusión incierta!
 Junto al grito salvaje de alegría
 Que lanza, sudoroso, en el trabajo
 El mozo atleta que saluda el día
 Que nuevos bienes con su albor le trajo;
 Junto a las risas, que en el aire ondean,
 Del niño a quien despierta el sol naciente,
 Porque también hay aves que aletean,
 Como en el nido, en el hogar caliente.
 Se oye la voz de una mujer que canta,
 Al compás de la piedra moledora,
 Alados himnos que el amor levanta
 A los primeros besos de la aurora!
 Y lleno de bondad, noble y sencillo,
 Perdido entre el confuso clamoreo,
 Hace el viejo señor de horca y cuchillo,
 Saludando a la gente del castillo,
 Su acostumbrado matinal paseo.

III

 Como son en extremo patriarcales
 De aquellos moradores las costumbres
 Nunca sañudos males
 Llevaron a San Juan las pesadumbres.
 ¡Qué le iban a llevar si aquella gente,
 Siempre buena y ferviente,
 Con candorosa sencillez entrega
 Su corazón al dios de las alturas,
 Pues, a pesar de ser tan inocente,
 Sabe que el rezo que a su solio llega
 Desciende acompañado de venturas!
 Y después del buen Dios, en la familia
 Está el objeto de su amor profundo,
 Y luego en el patrón que los auxilia
 Colmándolos de bienes en el mundo.
 Ah! Cuando lleno de tristeza pienso
 Que inagotable, y, por lo mismo, inmenso
 Es el hondo cariño
 Que a San Juan le profeso desde niño;
 Cuando en horas de negra pesadumbre
 Pienso en aquellos climas tan lejanos,
 Do al calor soñoliento de la lumbre
 Dormitan, congregados, mis hermanos,
 Mirando a ratos el lugar vacío
 Que a su lado dejé desierto y solo
 Para morir de nostalgia y frío,
 Como mueren los náufragos del polo;
 Cuando vienen a mí tantos dolores
 Con su cortejo de tristezas hondas,
 Y me pongo a evocar viejos amores
 Ungido con la esencia de las flores
 Y con los himnos de las altas frondas;
 Cuando recuerdo de San Juan la calma,
 Su cielo azul y sus celajes rojos,
 No lo vas a creer, lector de mi alma:
 Se me llenan de lágrimas los ojos!

IV

*Cual las otras haciendas de mi tierra,
En su regazo encierra
La muy noble señora de las Lomas
Hileras de casitas blanqueadas,
Parecidas a huestes de palomas,
Por la mansión feudal acaudilladas,
Y más blanca, más chica y más risueña
Que ese fosco vestigio a quien desdeña,
Está la airosa ermita
En constante oración desde su altura,
A quien de tarde en tarde la visita
Desde el pueblo cercano el señor Cura.*

*Allí, junto a la cruz que abre los brazos
Para reunir en cariñosos lazos
De San Juan los tranquilos moradores,
Cuando vuelven los pobres jornaleros
Fatigados aún de sus labores,
Como antiguos y buenos compañeros
Que una misma creencia han conservado.
Entonan por la noche el alabado;
Y dan entonces con su voz inculta,
Que ronca y grave en los espacios vibra,
Gracias al cielo que con mano oculta
De toda clase de inquietud los libra.*

*En premio de velar por sus hogares,
Aquella gente tan sencilla y buena
Siempre de flores llena
De la ermita desierta los altares,
Y cuando llega el cura ¡qué alegría
Invade aquel santuario silencioso
Desde que asoma por Oriente el día!
Entonces, volteando sin reposo,
A la primera claridad saludan
Con metálicas voces las campanas,
Avisando que es hora de que acudan
A la santa oración las aldeanas.*

*Se oyen después del rezo los rumores,
Arden los cirios de amarillas luces
Que bañan en inciertos resplandores
Los altares, los infieles y las cruces,
Y resuenan las bóvedas sombrías
De graves salmos con las notas huecas,*

*Y cada onda que pasa entre armonías
Lleva el perfume de las flores secas.
Y en tanto se alza, fugitiva y clara,
La voz de un ángel que a los cielos sube,
Mientras que el incensario frente al ara
Todo lo envuelve en olorosa nube.*

V

*Yo que, errabundo y sin hogar, he visto
De otro sol los espléndidos destellos,
Puedo jurar por Cristo
Que no son tan hermosos como aquellos,
Porque en esa región de eterna fiesta
Perpetuamente dura
En estado salvaje la hermosura:
Allí se eleva la montaña enhiesta
Arropada en su manto de verdura,
Llevando al cielo su empinada cresta,
Y amagando alcanzar esos picachos
Escarpados, azules y altaneros,
Extienden en las nubes sus penachos
Los esbeltos y airosos cocoteros.*

*Allí están los umbrosos platanares
De dulces frutos ricos,
Soportando el calor de aquellos lares
Merced a sus inmensos abanicos;
Allí los limoneros, do se posan
Los pájaros que viven de azahares,
Forman tan blancos, tan tupidos velos
Que parece que alegres se desposan
Las selvas virginales y los cielos;
Allí, reunidos por estrecho lazo,
En eternal abrazo
Sube la hiedra sobre el tronco añoso,
Y, debido a sus besos de ternura,
Se alza erguido y fastuoso
Lleno el seco ramaje de verdura,
Y do mil tempestades estallaron
Con tan solemne majestad salvaje
Que en la inmensa explosión de su coraje
Las rocas de sus cuencas desgajaron,
Cubriendo el cielo azul con su ramaje
Se eleva el ceibo secular, copudo,*

*A quien siempre los siglos contemplaron
Cuidando nidos cariñoso y mudo.*

VI

*Esa razón, que para mí es de peso,
Me induce a suponer, lector curioso,
Que sin duda por eso
Todo es grande en San Juan, todo es hermoso.*

*Como sus horizontes tan agrestes
Donde se besan con amor las palmas,
Más inmensas aún, aún más celestes
Son por allá las almas.*

*Yo escuché, siendo niño, una conseja
Que a las flamas rojizas del ocote
Una noche invernal contó una vieja
Que era de mis diabluras el azote;
Tembladora y quiñona refería*

*Que nunca anduvo por San Juan el duelo,
Que si alguien por desgracia se moría
Sólo por ser de allí ganaba el cielo;
Que jamás de sus culpas en castigo
Recibieron de Dios el anatema,
Que, de tantas venturas al abrigo,
De una sola desgracia fue testigo:
De la historia que forma mi poema*

*El mortal que ha tenido la fortuna
De nacer en aquellas latitudes,
Por no ostentar ninguna,
Pienso que ha de guardar muchas virtudes,
Y ya viva en el lujo o en la inopia
(Esto lo sé por experiencia propia)
Pueblan tantas visiones pertinaces
El estrecho desván de su cabeza,
Tan aéreas, tan vagas, tan fugaces,
Que es un loco de atar que da tristeza.*

*Allí jamás los borrascosos celos
Turban de una pasión la dulce calma,
Y es inmenso el amor como los cielos
Y dura todo lo que dura el alma;
La más pequeña desazón traidora
Aquellos pobres corazones hierre:
Hay quien por nada sin consuelo llora
Y quien por una sencillez se muere.*

*Allí, adormida por eterno arrullo,
Cada morena, de la hacienda orgullo,
Lleva, adornado de silvestres flores,
Un tesoro inmortal de cuentos magos
Que aprendió de los múltiples rumores
Que brotan de los juncos tembladores
Mecidos por las hadas de los lagos;
Y siempre incorregibles
Si sueñan las volcánicas cabezas,
Ay! Son cosas tan grandes e imposibles
Que tenues, vaporosas, intangibles,
Flotan en las cabañas las princesas!*

CANTO SEGUNDO

I

*Un domingo (no juzgo necesario
Que huelguen pormenores en mi historia)
A falta de mejor confesionario,
En un ángulo oscuro del santuario
Roncaba el cura por su eterna gloria.*

*Su alma estaba tan lejos, de tal suerte
Aquel justo al reposo se entregaba,
Que largas horas como estaba inerte,
Por la quietud en que también se hallaba
Permaneció esperando a que despierte
Hermosa niña que en el templo oraba.*

*Un siglo cada instante parecía,
E inmóvil y sereno el buen anciano
Entre los pliegues de su manto hundía
La frente orlada de cabello cano;
Por fin crujió bajo su débil peso
El antiguo sillón donde dormía,
Y después de soltar amplio bostezo,
Que a no ser por la cruz que lo acompaña,
Hecha de prisa y con artera maña,
De seguro disloca
Un maxilar enjuto de su boca,
Giró sin rumbo la mirada incierta,
Pura y azul como el cenit sin nubes,*

Igual a la del niño que despierta
 Después de conversar con los querubes,
 Y al mirar a aquel ángel inocente
 Arrodillado en la baldosa fría
 Que su sueño veló dulce y paciente,
 Murmuró cariñoso y diligente:
 –¡Vamos, dí tus pecados, hija mía!

II

–Yo no tengo la culpa, señor cura!
 Aunque rezo con fe, no me abandona
 Esta inmensa ternura
 Que las heridas de mi alma encona
 Labrando mi profunda desventura!
 Me cuesta mucho obedecer, Dios mío,
 De mi madre tan buena los consejos,
 Si viera usted qué frío
 Tienen, señor, el corazón los viejos!
 Mi pobre madre que me quiere tanto,
 Cual nieve de las cumbres se deshace
 Mi espíritu que llora noche y día,
 Está empeñada en que con Juan me case:
 Y porque siempre en la tenaz porfía
 No sé qué cosas en mi abono arguyo,
 Ha llegado a creer la madre mía
 Que si no quiero a Juan es por orgullo.
 Cegada siempre por su amor, prefiere
 Al que llega al corazón y mata.
 ¡Qué implacable es, gran Dios, qué hondo me hiere!
 Cuando me dice que le soy ingrata!
 Y así, sangrando el corazón herido,
 Llevo en el alma perdurable noche:
 ¡Es indecible lo que yo he sufrido
 Viendo siempre en sus ojos el reproche!
 En vano, señor cura, he procurado
 Querer al pobre Juan cual lo merece;
 Pero para ese amor desventurado
 Siempre estará mi corazón helado
 Porque ni a él ni a mí nos pertenece.
 Dios que ve mis angustias en la tierra,
 Que mira cuánto por mi madre lucho
 Con lo que el pobre corazón encierra,

Sabe que siempre con amor la escucho;
 Pero mi honda pasión no se destierra
 Por más que rezo ante la Virgen mucho!
 Y porque es con las almas solitarias
 Usted muy bondadoso, señor cura,
 He venido a buscar en sus plegarias
 Alivio a mi profunda desventura.
 Aunque le infiera al corazón agravio
 Al quitarle sus vírgenes amores,
 Haga, por caridad, ya que es tan sabio,
 Que me dejen en paz tantos dolores.

III

–Puesto que tanto en tus delirios amas
 Pienso, hija mía, que serás muy buena;
 Pero, ante todo, dí: ¿cómo te llamas?
 –Me llamo, señor cura, Magdalena.
 –¡Magdalena! es decir, la arrepentida
 Que bajo el peso de sus culpas gime,
 La infeliz que por faltas de su vida
 Busca el perdón de Dios y se redime.
 ¡Si entendieras todo esto!... ¿Por qué lloras?
 ¡Valiente desazón porque te apuras!
 Si ese amor tan profundo que atesoras
 Es santo y bueno y ante Dios lo juras,
 ¡Pues yo te casaré con quien adoras
 Y así se acabarán tus amarguras!}Por lo que
 hace tu madre... iré yo mismo
 Al ser ante ella de su causa esclavo;
 Salvaré, no lo dudes, este abismo
 Y ablandaré su corazón que al cabo
 Te ha de amar con ceguera y fanatismo. –
 Y plegando con saña el entrecejo,
 Después de ese consejo
 Que inocencia y candor encierra,
 Murmuró el pobre viejo:
 –¡Santo Dios, santo Dios, ved nuestra guerra,
 Ved cual se está con la razón en riña;
 Por cosas miserables de la tierra
 Sin piedad martirizan a esta niña! –
 Y magdalena en tanto se admiraba
 De aquella sencillez encantadora

Que todo a su manera lo arreglaba,
 Y ocultando una lágrima traidora
 De intachable pureza
 Que tembló en su pupila brilladora,
 Dijo, con desaliento y con tristeza:
 –¡Ay, señor cura, porque usted no sabe
 Que es en extremo horrible
 Mi situación tan aflictiva y grave,
 Por eso me aconseja un imposible:
 Cuando concluya mi dolor profundo,
 Y al cabo deje con ardiente anhelo
 Este bagaje de tristeza y duelo
 Que me fatiga en el zarzal del mundo,
 Que se hará lo que usted dice allá en el cielo! –
 Y poseída de mortal congoja,
 Por la vergüenza de su culpa, roja,
 Al oído le habló cual si temiera
 Que alguien la oyese entre la nave oscura,
 Confundiendo su negra cabellera
 Con la canas blanquísimas del cura,
 ¡Qué dijo Magdalena? Es un arcano
 Que aun resguarda la ermita solitaria;
 Yo sólo averigüe, torpe y profano,
 Que esa vez una niña y un anciano
 Elevaron al cielo su plegaria.

IV

En amorosa y patriarcal ofrenda
 Hecha al santo patrono de la hacienda
 Hubo, tiempo después, fiesta animada:
 Yo leí de San Juan en los anales
 Que estuvo muy alegre la coleada,
 Magníficos el mole y los tamales.
 Que a plena luz, cual paladines fieros,
 Lucharon de aquel sol bajo el bochorno
 En sus mejores pencos los caqueros
 De todas las haciendas del contorno;
 Que sirvió de palenque la llanura
 Que a lo lejos cerraban las montañas,
 Y porque estaban llenas de hermosura
 Las niñas admirando sus hazañas,
 Hizo Juan mil prodigios de bravura
 Por conmovier a un ángel sin entrañas.

Aunque en profunda reflexión abisma
 Ese extraño placer a que se entrega
 El ranchero rompiéndose la crisma
 Que el toro cerril que lucha y brega
 Entre gritos, blasfemias y rugidos,
 Sin que ninguno al parecer se asombre
 De mirar confundidos
 Rodando por el polvo, fiera y hombre,
 Es el caso, lector, que el hondo estrago
 Que produjo tan grande disparate
 Se olvidó cuando el trago,
 El tepache, el pozol, el tascalate
 A refrescar pasaron el gazzate,
 Y luego, cuando tantos corazones
 Latieron al compás del zapateo,
 ¡Quién iba a recordar las contusiones
 Ganadas en las lides del rodeo!
 Oh! esa vez la marimba sin reposo
 Alentó con su voz aquel delirio,
 Y hasta que el aire estuvo polvoroso
 Y el pobre sanjuanero sudoroso
 Lanzó violento el quírio!
 A la siguiente aurora
 Desde lo alto anunciaron las campanas,
 A grito herido, que llegó la hora
 En que deben rezar las aldeanas,
 Porque, como era de rigor, el cura,
 Hizo, bueno y piadoso, su visita
 A la risueña y solitaria ermita
 Que veía por San Juan desde su altura.
 Resonaron, después las oraciones,
 Los murmullos, las quejas, las canciones
 Con que a Dios se dirigen los mortales.
 Y el humo que formaba el incensario
 Llegaba con su blancas espirales
 Más allá del esbelto campanario;
 Y cuando todos a su hogar se fueron
 Dejando el templo y la oración gozosos
 Porque con Dios y con su fe cumplieron,
 Herida siempre por oculta pena
 Penetró en sus recintos silenciosos,
 Más pálida que nunca, Magdalena.

V

—¡Que bienvenida a mis dominios sea
 La hermosa pecadora incorregible,
 Escándalo y ludibrio de Judea,
 Que ha dado en perseguir un imposible!
 Y bien, supongo que la audaz idea
 Que forjó tu cabeza soñadora
 Al calor de la fiebre y los delirios,
 Fue randa exhalación deslumbradora
 Que se extinguió llevando tus martirios!
 Ah! sueñas tanto que por dar al traste
 Con la razón, ni tus cabellos peinas!
 ¡Apuesto a que esta aurora despertaste
 Con tu corte de hadas y de reinas!
 Mas por fortuna cuando sola y triste
 Cierres tus ojos de paloma inerme,
 Verás cuando despiertes que no existe
 La visión tan hermosa que te aduerme.
 ¡No es verdad, hija mía,
 Que murieron por fin duelos añejos,
 Que ya no sufres como el otro día,
 Gracias a la bondad de mis consejos? —
 Y el cura, como siempre, sonreía
 Enseñando en sus labios los reflejos
 De esa dulce expresión radiosa y franca,
 Tan ingenua, tan pura, tan abierta,
 Que otra sonrisa al corazón arranca:
 Único don del niño que despierta
 De una alborada entre la luz incierta
 Y de los curas de cabeza blanca;
 Pero en vez de reírse con el santo,
 Pensando Magdalena en su abrojos,
 Con el pañuelo se enjugó los ojos
 Acostumbrados a anegarse en llanto,
 Y cuando al fin las húmedas pupilas
 Brillaron más tranquilas,
 Pues por dicha el dolor no siempre dura,
 Miraron al anciano de hito en hito.
 Y por primera vez con amargura
 Vió Magdalena que indignado el cura
 Injurió sin razón al señorito.
 —Él fue, dijo animándose, el que aleve

Al entrar a un santuario de pureza,
 En sus recintos de alabastro y nieve
 Dejó su huella ignominiosa impresa;
 Con blando acento, embriagador, sentido
 El murmuró en tu oído
 Ese amor ideal que se contrista;
 Dichas sin nombre te insinuó cobarde
 Y hoy el sangriento alarde
 Hará de su conquista!
 Pero en cambio, ya están en la pelea
 Mis oraciones y mi fe cristiana;
 Veremos si en su audacia, pisotea,
 Junto con tu alma virginal, mis canas!

VI

—Para ocultar el mal que me devora
 Todos han visto mi semblante adusto,
 Si él, más que nadie, mi pasión ignora,
 ¡Por qué sois tan injusto?
 Hasta la madre mía,
 Que por ver a su pobre Magdalena
 Siempre feliz, su salvación daría,
 Es al secreto de mi alma ajena,
 Porque si lo supiera, moriría
 Antes que yo de pena.
 Fingiendo siempre que descanso y duermo,
 Llega la aurora y mi quietud la engaña,
 Y mientras tanto el corazón enfermo
 Arrulla a solas su pasión huraña;
 Y contemplan tan sólo por la noche
 Esta fiebre voraz que me consume,
 Las azucenas que al cerrar su broche
 Derraman en mi estancia su perfume!
 Nadie conoce mi dolor, ninguno
 Alivia como usted mis hondos duelos;
 Por eso, señor cura, lo importuno:
 ¡Son tan dulces, tan gratos sus consuelos!
 Y escuchar de rodillas necesito
 Las palabras unciosas de su labio;
 No sé quien me contó que el señorito
 En otros climas vivirá proscrito
 Hasta que vuelva, como usted, muy sabio;

Que , de otro cielo al resplandor, mañana
 Verá otro sol que por las cumbres arde,
 Que se va a una ciudad que es muy lejana
 Y volverá muy tarde!
 Y mientras tanto que su ausencia dura
 Cada instante será siglo que empieza
 De inquietud, de congoja y de tortura...
 ¡no es verdad, mi querido señor cura,
 Que esto es para morir de tristeza!
 Para colmo de males, el murmullo
 Oigo siempre de queja punzadora;
 Mientras que Juan reniega de mi orgullo,
 Mi pobre madre por mi causa llora.
 Pero, ante todo, de pavor me mata
 Una voz resonante y vibradora
 Que está clamando en mi conciencia “¡ingrata!”
 Y antes que muera y mi destino siga,
 A usted acudo en trance tan aciago
 Para que me consuele y me bendiga.
 ¡Busque un recurso señor cura! diga
 Por caridad... por caridad... ¿qué hago?

VII

–Que desde hoy por arrancar batallas
 Lo que tan hondo al corazón aferra;
 Que no te desalientes ni avasalles
 Por estas pequeñeces de la tierra;
 Que salves este laberinto obscuro
 Siguiendo de tu madre los consejos;
 Y al alcanzar la dicha que te auguro
 Habrás de confesar que no es tan duro
 El corazón helado de los viejos!
 Que te cases con Juan... ¿A qué ese llanto
 Si él será quien mitigue tus dolores?
 ¡Te quiere tanto, tanto
 Que tu camino cubrirá de flores!
 Y tendrás un hogar que te recoja
 Y habrá dos ojos en los tuyos hijos,
 Y el vergonzante amor que hoy te sonroja
 Lo pondrás en la dicha de tus hijos;
 Y en vez de ser la meretriz impura
 Que se arrastre del mundo en los fangales,

Defenderás tu blanca vestidura
 Agitando tus alas virginales.
 Si bajo el peso del dolor te mueres
 Y dios tu ruta miserable ensancha,
 Se acatará la voluntad... ¡qué quieres!...
 Pero te irás sin mancha!
 Y mientras dejas con placer profundo
 Este bagaje de tristeza y duelo
 Que te fatiga en el zarzal del mundo,
 Te unirás con quien amas en el cielo!–
 Dijo, y con noble majestad el cura
 Se fue alejando con su voz serena
 A pasos lentos, por la nave obscura,
 Y más pálida aún que la azucena,
 Arrodillada en la baldosa dura
 Se quedó largo tiempo Magdalena.

CANTO TERCERO

I

Muchos años después, cual de costumbre
 El sol naciendo por la erguida cumbre
 Bañaba San Juan el caserío
 En las rojas cascadas de su lumbre,
 Y, aun ateridas del nocturno frío,
 De la aurora a los besos pudorosos
 Sacudieron las flores su rocío
 Y las niñas sus sueños voluptuosos.
 Desde las altas torres las campanas,
 Cumpliendo siempre su misión ufanas,
 De sus viejos amigos al reclamo
 Lanzaron sus alegres vibraciones,
 Y aquella vez, porque lo quiso el amo,
 No fueron al trabajo los peones,
 Que echaron, delirantes de alegría,
 Tantos cohetes, que en su raudo vuelo
 Formaron prolongada gritería
 Hasta aturdir y hasta nublar el cielo.
 ¡Cuántas festivas palmas
 Aquellas buenas almas

*Pusieron a la entrada del castillo
Sin almenas, sin puente ni rastrillo!
Y cuando al fin de la llanura extensa
Subió a los cielos, escalando el monte,
Nube compacta y densa
Que manchaba el azul del horizonte;
Cuando del sol el resplandor de plata
Cegaba con sus múltiples reflejos,
Y alegre y numerosa cabalgata
Envuelta en polvo apareció a lo lejos;
Cuando la ermita, al regocijo esquiva,
Suspendió sus clamores funerales,
Y traspasó por fin la comitiva
De San Juan de las Lomas los umbrales,
Entonces cada fervoroso labio,
Cada viejo peón, todo cariño,
Hizo ruidosa aclamación al Niño
Que regresaba hecho un doctor tan sabio!...*

II

*—¡Por el amor de Dios, quite esa pena
Que todo el corazón me va oprimiendo;
Vaya a ver a mi pobre Magdalena
Porque se está muriendo!
Vaya señor doctor! Año tras año
La misma rara enfermedad la hiere;
Hoy es tan hondo, tan intenso el daño,
Que dice el cura con acento extraño
Que si usted no va a verla se nos muere!
Cual lirio enfermo que perdió el tesoro
De rocío, de miel y de perfume
Que conservaba entre su broche de oro,
Así, mustia y ajada, se consume
La virgen que yo adoro.
Siempre pálida, triste y generosa,
Labró con sus consuelos su fortuna;
Usted la conoció... ¡fue tan hermosa
Que como ella en San Juan no habrá ninguna!
Y resignada y buena, cada día
Fue más profundo su dolor incierto;
Hoy la encontré tan agostada y fría
Que con voz cariñosa me decía
Que sólo por mis rezos no se ha muerto!*

*Si se muere... ¡no sé!... la quiero tanto,
Llenó mi hogar de tan hermosa calma,
Que con ella se irá todo mi encanto,
Todo lo bueno que existió en mi alma!
Y si usted nos protege, tan profundo
Será, cuando la salve, mi cariño,
Que será Magdalena en este mundo
Mi única adoración después del Niño. —
Y del dolor en la expresión suprema,
Ocultando una lágrima en los ojos
Que cuando brota las mejillas quema,
Juan al doctor escuchó tan conmovido
Aquella historia de dolor sincero,
Que cuando vio que Juan la hubo concluido,
—¡Vamos! — dijo impaciente y aturcido,
Buscando entre los libros su sombrero.*

III

*Era en verdad conmovedora escena:
Ante un altar del aposento estrecho
Alzaba el cura una oración serena,
Y la madre, parada junto al lecho,
Contemplaba a su pobre Magdalena.
Ah! como siempre ante el deber tiranos
Y ante un amor en perdurable riña,
Resplandecientes los cabellos canos,
Velaban por el alma de la niña
Aquellos dos ancianos,
E inflexibles los dos, graves, sombríos,
Miraban su obra de dolor perplejos.
¡Santo Dios, qué tardíos
Son en llorar los corazones fríos
Las almas apagadas de los viejos!
Dos cirios macilentos que brillaban
Para que nadie con su luz se aduerma,
Con indeciso resplandor bañaban
Los velados perfiles de la enferma;
Y estaba tan hermosa en su agonía
Aquella mártir que buscaba el cielo,
Que por lo inmóvil, por lo blanca y fría,
Una virgen del Norte parecía
Esculpida en los témpanos de hielo.*

Cuando llegó el doctor, vió sin enojos
 La enferma al hombre por quien tanto pena;
 Brotó un gemido de sus labios rojos,
 Y vertiendo una lágrima serena,
 Lo que fue en este mundo Magdalena,
 Para no despertar cerró los ojos...

.....

Mientras que todos con dolor profundo
 Lloraban tan inmensa desventura,
 —¿Sabéis qué mal se la llevó del mundo?—
 El buen doctor preguntaba al cura;
 Y el noble viejo, convencido y cierto
 De la sola verdad a que se aferra,
 Le contestó sin vacilar: —¡Ha muerto
 Por cosas miserable de la tierra!...

.....

IV

Después volvieron los tranquilos días
 Y con ellos las dulces alegrías,
 Los goces que a San Juan arrullas tanto,
 Y cuando al fin los pobres moradores
 Vieron, con infinito desencanto,
 Que los graves doctores
 Son con todos sus pelos y señales
 Lo mismo que el común de los mortales;
 Cuando advirtieron con profunda pena
 Que su ciencia no es tanta ni tan buena,
 Por la razón de que en San Juan se muere,
 Como murió la pobre Magdalena,
 Cualquiera bicho cuando Dios lo quiere.
 Llenos de negra desazón traidora,
 Pensativos, huraños, cabizbajos,
 A cada llamamiento que a la aurora
 Les hizo la campana vibradora,

Volvieron a entregarse a sus trabajos.

Y otra vez se escuchó el hondo gemido
 Que lanza el roble herido
 Al sentir el hachazo en sus entrañas,
 Y otra vez en lo espeso del bosque
 Se oyó el grito salvaje
 De aquellos segadores de montañas.

Y como siempre al declinar el día
 Que triste y soñoliento parpadea,
 Y un mundo de letal melancolía
 En todas las conciencias aletea,
 Frente a la santa cruz que abre los brazos
 Elevaron su voz, graves y unciosos,
 Y unidos ya por invisibles lazos
 Volvieron a sus casas silenciosos.

Y de nuevo al brotar pura y sonriente,
 Cuando a los besos de la luz naciente
 Se orla de fuego la rasgada nube,
 De cada hogar caliente
 Una oración que hasta los cielos sube,
 Por centésima vez aquella hacienda
 Con honores de pueblo y de castillo,
 Dio abundantes cosechas por ofrenda
 A su viejo señor de horca y cuchillo.

VERSOS

A don Leopoldo Gout

I

Aún no asoman las primeras
 Tenues luces de la aurora, y ya andan las calderas
 Con su válvula sonora,
 Vibraciones mensajeras
 Anunciando que es la hora
 De cumplir con los deberes que nos ligan aquí abajo.
 Acudiendo á los talleres
 Del santuario del trabajo,
 Y se acerca presuroso, con rumor que desconcierta
 Un concurso bullicioso
 Que a la fábrica desierta va llenando de alborozo,

Y que súbito despierta
 De la máquina el reposo,
 Entre tanto, fatigadas
 Las calderas palpitantes,
 Con las rojas llamaradas de sus senos calcinantes
 Forman nubes de vapores.
 Que dan la vida á los motores y á sus círculos gigantes
 Á los vivos resplandores
 De ígneas fauces humeantes,
 Se hace extraño y portentoso
 Ver al hombre sudoroso gobernar, firme y certero,
 Los impulsos del coloso
 Que brutal, potente y fiero,
 Bate lento y cadencioso su amplio músculo de acero
 Que en la fuerza que le imprime
 De las bandas al cordaje,
 Todo aquello grita y gime con tal furia y tal coraje,
 Que aúlla y ruge la polea
 Y la máquina jadea
 Que retiemble el andamiaje!
 Y al llegar la luz febea á bañar aquel santuario,
 Ya la esbelta chimenea,
 Convertida en incensario,
 A las límpidas regiones lleva el cántico sereno
 Que ha encontrado el operario,
 Por ganar las bendiciones con el Dios excelso y bueno
 Recompensa al emisario
 De tan dulces oraciones!

II

¡Oh, haya bien el alma pura que solícita nos trajo
 Tanto amor, tanta ventura
 Con el dogma el trabajo, que es el solo que fulgura
 En la triste ruta oscura
 De los yermos de aquí abajo!
 El mortal que en fausto día a la santa ley se acoje,
 Esperanza y alegría
 Y consuelo y paz recoge;
 Porque viendo la armonía
 Que inmutable ha perdurado de sus reinos en el seno,
 Se hace humilde y abnegado
 Y sencillo, noble y bueno,

Y el sudor que en la pendencia su ardorosa frente baña
 Fortalece su conciencia,
 Y en la culta casa huraña que á alegrar va su presencia
 La abundancia salvadora
 Con sus goces lo acompaña.
 ¡Cómo no, si á toda hora palpitantes las calderas,
 Con su válvula sonora
 Son alegres vocingleras
 De las dichas duraderas que la fábrica atesora!
 ¡Cómo no, si cual preseña,
 Á los cielos se alza diario de la esbelta chimenea
 La espiral del incensario,
 Que á las límpidas regiones lleva el cántico sereno
 Que ha entonado el operario,
 Por ganar las bendiciones que el Dios excelso y bueno
 Recompensa al emisario
 De tan dulces oraciones!

LA MARIMBA

I

¡Pobre y triste marimba! rudo instrumento
 Que en apacibles horas mandas al viento
 Las notas fugitivas de tu teclado,
 ¿Quién hasta ahora, dime, quién te ha cantado?
 Nadie ¡Pobre marimba! nadie en el mundo
 Porque todos te guardan desdén profundo;
 Porque el tosco engranaje de tu estructura,
 No forja la cadena flexible y pura
 Que ensortijada y hábil y culta mano
 En salones suntuosos arrancan al piano;
 Porque apenas balbutes, si estás de fiesta
 El vals que cadencioso lanza la orquesta,
 Porque tus misteriosas voces dolientes
 Los anhelos traducen de humildes gentes,
 Porque el númen te ha dado que en ti se encierra
 Apartada y distante y oscura tierra...

Y es por eso que, oculta siempre en la sombra,
 Sólo ¡Pobre marimba! sólo te nombra,

*En tardes esplendentes, el alma buena
Que fatigada vuelve de la faena;
Sólo en noches tranquilas de clara luna,
Cuando al pie de altas rejas buscas fortuna,
Cabecitas inquietas te oyen absortas
Porque á azules regiones tú las transportas,
Y al rumor de tus tristes quejas hurañas
Voluptuosas se cierran negras pestañas;
Sólo ¡Pobre marimba! sólo estos versos
Te consagran humildes cantos dispersos,
Ignoradas estrofas que nada valen,
Pero que desde el fondo del alma salen.*

II

*¡Cómo no he de adorarte si desde el día
En que el mundo me trajo la suerte impía
Tus ecos empapados de honda ternura
Han hecho llevadera mi desventura!
La luz que hirió mis ojos por vez primera
Llegó envuelta en tu dulce voz plañidera,
El ambiente más grato que he respirado
Fue por tus vibraciones purificado,
La primera caricia de mis oídos
Fue el arrullo doliente de tus gemidos...*

*Después, bajo anchurosos cielos brillantes,
Transcurrieron serenos, breves instantes,
Y ora cerca llorando, ora a distancia
Tu constante sollozo veló mi infancia;
Me siguió a todas partes con tal ternura
Que cuantas veces te oigo, se me figura
¡Pobre y triste marimba! que en tu teclado
Todo, todo lo que amo se halla encarnado;
Se me figura entonces que tú conoces
Mis hondos sentimientos, que tienen voces
Que a medida que al viento van emergiendo
Sólo á mí me las mandas que las comprendo...*

III

*Me cuentas, cuando esparces tus armonías,
Historias de otros tiempos y de otros días,*

*Me llevas, cuando escucho tus vibraciones,
A otros cielos distantes y a otras regiones,
Y conforme á mi alma llegan tus quejas
Parten mis pensamientos cual las abejas
A traer sus acopios de otros vergeles
Cuajados de recuerdo que son las mieles;
Y mientras que formulas tu dulce arrullo
Es un mundo el que adentro yo reconstruyo;
La hermosura del valle donde he nacido,
Los primeros afectos que yo he sentido,
La pureza radiante de mis paisanas
Que cortaron mis tristes flores tempranas,
Deslumbrantes auroras, tardes rientes
Cariñosas palabras de buenas gentes,
¡Tiempos de mis primeros castos amores,
Tiempos que ya se fueron, tiempos mejores!*

IV

*¡Cómo no he de adorarte si fue una tarde
Que de luces formaba pomposo alarde
Cuando, al son plañidero de tus querellas,
Aprisioné en mis manos dos manos bellas!
¡Cómo no ha de ser tuya la vida mía!
¡Pobre y triste marimba! si fue ese día
Que merced al encanto de tus rumores,
Hablé por vez primera de mis amores!
Me llegaban tus voces tan doloridas
Que hallé para mis penas quejas sentidas;
Conforme al viento daba tus notas puras,
Murmuraban mis labios muchas ternuras,
Y conocí con honda dicha secreta
Que esa vez mi lenguaje fue de poeta
Porque hicieron mis frases brotar tranquilas
Dos lágrimas brillantes de dos pupilas!...*

V

*Otras veces el eco de tus plegarias,
Mis ojos se deslumbran con luminaria
Y a mis oídos llegan, amortiguados,
Rumores cadenciosos de zapateados;
Miro envuelto en polvo los corredores*

Que los amos bañaron de resplandores
 Y allí bailando alegre, la gente buena
 Que fatigada vuelve de la faena;
 Mientras que, entre la sombra que no importuna
 Siempre ¡Pobre marimba! por tu fortuna
 Cabecitas inquietas te oyen absortas
 Porque á azules regiones tú las transportas;
 Y siempre dominando con tus gemidos
 Tantos confusos ecos, tantos ruidos,
 Sin tregua ni descanso se alzan tus voces
 Porque sabes que colmas sencillos goces,
 Hasta que acongojados de ese martirio,
 Fugitivo y sonoro lanzas el Quirio.

VI

Después me representa tu acento al lado
 Muchas escenas que has celebrado:
 Las hermosas de fresca risa argentina
 Que, en los instantes en que el sol declina
 Y agrupadas á orillas del manso río,
 El cántaro sediento, rojo y vacío,
 Colman con rumorosos chorros de plata
 Tarareando en concierto tu serenata;
 Los negros que á las selvas llegan desnudos
 Y oprimiendo en sus puños toscos y rudos
 Las hachas relumbrantes que al sol provocan
 Siegan bosques frondosos que al cielo tocan:
 Los vaqueros que asoman, firme y escueta
 Sobre los miradores su hosca silueta.
 Y poblando los aires con su voceo
 Que tenaz y paciente llama al rodeo,
 Ora doman los lomos del potro airado
 Ora el testuz erguido del toro alzado;
 Las fiestas tumultuosas, las tamaladas,
 Las tardes en rojiza llama incendiadas
 Que son tras la miseria y el infortunio,
 Gratas anunciadoras del mes de junio;
 Las lluvias tempraneras que en son de fiestas
 Organizan de truenos vibrantes orquestas,
 El torrente espumoso que ruje y brama
 Cuando la nube negra se desparrama,
 El aire humedecido que libre yerra

Con los rumores todos que hay e la tierra,
 Que perfumado pasa porque su broche
 Entreabrió pudorosa huele de noche;
 El ramaje florido que miel exhala
 Cuando rauda y vibrante lo hiere una ala,
 Los pájaros que cantan sus esponales
 Cruzando por llanuras y por maizales,
 Los ocotes de altivo penacho de oro
 Que á los cielos elevan himno sonoro...
 Todo ¡Pobre marimba! todo este mundo
 Que encerró para siempre mi amor profundo,
 Por arte misterioso lo hallo encarnado
 En las notas dolientes de tu teclado,
 Y como á veces pienso que lo conoces
 Me apartas cuando lloras ocultas voces.

VII

Y en la ermita cuajada de resplandores
 ¡Cuántas veces tus sacros, graves rumores,
 Me encontraron inmóvil y de rodillas,
 Con lágrimas gloriosas en las mejillas!

El incienso oloroso que en lo alto flota
 Vacilante y sin rumbo como ala rota,
 La confusión de voces incierta y varia
 Que balbuce la misma lenta plegaria,
 El altar revestido de casta albura,
 La lengua incomprensible que dice el cura,
 La campana que alegre repica á vuelo,
 Los cohetes que escalan raudos el cielo,
 Mientras que sin reposo tu eco apagado
 Envuelve entre sus hondas el alabado...

Todo esto por sencilla, fácil cadena
 A mi memoria enlaza la madre buena,
 Me transporta á las tardes esplendorosas
 En que el altar ornaba de frescas rosas,
 É implorando á la virgen con dulces ojos
 Me colocaba ante ella puesto de hinojos;
 Me transportaba a las noches largas y frías
 En que oyendo de lejos tus armonías
 Su regazo buscaba medroso, inerme,
 Y ella me acariciaba diciendo -¡Duerme!-.

VIII

*Más tarde transcurrieron brumosos años
De vagar bajo oscuros cielos extraños,
Y al buscar la memoria la patria ausente
Siempre ¡Pobre marimba! tu voz doliente
Á todos mis recuerdos los perseguía
Con enferma y extraña monotonía;
La hermosura del valle donde han nacido,
Los primeros afectos que yo he sentido, á
La pureza radiante de mis paisanas,
Que cortaron mis tristes flores tempranas,
Deslumbrantes auroras, tardes rientes,
Cariñosas palabras de buenas gentes,
¡todo aqueste cortejo de mis amores
Lo bañabas sin tregua con tus rumores!*

IX

*¡Oh, Dios excelso y bueno! ¡Oh, Dios clemente!
Acoge bondadoso mi ruego ardiente
De que entierren mi humilde cuerpo aterido
En el valle entierren mi humilde cuerpo aterido
En el valle de flores donde he nacido!
Y al llegar ese hermoso, deseado día,
¡Pobre y triste marimba! que tu armonía
Desparrame las hondas de su ternura
En el lugar que guarde mi sepultura!*

ICONOGRAFÍA

—



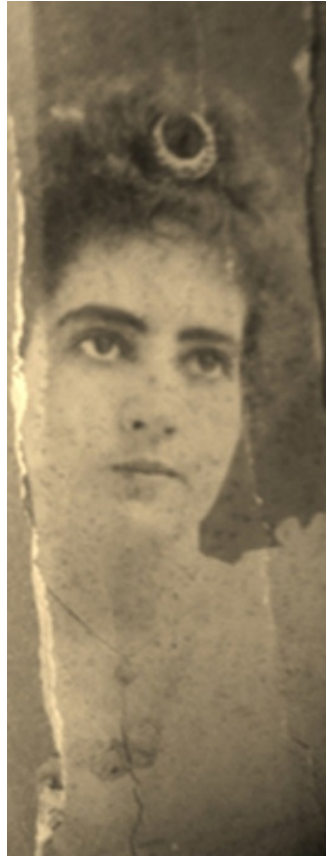
Foto de generación Escuela de medicina de San Carlos



Rodolfo Figueroa en la finca Santiago



Rodolfo Figueroa en la finca Santiago



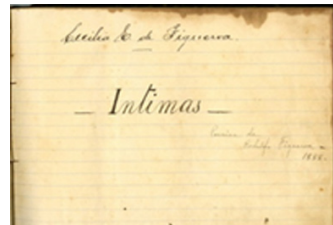
Luisa Martínez



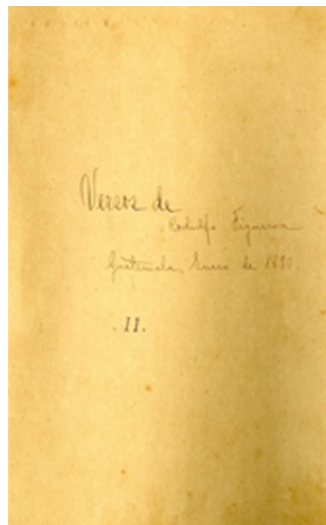
"Olvido" 1890



Rodolfo (adolescente)



Libreta original "intimas" 1888



Libreta original "versos II" 1890



Iglesia de Santiago



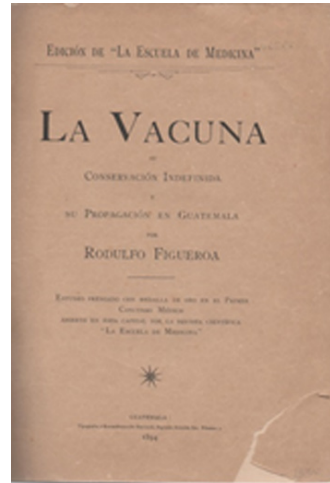
Poesías inéditas (1937)



Finca Santiago



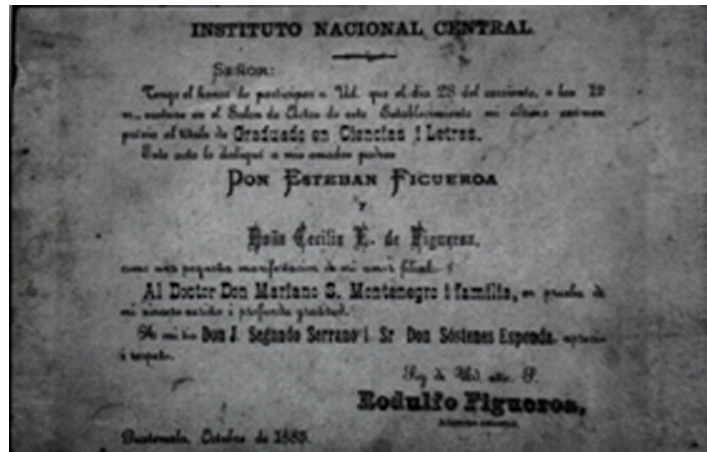
Rodulfo Figueroa



Tesis "La Vacuna" 1894



Rodulfo Figueroa con los hnos. Esponda



Diploma de graduación en ciencias i letras



Amadeo Figueroa Toledo



Liceo en Guatemala



Poesías completas 1958



Familia Figueroa Esquina



Poema "Magdalena" 1924



Rodolfo Figueroa



Poesías 1901



Por el arte 1991



Rodolfo Figueroa



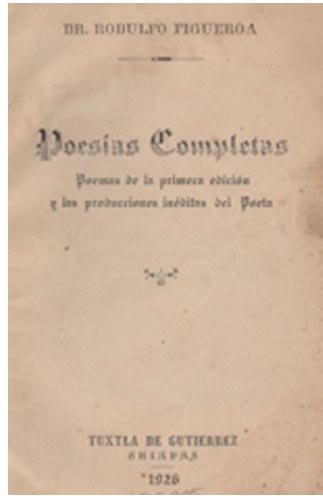
Rodolfo Figueroa en prácticas
en San Carlos



Borrador "El poeta"



Borrador de "Olvido" 1889



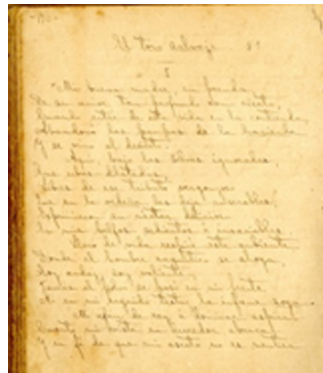
Poesías completas 1926



Comentario de M. de la To 1890



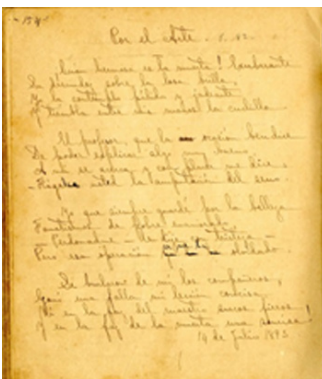
A Rodulfo Figueroa



Borrador de "El toro salvaje"



Ensayos literarios



Borrador de "Por el arte"



Libreta "Fugaces" 1892

BIBLIOGRAFÍA DEL AUTOR

- Figueroa, Rodolfo.** (1890) *Pequeño poema Olvido en tres cantos*. Guatemala. Imp. Establecimiento tipográfico “La unión”
- Figueroa, Rodolfo.** (1894) *La vacuna, su conservación indefinida y su propagación en Guatemala*. Guatemala. Tipografía nacional
- Figueroa, Rodolfo.** (1901) *Poesías*. Cd. Juárez. Imp. El agricultor Mexicano. Editores Hermanos Escobar
- Figueroa, Rodolfo.** (1923) *Poemas*. Tuxtla Gutiérrez. Sociedad de estudiantes Chiapanecos
- Figueroa, Rodolfo.** (1924) *Magdalena*. México Distrito federal. Sociedad de estudiantes Chiapanecos
- Figueroa, Rodolfo.** (1937) *Poesías Inéditas*. Tuxtla Gutiérrez. Imp. Talleres Gráficos del Estado
- Figueroa, Rodolfo.** (1958) *Poesías completas*. Tuxtla Gutiérrez. Imp. Nueva educación. Prólogo de Andrés Serra Rojas
- Figueroa, Rodolfo.** (1966) *Poesías completas*. Edición conmemorativa 100 años de su nacimiento. Tuxtla Gutiérrez. Imp. Nueva educación
- Figueroa Esquinca, Rodolfo.** (1981) *Rodolfo Figueroa Esquinca 1866-1899. Poemas*. Tuxtla Gutiérrez. Gobierno del estado
- Figueroa Esquinca, Rodolfo.** (1984) *La marimba*. Tuxtla Gutiérrez. Núñez
- Figueroa, Rodolfo.** (1988) *Poesías completas*. Tuxtla Gutiérrez. Sec. Educación y Cultura gobierno de Chiapas
- Figueroa Esquinca, Rodolfo.** (1990) *Olvido Pequeño poema en tres cantos*. Tuxtla Gutiérrez. Editor Rodrigo Núñez

- Figueroa** Esquinca, Rodolfo. (1991) *Figueroa Esquinca, Rodolfo 1866-1899: por el arte. Antología poética*. Selección y prólogo de Francisco Valero Becerra. Tuxtla Gtz. H. Congreso edo- Inst. cultura Chiapaneco
- Figueroa** Esquinca, Rodolfo. (1992) *Breve antología*. Tuxtla Gutiérrez. Secretaría de Educación, cultura y salud
- Figueroa** Esquinca, Rodolfo. (1997) *Figueroa Esquinca, Rodolfo 1866-1899: por el arte. Antología poética*. Selección y prólogo de Francisco Valero Becerra. H. Ayuntamiento de Cintalapa de Figueroa
- Figueroa** Esquinca, Rodolfo. (1999) *Obra poética de Rodolfo Figueroa: primer poeta moderno de Chiapas*. Análisis preliminar Ricardo Cuellar Valencia. Tuxtla Gtz. CECA-Chiapas. Cuadernos de Chiapas
- Figueroa** Esquinca, Rodolfo. (2013) *Rodolfo Figueroa Hecho para niños*. Compilador Rafael Araujo. México. CONECULTA-CONACULTA-UNICACH

